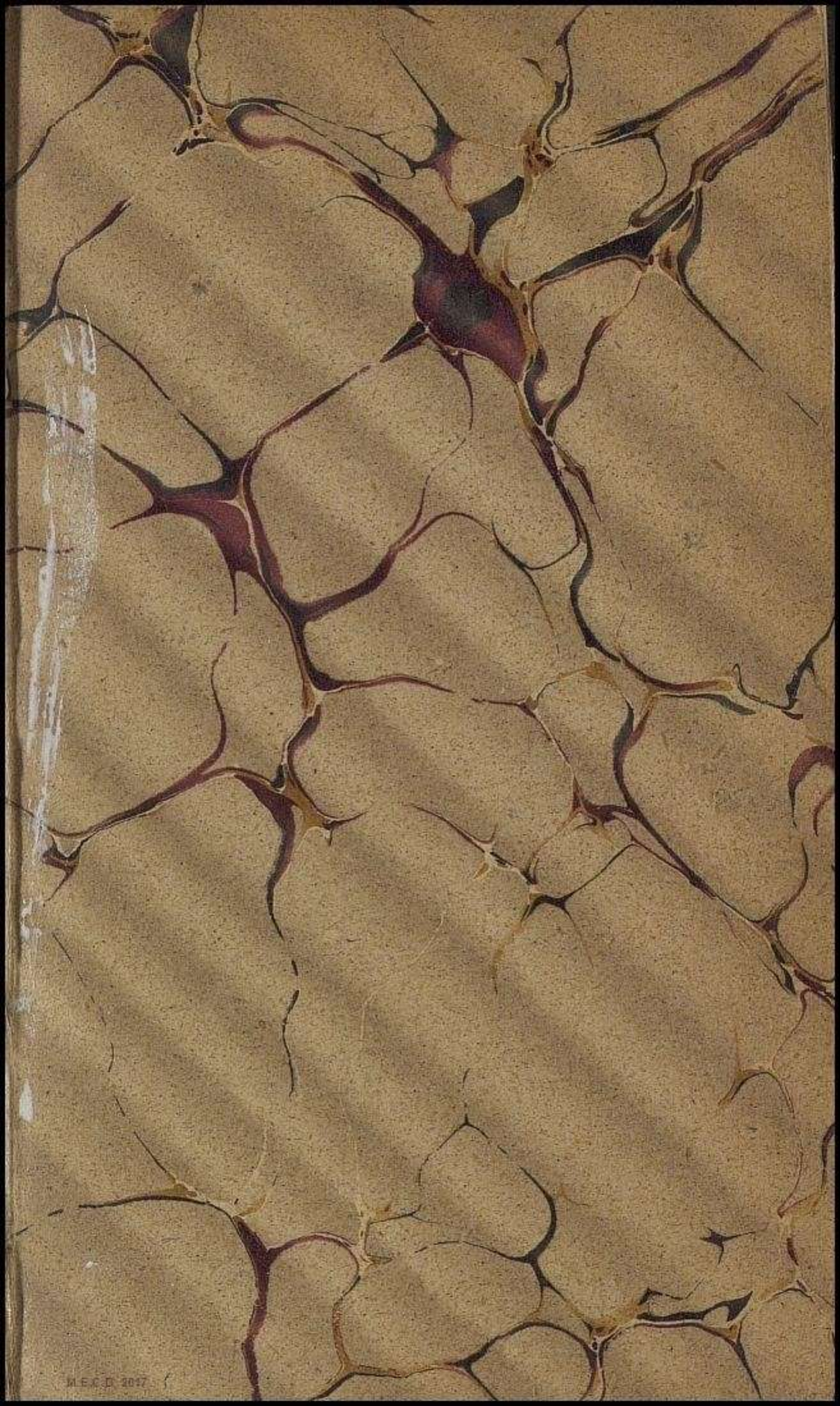


POESIAS

3BR 24





17/228111

52/258191

Lineo Beltrão

Biblioteca Paterna

No (Teresa de Jesus, Santa 2) (A6)

Ter

3BR

24

284

BIBLIOTECA UNIVERSAL

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,
NACIONALES Y EXTRANJEROS.

TOMO XXXI.

RICARDO BELTRÁN
Y

RÓZPIDE

OBRAS DE SANTA TERESA.

Conceptos del amor de Dios. — Exclamaciones.
Cartas. — Poesías.

MADRID.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
calle de Leganitos, 18, 2.º

1877.

DEL AMOR DE DIOS



Madrid, 1877.—IMP., EST. Y GALV. DE ARIBAU Y C.²,
SUCESORES DE RIVADENKYRA
IMPRESORES DE CAMARA DE S. M.,
calle del Duque de Osuna, número 3.

L. C. H.
R. 82529

RICARDO BELTRÁN
Y

RÓZPIDM

CONCEPTOS
DEL AMOR DE DIOS,
escritos

por la Santa Madre Teresa de Jesus,
sobre algunas palabras de los Cantares de Salomon.

PRÓLOGO

que á los religiosos y religiosas carmelitas descalzos dirige Fr. Jerónimo Gracian de la Madre de Dios.

Por cuatro razones las personas espirituales suelen escribir los buenos conceptos, pensamientos, deseos, visiones, revelaciones, y otras interiores mercedes que Dios les comunica en la oracion. La primera porque *cantan eternamente las misericordias del Señor*, dejándolas escritas, para que se lean y sepan en los siglos venideros, á fin que este Señor sea más glorificado y ensalzado. La segunda, porque teniendo los escritos, los tornan á traer á la memoria cuando quisieren refrescar su espíritu, y esta escritura les causa más provecho, devocion, oracion y fervor que otros libros, por la cual causa los antiguos

padres del yermo traian siempre consigo estos sus conceptos de oracion, ó algunos nombres de ellos, que llamaban *Nómina*. La tercera, porque la caridad les fuerza á no esconder la luz y talentos recibidos en la oracion, *sino ponellas sobre el candelero*, para alumbrar otras almas, especialmente de sus súbditos. La cuarta, porque sus superiores mandaron las escribiesen; y aunque por humildad los quisieran callar, la obediencia las fuerza á manifestarlos.

Por estas causas escribió la gloriosa Santa Hildegardis, abadesa de un convento de Benitas en la Alemania Alta, muchos libros de sus conceptos y revelaciones. Y esta doctrina y libros aprueban los Papas Eugenio III, Anastasio IV, Adriano IV y el glorioso San Bernardo, como se colige de sus Epístolas escritas á la misma gloriosa santa. Y los Papas Bonifacio IX, Martino V, el Cardenal Turrecremata y otros gravísimos autores dicen lo mismo de lo que escribió Santa Brígida, como se lee en las Bulas de su canonizacion y en el prólogo del libro de sus revelaciones. En tiempo del mismo Papa Eugenio, en la diócesis de Tréveris, en un monasterio llamado Sco-

naugia, hubo una gran sierva de Dios, llamada Isabel, que el año de 1152 le mandó su abad, llamado Hildelino, que dijese todas sus revelaciones y los conceptos de su oracion al abad Egberto; para que las escribiese; el cual abad Egberto escribió de ellas un libro muy provechoso para las almas, muy agradable al Papa y á toda la Iglesia. Y segun escribe Jacobo Fabro en una carta á Machiardo, canónigo de Moguncia, y á otros sus amigos, que se halla al principio del libro intitulado: *Libro de los tres varones y tres virgenes espirituales*, beato Renano loa y engrandece mucho lo que escribió la gloriosa Santa Matildis, así de sus éxtasis y revelaciones, como de otras espirituales mercedes que de Dios recibió. Fué esta Santa alemana, de la Orden de San Bernardo, en un monasterio cabe del Rhin, cerca de Flándes. Pudiera decir de otras muchas; pero basta lo que el Papa Pio II escribe de la vida y doctrina de la gloriosa Santa Catalina de Sena, á la cual fray Raimundo de Cápuá, su confesor y otros Prelados, mandaron escribiese lo que le pasaba en la oracion, de que quedaron libros de gran provecho.

Esto mismo acaeció á la Venerable Madre TERESA DE JESUS, que (obedeciendo á sus confesores y prelado) para *cantar eternamente las misericordias del Señor*, como trae por blason, *Misericordias Domini in æternum cantabo*, y para provecho de su alma y de las de sus hijas, ha escrito libros de lo que ha recibido en el espíritu, que han hecho, hacen y harán mucho fruto en la Iglesia de Dios, como se colige de la Bula del Papa Sixto V, en que confirma sus *Constituciones*, y de los remisoriales y rótulos que el Papa Paulo V ha enviado para hacer los procesos de su canonización.

Entre otros libros que escribió, era uno de divinos conceptos y altísimos pensamientos del amor de Dios y de la oración, y otras virtudes heroicas, en que se declaraban muchas palabras de los cantares de Salomon, el cual libro, como pareciese á un su confesor cosa nueva y peligrosa, que mujer escribiese sobre los cantares, se le mandó quemar, movido con celo, de que (como dice San Pablo) *callen las mujeres en la iglesia de Dios*; como quien dice, no prediquen en púlpitos, ni lean en cátedras, ni impriman libros. Y el sentido de la Sagra-

de Escritura (principalmente de los cantares de Salomón) es tan grave, profundo y dificultoso, que los muy grandes letrados tienen bien que hacer para entender de él alguna cosa, cuanto más mujeres. Y como en aquel tiempo que le escribió hacía gran daño la herejía de Lutero, que abrió puerta á que mujeres y hombres idiotas leyesen y explicasen las divinas letras, por la cual han entrado innumerables almas á la herejía y condenándose al infierno, parecióle que le quemase. Y así, al punto que este padre se lo mandó, ella echó el libro en el fuego, ejercitando sus dos tan heroicas virtudes de la humildad y obediencia.

Bien creo yo que si este confesor hubiera leído con atención todo el libro, y considerado la doctrina tan importante que tenía, y que no era declaración sobre los Cantares, sino conceptos de espíritu que Dios le daba, encerrados en algunas palabras de los cantares, no se lo hubiera mandado quemar. Porque así como cuando un señor da á su amigo un preciosísimo licor, se le da guardado en vaso riquísimo, así cuando Dios da á las almas tan suave licor como el espíritu le encierra, las más veces,

en palabras de la Sagrada Escritura, que es el vaso que viene bien para la guarda de tal licor. Por lo cual decia David: *Confesaréte, Señor, en los vasos del Salmo*. Llamando vasos á las palabras del Salterio.

Permitió el Divino Maestro que una monja trasladó del principio de este libro unas pocas hojas de papel, que andan escritas á mano y han llegado á mis manos, con otros muchos conceptos espirituales que tengo en cartas, que me envió escritas de su mano la misma venerable Madre, y muchos que supe de su boca en todo el tiempo que la traté, como su confesor y prelado, que fueron algunos años, de que pudiera hacer un gran libro; mas conténtome ahora con hacer imprimir estos pocos *Conceptos del amor de Dios*, que espero le encenderán en los corazones de quien los leyere, lo cual haga nuestro Señor como yo deseo y rogaré.

✠ JHS. MA.

Esta es una consideracion de Teressa de Jesus: no e hallado en ella cossa que me offenda. Fr. Domingo Bañes.

Viendo yo las misericordias que nuestro Señor hace con las almas que tray á estos monesterios que Su Majestad ha sido servido que se funden de la primera regla de Nuestra Señora del Monte Carmelo, que á algunas en particular son tantas las mercedes que nuestro Señor les hace, que solas á las almas que entendieren las necesidades que tienen de quien les declare algunas cosas de lo que pasa entre el alma y Nuestro Señor, podrá ver el trabajo que se pasa en no tener claridad. Habiéndome á mí el Señor de algunos años acá dado un regalo grande, cada vez que oyo ó leo algunas palabras de los Cantares de Salomon, en tanto extremo que sin entender la claridad del latin en romance, me recogia más y movia mi alma que los libros muy devotos que entiendo, y esto es cuasi ordinario, y aunque me declaraban, el ro-

mance tampoco le entendia más.
. que sin
entenderlo mi. apartar mi
alma de sí. Há como dos años que me da el
Señor para mi propósito á entender algo
del sentido de algunas palabras, y paré-
ceme serán para consolacion de las her-
manas, que nuestro Señor lleva para este
camino y áun para la mia, que algunas
veces da el Señor tanto á entender que yo
deseaba no se me olvidase, mas no osaba
poner cosa por escrito. Ahora, con parecer
de personas á quien yo estoy obligada á
obedecer, escribiré alguna cosa de lo que
el Señor me da á entender que se encier-
ran en palabras, de que mi alma gusta
para este camino de la oracion, por donde
(como he dicho) el Señor lleva á estas her-
manas destos monesterios y las mias. Si
fuere para que lo veais tomaréis este pobre
donecito, de quien os desea todos los del
Espíritu Santo, como á sí mesma, en cuyo
nombre yo lo comienzo. Si algo acertare
no será de mí. Plega á la divina Majestad
acierte.

CONCEPTOS DEL AMOR DE DIOS

SORRE ALGUNAS PALABRAS
DE LOS CANTARES DE SALOMON.

CAPÍTULO PRIMERO.

En que se trata la dificultad que hay en entender el sentido de las divinas letras, principalmente de los Cantares; y que algunas palabras de ellos (aunque parecen bajas, humildes y ajenas de la boca purísima de Dios, y de su Esposa) contienen santísimos misterios y altísimos conceptos.

Bésame el Señor con el beso de su boca, porque más valen tus pechos, que el vino, etc.

He notado mucho, que parece que el alma está, á lo que aquí da á entender, hablando con una persona, y pide la paz de otra. Porque dice — *Bésame con el beso de su boca.* Y luégo parece que está diciendo á con quien está — *Mejores son tus pechos.* Esto no entiendo como es, y no entenderlo me hace gran regalo; porque verdaderamente, hijas, no ha de mirar el alma tanto, ni la hacen mirar tanto, ni la hacen tener respeto á su Dios las cosas que acá parece podemos alcanzar con nuestros entendimientos tan bajos, como las que en ningun-

na manera se pueden entender.⁴ Y ansí os encomiendo mucho que cuando leyerdes algun libro, y oyéredes sermon ú pensáredes en los misterios de nuestra sagrada fe, que lo que buenamente no pudiéredes entender, no os cãseis, ni gasteis el pensamiento en adelgazarlo : no es para mujeres, ni áun para hombres muchas cosas.

Cuando el Señor quiere darlo á entender, su Majestad lo hace sin trabajo nuestro. A mujeres dijo esto, y á los hombres, que no han de sustentar con sus letras la verdad; que á los que el Señor tiene para declarárnoslas á nosotras, ya se entiende que lo han de trabajar, y lo que en ello ganan: mas nosotras con llaneza tomar lo que el Señor nos diere, y lo que no, no nos cansar, sino alegrarnos, considerando que tan gran Dios y Señor tenemos, que una palabra suya terná en sí mil misterios, y ansí su principio no entendemos nosotras. Ansí si estuviera en latin, ú en hebraico ú griego, no era maravilla; mas en nuestro romance, ¿qué de cosas hay en los salmos del glorioso rey David, que cuando nos declaran el romance solo, tan escuro se nos queda como el latin? Ansí que siempre os guardad de gastar el pensamiento con estas cosas, ni cansaros, que mujeres no han menester mas que para su entendimiento bastare : con esto nos hará

Dios merced. Cuando su Majestad quisiere dárnoslo sin cuidado ni trabajo nuestro lo hallarémós sabido: en lo demas humillarnos y, como he dicho, alegrarnos, que tengamos tal Señor, que aún palabras suyas dichas en romance nuestro no se pueden entender. Pareceros há que hay algunas en estos Cánticos, que se pudieran decir por otro estilo. Segun es nuestra torpeza, no me espantaria; he oido á algunas personas decir, que ántes huían de oirlas. ¡Oh, válamé Dios, qué gran miseria es la nuestra! Que como las cosas emponzoñas, que cuanto comen se vuelve en ponzoña; así nos acaece, que de mercedes tan grandes como aquí nos hace el Señor en dar á entender lo que tiene el alma que le ama, y animarla para que pueda hablar y regalar-se con su Majestad, hemos de sacar miedos y dar sentidos, conforme al poco sentido del amor de Dios que se tiene. ¡Oh Señor mio, que de todos los bienes que nos hecistes nos aprovechamos mal! Vuestra Majestad, buscando modos y maneras y invenciones para mostrar el amor que nos tenéis, nosotros, como mal experimentados en amaros á Vos, tenémóslo en tan poco que de mal ejercitados en esto vanse los pensamientos á donde están siempre; y dejan de pensar los grandes misterios, que este lenguaje encierra en sí, dicho por el

Espíritu Santo. ¿Qué más era menester para encendernos en amor suyo, y pensar que tomó este estilo no sin gran causa? Por cierto que me acuerdo oír á un religioso un sermón harto admirable, y fué lo mas dél declarando destos regalos que la Esposa trataba con Dios, y hubo tanta risa y fué tan mal tomado lo que dijo, porque hablaba de amor, siendo sermón del Mandato que es para no tratar otra cosa, que yo estaba espantada. Y veo claro, que es lo que yo tengo dicho, ejercitarnos tan mal en el amor de Dios, que no nos parece posible tratar un alma así con Dios. Mas algunas personas conozco yo, que así como estotras no sacaban bien, porque cierto no lo entendían, ni creo pensaban sino ser dicho de su cabeza, estotras han sacado tan gran bien, tan gran regalo, tanta seguridad de temores, que tenían que hacer particulares alabanzas á nuestro Señor muchas veces, que dejó remedio tan saludable para las almas, que con hirviente amor le aman, que entiendan y vean que es posible humillarse Dios á tanto; que si no tuvieran desto experiencia, no dejarán de temer. Y sé de alguna que estuvo hartos años con muchos temores, y no hubo cosa que la haya asegurado, sino que fué el Señor servido oyese algunas cosas de los Cánticos, y en ellas entendió ir bien

guiada su alma. Porque, como he dicho, conoció que es posible pasar el alma enamorada por su esposo todos esos regalos y desmayos y muertes y aflicciones y deleites y gozos con Él, despues que ha dejado todos los del mundo por su amor y está del todo puesta y dejada en sus manos: esto no de palabra como acaece en algunos, sino con toda verdad confirmada por obras. ¡Oh hijas mias, que es Dios muy buen pagador, y teneis un Señor, y Esposo que no se le pasa nada sin que lo entienda y lo vea! y ansí, aunque sean cosas muy pequeñas, no dejeis de hacer por su amor lo que pudiéredes. Su Majestad las pagará: no mira sino el amor con que las hicierdes. Pues concluyo en esto, que jamas en cosa que no entendais de la Sagrada Escritura, ni de los misterios de nuestra fe, os detengais más de como he dicho, ni de palabras encarecidas, que en ella oyais que pasa Dios con el alma, no os espanteis. El amor que nos tuvo y tiene, me espanta á mí más y me desatina, siendo lo que somos; que tiniéndole ya entiendo que no hay encarecimiento de palabras con que nos le muestre, que no le haya mostrado más con obras. Sino, cuando llegueis aquí, os ruego que os detengais un poco, pensando en lo que nos ha mostrado, y lo que ha hecho por nosotras, viendo

claro, que amor tan poderoso y fuerte que tanto le hace padecer, ¿con qué palabras se pueda mostrar que nos espanten? Pues tornando á lo que comencé decir, grandes cosas debe haber y misterios en estas palabras, pues cosa de tanto valor, que me han dicho letrados, rogándoles yo que me declaren lo que quiere decir en ella el Espíritu Santo, y el verdadero sentido de ellos, dicen, que los doctores escribieron muchas exposiciones, y que aún no acaban de darle. Parecerá demasiada soberbia la mia, siendo esto así, quereros yo declarar algo; y no es mi intento, por poco humilde que soy, pensar que atinaré á la verdad. Lo que pretendo es que así que yo me regalo en lo que el Señor me da á entender, cuando algo dellos oyo, que deciros lo por ventura os consolará como á mí; y si no fuere á propósito de lo que quiere decir, tómolo yo á mi propósito, que no sabiendo de lo que tiene la Iglesia, y los santos, que para esto primero lo examinarán bien letrados que lo entiendan, que los veais vosotras, licencia nos da el Señor, á lo que pienso, como nos los da, para que pensando en la sagrada Pasion, pensemos muchas más cosas de fatigas y tormentos, que allí debia de padecer el Señor, de que los Evangelistas escriben; y no yendo con curiosidad, como dije al principio, sino

tomando lo que su Majestad nos diere á entender, tengo por cierto no le pesa que nos consolemos y deleitemos en sus palabras y obras; cómo se holgaria y gustaria el Rey, si á un pastorcillo amase y le cayese en gracia, y le viese embobado mirando el brocado, y pensando qué es aquello y cómo se hizo; que tampoco no hemos de quedar las mujeres tan fuera de gozar las riquezas del Señor: de disputarlas y enseñarlas, pareciendo les aciertan, sin que lo muestren á letrados, esto sí. Así, que ni yo pienso acertar en lo que escribo (bien lo sabe el Señor), sino como este pastorcillo que he dicho. Consuélame, como á hijas mías, deciros mis meditaciones, y serán con hartas boberías. Y así comienzo con el favor deste divino Rey mio, y con licencia del que me confiesa. Plega á Él, que como ha querido que atine en otras cosas que os he dicho (ó su Majestad por mí quizá, por ser para vosotras), atine en éstas, y si no, doy por bien empleado el tiempo que ocupare en escribir, y tratar con mi pensamiento tan divina materia, que no la merecia yo oír.

Paréceme á mí en esto que dije al principio, habla con tercera persona, y es la misma que da á entender, que hay en Cristo dos naturalezas, una divina y otra humana. En esto no me detengo, porque

mi intento es hablar en lo que me parece podemos aprovecharnos los que tratamos de oracion; aunque todo aprovecha para animar y admirar un alma, que con ardiente deseo ama á el Señor. Bien sabe su Majestad que aunque algunas veces he oido exposicion de algunas palabras destas, y me la han dicho, pidiéndolo yo, son pocas, que poco ni mucho no se me acuerda, porque tengo muy mala memoria; y así no podré decir sino lo que el Señor me enseñare; y fuere á mí propósito, y deste principio jamas he oido cosa que me acuerde.

Béseme con beso de su boca. ¡ Oh Señor mio y Dios mio, y qué palabras son éstas, para que las diga un gusano á su Criador! ¡ Bendito seais Vos, Señor, que por tantas maneras nos habeis enseñado! ¿ Mas quién osará, Rey mio, decir esta palabra, si no fuera con vuestra licencia? Es cosa que espanta, y así espantará decir yo que la diga nadie. Dirán que soy una necia, que no quiere decir esto, que tiene muchas significaciones, que está claro, que no habiamos de decir esta palabra á Dios, que por eso es bien estas cosas no las lean gente simple. Yo lo confieso que tiene muchos entendimientos: mas el alma que está abrasada de amor que la desatina, no quiere ninguno, sino decir estas palabras, si que no se lo quita el Señor. ¡ Válame Dios! ¿ Qué

nos espanta? ¿No es de admirar mas la obra? ¿No nos llegamos al Santísimo Sacramento? Y áun pensaba yo, si pedia la Esposa esta merced que Cristo despues nos hizo. Tambien he pensado, si pedia aquel ayuntamiento tan grande, como fué hacerse Dios hombre, aquella amistad que hizo con el género humano; porque claro está que el beso es señal de paz y amistad grande entre dos personas: cuantas maneras hay de paz el Señor ayude á que lo entendamos.

Una cosa quiero decir ántes que vaya adelante, y á mi parecer de notar, aunque viniera mejor á otro tiempo; mas para que no se nos olvide, que tengo por cierto habia muchas personas que se llegan al Santísimo Sacramento (y plega al Señor yo mienta) con pecados mortales graves; y si oyesen á un alma muerta por amor de su Dios decir estas palabras, se espantarian y lo ternian por gran atrevimiento. Al ménos, estoy yo segura que no lo dirán ellos porque estas palabras y otras semejantes que están en los Cantares, dícelas el amor, y como no le tienen, bien pueden leer los Cantares cada día y no se ejercitar en ellas, ni áun las osarán tomar en la boca, que verdaderamente áun oirlas hace temor, porque trayn gran majestad consigo. Harta trayis vos, Señor mio, en el Santísimo

Sacramento, sino como no tienen fe viva, sino muerta, estos tales ven os tan humilde bajo especies de pan, no les hablais nada, porque no lo merecen ellos oír, y así atreven tanto.

Así que estas palabras verdaderamente ponian temor en sí, si estuviesen en sí quien las dice, tomada sola la letra; mas á quien vuestro amor, Señor, ha sacado de sí, bien perdonaréis de eso y más, aunque sea atrevimiento. ¡Y, Señor mio, si significa paz y amistad, por qué no os pedirán las almas la tengais con ellas? ¿Qué mejor cosa podemos pedir que lo que yo os pido, Señor, que me deis paz *con beso de vuestra boca*. Esta, hijas, es altísima peticion, como despues os diré.

CAPÍTULO II.

De las nueve maneras que hay de paz falsa, amor imperfecto y oracion engañosa. Es doctrina de mucha importancia para entender el verdadero amor y para examinarse las almas y saber las faltas que las estorban de caminar á la perfeccion que desean.

Dios os libre de muchas maneras de paz que tienen los mundanos: nunca Dios nos la deje probar, que es para guerra perpétua. Cuando uno de los del mundo anda muy quieto metido en grandes pecados, y tan sosegado en sus vicios, que de nada le remuerde la conciencia. Esta paz ya habeis

leido, que es señal que el demonio y él están amigos, y mientras vive, no le quiere dar guerra, porque segun son malos por huir della, y no por amor de Dios, se tornarian algo á Él; mas los que van por aquí nunca duran en servirle, luego como el demonio lo entiende, tórnales á dar gusto á su placer, y tórnanse á su amistad, hasta que los tiene adonde les da á entender cuán falsa era su paz. En éstos no hay que hablar, allá se lo hayan, que yo os espero en el Señor, no se hallará entre vosotras tanto mal. Aunque podia el demonio comenzar por otra paz en cosas pocas, y siempre, hijas, mientras vivimos nos hemos de temer. Cuando la religiosa comienza á relajarse en unas cosas, que en sí parecen poco, y perseverando en ellas mucho, no les remuerda la conciencia, es mala paz, y de aquí puede el demonio traerla muy malísima. Así como es el quebrantamiento de constitucion, que en sí no es pecado, y no andar con cuidado en lo que manda el perlado, aunque no con malicia, porque en fin está en lugar de Dios, y es bien siempre que á eso venimos andar mirando lo que quiere, cosillas muchas que se ofrecen, que en sí no parecen pecado, y en fin, hay faltas y hálas de haber, que somos miserables no digo yo que no, lo que digo es que sientan cuando se hacen

y entiendan que faltaron; porque si no, como digo, deste se puede el demonio alegrar, y poco á poco ir haciendo insensible al alma de estas cosillas. Y os digo, hijas, que cuando eso llegáre á alcanzar que no tenga poco, porque temo pasará adelante: por eso miraos mucho por amor de Dios: guerra ha de haber en esta vida, porque con tantos enemigos no es posible dejarnos estar mano sobre mano, sino que siempre ha de haber cuidado y traerle de cómo andamos en lo interior y exterior. Yo os digo que ya que en la oracion os haga el Señor mercedes y os dé lo que despues diré, que salidas de allí no os falten mil estropecillos y mil ocasioncillas, quebrantar con descuido lo uno, no hacer bien lo otro, turbaciones interiores y tentaciones. No digo que ha de ser esto siempre ó muy ordinario: es grandísima merced del Señor, así se adelanta el alma. No es posible ser aquí ángeles, que no es nuestra naturaleza. Es así que no me turba alma cuando la veo con grandísimas tentaciones, que si hay amor y temor de nuestro Señor, ha de salir con mucha ganancia, ya lo sé, y si la veo andar siempre quieta y sin ninguna guerra (que he topado algunas, aunque la vea no ofender al Señor, siempre me train con miedo) nunca acabo de asegurarme y probarlas y tentarlas yo, si puedo, y ya

que no lo hace el demonio , para que vean que lo son. Pocas he topado ; mas es posible , ya que el Señor llega un alma á mucha contemplacion. Son modos de proceder , y estánse en un contento ordinario y interior , aunque tengo para mí que no se entienden , y apurado lo veo que algunas veces tienen sus guerrillas , sino que son pocas. Mas es así que no hé envidia á estas almas , y que lo he mirado con aviso. Y veo que se adelantan mucho mas las que andan con la guerra dicha , sin tener tanta oracion en las cosas de perfeccion , que acá podemos entender. Dejemos almas que están ya tan aprovechadas y tan mortificadas , despues de haber pasado por muchos años esta guerra : como ya muertas al mundo las da nuestro Señor ordinariamente paz , mas no de manera que no sientan la falta que hacen y les dé mucha pena. Así que , hijas , por muchos caminos lleva el Señor ; mas siempre os temé , como he dicho , cuando no os doliere la falta que hiciéredes , que de pecado , aunque sea venial , ya se entiende os ha de llegar al alma , como , gloria á Dios , creo y veo lo sentís ahora. Notad una cosa , y esto se os acuerde por amor de mí. Si una persona está viva , poquito que la lleguen con un alfiler , ¿ no lo siente , ó una espinita por pequeña que sea ? Pues si el alma no está

muerta, sino que tiene vivo un amor de Dios, ¿no es merced grande suya que cualquiera cosita que haga contra lo que hemos profesado y estamos obligados se sienta? O que es hacer la cama su Majestad de rosas y flores para sí en el alma, á quien da Dios este cuidado, y es imposible dejarse de venir á regalarla á ella, aunque tarde. Várame Dios, ¿qué hacemos los religiosos en el monasterio? ¿A qué dejamos el mundo? ¿A qué venimos? ¿En qué mejor nos podemos emplear que hacer aposentos en nuestras almas á nuestro esposo y llegar á tiempo que le podamos decir que nos dé beso con su boca? Venturosa será la que tal petición hiciere, y cuando venga el Señor no halle su lámpara muerta y de harto de llamar se torne. ¡Oh, hijas mias, que tenemos gran estado que no hay quien nos quite decir esta palabra á nuestro Esposo, pues le tomamos por tal cuando hicimos profesion!

Entiéndanme las almas de las que fueren escrupulosas, que no hablo por alguna falta alguna vez, ó faltas, que no todas se pueden entender ni áun sentir siempre; sino quien las hace muy ordinarias sin hacer caso, pareciéndole nonada, y no la remuerde ni procura enmendarse desta. Torneo á decir que es peligrosa paz y que esteis advertida de ella. ¿Pues qué será de

los que la tienen en mucha relajacion de su regla? No plega á Dios haya ninguna. De muchas maneras la debe dar el demonio, que lo permite Dios por nuestros pecados: no hay para qué tratar dello, que esto poquito os he querido advertir. Vamos á la amistad y paz que nos comienza á mostrar el Señor en la oracion, y diré lo que su Majestad me diere á entender.

Despues me ha parecido será bien decir un poquito de la paz que da el mundo y nos da nuestra misma sensualidad, porque aunque esté en muchas partes mejor escrito que yo lo diré, quizá no terneis con qué comprar los libros, que sois pobres, ni quien os haga limosna de ellos; y esto estáse en casa y vese aquí junto. Podríanse engañar en la paz que da el mundo por muchas maneras: de algunas que diga sacaréis las demas ó con riquezas que si tienen bien lo que han menester y muchos dineros en el arca, como se guarden de hacer pecados graves, todo les parece está hecho. Gózanse de lo que tienen, dan una limosna de cuando en cuando, no miran que aquellos bienes no son suyos, sino que se los dió el Señor como á mayordomos suyos, para que partan á los pobres, y que les han de dar estrecha cuenta del tiempo que lo tienen sobrado en el arca, suspendido y entretenido á los pobres, si

ellos están padeciendo. Esto no nos hace al caso más de para que supliqueis al Señor les dé luz, no se estén en este embebecimiento y les acaezca lo que al rico avariento, y para que alabeis á su Majestad que os hizo pobres y lo teneis por particular merced suya. ¡Oh, hijas mias, qué gran descanso no tener estas cargas, aún para descansar acá, que para el dia de la fin no le podeis imaginar! Son esclavos éstos, y vosotras señoras: aún por esto lo veréis. ¿Quién tiene más descanso? ¿Un caballero, que ponen en la mesa cuanto ha de comer y le dan todo lo que ha de vestir, ó su mayordomo, que le ha de dar cuenta de un solo maravedí? Estotro gasta sin tasa como bienes suyos; el pobre mayordomo es el que lo pasa, y miéntras más hacienda más, que ha de estar desvelándose cuando se ha de dar la cuenta, en especial si es de muchos años y se descuidan un poco, es el alcance mucho, no sé cómo se sosiega. No paseis por esto, hijas, sin alabar mucho nuestro Señor, y siempre ir adelante en lo que ahora haceis en no poseer nada en particular ninguna, que sin cuidado comemos lo que nos envia el Señor, y como lo tiene su Majestad, que no nos falte nada, no tenemos que dar cuenta de lo que nos sobra. Su Majestad tiene cuenta que no sea cosa que nos le ponga de repartirlo.

Lo que es menester, hijas, es contentarnos con poco, que no hemos de querer tanto, como los que dan estrecha cuenta, como la ha de dar cualquier rico, aunque no la tenga él acá, sino que la tengan sus mayordomos, y ¡cuán estrecha! si lo entendiese no comería con tanto contento, ni se daría á gastar lo que tiene en cosas impertinentes y de vanidad. Ansí vosotras, hijas, siempre mirá con lo más pobre que pudiéredes pasar, ansí de vestidos como de manjares, porque si no hallaros heis engañadas, que no os lo dará Dios, y estaréis discontentas. Siempre procurá servir á su Majestad de manera que no comais lo que es de los pobres, sin servirlo, aunque mal se puede servir el sosiego y descanso que os da el Señor en no tener cuenta de dar cuenta de riquezas. Bien sé que lo entendéis, mas es menester que por ellos dés á tiempos gracias particulares á su Majestad. De la paz que da el mundo en honras no tengo para qué os decir nada, que pobres nunca son muy honrados. En lo que os puede hacer daño grande, si no teneis aviso, en las alabanzas, que nunca acaba de que comienza, para despues abajaros más: es lo más ordinario en decir que sois más santas, con palabras tan encarecidas, que parece los enseña el demonio; y ansí debe ser á veces, porque si lo dijesen en ausen-

cia pasaria, mas en presencias, ¿ qué fruto puede traer, sino daño, si no andais con mucho aviso? Por amor de Dios os pido que nunca os pacifiqueis en estas palabras, que poco á poco os podrian hacer daño y creer que dicen verdad, ó en pensar que ya es todo hecho y que lo habeis trabajado. Vosotras nunca dejeis pasar palabra sin moveros guerra en vuestro interior, que con facilidad se hace si teneis costumbre. Acordaos cuál paró el mundo á Cristo Nuestro Señor, y qué ensalzado le habia tenido el dia de Ramos. Mirá en la estima que ponía á San Juan Baptista, que le querian tener por el Mesías, y en cuanto y por qué le descabezaron. Jamas el mundo ensalza sino para abajar, si son hijos de Dios los ensalzados. Yo tengo harta experiencia desto. Solia afligirme mucho de ver tanta ceguedad en estas alabanzas, y ya me rio, como si viese hablar un loco. Acordaos de vuestros pecados, y puesto que en alguna cosa os digan verdad, advertid que no es vuestro, y que estais obligados á servir más. Dispertad temor en vuestra alma para que no se sosiegue en ese beso de tan falsa paz que da el mundo. Creé que es la de Júdas: aunque algunos no lo digan con esa intencion, el demonio está mirando que podrá llevar despojo si no os defendeis. Creé que es menester aquí estar con la es-

pada en la mano de la consideracion: aunque parezca no os hace daño, no os fieis deso; acordaos cuántos estuvieron en la cumbre y están en el profundo. No hay seguridad miéntras vivimos, sino que por amor de Dios, hermanas, siempre salgais con guerra interior destas alabanzas, porque así saldréis con ganancia de humildad, y el demonio, que está á la mira de vos y el mundo, quedará corrido.

De la paz y daño, que con ella nos puede hacer nuestra misma carne, habia mucho que decir. Advertiros he algunos puntos, y por ahí, como he dicho, sacaréis lo demas. Es muy amiga de regalo, ya lo veis, y harto peligroso pacificarse en ellos, si lo entendiésemos: yo lo pienso muchas veces, y no puedo acabar de entender cómo hay tanto sosiego y paz en las personas muy regaladas. ¿Por ventura merece el cuerpo sacratísimo de nuestro dechado y luz ménos regalos que los nuestros? ¿Habia hecho por qué padecer tantos trabajos? ¿Hemos leído de santos, que son los que ya sabemos que están en el cielo cierto, tener vida regalada? ¿De dónde viene este sosiego en ella? ¿Quién nos ha dicho que es buena? ¡Qué es esto, que tan sosegadamente se pasan los dias con comer bien y dormir y buscar recreaciones y todos los descansos que pueden algunas personas, que me que-

do boba de mirarlo! No parece ha de haber otro mundo, y que en aquello hay el menor peligro dél. ¡Oh, hijas, si supiéredes el grande mal que aquí está encerrado! El cuerpo engorda, el alma enflaquece, que si la viésemos parece que va ya á espirar. En muchas partes veréis escrito el gran mal que hay pacificarse en esto, que áun si entendiesen que es malo, terníamos esperanza de remedio; mas temo no les pasa por pensamiento. Como se usa tanto, no me espanto. Yo os digo que aunque en esto su carne sosiega, que por mil partes tengan la guerra si se han de salvar, y valdríales más entenderse y tomar la penitencia poco á poco, que les ha de venir por punto. Esto he dicho para que alabeis mucho á Dios, hijas, de estar donde aunque vuestra carne quiera pacificarse en esto no puede. Podria dañaros disimuladamente, que es con color de enfermedad, y habeis menester traer mucho aviso en esto, que un dia os hará mal tomar disciplina, y de aquí á ocho dias por ventura no, y otra vez no traer lienzo, y por algunos dias no lo habeis de tomar para continuo, y otra comer pescado, y si se acostumbra hácese el estómago á ello, y no le hace mal. Pareceros há que teneis tanta flaqueza de todo esto y mucho, mas tengo experiencia, y no se entiende que va mucho en hacer estas

cosas, aunque no haya mucha necesidad de ellas: lo que digo es que no nos sosieguemos en lo que es relajar, sino que nos probemos algunas veces; porque yo sé que esta carne es muy falsa, y que es menester entenderla. Él señor nos dé luz para todo por su bondad: gran cosa es la discrecion y fiar de los superiores y no de nosotras.

Tornando al propósito, señal es, que pues la Esposa señala que la paz que pide diciendo: — Bésame con beso de su boca, que otras maneras de hacer paces y mostrar amistad tiene el Señor.— Quieroos decir ahora algunas, para que veais qué petición es ésta tan alta, y de la diferencia que hay de lo uno á lo otro. ¡Oh, gran Dios y Señor nuestro, qué sabiduría tan profunda! Bien pudiera decir la Esposa: — Bésame, — y parece concluya su petición en ménos palabras. ¿Por qué señala un beso de su boca? Pues á buen seguro que no hay letra demasiada. El por qué yo no lo entiendo, mas diré algo sobre esto: poco va que no sea á este propósito, como he dicho, si de ello nos aprovechamos; así que de muchas maneras trata paz el Rey nuestro, y amistad con las almas, como vemos cada dia, así en la oracion como fuera de ella, sino que nosotras la tenemos con su Majestad de pelillo, como dicen. Miraréis, hijas, en qué está el punto para que podais

pedir lo que la Esposa, si el Señor os llegare á Él; sino, no desmayeis, que con cualquier amistad que tengais con Dios quedais harto ricas, si no falta por vosotras. Mas para lastimar es y dolernos mucho los que por nuestra culpa no llegamos á tan excelente amistad, y nos contentamos con poco. ¡Oh, Señor, no nos acordaríamos, que es mucho el premio y el fin; y que llegadas ya á tanta amistad, acá nos le da el Señor, y que muchos se quedan al pié del monte, que pudieran subir á la cumbre! En otras cosillas que os he escrito os he dicho esto muchas veces, y ahora os lo torno á decir y rogar que siempre nuestros pensamientos vayan animosos, que de aquí vernán á que el Señor os dé gracia, para que lo sean las obras: creé que va mucho en esto, pues hay unas personas que han ya alcanzado la amistad del Señor, porque confesaron bien sus pecados, y se arrepintieron; mas no pasan dos dias que se tornan á ellos: á buen seguro que no es ésta la amistad que pide la Esposa. Siempre, oh hijas, procurá no ir al confesor cada vez á decir una falta. Verdad es que no podemos estar sin ella; mas siquiera múdense, porque no echen raíces, que serán más malas de arrancar, y aún podrán venir dellas á nacer otras muchas, que si una yerba ó arbolillo ponemos y cada dia le regamos,

cual se para tan grande, que para arrancarle despues es menester pala y azadon. Ansí me parece es hacer cada dia una falta (por pequeña que sea) si no nos enmendamos della; y si un dia ó diez se pone y se arranca luégo, es fácil. En la oracion lo habeis de pedir al Señor, que de nosotros poco podemos, ántes añadiremos que se quitarán. Mirá que en aquel espantoso juicio de la hora de la muerte no se nos hará poco, en especial á las que tomó por esposas el juez en esta vida. ¡ Oh gran dinidadina de despertarnos, para andar con diligencia contentar á este Señor y Rey nuestro! ¡ Mas qué mal pagan estas personas el amistad, pues tan presto se tornan enemigos mortales! Por cierto que es grande la misericordia de Dios: ¿ qué amigo hallaremos tan sufrido? Y áun una vez que acaezca esto entre dos amigos, nunca se quita de la memoria, ni acaban á tener tan fiel amistad como ántes. ¿ Pues qué de veces serán las que faltan en la de Nuestro Señor de esta manera, y qué de años no espera desta suerte? Bendito seais Vos, Señor mio, que con tanta piedad nos llevais, que parece olvidais vuestra grandeza para no castigar, como sería razon, traicion tan traidora como ésta. Peligroso estado me parece, porque aunque la misericordia de Dios es la que vemos, tambien vemos mu-

chas veces morirse en él sin confesion: librenos su Majestad por quien Él es, hijas, de estar en estado tan peligroso.

Hay otra amistad, mayor que ésta, de personas que se guardan de ofender al Señor mortalmente: harto han alcanzado los que han llegado aquí, segun está el mundo. Estas personas, aunque se guardan de no pecar mortalmente, no dejan de caer de cuando en cuando á lo que creo; porque no se les da nada de pecados veniales, aunque hagan muchos al dia, y ansí están cerca de los mortales. Dicen: — De esto haceis caso? muchos que he yo oido. — Para eso hay agua bendita, y los remedios que tiene la Iglesia madre nuestra. ¡Cosa por cierto para lastimar mucho! Por amor de Dios, que tengais en esto gran aviso de nunca os descuidar hacer pecado venial, por pequeño que sea, con acordaros hay este remedio, porque no es razon el bien nos sea ocasion de hacer mal. Acordaros, despues de hecho, este remedio, y procurarle luégo; esto sí. Es muy gran cosa traer siempre la conciencia tan limpia, que ningun impedimento os estorbe á pedir á Nuestro Señor la perfeta amistad que pide la Esposa: al ménos no es ésta que queda dicha: es amistad bien sospechosa por muchas personas, y llegada á regalos, y aparejada para mucha tibieza, y ni bien sabrán si es

pecado venial ó mortal el que hacen. Dios os libre de ella, porque con parecerles no tienen cosas de pecados grandes, como ven á otros, y éste no es estado de perfecta humildad juzgarlos por muy ruines; podrá ser sean muy mejores, porque lloran su pecado, y con gran arrepentimiento, y por ventura mejor propósito que ellos, que darán en nunca ofender á Dios en poco ni en mucho. Estos otros, con parecerles, no hacen ninguna cosa de aquellas; toman más anchura para sus contentos, éstos por la mayor parte ternán sus oraciones vocales, no muy bien rezadas, porque no lo llevan por tan delgado.

Hay otra manera de amistad y paz, que comienza á dar Nuestro Señor á unas personas que totalmente no le querrian ofender en nada; aunque no se apartan tanto de las ocasiones, tienen sus ratos de oracion; dales Nuestro Señor ternuras y lágrimas, mas no querrian ellas dejar los contentos de esta vida, sino tenerla buena y concertada, que parece para vivir acá con descanso les está bien aquello. Esta vida tray consigo hartas mudanzas: harto será si duran en la virtud, porque no apartándose de los contentos y gustos del mundo, presto tornarán á aflojar en el camino del Señor, que hay grandes enemigos para defendérnosle. No es ésta, hijas, la amis-

tad que quiere la Esposa ; tampoco ni vosotras la queráis : apartaos siempre de cualquier ocasioncita , por pequeña que sea , si quereis que vaya creciendo el alma y vivir con seguridad. No sé para qué os voy diciendo estas cosas , si no es para que entendais los peligros que hay en no desviaros con determinacion de las cosas del mundo todas , porque ahórraríamos de hartas culpas y de hartos trabajos. Son tantas las vías por donde comienza Nuestro Señor á tratar amistad con las almas , que sería nunca acabar , me parece , las que yo he entendido , con ser mujer ; ¿ qué harán los confesores y personas que las tratan más particularmente ? Y así que algunas me desatinan , porque no parece les falta nada para ser amigos de Dios. En especial os contaré una persona que há poco traté muy particularmente.

Ella era muy amiga de comulgar muy á menudo mucho , y jamas decia mal de nadie , y ternura en la oracion , y continúa soledad , porque se estaba en su casa de por sí , tan blanda de condicion que ninguna cosa que se le decia la hacía tener ira , que era harta perfeccion , ni decir mala palabra : nunca se habia casado ni era ya de edad para casarse , y habia pasado hartas contradicciones con esta paz , y como via esto parecíanme efectos de muy

aventajada alma , y de gran oracion , y preciábala mucho á los principios , porque no la via ofensa de Dios , y entendia se guardaba de ella. Tratada , comencé á entender de ella que todo estaba pacífico si no tocaba á interese ; mas llegado aquí , no iba tan delgada la conciencia , sino bien grueso : entendé que con sufrir todas las cosas que le decian de esta suerte , tenía un punto de honra que por su culpa no perdiera un tanto ó una puntica de su honra ó estima tan embebida en esta miseria que tenía , y era tan amiga de entender y saber lo uno y lo otro , que yo me espantaba , cómo aquella persona podia estar una hora sola , y bien amiga de su regalo. Todo esto hacía y lo doraba , que lo libraba de ningun pecado ; y segun las razones que daba en algunas cosas me parece que le hiciera yo si se le juzgára (que en otras bien notorio era) , aunque quizá por no se entender bien. Trayame desatinada , y casi todas la tenian por santa , puesto que vi que de las persecuciones que ella contaba haber padecido , debia de tener ella alguna culpa , y no tuve envidia á su modo y santidad , sino que ella y otras dos almas que he visto en esta vida , que ahora me acuerde , santas en su parecer , me han hecho más temor que cuantas pecadoras he visto despues que las trataba , y su-

plicar al Señor nos dé luz. Alabalde, hijas, mucho que os trajo á monesterio, adonde, por mucho que haga el demonio, no puede tanto engañar, como á las que en sus casas están, que hay almas que parece no les falte nada para volar al cielo, porque en todo siguen la perfeccion, á su parecer; mas no hay quien las entienda, porque en los monesterios jamas he visto dejarse de entender, porque no han de hacer lo que quieren, sino lo que les mandan; y acá, aunque verdaderamente se querrian entender ellas, porque desean contentar al Señor, no pueden, porque, en fin, hacen lo que hacen por su voluntad, y aunque alguna vez la contradigan, no se ejercitan tanto en la mortificacion. Dejemos algunas personas á quien muchos años nuestro Señor ha dado luz, que éstas procuran tener quien las entienda, y á quien se sujetar, y la gran humildad tray poca confianza de sí, aunque más letrados sean.

Otros hay que han dejado todas las cosas por el Señor, y ni tienen casa ni hacienda, ni tampoco gustan de regalos, ántes son penitentes, ni de las cosas del mundo, porque les ha dado ya el Señor luz de cuan miserables son; mas tienen mucha honra, no querrian hacer cosa que no fuese tambien aceta á los hombres tanto como al Señor, gran discrecion y prudencia.

Puédense harto mal concertar estas dos cosas; y es el mal que casi, sin que ellos entiendan su imperfeccion, siempre gana más el partido del mundo que el de Dios. Estas almas, por la mayor parte, las lastima cualquier cosa que digan de ellos. No abrazan la cruz, sino llévanla arrastrando, y así las lastima y cansa y hace pedazos; porque si es amada es suave de llevar, y esto es cierto. No, tampoco es esta la amistad que pide la Esposa; por eso, hijas mias, mirá mucho (pues habeis hecho lo que aquí digo al principio) no falteis, ni os detengais en lo segundo. Todo es cansancio para vosotras: si lo habeis dejado lo más, dejad el mundo, los regalos y contentos y riquezas de él, que aunque falsos, en fin, aplacen, ¿qué temeis? Mirá que no lo entendeis, que por libraros de un desabor que os puede dar con un dicho os cargais de mil cuidados y obligaciones. Son tantas las que hay, si queremos contentar á los del mundo, que no se sufre decirlas, por no me alargar, ni áun sabria.

Hay otras almas (y con esto acabo) que por aquí, si vais advirtiéndolo, entenderéis muchas vías por donde comienzan á aprovechar, y se quedan en el camino. Digo que hay otras que ya tampoco se les da mucho de los dichos de los hombres ni de la honra; mas no están ejercitadas en la mortifi-

ficacion y en negar su propia voluntad, y así no parece les sale el miedo del cuerpo; puestos en sufrir, con todo parece está ya acabado; mas en negocios graves de la honra del Señor torna á revivir la suya, y ellos no lo entienden, no les parece temen ya el mundo, sino á Dios: peligros, sacan lo que puede acaescer, para hacer que una obra virtuosa sea tornada en mucho mal, que parece que el demonio se las enseña, mil años ántes profetizan lo que puede venir si es menester. No son estas almas de las que harán lo que San Pedro, de echarse en la mar, ni lo que otros muchos santos. En su sosiego allegarán almas al Señor; mas no puniéndose en peligros, ni la fe en éstos obra mucho para sus determinaciones. Una cosa he notado, que pocos vemos en el mundo (fuera de religion) fiar de Dios su mantenimiento: solas dos personas conozco yo que en la religion ya saben no les ha de faltar, aunque quien entra de véras por sólo Dios, creo no se le acordará de esto: ¿mas cuántos habria, hijas, que no dejarán lo que tenían si no fuera con la seguridad: porque en otras partes que os he dado avisos he hablado mucho en estas almas pusilánimes y dicho el daño que les hace y el gran bien tener grandes deseos ya que no puedan las obras; no digo más destas, aunque nunca me

cansaria. Pues las llega el Señor á tan gran estado, sírvanle con ello, y no se arrinconen, que aunque sean religiosos, si no pueden aprovechar á los prójimos (en especial mujeres) con determinacion grande y vivos deseos de las almas, terná fuerza su oracion, y áun por ventura querrá el Señor que en vida ú en muerte aprovechen, como hace agora el Santo Fray Diego, que era lego, y no hacía más de servir, y despues de tantos años muerto, resucita el Señor su memoria para que nos sea ejemplo. Alabemos á su Majestad. Así que, hijas mias, el Señor, si os ha traído á este estado, poco os falta para la amistad y paz que pide la Esposa: no dejeis de pedir las con lágrimas muy continas y deseos. Haced lo que pudiéredes de vuestra parte para que os la dé; porque sabé que no está la paz y la amistad que pide la Esposa; aunque hace harta merced el Señor á quien llega á este estado, porque será con haberse ocupado en mucha oracion y penitencia y humildad y otras muchas virtudes. Sea siempre alabado el Señor que todo lo da. Amén.

CAPÍTULO III.

De la verdadera paz, amor de Dios y union de Cristo, que nace de la oracion unitiva y llama la Esposa beso de la boca de Dios.

Béseme con el beso de su boca.

¡Oh Santa Esposa! vengamos á lo que vos pedís, que es aquella santa paz que hace aventurar al alma á ponerse á guerra con todos los del mundo, quedándose ella con toda seguridad pacífica. ¡Oh qué dicha tan grande será alcanzar esta merced! Pues es juntarse con la voluntad de Dios, de manera que no hay division entre Él y ella, sino que sea una mesma voluntad, no por palabras, no por solos deseos, sino puesto por obra; de manera que en entendiendo que sirve más á su Esposo en una cosa, haya tanto amor y deseo de contentarle, que no escuche las razones que le dará el entendimiento ni los temores que le porná, sino que deje obrar la fe, de manera que no mire provecho ni descanso, sino acabe ya de entender que en esto está todo su provecho.

Pareceros há, hijas, que eso no va bien, pues es tan loable cosa hacer las cosas con discrecion: habeis de mirar un punto, que es entender que el Señor (á lo que vos podeis entender, digo que cierto que no se puede saber) oido ha vuestra peticion *de*

besaros con beso de su boca. Que si esto conoceis por los efectos, no hay que detenernos en nada, sino olvidaros de vos por contentar á tan dulce Esposo. Su Majestad se da á sentir á los que gozan de esta merced con muchas muestras. Una es menospreciar todas las cosas de la tierra, estimarlas en tan poco como ellas son, no querer bien suyo, porque ya tienen entendido su vanidad: no se alegrar sino con los que aman á su Señor: cánsale la vida: tiene en la estima las riquezas que ellas merecen, otras cosas semejantes á estas que enseña el que las puso en tal estado. Llegada aquí el alma, no tiene que temer, sino es si no ha de merecer que Dios se quiera servir de ella en darla trabajos y ocasion para que pueda servirle, aunque sea muy á costa. Así que aquí, como he dicho, obra el amor y la fe, y no se quiere aprovechar el alma de lo que la enseña el entendimiento. Porque esta union que entre el Esposo y la Esposa hay, la ha enseñado otras cosas, que él no alcanza y traele debajo de los piés. Pongamos una comparacion para que lo entendais. Está un cautivo en tierra de moros, éste tiene un padre pobre, ó un grande amigo, y si éste no le riscata no tiene remedio; y para haberle de riscatar no bastó lo que tiene, sino que ha él de ir á servir por él. El

grande amor que le tiene, pide, que quiera más la libertad de su amigo que la suya; mas luégo viene la discrecion con muchas razones; y dice que más obligado es á sí, y podrá ser que tenga él ménos fortaleza que el otro, y que le hagan dejar la fe, que no es bien ponerse en este peligro, y otras muchas cosas. ¡Oh amor fuerte de Dios! ¡Y cómo no le parece que ha de haber cosa imposible á quien ama! Oh dichosa alma que ha llegado á alcanzar esta paz de su Dios, que esté señoreada sobre todos los trabajos y peligros del mundo, que ninguno teme, á cuenta de servir á tan buen Esposo y Señor, y con razon, que la tiene este pariente ó amigo que hemos dicho. Pues ya habeis leído, hijas, de un santo que no por hijo, ni por amigo, sino porque debia bien haber llegado á esta ventura tan buena de que le hubiese Dios dado esta paz, y por contentar á su Majestad y imitarle en algo de lo mucho que hizo por nosotros, se fué á trocar á tierra de moros por hijo de una viuda que vino á él fatigada, y habeis leído cuán bien le sucedió y con la ganancia que vino. ‘Creeria yo no dejaria su entendimiento de presentarle algunas más razones de las que dije, porque era obispo y habia de dejar sus ovejas, y por ventura ternia temores. Mirá una cosa que se me ofrece ahora y viene á

propósito para los que de su natural son pusilánimes y de ánimos flacos, y por la mayor parte son mujeres, y aunque en ello de verdad su alma haya llegado á este estado, su flaco natural teme. Es menester tener aviso, porque esta flaqueza natural nos hace perder una gran corona. Quando os halláredes con esta pusillanidad acudid á la fe y humildad, y no dejeis de acometer con fe, que Dios lo puede todo, y así pudo dar fortaleza á muchas niñas santas, y se la dió para pasar tantos tormentos, que se determinaron á pasar por Él. Desta determinacion quiere hacerle señor, deste libre albedrío, que no há menester el nuestro esfuerzo de nada; ántes gusta su Majestad de querer que resplandezcan sus obras en gente flaca, porque hay más lugar de obrar su poder y de cumplir el deseo que tiene de hacernos mercedes. Para esto os han de aprovechar las virtudes que Dios os ha dado, para hacer con determinacion y dar de mano á las razones del entendimiento y vuestra flaqueza, para no dar lugar á que crezca con pensar si será ó no quizá por mis pecados no merecer yo que me dé la fortaleza que á otros. No es ahora tiempo de pensar vuestros pecados: dejadlos aparte, que no es con sazón esta humildad: es á mala coyuntura. Quando os quisieren dar una cosa muy honrosa, ó

cuando el demonio os incita á vida regalada ó á otras cosas semejantes, temed, que por vuestros pecados no lo podréis llevar con rectitud; mas cuando hubiéredes de padecer algo por vuestro Señor ó por el prójimo, no hayais miedo á vuestros pecados. Con tanta caridad podréis hacer una obra de éstas que se los perdone todos, y esto teme el demonio; y por esto os la trae á la memoria entónces. Y tened por cierto que nunca dejará el Señor á sus amadores, cuando por sólo Él se aventuran. Si llevan otros intentos de interese propio eso miren, que yo no hablo con los que pretenden contentar con mayor profesion al Señor. Y agora en nuestros tiempos conozco yo una persona, y vosotras la visteis, que me vino á ver á mí, que la movia el Señor con tan gran caridad, que le costó hartas lágrimas no poderse ir á trocar por un cativo. Él lo trató conmigo (era de los Descalzos de fray Pedro de Alcántara), y después de muchas importunaciones recaudó licencia de su general, y estando cuatro leguas de Argel, que iba á cumplir su buen deseo, le llevó el Señor consigo. ¡Y á buen seguro que llevó buen premio! Pues qué de discretos habia, que le decian era disbarate. A los que no llegamos á amar tanto al Señor así nos parece. ¿Y cuán mayor disbarate que acabársenos es-

te sueño de esta vida con tanto seso? Que plega á Dios merezcamos entrar en el cielo, cuanto más ser de estos que tanto se aventajaron en amar á Dios. Ya yo veo es menester grande ayuda suya para cosas semejantes; y por esto os aconsejo, hijas, que siempre con la Esposa pidais esta paz tan regalada, porque así señorea todos estos temorcillos del mundo, que con todo sosiego y quietud le da batería. ¿No está claro, que á quien Dios hiciere tan gran merced de juntarse con un alma en tanta amistad, que la ha de dejar bien rica de bienes suyos? Porque cierto estas cosas no pueden ser nuestras. El pedir y el desear nos haga esta merced podemos, y aún esto con su ayuda: que lo demas, ¿qué ha de poder un gusano, que el pecado le tiene tan acobardado y miserable que todas las virtudes imaginamos tasadamente con nuestro bajo natural? ¿Pues qué remedio, hijas? Pedir con la Esposa: — *béseme el Señor*, etc.

Si una labradorcilla se casase con el rey, y tuviese hijos, ¿ya no quedan de sangre real? Pues si á un alma nuestro Señor hace tanta merced, que tan sin division se junte con ella, ¿qué deseos, qué efectos, qué hijos de obras heróicas podrán nacer de allí, si no fuere por su culpa? Por esto os torno á decir que para cosas semejantes

si el Señor os hiciere merced que ofrezcan hacerlas por Él, que no hagais caso de haber sido pecadoras. Es menester aquí que señoree la fe á nuestra miseria y no os espanteis si al principio de determinaros, y áun despues, sintiéredes temor y flaqueza: no hagais caso de ello, si no es para avisaros más: dejad hacer su oficio á la carne. Mirá que dice el buen Jesus en la oracion del huerto — La carne es enferma y acuérdeseos de aquel tan admirable y lastimoso sudor; pues si aquella carne divina y sin pecado dice su Majestad que es enferma ¿ cómo queremos acá la nuestra tan fuerte que no sienta la persecucion, que le pueda venir y los trabajos? en ellos mismos será como sujeta ya la carne al espíritu. Junta su voluntad con la de Dios no se queja. Ofréceseme ahora como nuestro buen Jesus muestra la flaqueza de su humanidad ántes de los trabajos y en el golfo de ellos gran fortaleza, que, no sólo quejarse, mas en el semblante no hizo cosa por donde pareciese que padecia con flaqueza. Cuando iba al huerto dijo — Triste está mi ánima hasta la muerte; y estando en la cruz, que era estar ya pasando la muerte, no se queja. Cuando en la oracion del huerto iba á despertar á los Apóstoles, pues con más razon se quejará á su Madre cuando estaba al pié de la cruz y no dor-

mia sino padeciendo en su alma y muriendo dura muerte, y siempre nos consuelas quejarnos á los que sabemos sienten nuestros trabajos y nos aman más. Así que no nos quejemos de temores, ni nos desanime ver flaco nuestro esfuerzo, sino procuremos fortalecernos de humildad; y entender claramente lo poco que podemos de nosotras, y que si Dios no nos favorece no somos nada y confiar en su misericordia y desconfiar de todo punto de nuestras fuerzas y que estribar en ello es toda la flaqueza, que no sin mucha causa lo mostró nuestro Señor, que claro está que no lo temia pues era la misma fortaleza, sino para consuelo nuestro y porque entendamos lo que nos conviene ejercitar con obras nuestros deseos, y miremos que á los principios de mortificarse un alma todo se le hace penoso: si comienza á dejar regalos pena, si á dejar honra tormento, si á sufrir una palabra mala intolerable, en fin, nunca le faltan tristezas hasta la muerte. Como acabáre á determinarse á morir al mundo verse ha libre de estas penas; y todo al contrario no haya miedo que se queje. Ya ha alcanzado la paz que pide la Esposa.»

Por cierto que pienso que si nos llegásemos al Santísimo Sacramento con gran fe y amor, que de una vez bastase para de-

jarnos ricos, ¿cuánto más de tantas? Sino que no parece sino cumplimiento el llegar-nos á Él, y así nos luce tan poco. ¡Oh miserable mundo, que así tienes atapados los ojos de los que viven en tí, que no vean los tesoros con que podrian granjear riquezas perpétuas! ¡Oh Señor del cielo y de la tierra! ¿Qué es posible que aún estando en esta vida mortal, se pueda gozar de Vos con tan particular amistad? ¿Y qué tan á las claras lo diga el Espíritu Santo en estas palabras, y que aún no lo queramos entender, que son los regalos con que tratais con las almas en estos Cánticos? ¡Qué requiebros, qué suavidades, que habia de bastar una palabra destas á deshacernos en Vos! Seais bendito, Señor, que por vuestra parte no perderémos nada. ¡Qué de caminos, por qué de maneras, por qué de modos nos mostrais el amor! Con trabajos, con muerte tan áspera, con tormentos, sufriendo cada dia injurias, y perdonando, y no sólo con esto, sino con unas palabras tan heridoras para el alma que os ama, que la decís en estos Cánticos, y le enseñais que os diga, que no sé yo cómo se pueden sufrir, si Vos no ayudais, para que las sufra quien las siente, no como ellas merecen, sino conforme á nuestra flaqueza. Pues, Señor mio, no os pido otra cosa en esta vida, sino que me *beseis con*

beso de vuestra boca, y que sea de manera que aunque yo me quiera apartar de esta amistad y union, esté siempre, Señor de mi vida, sujeta mi voluntad á no salir de la vuestra, que no haya cosa que me impida pueda yo decir, Dios mio y gloria mia, con verdad, que son mejores tus pechos y más sabrosos que el vino.

CAPÍTULO IV.

Del amor de Dios dulce, suave y deleitoso, que nace del morar Dios en el alma en la oracion de quietud, significada en esta palabra, *Pechos de Dios.*

Más valen tus pechos que el vino, que dan de sí fragancia de muy buenos olores.

¡Oh, hijas mias, qué secretos tan grandes hay en estas palabras! Dénoslo nuestro Señor á sentir, que harto mal se puede decir. Cuando su Majestad quiere por su misericordia cumplir esta peticion á la Esposa, es una amistad la que comienza á tratar con el alma, que solas las que la experimentais, la entenderéis, como digo. Mucho della tengo escrito en dos libros (que si el Señor es servido, veréis despues que me muera), y muy menuda y largamente, porque veo que los habréis menester, y así aquí no haré más que tocarlo: no se si acertaré por las mismas palabras que allí quiso el Señor declarallo. Siéntese una

suavidad en lo interior del alma tan grande, que se da bien á sentir estar de ella vecino nuestro Señor. No es ésta sólo una devocion que ahí mueve á lágrimas muchas, y éstas dan satisfaccion, ó por la Passion del Señor, ó por nuestro pecado, aunque en esta oracion de que hablo, que llamo yo de quietud, por el sosiego que hace en todas las potencias, que parece la persona tiene muy á su voluntad, aunque algunas veces se siente de otro modo, cuando no está el alma tan engolfada en esta suavidad, parece que todo el hombre interior y exterior conhorta, como si le echasen en los tuétanos una uncion suavísima, á manera de un gran olor; como si entrásemos en una parte de presto donde le hubiese grande, no de una cosa sola, sino muchas y ni sabemos qué es, ni donde está aquel olor, sino que nos penetra todas. Así parece es este amor suavísimo de nuestro Dios: se entra en el alma y es con gran suavidad y la contenta y satisface y no puede entender cómo ni por dónde entra aquel bien: querria no perderle, querria no menearse, ni hablar, ni áun mirar, porque no se le fuese. Porque á donde he dicho digo lo que el alma ha de hacer aquí para aprovecharnos, y esto no es sino para dar á entender algo de lo que voy tratando, no quiero alargarme más de que en esta

amistad que ya el Señor muestra aquí al alma, que la quiere tan particular con ella, que no haya cosa partida entre entramos. Se le comunican grandes verdades; porque esta luz que la deslumbra, por no entender ella lo que es, la hace ver la vanidad del mundo: no ve al buen maestro que la enseña; aunque entiende claro que está con ella, mas queda tan bien enseñada, y con tan grandes efectos y fortaleza en las virtudes, que no se conoce despues, ni querria otra cosa hacer, sino alabar al Señor; y está, cuando está en este gozo, tan embebida y absorta, que no parece que está en sí, sino con una manera de borrachez divina, que no sabe lo que quiere, ni qué dice, ni qué pide. En fin, no sabe de sí, mas no está tan fuera de sí, que no entienda algo de lo que pasa. Mas cuando este Esposo riquísimo la quiere enriquecer y regalar más, conviértela tanto en Sí, que como una persona que el gran placer y contento la desmaya, le parece se queda suspendida en aquellos divinos brazos, y arrimada á aquel sagrado costado, y aquellos pechos divinos: no sabe más de gozar, sustentada con aquella leche divina que la va criando su Esposo, y mejorándola para poderla regalar, y que merezca cada dia mas. Cuando despierta de aquel sueño, y de aquella embriaguez celestial, queda como cosa es-

pantada y embobada, y con un santo desatino, me parece á mí que puede decir estas palabras—*Mejores son tus pechos que el vino.* Porque cuando estaba en aquella borrachez, parecía que no habia más que subir; mas cuando se vió en más alto grado, y toda empapada en aquella inmemorable grandeza de Dios, y se ve quedar tan sustentada, delicadamente lo comparó y así dice—*Mejores son tus pechos que el vino.* Porque así como un niño no entiende cómo crece, ni sabe cómo mama, que aún sin buscar mamar él ni hacer nada, muchas veces le echan la leche en la boca; así es aquí, que totalmente el alma no sabe de sí, ni hacer nada, ni sabe cómo ni por dónde, no lo puede entender, le vino aquel bien tan grande. Sabe que es el mayor que en la vida se puede gustar, aunque se junten juntos todos los deleites y gustos del mundo. Vese criada y mejorada, sin saber cuándo lo mereció; enseñada en grandes verdades, sin ver el Maestro que la enseña; fortalecida en las virtudes, regalada de quien tan bien lo sabe, y puede hacer: no sabe á qué lo comparar, sino á el regalo de la madre, que ama mucho al hijo, y le cria y regala. «Porque es al propio esta comparacion, que así está el alma elevada y tan sin aprovecharse de su entendimiento, en parte como un niño recibe

aquel regalo, y deléitase en él, mas no tiene entendimiento para entender cómo le viene aquel bien, que en el adormecimiento pasado de la embriaguez, no está el alma tan sin obrar, que algo entiende y obra, porque entiende estar cerca de Dios, y así con razon dice — «Mejores son tus pechos que el vino. Grande es, Esposo mio, esta merced, sabroso convite, precioso vino me dais, que con sola una gota me hace olvidar de todo lo criado, salir de las criaturas y de mí, para no querer ya los contentos y regalos, que hasta aquí quería mi sensualidad. Grande es éste, no le merecia yo.» Despues que su Majestad se le hizo mayor y la llegó más á sí, con razon dice — «Mejores son tus pechos que el vino; gran merced era la pasada, Dios mio, mas muy mayor es esta, porque hago yo ménos en ella; y así es de todas maneras mejor. Gran gozo es y deleite del alma cuando llega aquí.» Oh, hijas mias, déos nuestro Señor á entender, ó por mejor decir, á gustar (que de otra manera no se puede entender), que es del gozo del alma cuando está así. Allá se avengan los del mundo con sus riquezas, y con sus deleites, y con sus honras, y con sus manjares, que si todo lo pudiesen gozar sin los trabajos que traen consigo (lo que es imposible) no llegará en mil años al contento que en un momento

tiene un alma, á quien el Señor llega aquí. San Pablo dice: que no «son dinos todos los trabajos del mundo para la gloria que esperamos»: yo digo, que no son dinos, ni pueden merecer una hora de esta satisfacción, que aquí da Dios al alma, y gozo y deleite. No tiene comparacion á mi entender, ni se puede merecer un regalo tan regalado de nuestro Señor, una union tan unida, un amor tan dado á entender, y gustar con las bajezas de las cosas del mundo. ¡Donosos son sus trabajos para compararlos á esto! Que si no son pasados por Dios, no valen nada; y si lo son, su Majestad los da tan medidos con nuestras fuerzas, que de miserables y pusilánimes los tememos tanto. ¡Oh cristianos! ¡Oh hijas mías! Despertemos ya, por amor del Señor, de este sueño, y miremos, que aun no nos guarda para la otra vida el premio de amarle: en esta comienza la paga. ¡Oh Jesus mio! ¡Quién pudiese dar á entender la ganancia que hav de arrojarnos en los brazos de este Señor nuestro, y nacer un concierto con su Majestad, que «mire yo á mi amado y mi amado á mí; y mire Él por mis cosas, y yo por las suyas!» no nos queramos tanto que nos saquemos los ojos, como dicen. Torno á decir, Dios mio, y á suplicaros por la sangre de vuestro Hijo, que me hagáis esta merced, *béseme con beso*

de su boca, que sin Vos, ¿qué soy yo, Señor? Si no estoy junto á Vos, ¿qué valgo? Si me desvio un poquito de vuestra Majestád, ¿á dónde voy á parar? ¡Oh, Señor mio y misericordia mia y bien mio! y ¿qué mejor quiero yo en esta vida que estar tan junto á Vos, que no haya division entre Vos y mí? Con esta compañía ¿qué se puede hacer dificultoso? ¿Qué no se puede emprender por Vos, teniéndoos tan junto? ¿Qué hay que agradecerme, Señor, que culparme muy mucho por lo que no os sirvo? Y ansí os suplico con San Agustin, con toda determinacion, que «me deis lo que mandades, y mandadme lo que quisieres»: no volveré las espaldas jamas con vuestro favor y ayuda. «Ya yo veo, Esposo mio, que Vos sois para mí, no lo puedo negar. Por mí venisteis al mundo, por mí pasasteis tan grandes trabajos, por mí sufristeis tantos azotes, por mí os quedastes en el Santísimo Sacramento y ahora me haceis tan grandísimos regalos. Pues, Esposa santa, como dije yo, que Vos decis, ¿qué puedo hacer por mi Esposo! Por cierto, hermanas, que no sé cómo paso de aquí. ¿En qué seré para Vos, mi Dios? ¿Qué puede hacer por Vos quien se dió tan mala maña? perder las mercedes que me habeis hecho. ¿Qué se podia esperar de sus servicios? Ya ya que con vuestro favor haga algo, mirá

I. C. H.

qué puede hacer un gusanillo, ¿para qué le há menester un poderoso Dios? ¡Oh amor, que en muchas partes querría decir esta palabra, porque sólo Él es quien se puede atrever á decir con la Esposa—¡Yo amé á mi Amado! Él nos da licencia para que pensemos que Él tiene necesidad de nosotras este verdadero Amador, Esposo y bien mio. Pues nos da licencia, torneïmos, hijas, á decir: mi Amado á mí, y yo á mi Amado. ¡Vos á mí, Señor! Pues si Vos venis á mi, ¿en qué dudo que puedo mucho serviros? Pues de aquí adelante, Señor, quiérome olvidar de mí, y mirar solo en qué os puedo servir y no tener voluntad sino la vuestra. Mas mi poder no es poderoso. Vos sois el poderoso, Dios mio: en lo que yo puedo, que es determinarme, desde este punto lo hago para ponerlo por obra.»

CAPÍTULO V.

Del amor firme, seguro y de asiento, que nace de verse el alma amparada de la sombra de la Divinidad, y de ordinario la suele Dios dar á los que han preservado en su amor y padecido trabajos por Él, y del fruto grande que deste amor viene.

Sentéme á la sombra del que deseaba, y su fruto es dulce para mi garganta.

Ahora preguntemos á la Esposa: sepamos de esta bendita alma, llegada á esta boca divina, y sustentada con estos pechos

celestiales (para que sepamos si el Señor nos llega alguna vez á tan gran merced) qué hemos de hacer, cómo hemos de estar, qué hemos de decir. Lo que nos dice es: «Asentéme á la sombra de aquel á quien habia deseado, y su fruto es dulce para mi garganta. Metióme el Rey en la bodega del vino, y ordenó en mí la caridad.» Dice: «Asentéme en la sombra del que habia deseado.»

¡Oh válame Dios, qué metida está el alma y abrasada en el mismo sol! Dice que se sentó á la sombra del que habia deseado. Aquí no le hace sino manzano, y dice que es fruta dulce para mi garganta. ¡Oh almas que teneis oracion, gustad de todas estas palabras! ¿De qué manera podemos considerar á nuestro Dios? ¡Qué diferencia de manjares podemos hacer de Él! Es maná, que sabe conforme á lo que queremos que sepa. ¡Oh que sombra ésta tan celestial, y quién supiera decir lo que de esto da á entender el Señor! Acuérdomeme cuando el ángel dijo á la Virgen sacratísima Señora nuestra:—*La virtud del muy alto os hará sombra.* ¡Qué amparada se debe ver un alma cuando el Señor la pone en esta grandeza! Con razon se puede asentar y asegurar. Ahora notad que por la mayor parte, y cuasi siempre, si no es alguna persona que quiere nuestro Se-

ñor hacer algun señalado llamamiento (como hizō á san Pablo, que le puso luégo en la cumbre de la contemplacion, y se le apareció y habló de manera, que quedó bien ensalzado desde luégo) da Dios estos regalos tan subidos, y hace mercedes tan grandes á personas que han mucho trabajado en su servicio y deseado su amor, y procurado disponerse para que sean agradables á su Majestad todas sus cosas, ya cansadas de grandes años de meditacion y de haber buscado este Esposo, y cansadísimas de las cosas del mundo, que estas tales asiéntanse en la verdad, no buscan en otra parte su consuelo, sosiego, ni descanso, sino á donde entienden que con verdad le pueden tener: pónense debajo del amparo del Señor, no quieren otro. ¡Y cuán bien hacen de fiarse de su Majestad, que así como lo han deseado lo cumple! ¡Y cuán venturosa es el alma que merece estar debajo de esta sombra, áun para cosas que se pueden acá ver! que para lo que el alma puede entender, es otra cosa, según he entendido muchas veces. Parece que estando el alma en el deleite que queda dicho, que se siente estar toda engolfada y amparada con una sombra y manera de nube de la Divinidad, de donde vienen influencias al alma y rocío tan deleitoso, que bien con razon qui-

tan el cansancio que le han dado las cosas del mundo. Una manera de descanso siente allí el alma, que aún la cansa el haber de resolgar; y las potencias tan sosegadas y quietas, que á un pensamiento, aunque sea bueno, no querría entónces admitir la voluntad ni le admite por vía de inquirirle ni procurarle. No há menester menear la mano, ni levantarse (digo la consideracion) para nada, porque cortado y guisado y aún comido le da el Señor de la fruta del manzano á que ella compara á su amado, y así dice, *que su fruto es dulce para su garganta*; porque aquí todo es gustar sin ningún trabajo de las potencias, y en esta sombra de la Divinidad, que bien se dice sombra, porque con claridad no la podemos acá ver, sino debajo de esta nube, hasta que el sol resplandeciente envía por medio del amor una noticia de que se está tan junto su Majestad, que no se puede decir, ni es posible. Sé yo, que á quien hobiere pasado por ello entenderá cuán verdaderamente se puede dar aquí este sentido á estas palabras, que dice la Esposa. Paréceme á mí que el Espíritu Santo debe ser medianero entre el alma y Dios, y el que la mueve con tan ardientes deseos, que la hace encender en fuego soberano, que tan cerca está. ¡Oh Señor, que son aquí las misericordias que usais con el

alma! Seais bendito y alabado para siempre, que tan buen amador sois. ¡Oh Dios mio y Criador mio! ¿Es posible que hay nadie que no os ame? ¡Oh triste de mí, y como soy yo la que mucho tiempo no os amé! ¿Por qué no merecí conoceros? Como baja sus ramas este divino manzano, para que unas veces las coja el alma considerando sus grandezas, y las muchedumbres de sus misericordias que ha usado con ella, y que vea y goce del fruto que sacó Jesucristo Señor nuestro de su Pasion, regando este árbol con su sangre preciosa, con tan admirable amor. Antes de ahora dice el alma que goza del mantenimiento de sus pechos divinos: como principiante en recibir estas mercedes, la sustentaba el Esposo: ahora va ya más crecida, y vala más habilitando para darle más: mantiénela con manzanas, quiere que vaya entendiendo lo que está obligada á servir y á padecer. Y áun no se contenta con todo esto (cosa maravillosa y de mirar mucho) de que el Señor entiende que un alma es toda suya, suya sin otro interese ni otras cosas que la muevan por sola ella, sino por quien es su Dios, y por el amor que tiene, como nunca cesa de comunicarse con ella, de tantas maneras y modos, como quien es la misma Sabiduría. Parecia que no habia más que dar en la

primera paz, y es lo que queda dicho, y muy más subida merced: queda mal dicho, porque no he hecho sino apuntarlo. En el libro que os he dicho, hijas, lo hallaréis con mucha mas claridad, si el Señor es servido que salga á luz. ¿Pues qué podrémos ya desear más desto que ahora se ha dicho? ¡Oh válame Dios, y qué nonada son nuestros deseos para llegar á vuestras grandezas, Señor! ¡Qué bajos quedaríamos, si conforme á nuestro pedir fuese vuestro dar! Ahora miremos lo que dijo adelante desto la Esposa.

CAPÍTULO VI.

Del amor fuerte de suspension y arrobamientos, en el cual, pareciendo al alma que no hace nada, la ordena Dios la caridad, dándole virtudes heroicas.

Metióme el Rey en la bodega del vino y ordenó en mí la caridad.

Pues estando ya la Esposa descansando debajo de sombra tan deseada (y con tanta razon), ¿qué le queda que desear á un alma que llega aquí, sino es que no le falte aquel bien para siempre? A ella no parece que hay más que desear, mas á nuestro Rey sacratísimo fáltale mucho por dar: nunca querria hacer otra cosa si hallase á quién. Y como he dicho muchas veces, deseo, hijas, que nunca se os olvide, no se conten-

ta el Señor con darnos tan poco como son nuestros deseos: yo lo he visto acá en algunas cosas que comienza uno á pedir al Señor, le de en qué merezca y cómo padezca algo por El, no yendo su intento á más de lo que le parece sus fuerzas alcanzan (como Su Majestad las puede hacer crecer) en pago de aquello poquito que se determinó por el, dale tantos trabajos y persecuciones y enfermedades, que el pobre hombre no sabe de sí. A mí mesma me ha acaecido en tiempo de harta mocedad, y decir algunas veces: ¡Oh, Señor, que no querria yo tanto! Mas daba Su Majestad la fuerza de manera, y la paciencia, que áun ahora me espanto cómo lo podia sufrir; y no trocaria aquellos trabajos por todos los tesoros del mundo. Dice la Esposa: *Entróme el Rey*. ¡Oh cuánto hinche aquí este nombre, Rey poderoso, y ver que no tiene superior, ni acabará su reinar para sin fin! Y el alma que está así, á buen seguro que no le faltase mucho para conocer de la grandeza deste Rey, que todo lo que es, es imposible en esta vida mortal.

Dice que la entró en la bodega del vino y ordenó en mí la caridad. Entiendo yo de aquí que es grande la grandeza de esta merced. Porque puede ser dar á beber más ó ménos de un vino, y de un vino bueno, y otro mejor, y embriagar y emborrachar

á uno más ó ménos : así en las mercedes del Señor, que á uno da poco vino de devoción, á otro más, á otro crece de manera, que le comienza á sacar de sí y de su sensualidad, y de todas las cosas de la tierra ; á otros da hervor grande en su servicio, á otros ímpetus, á otros gran caridad con los prójimos, de manera que andan tan embebidos, que no sienten los trabajos grandes que aquí pasan : mas lo que dice la Esposa es mucho junto. *Meterla en la bodega*, para que allí más sin tasa pueda salir rica. No parece que el Rey quiere dejarle nada por dar, sino que beba, conforme á su deseo, y se embriague bien, bebiendo de todos esos vinos que hay en la despensa de Dios. Gócese de esos goces, admírese de sus grandezas, no tema perder la vida de beber tanto, que sea sobre la flaqueza de su natural : muérase en ese paraíso de deleites. ¡Bienaventurada tal muerte que así hace vivir ! Y verdaderamente así lo hace, porque son tan grandes las maravillas que el alma entiende, sin entender cómo lo entiende, que queda tan fuera de sí, como ella misma lo dice en decir : *Ordenó en mí la caridad*.

¡Oh palabras que nunca se habian de olvidar al alma, á quien nuestro Señor regala ! ¡Oh soberana merced, y que sin poderse merecer, si el Señor no diese caudal

para ello! Bien, que aún para amar no se halla dispierta: mas bienaventurado sueño, dichosa embriaguez, que hace suplir al Esposo lo que el alma no puede, que es dar órden tan maravillosa, que estando todas las potencias muertas ó dormidas, quede el amor vivo; y que sin entender cómo obra, ordene el Señor que obre tan maravillosamente, que esté hecha una cosa con el mesmo Señor del amor, que es Dios, con una limpieza grande; porque no hay quien le estorbe, ni sentidos ni potencias; digo ni entendimiento y memoria: tampoco la voluntad se entiende.

Pensaba yo ahora si es cosa que hay alguna diferencia la voluntad y el amor. Y páreceme que sí, no sé si es bobería: páreceme que es el amor una saeta que envia la voluntad, que si va con toda la fuerza que ella tiene, libre de todas las cosas de la tierra, empleada en sólo Dios, muy de verdad debe de herir á Su Majestad; de suerte que, metida en el mesmo Dios, que es amor, torna de allí con grandísimas ganancias, como diré: y es así, que informado de algunas personas, á quien ha llegado nuestro Señor á tan gran merced en la oracion, que los llega á este embebecimiento santo con una suspension, que aún en lo exterior se ve que no están en sí, preguntadas lo que sienten, en ninguna manera

lo saben decir, ni supieron, ni pudieron entender cosa de cómo obra allí el amor. Entiéndese bien las grandísimas ganancias que saca un alma de allí, por los efectos, y por las virtudes, y la viva fe que le queda y el desprecio del mundo. Mas como se le dieron estos bienes, y lo que el alma goza aquí ninguna cosa se entiende, si no es al principio cuando comienza, que es grandísima la suavidad. Ansí que está claro ser lo que dice la Esposa, porque la sabiduría de Dios suple aquí por el alma, y El ordena cómo gane tan grandísimas mercedes en aquel tiempo, porque estando tan fuera de sí, y tan asorta, que ninguna cosa puede obrar con las potencias, ¿cómo había de merecer? Pues es posible que la hace Dios merced tan grande, para que pierda el tiempo y no gane nada en Él, no es de creer. ¡Oh secretos de Dios! Aquí no hay más de rendir nuestros entendimientos y pensar que para entender las grandezas de Dios no valen nada. Aquí viene bien el acordarnos, cómo lo hizo con la Virgen nuestra Señora con toda la sabiduría que tuvo, y cómo preguntó al ángel: *¿Cómo será esto?* En diciéndola: *El Espíritu Santo sobreverná en tí, y la virtud del muy alto te hará sombra*, no curó de más disputar como quien tenía tan gran fe y sabiduría, entendió luego, que entrevi-

niendo estas dos cosas, no habia más que saber ni dudar. No como algunos letrados, que no les lleva el Señor por este modo de oracion, ni tienen principio de espíritu, que quieren llevar las cosas por tanta razon, y tan metidas por sus entendimientos, que no parece sino que han ellos con sus letras de comprender todas las grandezas de Dios. ¡Si deprendiesen algo de la humildad de la Virgen sacratísima! ¡Oh, Señora mia, cuán al cabal se puede entender por Vos lo que pasó Dios con la Esposa, conforme á lo que dice en los Cánticos! Y así ver podeis, hijas, en el Oficio que rezamos de nuestra Señora cada semana, lo mucho que está dello en Antífonas y Lecciones. En otras almas podránlo entender cada uno, como Dios lo quiere dar á entender, que muy claro podrá ver si ha llegado á recibir algo de estas mercedes, semejantes á esto que dice la Esposa: *Ordenó en mí la caridad*. Porque no saben á dónde estuvieron, ni cómo en regalo tan subido contentaron al Señor, ni qué se hicieron, pues no le daban gracias por ello. ¡Oh, alma amada de Dios! no te fatigues, que cuando Su Majestad te llega á tí y te habla tan regaladamente, como verás en muchas palabras que dice en los cánticos á la Esposa, como *Toda eres hermosa, amiga mia*, y otras, como digo, muchas, en que mues-

tra el contento que tiene de ella: de creer es que no consentirá que le descontente á tal tiempo, sino que le ayudará á lo que ella no supiere para contentarse de ella más. Véla perdida de sí, enajenada por amarle, y que la misma fuerza del amor le ha quitado el entendimiento para poderle más amar; sí, ¿qué no ha de sufrir dejar de darse á quien se le da toda? Paréceme á mí que va Su Majestad esmaltando sobre este oro, que ya tiene aparejado con sus dones, y tocado para ver de qué quilates es el amor que le tiene, por mil maneras y modos, que el alma que llega aquí podrá decir. Esta alma, que es el oro, estáse en este tiempo sin hacer más movimiento, ni obrar más por sí, que estaria el mismo oro y la divina sabiduría; contenta de verla así: como hay tan pocas que con esta fuerza le amen, va asentando en este oro muchas piedras preciosas y esmaltes con mil labores. Pues esta alma, ¿qué hace en este tiempo? Esto es lo que no se puede entender, ni saber más de lo que dice la Esposa: *Ordenó en mí la caridad.*

Ella al ménos si ama, no sabe cómo, ni entiende qué es lo que ama: el grandísimo amor que la tiene el Rey que la ha traído á tan gran estado, debe de haber juntado el amor de esta alma á Sí, de manera que no lo merece entender el entendimiento,

sino estos dos amores se tornan uno; y puesto tan verdaderamente, y junto con el de Dios, ¿cómo le ha de alcanzar el entendimiento? Piérdele de vista en aquel tiempo, que nunca dura mucho, sino con brevedad, y allí le ordena de manera Dios, que sabe bien contentar á Su Majestad entonces, y áun despues, sin que el entendimiento lo entienda, como queda dicho. Mas entiéndelo bien despues que ve esta alma esmaltada y compuesta de piedras y perlas de virtudes, que le tienen espantado y puede decir: *¿Quién es ésta que ha quedado como el sol?* ¡Oh verdadero Rey, y qué razon tuvo la Esposa de poneros este nombre! Pues en un momento podeis dar riquezas y ponerlas en un alma, que se gozan para siempre. ¡Qué ordenado deja el amor en esta alma!

Yo podré dar buenas señas de esto, porque he visto algunas. De una me acuerdo ahora, que en tres dias la dió el Señor bienes, que si la experiencia de haber ya algunos años, y siempre mejorando, no me lo hicieran creer, no me parecia posible; y áun á otra en tres meses, y entramas eran de poca edad. Otras he visto, que despues de mucho tiempo les hace Dios esta merced: y he dicho de estas dos y de alguna otras podia decir, porque he escrito aquí que son pocas las almas, que sin haber

pasado muchos años de trabajos, les hace nuestro Señor estas mercedes, para que se entienda con algunas. No se ha de poner tasa á un Señor tan grande, y tan ganoso de hacer mercedes. Acaece, y esto es casi ordinario, cuando el Señor llega á un alma á hacerla estas mercedes (digo que sean mercedes de Dios, no sean ilusiones ó melancolías ó ensayos que hace la misma naturaleza; esto el tiempo lo viene á descubrir, y áun esotro tambien, porque quedan las virtudes tan fuertes y el amor tan encendido, que no se encubre, porque siempre, áun sin querer, aprovechan á otras almas). *Ordenó en mí el Rey la caridad, tan ordenada, que el amor que tenía al mundo se le quita, y el que así le vuelve en desamor, y el que á sus deudos queda de suerte que sólo los quiere por Dios; y el que á los enemigos, no se podrá creer sino se prueba; es muy crecido el que á Dios, tan sin tasa, que la aprieta algunas veces más de lo que puede sufrir su bajo natural, y como ve que ya desfallece y va á morir, dice: Sosténeme con flores, y acompañadme con manzanas, porque desfallezco de mal de amores.*

CAPÍTULO VII.

Del amor de Dios provechoso, que es el sumo grado de amor, y tiene dos partes. La primera, cuando el alma por solo el deseo de agradar á Dios, ejercita obras grandes de su servicio. La segunda, cuando á imitacion de Cristo crucificado pide y desea tribulaciones

*Sostenéme con flores, y acompañadme con manzanas,
porque desfallezco de mal de amores.*

¡ Oh qué lenguaje tan divino este para mi propósito ! ¿ Cómo, Esposa santa, mata os la suavidad ? porque segun he sabido, algunas veces es tan excesiva, que deshace el alma de manera, que no parece ya que la hay para vivir, y pedís flores. ¿ Qué flores son éstas ? Porque éste no es el remedio, salvo si no le pedís para acabar ya de morir, que á la verdad no se desea cosa más cuando el alma llega aquí. Mas no viene bien, porque dice — *Sostenéme con flores* : y el sostener no me parece que es pedir la muerte, sino querer con la vida servir en algo á quien tanto ve que debe. No penseis, hijas, que es encarecimiento decir que muere, sino que, como he dicho, pasa en hecho de verdad. Que el amor obra con tanta fuerza algunas veces, que se enseñorea de manera sobre todas las fuerzas del sujeto natural, que sé de una persona, que estando en oracion semejante, oyó cantar una buena voz, y certifica que, á su parecer, si el canto no cesára, iba

ya á salirsele el alma, del gran deleite y suavidad que nuestro Señor le daba á gustar, y así proveyó su Majestad que dejase el canto quien cantaba, que la que estaba en esta suspension bien se podia morir, mas no decir que cesase; porque todo el movimiento exterior estaba sin poder hacer operacion ninguna, ni bullirse, y este peligro en que se vía se entendia bien; mas de un arte como quien está en un sueño profundo de cosa que querria salir della, y no puede hablar, áun que quiera. Aquí el alma no querria salir de ella, ni le seria penoso, sino grande contentamiento, que eso es lo que desea. ¡Y cuán dichosa muerte sería á manos de este amor! sino que algunas veces dale su Majestad luz de que es bien que viva, y ella ve no lo podrá su natural flaco sufrir, si mucho dura aquel bien, y pídele otro bien para salir de aquel tan grandísimo, y así dice—*Sostenéme con flores*. De otro olor son esas flores que las que acá olemos. Entiendo yo aquí, que pide hacer grandes obras en servicio de nuestro Señor y del prójimo, y por esto huelga de perder aquel deleite y contento; que aunque es vida más ativa que contemplativa, y parece perderá si le concede esta peticion, cuando el alma está en este estado, nunca dejan de obrar casi juntas Marta y María, porque en lo

ativo, y que parece exterior, obra lo interior, y cuando las obras ativas salen de esta raíz, son admirables y olorosísimas flores, porque proceden de este árbol de amor de Dios, y por solo Él, sin ningun interese propio, y extiéndese el olor de estas flores, para aprovechar á muchos, y es olor que dura: no pasa presto, sino que hace gran operacion.

Quiérome declarar más, porque lo entendais. Predica uno un sermon, con intento de aprovechar las almas, mas no está tan desasido de provechos humanos, que no lleva alguna pretension de contentar, ó por ganar honra ó crédito, ó que si está puesto á llevar alguna calonjía por predicar bien. Ansí son otras cosas que hacen en provecho de los prójimos muchos, y con buena intencion; mas con mucho aviso de no perder por ellos ni descontentar. Temen persecucion: quieren tener gratos los reyes y señores y el pueblo: van con la discrecion que el mundo tanto honra: ésta es amparadora de hartas imperfecciones, porque le ponen nombre de discrecion, y plega al Señor que lo sea. Estos servirán á su Majestad, y aprovechan mucho, mas no son ansí las obras que pide la Esposa, á mi parecer, y las flores, sino un mirar á sola honra y gloria de Dios en todo. Que verdaderamente á las almas que

el Señor llega aquí, según he entendido de algunas, creo no se acuerdan más de sí, que si no fuesen, para ver si perderán ó ganarán, sólo miran al servir y contentar al Señor, porque saben el amor que tiene á sus criados, gustan de dejar su sabor y bien por contentarle en servirlos, y decirles las verdades, para que se aprovechen sus almas, por el mejor término que pueden, ni se acuerdan, como digo, si perderán ellos: la ganancia de sus prójimos tienen presente, y no más; por contentar más á Dios, se olvidan á sí por ellos, y pierden la vida en la demanda, como hicieron muchos mártires, y envueltas sus palabras en este tan subido amor de Dios, emborrachadas de aquel vino celestial, no se acuerdan, y si se acuerdan, no se les da nada descontentar á los hombres: estos tales aprovechan mucho. Acuérdomé ahora lo que muchas veces he pensado de aquella santa Samaritana, que herida debía de estar de esta yerba, y cuán bien habia comprendido en su corazón las palabras del Señor, pues deja al mismo Señor, porque ganen y se aprovechen los de su pueblo, que da bien á entender esto que voy diciendo: y en pago de esta tan gran caridad mereció ser creída, y ver el gran bien que hizo nuestro Señor en aquel pueblo. Paréceme que debe de ser uno de los

grandísimos consuelos que hay en la tierra, ver uno almas aprovechadas por medio suyo. Entónces me parece se come el fruto gustosísimo de estas flores. Dichosos á los que el Señor hace estas mercedes, bien obligados están á servirle. Iba esta santa mujer con aquella borrachez divina dando gritos por las calles. Lo que me espanta á mí es ver cómo la creyeron una mujer, y no debia de ser de mucha suerte, pues iba por agua : de mucha humildad sí, pues cuando el Señor la dijo sus faltas, no se agravió (como lo hace ahora el mundo, que son malas de sufrir las verdades) sino díjole, que debia ser profeta. En fin, le dieron crédito, y, por solo su dicho, salió gran gente de la ciudad á ver al Señor. Ansí digo que aprovechan mucho los que despues de estar hablando con su Majestad algunos años, ya que reciben regalos y deleites suyos, no quieren dejar de servir en las cosas penosas, aunque se estorben estos deleites y contentos : digo que estas flores y obras salidas y producidas del árbol de tan herviente amor, dura su olor mucho mas, y aprovecha más un alma de estas con sus palabras y obras, que muchos que las hagan con el polvo de nuestra sensualidad, y con algun interese propio.

Destas produce la fruta : estos son los

manzanos que luégo dice la Esposa — *Acompañadme de manzanos*. Dadme, Señor, trabajos, dadme persecuciones; verdaderamente los desea, y áun salen bien de ellos; porque, como ya no mira su contento, sino el contentar á Dios, su gusto es en imitar en algo la vida trabajosísima que Cristo vivió. Entiendo yo por el manzano el árbol de la cruz, porque dijo en otro cabo en los Cantares: *Debajo del árbol manzano te resucité*: y un alma, que está rodeada de cruces de trabajos, gran remedio espera. No está tan de ordinario en el deleite de la contemplacion; tiénele grande en padecer, mas no la consume y gasta la virtud, como lo debe hacer, si es muy ordinario esta suspension de las potencias en la contemplacion. Y tambien tiene razon de pedir esto, que no ha de ser siempre gozar sin servir ni trabajar en algo. Yo lo miro con advertencia en algunas personas (que muchas no las hay por nuestros pecados) que mientras más adelante están en esta oracion y regalos de nuestro Señor, más acuden á los regalos y salvacion de los prójimos, en especial á las de las ánimas, que por sacar una de pecado mortal, parece darán muchas vidas, como dije al principio.

¡Quién hará creer esto á los que comienza nuestro Señor á dar regalos! Sino que

quizá les parecerá trayn estotros la vida mal aprovechada, y que estarse ellos en su rincon gozando de ésto, es lo que hace al caso. Es providencia del Señor, á mi parecer, no entender éstos á dónde llegan estotras almas; porque en el hervor de los principios, querrian luego dar salto hasta allí, y no les conviene, porque áun no están criadas, sino que es menester que se sustenten más dias con la leche que dije al principio. Estéense cabe aquellos divinos pechos, que el Señor terná cuidado, cuando estén ya con fuerzas, de sacarlas á más, porque no harian el provecho que piensan, ántes se le dañarian á sí. Y porque en el libro que os he dicho hallaréis cuando ha un alma de desear salir aprovechar á otras, y el peligro que es salir ántes de tiempo muy por menudo, no lo quiero decir aquí, ni alargarme más en esto, pues mi intento fué, cuando lo comencé, daros á entender cómo podréis regalaros, cuando oyerdes algunas palabras de los Cánticos, y pensar (aunque son á entender vuestro escuras) los grandes misterios que hay en ellas; y alargarme más, sería atrevimiento. Plega al Señor no lo haya sido lo que he dicho, aunque ha sido por obedecer á quien me lo ha mandado. Sírvase su Majestad de todo, que si algo bueno va aquí, bien creeréis no es mio, pues ven

las hermanas que están conmigo con la priesa que lo he escrito, por las muchas ocupaciones. Suplicá á su Majestad que yo lo entienda por experiencia. A la que le pareciere que tiene algo de esto, alabe á nuestro Señor, y pídale esto postrero, porque no sea para sí sola la ganancia. Plega á nuestro Señor nos tenga de su mano, y enseñe siempre á cumplir su voluntad.

Amén.

EXCLAMACIONES.

I.

¡Oh vida, vida! ¿Cómo puedes sustentarte estando ausente de tu Vida? En tanta soledad, en qué te empleas? ¿Qué haces, pues todas tus obras son imperfectas y faltas? ¿Qué te consuela, oh ánima mia, en este tempestuoso mar? Lástima tengo de mí, y mayor del tiempo que no viví lastimada. ¡Oh Señor, que vuestros caminos son suaves! Mas ¿quién caminará sin temor? Temo de estar sin serviros, y cuando os voy á servir, no hallo cosa que me satisfaga, para pagar algo de lo que debo. Parece que me querría emplear toda en esto, y cuando bien considero mi miseria, veo que no puedo hacer nada que sea bueno, si no me lo dais Vos. ¡Oh Dios mio, Misericordia mia! ¿qué haré para que no deshaga yo las grandezas que Vos haceis conmigo? Vuestras obras son santas, son justas, son de inestimable valor, y con gran sabiduría, pues la misma sois

Vos, Señor. Si en ella se ocupa mi entendimiento, quéjase la voluntad, porque querria que nadie la estorbase á amaros; pues no puede el entendimiento en tan grandes grandezas alcanzar quién es su Dios, y deséale gozar, y no ve cómo puesta en cárcel tan penosa como esta mortalidad. Todo lo estorba, aunque primero fué ayudada en la consideracion de vuestras grandezas, á donde se hallan mejor las innumerables bajezas mias. ¿Para qué he dicho esto, mi Dios? ¿A quién me quejo? ¿Quién me oye sino Vos, Padre y Criador mio? Pues para entender Vos mi pena, ¿qué necesidad tengo de hablar, pues tan claramente veo que estais dentro de mí? Este es mi desatino. Mas ¡ay Dios mio! ¿Cómo podré yo saber cierto, que no estoy apartada de Vos? ¡Oh vida mia, que has de vivir con tan poca seguridad de cosa tan importante! Quien te deseará, pues la ganancia que de tí se puede sacar, ú esperar, que es contentar en todo á Dios, está tan incierta y llena de peligros.

II.

Muchas veces, Señor mio, considero, que si con algo se puede sustentar el vivir sin Vos, es en la soledad, porque descansa el alma con su descanso; puesto que como

no se goza con entera libertad, muchas veces se dobla en tormento; mas el que da el haber de tratar con las criaturas, y dejar de entender el alma á solas con su Criador, hace tenerle por deleite. ¿Mas qué es esto, mi Dios, que el descanso causa al alma, que sólo pretende contentaros? ¡Oh amor poderoso de Dios, cuán diferentes son tus efectos del amor del mundo! Este no quiere compañía, por parecerle que le han de quitar de lo que posé: El de mi Dios mientras más amadores entiende que hay, más crece, y así sus gozos se templan en ver que no gozan todos de aquel bien. ¡Oh bien mio! Que esto hace, que en los mayores regalos y contentos que se tienen con Vos, lastime la memoria de los muchos que hay, que no quieren estos contentos, y de los que para siempre los han de perder. Y así el alma busca medios para buscar compañía, y de buena gana deja su gozo, cuando piensa será alguna parte, para que otros le procuren gozar. Mas, Padre celestial mio, ¿no valdria más dejar estos deseos para cuando esté el alma con ménos regalos vuestros, y ahora emplearse toda en gozaros? ¡Oh Jesus mio, cuán grande es el amor que tenéis á los hijos de los hombres! Que el mayor servicio que sé os puede hacer, es dejaros á Vos por su amor y ganancia, y

entónces sois poseído más enteramente; porque aunque no se satisface tanto en gozar la voluntad, el alma se goza de que os contenta á Vos, y ve que los gozos de la tierra son inciertos, aunque parezcan dados de Vos, miéntras vivimos en esta mortalidad, si no van acompañados en el amor del prójimo. Quien no le amáre, no os ama, Señor mio; pues con tanta sangre vemos mostrado el amor tan grande que teneis á los hijos de Adan.

III.

Considerando la gloria que teneis, Dios mio, aparejada á los que perseveraren en hacer vuestra voluntad, y con cuántos trabajos y dolores la ganó vuestro Hijo, y cuán mal lo teníamos merecido, y lo mucho que merece que no se desagradezca la grandeza de amor, que tan costosamente nos ha enseñado á amar, se ha afligido mi alma en gran manera. ¿Cómo es posible, Señor, se olvide todo esto, y que tan olvidados estén los mortales de Vos cuando os ofenden? Oh, Redentor mio, ¡y cuán olvidados se olvidan de sí! ¡Y que sea tan grande vuestra bondad, que entónces os acordeis Vos de nosotros, y que habiendo caído por heriros á Vos de golpe mortal, olvidado de esto, nos torneis á dar la ma-

no, y despertéis de frenesí tan incurable, para que procuremos y os pidamos salud! Bendito sea tal Señor, bendita tan gran misericordia y alabado sea por siempre por tan piadosa piedad. ¡Oh ánima mia! Bendice para siempre á tan gran Dios. ¿Cómo se puede tornar contra Él? ¡Oh, que á los que son desagradecidos la grandeza de la merced les daña! Remediadlo Vos, mi Dios. ¡Oh hijos de los hombres! ¿hasta cuándo seréis duros de corazon, y le tendréis para ser contra este mansísimo Jesus? ¿Qué es esto? ¿Por ventura permanecerá nuestra maldad contra Él? No, que se acaba la vida del hombre, como la flor del heno, y ha de venir el Hijo de la Virgen á dar aquella terrible sentencia. ¡Oh poderoso Dios mio! Pues aunque no queramos, nos habeis de juzgar, porque no miramos lo que nos importa teneros contento para aquella hora. Mas ¿quién, quién no querrá juez tan justo? ¡Bienaventurados los que en aquel temeroso punto se alegraren con Vos, oh Dios y Señor mio! Al que Vos habeis levantado, y él ha conocido cuán miseramente se perdió por ganar un muy breve contento, y está determinado á contentaros siempre, y ayudándole vuestro favor (pues no faltais, Bien mio de mi alma, á los que os quieren, ni dejais de responder á quien os llama),

¿qué remedio, Señor, para poder despues vivir, que no sea muriendo, con la memoria de haber perdido tanto bien, como tuviera estando en la inocencia que quedó del bautismo? La mejor vida que puede tener es morir siempre con este sentimiento. Mas el alma que tiernamente os ama, ¿cómo lo ha de poder sufrir? ¡Mas qué desatino os pregunto, Señor mio! Parece que tengo olvidadas vuestras grandezas y misericordias, y como venistes al mundo por los pecadores, y nos comprastes por tan gran precio, y pagastes nuestros falsos contentos, con sufrir tan crueles tormentos y azotes. Remediastes mi ceguedad con que atapasen vuestros divinos ojos, y mi vanidad con tan cruel corona de espinas. ¡Oh Señor, Señor! Todo esto lastima más á quien os ama: sólo consuela, que será alabada para siempre vuestra misericordia, cuando se sepa mi maldad, y con todo no sé si quitarán esta fatiga, hasta que con veros á Vos se quiten todas las miserias de esta mortalidad.

IV.

Parece, Señor mio, que descansa mi alma, considerando el gozo que terná, si por vuestra misericordia le fuere concedido gozar de Vos. Mas querria primero

serviros, pues ha de gozar de lo que Vos sirviéndole á ella le ganastes. ¿Qué haré, Señor mio? ¿Qué haré, mi Dios? ¡Oh qué tarde se han encendido mis deseos, y qué temprano ardábades Vos, Señor, granjeando y llamando para que toda me emplease en Vos. ¿Por ventura, Señor, desamparastes al miserable, ó apartastes al pobre mendigo, cuando se quiere llegar á Vos? ¿Por ventura, Señor, tienen término vuestras grandezas, ó vuestras magníficas obras? ¡Oh Dios mio y misericordia mia! ¡Y cómo las podeis mostrar ahora en vuestra sierva! Poderoso sois, gran Dios: ahora se podrá entender si mi alma se entiende á sí, mirando el tiempo que ha perdido, y como en un punto podeis Vos, Señor, hacer que le torne á ganar. Parece que desatino, pues el tiempo perdido suelen decir, que no se puede tornar á cobrar. Bendito sea mi Dios. ¡Oh Señor! Confieso vuestro gran poder: si sois poderoso, como lo sois, ¿qué hay imposible al que todo lo puede? Queréd Vos, Señor mio, queréd, que aunque soy miserable, firmemente creo que podeis lo que quereis, y miéntras mayores maravillas oigo vuestras, y considero que podeis hacer más, más se fortalece mi fe, y con mayor determinacion creo que lo haréis Vos. ¿Y qué hay que maravillarse de lo que hace el To-

dompoderoso? Bien sabeis Vos, mi Dios, que entre todas mis miserias nunca dejé de conocer vuestro gran poder y misericordia. Várame, Señor, esto en que no os he ofendido. Recuperad, Dios mio, el tiempo perdido, con darme gracia en el presente y porvenir, para que parezca delante de Vos con vestiduras de bodas, pues si quereis podeis.

V.

¡Oh, Señor mio! ¿Cómo os osa pedir mercedes quien tan mal os ha servido, y ha sabido ganar lo que le habeis dado? ¿Qué se puede confiar de quien muchas veces ha sido traidor? ¿Pues qué haré, consuelo de los desconsolados, y remedio de quien se quiere remediar de Vos? ¿Por ventura, será mejor callar con mis necesidades, esperando que vos las remedieis? No por cierto, que Vos, Señor mio y deleite mio, sabiendo las muchas que habian de ser, y el alivio que nos es contarlas á Vos, decís que os pidamos, y que no dejaréis de dar. Acuérdome algunas veces de la queja de aquella santa mujer María, que no sólo se quejaba de su hermana, ántes tengo por cierto que su mayor sentimiento era, pareciéndole no os dolíades Vos, Señor, del trabajo que ella pasaba,

ni se os daba nada que ella estuviese con Vos. Por ventura le pareció no era tanto el amor que la teníades, como á su hermana, que esto le debia hacer mayor sentimiento, que el servir á quien ella tenía tan gran amor, que éste hace tener por descanso el trabajo. Y parécese en no decir nada á su hermana, ántes con toda su queja se fué á Vos, Señor, que el amor la hizo atrever á decir, que cómo no teníades cuidado. Y áun en la respuesta parece ser y proceder la demanda de lo que digo; que sólo amor es el que da valor á todas las cosas, y que sea tan grande, que ninguna le estorbe á amar, es lo más necesario. ¿Mas cómo le podremos tener, Dios mio, conforme á lo que merece el amado, si el que Vos me teneis no le junta consigo? ¿Quejaréme con esta santa mujer? ¡Oh! que no tengo ninguna razon, porque siempre he visto en mi Dios harto mayores y más crecidas muestras de amor de lo que yo he sabido pedir ni desear: si no me quejo de lo mucho que vuestra benignidad me ha sufrido, no tengo de qué. ¿Pues qué podrá pedir una cosa tan miserable como yo? Que me deis, Dios mio, que os dé con San Agustin, para pagar algo de lo mucho que os debo, que os acordeis que soy vuestra hechura, y que conozca yo quien es mi Criador, para que le ame

VI.

¡Oh deleite mio, Señor de todo lo criado, y Dios mio! ¿Hasta cuándo esperaré ver vuestra presencia? ¿Qué remedio dais á quien tan poco tiene en la tierra, para tener algun descanso fuera de Vos? ¡Oh vida larga! ¡Oh vida penosa! ¡Oh vida que no se vive! ¡Oh qué sola soledad! ¡Qué sin remedio! ¿Pues cuándo, Señor, cuándo? ¿Hasta cuándo? ¿Qué haré, bien mio, qué haré? ¿Por ventura desearé no desearos? ¡Oh mi Dios y mi Criador, que llagais y no poneis la medicina, herís y no se ve la llaga, matais dejando con más vida; en fin, Señor mio, haceis lo que quereis como poderoso! Pues un gusano tan despreciado, mi Dios, ¿quereis sufra estas contrariedades? Sea así, mi Dios, pues Vos lo quereis, que yo no quiero sino quereros. ¡Mas ay, ay, Criador mio, que el dolor grande hace quejar, y decir lo que no tiene remedio, hasta que Vos querais! Y alma tan encarcelada desea su libertad, deseando no salir un punto de lo que Vos querais. Quered, gloria mia, que crezca su pena, ó remediadla del todo. ¡Oh muerte, muerte! ¡No sé quien te teme, pues está en tí la vida! ¡Mas quién no temerá, habiendo gastado parte della en no amar á su Dios? Y pues soy ésta, ¿qué

pido y qué deseo? ¿Por ventura el castigo tan bien merecido de mis culpas? No lo primitais Vos, bien mio, que os costó mucho mi rescate. ¡Oh ánima mia! Deja hacerse la voluntad de tu Dios, eso te conviene: sirve, y espera en su misericordia, que remediará tu pena, cuando la penitencia de tus culpas haya ganado algun perdon dellas: no quieras gozar sin padecer. ¡Oh verdadero Señor y Rey mio, que aún para esto no soy, si no me favorece vuestra soberana mano y grandeza, que con esto todo lo podré!

VII.

¡Oh esperanza mia y Padre mio, y mi Criador, y mi verdadero Señor y Hermano! Cuando considero en cómo decís que son vuestros deleites con los hijos de los hombres, mucho se alegra mi alma. ¡Oh Señor del cielo y de la tierra! ¡Y qué palabras éstas para no desconfiar ningun pecador! ¿Fáltaos, Señor, por ventura con quien os deleiteis, que buscáis un gusanillo tan de mal olor como yo? Aquella voz se oyó cuando el Bautismo, que dice, que os deleitais con vuestro Hijo. ¿Pues, hemos de ser todos iguales, Señor? ¡Oh qué grandísima misericordia, y qué favor tan sin poderlo nosotras merecer! ¿Y qué todo

esto olvidemos los mortales? Acordaos Vos, Dios mio, de tanta miseria, y mirad nuestra flaqueza, pues de todo sois sabidor. ¡Oh ánima mía! considera el gran deleite, y gran amor que tiene el Padre en conocer á su Hijo, y el Hijo en conocer á su Padre, y la inflamacion con que el Espíritu Santo se junta con ellos: y como ninguna se puede apartar de este amor y conocimiento, porque son una mesma cosa. Estas soberanas personas se conocen, éstas se aman, y unas con otras se deleitan. ¿Pues qué menester es mi amor? Para qué le quereis, Dios mio, ó qué ganais? ¡Oh bendito seais, Vos, oh bendito seais, Dios mio, para siempre! Alaben os todas las cosas, Señor, sin fin, pues no lo puede haber en Vos. Alégrate, ánima mía, que hay quien ame á tu Dios como Él merece. Alégrate, que hay quien conoce su bondad y valor. Dale gracias, que nos dió en la tierra quien así le conoce, como á su único Hijo. Debajo de este amparo podrás llegar, y suplicarle, que pues su Majestad se deleita contigo, que todas las cosas de la tierra no sean bastantes á apartarte de deleitarte tú, y alegrarte en la grandeza de tu Dios, y en cómo merece ser amado y alabado, y que te ayude para que tú seas alguna partecita para ser bendecido su nombre, y que pue-

das decir con verdad — *Engrandece y loa mi ánima al Señor.*

VIII.

¡Oh Señor Dios mio, y como teneis palabra de vida, á donde todos los mortales halláran lo que desean, si lo quisiéremos buscar! Mas que maravilla, Dios mio, que olvidemos vuestras palabras con la locura y enfermedad, que causan nuestras malas obras. ¡Oh Dios mio, Dios, Dios Hacedor de todo lo criado! ¡Y qué es lo criado, si Vos, Señor, quisiéredes criar más? Sois todopoderoso, son incomprensibles vuestras obras. Pues haced, Señor, que no se aparten de mi pensamiento vuestras palabras. Decís Vos: Venid á mí todos los que trabajais y estais cargados, que yo os consolaré. ¿Qué más queremos, Señor? ¿Qué pedimos? ¿Qué buscamos? ¿Por qué están los del mundo perdidos, sino por buscar descanso? ¡Válame Dios, oh válame Dios! ¿Qué es esto, Señor? ¡Oh qué lástima! ¡Oh gran ceguedad, que le busquemos en lo que es imposible hallarle! Habed piedad, Criador, de estas vuestras criaturas. Mirad que no nos entendemos, ni sabemos lo que deseamos, ni atinamos lo que pedimos. Dadnos, Señor, luz; mirad que es más menester, que al ciego que lo era de su naci-

miento, que éste deseaba ver la luz, y no podía : ahora, Señor, no se quiere ver. ¡Oh qué mal tan incurable! Aquí, Dios mio, se ha de mostrar vuestro poder, aquí vuestra misericordia. ¡Oh qué recia cosa os pido, verdadero Dios mio, que queráis á quien no os quiere, que abrais á quien no os llama, que deis salud á quien gusta de estar enfermo, y anda procurando la enfermedad! Vos decís, Señor mio, que venís á buscar los pecadores : éstos, Señor, son los verdaderos pecadores : no mireis nuestra ceguedad, mi Dios, sino á la mucha sangre que derramó vuestro Hijo por nosotros: resplandezca vuestra misericordia en tan crecida maldad : mirad, Señor, que somos hechura vuestra. Válganos vuestra bondad y misericordia.

IX.

¡Oh piadoso y amoroso Señor de mi alma! También decís Vos—Vení á mí todos los que teneis sed, que yo os daré á beber. ¿Pues cómo puede dejar de tener gran sed el que se está ardiendo en vivas llamas en las codicias de estas cosas miserables de la tierra? Hay grandísima necesidad de agua para que en ella no se acabe de consumir. Ya sé yo, Señor mio, de vuestra bondad que se la daréis : Vos mismo lo

decís, no pueden faltar vuestras palabras. Pues si de acostumbrados á vivir en este fuego, y de criados en él, ya no lo sienten, ni atinan de desatinados á ver su gran necesidad, ¿qué remedio, Dios mio? Vos venistes al mundo para remediar tan grandes necesidades como estas, comenzad, Señor: en las cosas más dificultosas se ha de mostrar vuestra piedad. Mirad, Dios mio, que van ganando mucho vuestros enemigos: habed piedad de los que no la tienen de sí, ya que su desventura los tiene puestos en estado que no quieren venir á Vos; venid Vos á ellos, Dios mio. Yo os lo pido en su nombre, y sé que como se entiendan, y tornen en sí, y comiencen á gustar de Vos, resucitarán estos muertos. ¡Oh vida, que la dais á todos! No me negueis á mí esta agua dulcísima que prometéis á los que la quieren: yo la quiero, Señor, y la pido y vengo á Vos: no os escondáis, Señor, de mí, pues sabéis mi necesidad, y que es verdadera medicina del alma llagada por Vos. ¡Oh Señor, qué de maneras de fuegos hay en esta vida! ¡Oh, con cuánta razon se ha de vivir con temor! Unos consumen el alma, otros la purifican, para que viva para siempre gozando de Vos. ¡Oh fuentes vivas de las llagas de mi Dios! Como manaréis siempre con gran abundancia para nuestro manteni-

miento, y qué seguro irá por los peligros de esta miserable vida, el que procuráre sustentarse de este divino licor.

X.

¡Oh Dios mio de mi alma, qué priesa nos damos á ofenderos! ¡Y cómo os la dais Vos mayor á perdonarnos! ¿Qué causa hay, Señor, para tan desatinado atrevimiento, si es, el haber ya entendido vuestra gran misericordia, y olvidarnos de que es justa vuestra justicia? Cercáronme los dolores de la muerte: ¡oh, oh, oh, qué grave cosa es el pecado, que bastó para matar á Dios con tantos dolores! ¡Y cuán cercado estais, mi Dios, de ellos! ¿A dónde podeis ir, que no os atormenten? De todas partes os dan heridas mortales. ¡Oh cristianos! Tiempo es de defender á vuestro Rey, y de acompañarle en tan gran soledad, que son muy pocos los vasallos que le han quedado, y mucha la multitud que acompaña á Lucifer; y lo que peor es, que se muestran amigos en lo público, y véndenle en lo secreto: casi no halla de quien se fiar. ¡Oh amigo verdadero, qué mal os paga el que os es traidor! ¡Oh cristianos verdaderos! Ayudad á llorar á vuestro Dios, que no es por solo Lázaro aquellas piadosas lágrimas, sino por los que no ha-

bian de querer resucitar, aunque su Majestad les diese voces. ¡Oh bien mio, qué presentes teníades las culpas que he cometido contra Vos! Sean ya acabadas, Señor, sean acabadas, y las de todos. Resucitad á estos muertos, sean vuestras voces, Señor, tan poderosas, que aunque no os pidan la vida se la deis, para que despues, Dios mio, salgan de la profundidad de sus deleites. No os pidió Lázaro que le resucitádes. Por una mujer pecadora lo hicistes, veisla aquí, Dios mio, y muy mayor: resplandezca vuestra misericordia. Yo, aunque miserable, lo pido, por las que no os lo quieren pedir. Ya sabeis, Rey mio, lo que me atormenta, verlos tan olvidados de los grandes tormentos, que han de padecer para sin fin, si no se tornan á Vcs. ¡Oh los que estais mostrados á deleites y contentos y regalos y hacer siempre vuestra voluntad, habed lástima de vosotros! Acordaos que habeis de estar sujetos siempre, siempre sin fin á las furias infernales: mirad, mirad, que os ruega ahora el juez que os ha de condenar, y que no teneis un solo momento segura la vida; ¿por qué no quereis vivir para siempre? ¡Oh dureza de corazones humanos! Ablándelos vuestra inmensa piedad, mi Dios.

XI.

¡Oh várame Dios! ¡Oh várame Dios!
¡Qué gran tormento es para mí, cuando considero qué sentirá un alma, que siempre ha sido acá tenida y querida y servida y estimada y regalada, cuando en acabándose de morir se vea ya perdida para siempre, entienda claro que no ha de tener fin: que allí no le valdrá querer no pensar las cosas de la fe (como acá ha hecho) y se vea apartar de lo que le parecerá que aún no habia comenzado á gozar! Y con razon, porque todo lo que con la vida se acaba es un soplo, y rodeado de aquella compañía disforme y sin piedad, con quien siempre ha de padecer, metida en aquel lago hediondo, lleno de serpientes, que la que más pudiere la dará mayor bocado: en aquella miserable escuridad, á donde no verán sino lo que les dará tormento y pena, sin ver luz, sino de una llama tenebrosa. ¡Oh que poco encarecido va para lo que es! Oh, Señor, ¿quién puso tanto lodo en los ojos de esta alma, que no haya visto esto, hasta que se vea allí? Oh, Señor, ¿quién ha atapado sus oidos, para no oír las muchas veces que se le habia dicho esto, y la eternidad de estos tormentos? ¡Oh vida que no se acabará! ¡Oh tormento sin fin! ¡Oh tormento sin fin!

¿Cómo no os temen los que temen dormir en una cama dura, por no dar pena á su cuerpo? Oh, Señor Dios mio. Lloro el tiempo que no lo entendí; y pues sabeis, mi Dios, lo que me fatiga ver los muy muchos que hay, que no quieren entenderlo: siquiera uno, Señor, siquiera uno que ahora os pido alcance luz de Vos, que seria para tenerla muchos. No por mí, Señor, que no lo merezco, sino por los méritos de vuestro Hijo: mirad sus llagas, Señor, y pues Él perdonó á los que se las hicieron, perdonadnos Vos á nosotros.

XII.

¡Oh mi Dios y mi verdadera fortaleza! ¿Qué es esto, Señor, que para todo somos cobardes, si no es para contra Vos? Aquí se emplean todas las fuerzas de los hijos de Adan. Y si la razon no estuviese tan ciega, no bastarian las de todos juntos, para atreverse á tomar armas contra su Criador, y sustentar guerra continua contra quien los puede hundir en los abismos en un momento, sino como está ciega, quedan como locos, que buscan la muerte: porque en su imaginacion les parece con ella ganar la vida: en fin, como gente sin razon. ¿Qué podemos hacer, Dios mio, á los que están con esta enfermedad de locura? Dicen que

el mismo mal les hace tener grandes fuerzas ; así es los que se apartan de Dios, gente enferma, que toda su furia es con Vos, que les haceis más bien. ¡ Oh sabiduría, que no se puede comprender ! Como fué necesario todo el amor que teneis á vuestras criaturas, para poder sufrir tanto desatino, y aguardar á que sanemos, y procurarlo con mil maneras de medios y remedios. Cosa es que me espanta, cuando considero que falta el esfuerzo para irse á la mano de una cosa muy leve, y que verdaderamente se hacen entender á sí mismos, que no pueden, aunque quieren, quitarse de una ocasion, y apartarse de un peligro, á donde pierden el alma : y que tengamos esfuerzo y ánimo para acometer á una tan gran Majestad como sois Vos. ¿ Qué es esto, Bien mio ? ¿ Qué es esto ? ¿ Quién da estas fuerzas ? ¿ Por ventura el capitan á quien siguen en esta batalla contra Vos, no es vuestro siervo, y puesto en fuego eterno ? ¿ Por qué se levanta contra Vos ? ¿ Cómo da ánimo el vencido ? ¿ Cómo siguen al que es tan pobre, que le echaron de las riquezas celestiales ? ¿ Qué puede dar quien no tiene nada para sí, sino mucha desventura ? ¿ Qué es esto, mi Dios ? ¿ Qué es esto, mi Criador ? ¿ De dónde vienen estas fuerzas contra vos, y tanta cobardía contra el demonio ? ¿ Aun si Vos,

Príncipe mio, no favoreciéradés á los vuestros? Aun si debiéramos algo á este príncipe de las tinieblas, no llevaba camino; por lo que para siempre nos teneis guardado, y ver todos sus gozos, y prometimientos falsos y traidores. ¿Qué ha de hacer con nosotros, quien lo fué contra Vos? ¡Oh ceguedad grande, Dios mio! ¡Oh qué grande ingratitude, Rey mio! ¡Oh qué incurable locura, que sirvamos al demonio con lo que nos dais Vos, Dios mio! ¿Que paguemos el gran amor que nos teneis, con amar á quien así os aborrece, y ha de aborrecer para siempre: que la sangre que derramastes por nosotros, y los azotes y grandes dolores que sufristes, y los grandes tormentos que pasastes, en lugar de vengar á vuestro Padre Eterno (ya que Vos no quereis venganza, y lo perdonastes) de tan gran desacato como se usó con su Hijo, tomamos por compañeros y por amigos á los que así le trataron, pues seguimos á su infernal capitán? Claro está que hemos de ser todos unos, y vivir para siempre en su compañía, si vuestra piedad no nos remedia de tornarnos el seso, y perdonarnos lo pasado. ¡Oh mortales, volved, volved en vosotros! Mirad á vuestro Rey, que ahora le hallaréis manso: acábase ya tanta maldad: vuélvanse vuestras furias y fuerzas contra quien os hace la

guerra, y os quiere quitar vuestro mayorazgo. Tornad, tornad en vosotros, abrid los ojos, pedid con grandes clamores y lágrimas luz á quien la dió al mundo: entendedos por amor de Dios, que vais á matar con todas vuestras fuerzas á quien por daros vida perdió la suya; mirad, que es quien os defiende de vuestros enemigos. Y si todo esto no basta, básteos conocer que no podeis nada contra su poder, y que tarde, ó temprano habeis de pagar con fuego eterno tan gran desacato y atrevimiento. ¿Es porque veis á esta Majestad atado, y ligado con el amor que nos tiene? ¿Qué más hacian los que le dieron la muerte, sino despues de atado darle golpes y heridas? ¡Oh mi Dios, cómo padeceis por quien tan poco se duele de vuestras penas! Tiempo verná, Señor, donde haya de darse á entender vuestra justicia, y si es igual de la misericordia. Mirad, cristianos, considerémoslo bien, y jamas podremos acabar de entender lo que debemos á nuestro Señor Dios, y las magnificencias de sus misericordias. Pues si es tan grande su justicia, ¡ay dolor! ¡ay dolor! ¿qué será de los que hayan merecido que se ejecute, y resplandezca en ellos?

XIII.

¡Oh almas, que ya gozais sin temor de vuestro gozo, y estais siempre embebidas en alabanzas de mi Dios! Venturosa fué vuestra suerte. ¡Qué gran razon teneis de ocuparos siempre en estas alabanzas, y qué envidia os tiene mi alma, que estais ya libres del dolor que dan las ofensas tan grandes, que en estos desventurados tiempos se hacen á mi Dios, y de ver tanto desagradecimiento, y de ver que no se quiere ver esta multitud de almas que lleva Satanás! ¡Oh bienaventuradas ánimas celestiales! Ayudad á nuestra miseria, y sednos intercesores ante la divina misericordia, para que nos dé algo de vuestro gozo, y reparta con nosotras de ese claro conocimiento que teneis. Dadnos, Dios mio, Vos á entender qué es lo que se da á los que pelean varonilmente en este sueño de esta miserable vida. Alcanzadnos, oh ánimas amadoras, á entender el gozo que os da ver la eternidad de vuestros gozos, y como es cosa tan deleitosa ver cierto que no se han de acabar. ¡Oh desventurados de nosotros, Señor mio, que bien lo sabemos y creemos, sino que con la costumbre tan grande de no considerar estas verdades, son tan extrañas ya de las almas, que ni las conocen ni las quieren conocer! ¡Oh

gente interesal, codiciosa de sus gustos y deleites, que por no esperar un breve tiempo á gozarlos tan en abundancia, por no esperar un año, por no esperar un día, por no esperar una hora, y por ventura no será más que un momento, lo pierden todo, por gozar de aquella miseria que ven presente! ¡Oh, oh, oh, qué poco fiamos de Vos, Señor! ¡Cuántas mayores riquezas y tesoros fiastes Vos de nosotros, pues treinta y tres años de grandes trabajos, y después muerte tan intolerable y lastimosa nos distes á vuestro Hijo, y tantos años ántes de nuestro nacimiento, y áun sabiendo que no os lo habíamos de pagar, no quisistes dejarnos de fiar tan inestimable tesoro, porque no quedase por Vos, lo que nosotros granjeando con Él podemos ganar con Vos, Padre piadoso! Oh, ánimas bienaventuradas, que tan bien os supistes aprovechar, y comprar heredad tan deleitosa y permanente con este precioso precio, decidnos: ¿cómo granjeábades con el Bien tan sin fin? Ayudadnos, pues estais tan cerca de la fuente, coged agua para los que acá perecemos de sed.

XIV.

¡Oh Señor y verdadero Dios mio! Quien no os conoce, no os ama. ¡Oh qué gran

verdad es ésta! ¡Mas, ay dolor, ay dolor, Señor, de los que no os quieren conocer! Temerosa cosa es la hora de la muerte; mas ¡ay, ay, Criador mio! ¡Cuán espantoso será el día á donde se haya de ejecutar vuestra justicia! Considero yo muchas veces, Cristo mio, cuán sabrosos y cuán deleitosos se muestran vuestros ojos á quien os ama, y Vos, bien mio, quereis mirar con amor. Paréceme que sola una vez de este mirar tan suave á las almas que teneis por vuestras, basta por premio de muchos años de servicio. ¡Oh válame Dios! ¡Qué mal se puede dar esto á entender, sino á los que ya han entendido cuán suave es el Señor! Oh cristianos, cristianos, mirad la hermandad que teneis con este gran Dios, conocedle, y no le menospreciéis; que así como este mirar es agradable para sus amadores, es terrible con espantable furia para sus perseguidores. Oh que no entendemos que es el pecado una guerra campal contra Dios de todos nuestros sentidos y potencias del alma: el que más puede, más traiciones intenta contra su Rey. Ya sabéis, Señor mio, que muchas veces me hacía á mí más temor acordarme si habia de ver vuestro divino rostro airado contra mí en este espantoso día del juicio final, que todas las penas y furias del infierno, que se representaban, y os suplicaba me valie-

se vuestra misericordia de cosa tan lastimosa para mí, y así os lo suplico ahora, Señor. ¿Qué me puede venir en la tierra que llegue á esto? Todo junto lo quiero, mi Dios, y líbrame de tan gran afliccion. No deje yo á mi Dios, no deje de gozar de tanta hermosura en paz: vuestro Padre nos dió á Vos, no pierda yo, Señor mio, joya tan preciosa. Confieso, Padre Eterno, que la he guardado mal; mas aún remedio hay, Señor, remedio hay, miéntras vivimos en este destierro. ¡Oh hermanos, oh hermanos, é hijos de este Dios! Esforcémonos, esforcémonos, pues sabeis que dice su Majestad, que en pesándonos de haberle ofendido, no se acordará de nuestras culpas y maldades. ¡Oh piedad tan sin medida! ¿Qué más queremos? ¿Por ventura hay quien no tuviera vergüenza de pedir tanto? Ahora es tiempo de tomar lo que nos da este Señor piadoso y Dios nuestro: pues quiere amistades, ¿quién las negará á quien no negó derramar toda su sangre y perder la vida por nosotros? Mirá que no es nada lo que pide, que por nuestro provecho nos está bien el hacerlo. ¡Oh válame Dios, Señor! ¡Oh qué dureza! ¡Oh qué desatino y ceguedad! Que si se pierde una cosa, una aguja ó un gavilan, que no aprovecha de más de dar un gustillo á la vista de verle volar por el aire, nos da pena, y que no

la tengamos de perder esta águila caudalosa de la majestad de Dios, y un reino, que no ha de tener fin el gozarle! ¿Qué es esto? ¿Qué es esto? Yo no lo entiendo: remediad, Dios mio, tan gran desatino y ceguedad.

XV.

¡Ay de mí! ¡Ay de mí, Señor! Que es muy largo este destierro, y pásase con grandes penalidades del deseo de mi Dios. Señor, ¿qué hará un alma metida en esta cárcel? ¡Oh Jesus! ¡Qué larga es la vida del hombre, aunque se dice que es breve! Breve es, mi Dios, para ganar con él la vida que no se puede acabar, mas muy larga para el alma que se desea ver en la presencia de su Dios. ¿Qué remedio dais á este padecer? No le hay, sino cuando se padece por Vos. ¡Oh mi suave descanso de los amadores de mi Dios! No falteis á quien os ama, pues por Vos ha de crecer y mitigarse el tormento que causa el Amado al alma que le desea. Deseo yo, Señor, contentaros, mas mi contento bien sé que no está en ninguno de los mortales: siendo esto así, no culparéis á mi deseo. Veisme aquí, Señor, si es necesario vivir para haceros algun servicio, no rehusos todos cuantos trabajos en la tierra me puedan venir,

como decia vuestro amador San Martin. ¡Mas ay dolor! ¡ay dolor de mí, Señor mio! Que él tenía obras, y yo tengo solas palabras, que no valgo para más. Valgan mis deseos, Dios mio, delante de vuestro divino acatamiento, y no mireis á mi poco merecer. Merezcamos todos amaros, Señor, yá que se ha de vivir, vívase para Vos; acábense ya los deseos é intereses nuestros: ¿qué mayor cosa puede ganar que contentaros á Vos? ¡Oh contento mio, y Dios mio! ¿Qué haré yo para contentaros? Miserables son mis servicios, aunque hiciese muchos á mi Dios: ¿pues para qué tengo de estar en esta miserable miseria? Para que se haga la voluntad del Señor. ¿Qué mayor ganancia, ánima mia? Espera, espera, que no sabes cuando verná el dia ni la hora. Vela con cuidado, que todo se pasa con brevedad, aunque tu deseo hace lo cierto dudoso, y el tiempo breve, largo. Mira que miéntras más peleares, más mostrarás el amor que tienes á tu Dios, y más te gozarás con tu Amado con gozo y deleite, que no puede tener fin

XVI.

¡Oh verdadero Dios y Señor mio! Gran consuelo es para el alma que le fatiga la soledad de estar ausente de vos, ver que

estais en todos cabos; mas cuando la reciedumbre del amor y los grandes ímpetus de esta pena crece, ¿qué aprovecha, Dios mio, que se turbe el entendimiento, y se esconda la razon para conocer esta verdad, de manera que no se puede entender ni conocer? Sólo se conoce estar apartada de Vos, y ningun remedio admite; porque el corazon que mucho ama no admite consejo ni consuelo, sino del mismo que le llagó, porque de ahí espera que ha de ser remediada su pena. Cuando vos quereis, Señor, presto sanais la herida que habeis dado: ántes no hay que esperar salud ni gozo, sino el que se saca de padecer tan bien empleado. ¡Oh verdadero Amador! ¡Con cuánta piedad, con cuánta suavidad, con cuánto deleite, con cuánto regalo, y con cuán grandísimas muestras de amor curais estas llagas, que con las saetas del mismo amor habeis hecho! ¡Oh Dios mio, y descanso de todas las penas, qué desatinada estoy! ¡Cómo podia haber medios humanos que curasen los que ha enfermado el fuego divino? ¿Quién ha de saber hasta dónde llega esta herida, ni de qué procedió, ni cómo se puede aplacar tan penoso y deleitoso tormento? Sin razon sería tan precioso mal poder aplacarse por cosa tan baja, como es los medios que pueden tomar los mortales. Con cuánta razon dice

la Esposa en los *Cantares*: — Mi Amado á mí; y yo á mi Amado, y mi Amado á mí. — Porque semejante amor no es posible comenzase de cosa tan baja como el mio. Pues si es bajo, Esposo mio, ¿ cómo no pára en cosa criada hasta llegar á su Criador? ¡ Oh mi Dios! ¿ Por qué yo á mi Amador? Vos, mi verdadero Amador, comenzais esta guerra de amor, que no parece otra cosa un desasosiego y desamparo de todas las potencias y sentidos, que salen por las plazas y por los barrios, conjurando á las hijas de Jerusalem que le digan de su Dios. Pues, Señor, comenzada esta batalla, á quién han de ir á combatir, sino á quien se ha hecho señor de esta fortaleza á donde moraban, que es lo más superior de el alma, y echádaslas fuera á ellas, para que tornen á conquistar á su conquistador, y ya cansadas de haberse visto sin Él, presto se dan por vencidas, y se emplean perdiendo todas sus fuerzas, y pelean mejor; y, en dándose por vencidas, vencen á su vencedor. ¡ Oh ánima mia! ¡ Qué batalla tan admirable has tenido en esta pena, y cuán al pié de la letra pasa así! Pues mi amado á mí, y yo á mi Amador. ¿ Quién será el que se meta á despartir y amatar dos fuegos tan encendidos? Será trabajar en balde, porque ya se ha tornado en uno.

XVII.

¡Oh Dios mio, y mi sabiduría infinita, sin medida y sin tasa, y sobre todos los sentimientos ángélicos y humanos! ¡Oh amor, que me amas más de lo que yo me puedo amar, ni entiendo! ¿Para qué quiero, Señor, desear más de lo que vos quisiéredes darme? ¿Para qué me quiero cansar en pedir os cosa ordenada por mi deseo, pues todo lo que mi entendimiento puede concertar, y mi deseo desear, teneis vos ya entendidos sus fines, y yo no entiendo cómo me aprovechar? En esto que mi alma piensa salir con ganancia, por ventura estará mi pérdida. Porque si os pido que me libreis de un trabajo, y en aquel está el fin de mi mortificación, ¿qué es lo que pido, Dios mio? Si os suplico me le deis, no conviene por ventura á mi paciencia, que aún está flaca, y no puede sufrir tan gran golpe; y si con ella lo paso, y no estoy fuerte en la humildad, podrá ser que piense he hecho algo, y haceislo Vos todo, mi Dios. Si quiero padecer más, no querria en cosas en que parece no conviene para vuestro servicio perder el crédito, ya que por mí no entienda en mi sentimiento de honra, y podrá ser que por la mesma causa que pienso se ha de perder, se gane más

para lo que pretendo, que es serviros. Muchas cosas más pudiera decir en esto, Señor, para darme á entender que no me entiendo: mas como sé que las entendeis, ¿para qué hablo? Para que cuando veo descubierta mi miseria, Dios mio, y ciega mi razon, pueda ver si la hallo aquí en esto escrito de mi mano: que muchas veces me veo, mi Dios, tan miserable y flaca y pusilánime, que ando á buscar qué se hizo vuestra sierva, la que ya le parecia tenía recibidas mercedes de Vos para pelear contra las tempestades de este mundo. Que no, mi Dios, no, no más confianza, en cosa que yo pueda querer para mí: quered Vos de mí lo que quisiéredes querer, que eso quiero, pues está todo mi bien en contentaros: y si Vos, Dios, mio, quisiéredes contentarme á mí, cumpliendo todo lo que pide mi deseo, veo que iria perdida. ¡Qué miserable es la sabiduría de los mortales é incierta su providencia! Proveed Vos por la vuestra los medios necesarios, para que mi alma os sirva más á vuestro gusto que al suyo. No me castigéis en darme lo que yo quiero ó deseo, si vuestro amor (que en mí viva siempre) no lo deseáre. Muera ya este yo, y viva en mí otro que es más que yo, y para mí mejor que yo, para que yo le pueda servir: Él viva, y me de vida;

Él reine, y sea yo cautiva, que no quiere mi alma otra libertad. ¿Cómo será libre el que del Sumo estuviere ajeno? ¿Qué mayor, ni qué más miserable cautiverio, que estar el alma suelta de la mano de su Criador? Dichosos los que con fuertes grillos y cadenas de los beneficios de la misericordia de Dios se vieren presos é inhabilitados para ser poderosos para soltarse. Fuerte es como la muerte el amor, y duro como el infierno. ¡Oh quién se viese ya muerto de sus manos y arrojado en este divino infierno, de donde ya no se esperase poder salir, ó, por mejor decir, no se temiese verse fuera! Mas ¡ay de mí, Señor, que miéntras dure esta vida mortal siempre corre peligro la eterna! ¡Oh vida enemiga de mi bien, y quién tuviese licencia de acabarte! ¡Súfrote, porque sufre Dios, y manténgote, porque eres suya; no me seas traidora ni desagradecida! Con todo esto, ay de mí, Señor, que mi destierro es largo: breve es todo tiempo, para darle por vuestra eternidad; y muy largo es un solo día, y una hora, para quien no sabe y teme si os ha de ofender. ¡Oh libre albedrío tan esclavo de tu voluntad, si no vives enclavado con el temor y amor de quien te crió! ¡Oh, cuándo será aquel dichoso día que te has de ver ahogado en aquel mar infinito de la suma verdad, don-

de ya no serás libre para pecar, ni lo querrás ser, porque estarás seguro de toda miseria, naturalizado con la vida de tu Dios. El es bienaventurado, porque se conoce, y ama y goza de sí mismo sin ser posible otra cosa: no tiene ni puede tener, ni fuera perfeccion de Dios poder tener libertad para olvidarse de sí, y dejarse amar. Entonces, alma mia, entrarás en tu descanso, cuando te entrañares con este sumo Bien, y entendieres lo que entiende, y amares lo que ama, y gozares lo que goza. Ya que vieres perdida tu mudable voluntad, ya, ya no más mudanza; porque la gracia de Dios ha podido tanto, que te ha hecho partionera de su divina naturaleza, con tanta perfeccion, que ya no puedas ni desees poder olvidarte del sumo Bien, ni dejar de gozarle junto con su amor. Bienaventurados los que están escritos en el libro de esta vida. Mas tú, alma mia, si lo eres, ¿porqué estás triste y me conturbas? Espera en Dios, que aún ahora me confesaré á Él mis pecados, y sus misericordias, y de todo junto haré cantar de alabanza con suspiros perpetuos al Salvador mio y Dios mio: podrá ser venga algun dia cuando le cante mi gloria, y no sea compungida mi conciencia, donde ya cesarán todos los suspiros y miedos: mas entre tanto, en esperan-

za y silencio será mi fortaleza. Mas quiero vivir y morir en pretender y esperar la vida eterna, que poseer todas las criaturas y todos sus bienes, que se han de acabar. No me desampares, Señor, porque en tí espero no sea confundida mi esperanza, sírvate yo siempre, y haz de mí lo que quisieres

CARTAS DE SANTA TERESA.

Carta á la madre María de San José, priora de Sevilla.—
Desde Toledo, á principios del año 1577.

*Sobre asuntos del convento de Sevilla. Está escrita
en tono festivo.*

JESUS

Sea con ella, hija mia. Antes que se me olvide, ¿cómo nunca me dice de mi padre fray Bartolomé de Aguilar, el dominico? Pues yo le digo que le debemos harto, que el mucho mal que me dijo de la otra casa que tenemos comprada, fué principio de salir de ella; que cada vez que se me acuerda la vida que tuvieron, no me harto de dar gracias á Dios. Sea por todo alabado. Crea que es muy bueno, y que para cosas de religion, que tiene más experiencia que otro. No querria que dejase alguna vez de llamarle, que es muy buen amigo y bien avisado, y no se pierde tener tales personas un monesterio. Ahí le escribo, envíale la carta.

Antes que se me olvide. En gracia me ha

caído la memoria que me enviaron de las limosnas y lo mucho que cuentan que han ganado. Plega á Dios que digan verdad, que harto me holgaria; sino que es una raposa, y pienso viene con algun rodeo, y áun de su salud hé miedo de otro tanto, segun estoy contenta. La nuestra priora de Malagon se está así. Harto he pedido á nuestro padre que me escriba si el agua de Loja aprovecha, llevada tan léjos, para enviar por ella: acuérdeselo vuestra reverencia. Hoy le he enviado una carta con un clérigo, que iba á su paternidad solamente para un negocio, que me holgué harto, y así no le escribo ahora. Harta caridad me hace en enviarme sus cartas; mas entienda cierto, que aunque no vengan, serán bien recibidas las de vuestra reverencia: de eso esté sin miedo. Ya envié á doña Juana de Antisco todo su recaudo, aunque no ha uyado á venir respuesta. Para personas semejantes, aunque se ponga algo del convento, no importa, en especial no teniendo la necesidad que teniamos á los principios, porque cuando se tiene más obligada está á sus hijas.

¡Oh, qué vana estará ella ahora en ser medio provinciala! ¡Y que en gracia me cayó, como dice con tanto desden, ahí envían esas coplas las hermanas! Y será ella la trazadora de todo. No creo será malo,

pues como dice no hay allá quien la diga nada, que para que no se desvanezca se lo diga yo de acá. Al ménos no quiere decir necesidad ni hacer, que bien se le parece. Plega á Dios que vaya siempre el intento en su servicio, que no es esto muy malo. Riéndome estoy de verme cargada de cartas, y qué despacio me pongo á escribir cosas impertinentes. Muy bien la perdonaré la alabanza de que sabrá llevar á la de las barras de oro si sale con ello; porque en gran manera deséolas ver sin cuidado, aunque va mi hermano tan adelante en virtud, que de buena gana las socorrería en todo.

Donosa está en no creer que sea otra como Teresa. Pues sepa cierto que si esta mi Bela tuviera la gracia natural que la otra, y la sobrenatural, que verdaderamente víamos obraba Dios algunas cosas en ella, que el entendimiento y habilidad y blandura, de que se puede hacer de ella lo que quisieren, que lo tiene mejor. Es extraña la habilidad de esta criatura, que coñ unos pastorcillos malaventurados y unas monjillas y una imágen de nuestra Señora que tiene, no viene fiesta que no hace una invincion de ello en su ermita ú en la recreacion con alguna copla, á quien ella da tan buen tono y la hace, que nos tiene espantadas. Sólo tengo un trabajo,

que no sé cómo le poner la boca, porque la tiene frigidísima y se rie muy friamente, y siempre se anda riendo. Una vez la hago que la abra, otra que la cierre, otra que no se ria. Ella dice que no tiene culpa, sino la boca: dice verdad. Quien ha visto la gracia de Teresa en cuerpo y en todo, echarlo ha más de ver, que así lo hacen acá, aunque yo no lo confieso, y á ella se lo digo en secreto: no lo diga á nadie, que gustaria si viese la vida que trayo en ponerle la boca. Creo, como sea mayor, no será tan fria, al ménos no lo es en los dichos. Hel aquí pintadas sus muchachas, para que no piense que le miento en que hace ventaja á la otra. Porque se ria se lo he dicho. De cuanto trabajo le doy de traer y llevar cartas, no hay miedo que yo se lo quite.

Harto en gracia me han caido las coplas que vinieron de allá: enviélas á mi hermano las primeras y algunas de las otras, que no venian todas concertadas. Creo las podrian mostrar al santo viejo y decir que en eso pasan las recreaciones, que todo es lenguaje de perfeccion; que cualquier entretenimiento es justo á quien tanto se debe. Es cosa que me espanta tanta caridad. Sepa que paran á nuestro padre Garci-Alvarez cual la mala ventura, que dicen las tiene muy soberbias: dígaselo. Ahora es-

tán temiendo lo que las han de escribir, que les dijo mi hermano que le habian enviado su carta para que respondiesen. Y han de saber que ninguna tray jerguilla ni la ha traído acá, sino yo, que han ahora con todos los hielos que ha hecho, no he podido traer otra cosa por los reñones, que temo mucho este mal; y tanto dicen, que se me hace ya escrúpulo, y como me tomó nuestro padre la muy vieja, que tenía de jerga gruesa, no sé qué hacer. Dios las perdone. Con todo, digo que la calor de ahí no sufre otra cosa sino sayas delgadas. Los hábitos no lo anden, que en esotro poco va. Hasta que trayan lo que me envia el mi santo prior, no sé qué hacer de escribirle, porque no puedo decir que lo he recibido: escribirle he con el arriero.

¡Oh Jesus, y qué obligada me tiene de lo que hace por ellas! ¡Y que nos hemos reído con la carta de mi Gabriela y puesto nos gran devocion la diligencia que trayn los santos para mortificacion de mi buen Garci-Alvarez! Harto los encomiendo á Dios. Déle muchas encomiendas mias, y á todas, que á cada una quisiera escribir por sí, sigun las amo. Cierto las quiero particularmente mucho: no sé qué se es. A su madre la portoguesa me encomiende, y á la Delgada. ¿Cómo nunca me dice nada de Bernarda Lopez? Lea esa carta para

Paterna, y si no va bien, enmiéndelo, como superiora de aquella casa. Yo le doy la ventaja de que acertará mejor lo que conviene. Dios le pague lo que hace con ellas, hablando ahora en véras, que harto me consuela. Lástima es que no sé acabar. Plega á Dios no se haya mostrado á encantar, como nuestro padre. Dios la encante y enajene en Sí, amén, amén.

De vuestra reverencia sierva.—TERESA DE JESUS.

Abra esa carta de la Priora de Paterna, y léala, que se cerró por yerro; y lea esa del Prior de las Cuevas, que todavía le escribí, aunque con tanta priesa, que no sé que he dicho; y ciérrela.

Carta al rey don Felipe II.—Desde Avila, 4 de Diciembre de 1577.

Implorando su proteccion contra los Calzados y querellándose de la tropelia que acababan de cometer con San Juan de la Cruz.

JESUS.

La gracia del Espíritu Santo sea siempre con vuestra majestad, amén. Yo tengo muy creído que ha querido nuestra Señora valerse de vuestra majestad y tomarle por amparo para el remedio de su Orden; y así no puedo dejar de acudir á vuestra

majestad con las cosas de ella. Por amor de nuestro Señor suplico á vuestra majestad perdone tantos atrevimientos. Bien creo tiene vuestra majestad noticia de cómo estas monjas de la Encarnacion han procurado llevarme allá, pensando habrá algun remedio para librarse de los frailes, que cierto les son un gran estorbo para el recogimiento y religion que pretenden. Y de la falta de ella que ha habido allí en aquella casa, tienen toda la culpa. Ellos están en esto muy engañados, porque miéntras estuviesen sujetas á que ellos las confiesen y visiten no es de ningun provecho mi ida allí; al ménos que dure, y ansí lo dije siempre al visitador dominico, y él lo tenía bien entendido. Para algun remedio, miéntras esto Dios hacía, puse allí en una casa un fraile Descalzo, tan gran siervo de nuestro Señor, que las tiene bien edificadas, con otro compañero, y espantada esta ciudad del grandísimo provecho que allí ha hecho, y ansí le tienen por un santo, y en mi opinion lo es y ha sido toda su vida. Informado de esto el Nuncio pasado, y del daño que hacian los del paño, por larga informacion que se le llevó de los de la ciudad, envió un mandamiento con descomunion para que los tornasen allí; que los Calzados los habian echado con hartos denuestos y escándalo de la ciudad, y que,

so pena de descomunion, no fuese allá ninguno del paño á negociar, ni á decir misa, ni á confesar, sino los Descalzos y clérigos. Con esto ha estado bien la casa hasta que murió el Nuncio, que tornaron los Calzados; y así torna la inquietud, sin haber mostrado por dónde lo pueden hacer.

Y ahora un fraile que vino á absolver á las monjas las ha hecho tantas molestias y tan sin orden y justicia, que están bien afligidas, y no libres de las penas que ántes tenían, segun me han dicho. Y sobre todo haes quitado éste los confesores, que dicen le han hecho vicario provincial, y debe ser porque él tiene más partes para hacer mártires que otros, y tiénelos presos en su monesterio y descerrajaron las celdas y tomáronles en lo que tenían los papeles. Está todo el lugar bien escandalizado, cómo, no siendo perlado, ni mostrando por dónde hace esto (que ellos están sujetos al Comisario Apostólico) se atreven tanto, estando este lugar tan cerca de donde está vuestra majestad, que ni parece temen que hay justicia, ni á Dios. A mí me tiene muy lastimada verlos en sus manos, que há dias que lo desean, y tuviera por mejor que estuvieran entre moros, porque quizá tuvieran más piedad. Y este fraile tan siervo de Dios está tan fla-

co de lo mucho que ha padecido, que temo su vida.

Por amor de nuestro Señor suplico á vuestra majestad mande que con brevedad le rescaten, y que se dé orden como no padezcan tanto con los del paño estos pobres Descalzos todos, que ellos no hacen sino callar y padecer, y ganan mucho; mas dase escándalo en los pueblos, que este mesmo que está aquí, tuvo este verano preso en Toledo á fray Antonio de Jesus, que es un bendito viejo, el primero de todos sin ninguna causa, y ansí andan diciendo los han de perder, porque lo tiene mandado el Tostado. Sea Dios bendito, que los que habian de ser medio para quitar que fuese ofendido le sean para tantos pecados y cada dia lo harán peor.

Si vuestra majestad no manda poner remedio, no sé en qué se ha de parar, porque ningun otro tenemos en la tierra. Pleaga á nuestro Señor nos dure muchos años. Yo espero en Él que nos hará esta merced, pues se ve tan solo de quien mire por su honra. Continuamente se lo suplicamos todas estas siervas de vuestra majestad y yo. Fecha en San José de Ávila, á iv de Diciembre de MDLXXvij.

Indina sierva y súdita de vuestra majestad.—TERESA DE JESUS, *carmelita*.

Carta al señor Lorenzo de Cepeda, su hermano.—Desde Toledo, 10 de Abril de 1580.

Recomendando á su hermano Pedro de Ahumada, que por su genio melancólico se habia marchado de casa de aquel.

JESUS.

La gracia del Espíritu Santo sea con vuestra merced. Yo le digo que parece primite Dios nos ande á tentar este pobre hombre, para saber hasta dónde llega nuestra caridad. Y cierto, hermano mio, que la mia es tan poca para con él, que me da harta pena: porque no sólo no es como con hermano, más an como prójimo (que sería razon dolerme de su necesidad) tengo bien poca: remédiome con tornar luégo á lo que debo hacer para contentar á Dios; y en entrando su Majestad de por medio, me pornia á todo trabajo por él. A no ser esto, yo digo á vuestra merced que no le estorbará poco ni mucho el camino; porque era tanto lo que deseaba verle fuera de casa de vuestra merced, que sobrepujaba harto más el contento que me daba esto, que su trabajo; y ansí suplico á vuestra merced, por amor de Nuestro Señor, me la haga á mí de no tornarle más á su casa, por ruego que haya y necesidad en que se vea, para que yo esté con sosiego; porque verdaderamente, quanto en este punto de estar

con vuestra merced él está loco, aunque no lo esté en otras cosas, que yo sé de letrados, que puede esto muy bien ser. Y ni tiene culpa la serna (que ántes que hubiese memoria de ir á ella queria hacer lo mismo), sino su gran enfermedad, y cierto que he traído harto temor de algun desman.

El dice que tiene vuestra merced razon en estar muy enojado, mas que no puede más. Bien entiende que va perdido, y debe de estar harto fatigado; mas dice que es tanto lo que sentia de estar así, que quiere más morir. Ya tenía concertado con un arriero de ir á Sevilla mañana; mas yo no entiendo á qué, que está el cuitado, que un dia de el soñ del camino le matará, y ya venía con dolor de cabeza, y allá no tiene más remedio de gastar los dineros, y pedir por Dios; que an pensé que tenía algo en su hermano de doña Mayor, y no lo tiene. Hame parecido por sólo Dios hacerle esperar, hasta que venga respuesta de esta carta de vuestra merced, aunque él está muy cierto que no ha de aprovechar nada. Mas como va ya entendiendo su perdicion, en fin espera. Por caridad me responda luego, y envíe la carta á la priora, que ya le escribo, que con el primero me la envie.

Esta tristeza que vuestra merced me escribe tan á deshora, he pensado fué la cau-

sa la venida de éste, porque Dios es muy fiel; y si éste está loco (como yo lo creo en esto), está claro que estaria vuestra merced más obligado en ley de perfeccion á acomodarle como pudiese, y no dejarlo ir á morir, y quitar de otras limosnas que hace, y dárselo á él, como á quien tiene más obligacion, quanto al deudo; que en lo demas ya veo no tiene ninguna: mas ménos la tenía José á sus hermanos.

Créame, que á quien Dios hace las mercedes que á vuestra merced, que quiere haga por Él cosas grandes, que harto es ésta. Mas yo le digo, que si se muere por ese camino, que no acabe vuestra merced, segun su condicion, de llorarle, y an quizá Dios de apretarlo, y ansí es menester nos miremos, ántes que se haga el yerro, que no se pueda remediar; que si se pone delante de Dios, como se ha de poner, no será vuestra merced más pobre por lo que le diere, que su Majestad lo dará por otras partes.

Vuestra merced le daba ducientos reales para vestir, y más de comer, y otras cosas de que él se aprovechaba de su casa; que aunque parece no se sentian, al fin se gasta más quizás de lo que vuestra merced entiende. Ya tiene, en lo que le ha dado, para comer este año en donde quisiere. Con otros ducientos reales que le dé

cada año para comer, sobre los que le daba para vestir, se estará con mi hermana (que segun él dice se lo rogaron), ú con Diego de Guzman. Él le dió cien reales, que gastará en estos caminos. Será menester no se lo dar junto el otro año, cuando vuestra merced se lo diere, sino á quien le diere de comer, poco á poco, porque á lo que yo entiendo, no estará mucho en una parte. Ello es gran lástima. Mas, á trueco de que no esté en casa de vuestra merced, lo tengo todo por bueno. Haga cuenta, que parte de esto me da á mí, como lo hiciera si me viera en necesidad, que yo lo tomo como si me lo diese, y quisiera harto poder yo no dar á vuestra merced ninguna pesadumbre. Yo le digo que ya há dias que no estuviera en su casa, segun lo que sentia algunas veces de ver á vuestra merced con ese tormento, y de los miedos que he dicho.

Porque ésta no es para más de que yo procuraré de el padre Nicolao los despachos, que creo él los tray de Sevilla, y ha-me dicho me verá. Harto me he holgado que estuviese Lorencico tan cerca. Dios sea con él. Yo procuraré estar aquí poco; porque no me hallo tan bien de salud, como por otras partes. A Segovia será la ida, si Dios quisiera. Fray Antonio de Jesus dice, que, aunque no sea sino por ver á vuestra

merced, ha de ir por allá. El padre Gracian no está ya aquí. A don Francisco mis encomiendas. Es hoy domingo de Casimodo.

Indina sierva de vuestra reverencia.—
TERESA DE JESUS.

Carta al señor Lorenzo de Cepeda.—Desde Toledo, 15 de
Abril de 1580.

*Sobre el mismo asunto de la anterior, recomendando á su
hermano Pedro.*

JESUS

Sea con vuestra merced. Porque ya habrán dado á vuestra merced una carta larga mia sobre este negocio de Pedro de Ahumada, ahora no tengo más que decir de suplicar á vuestra merced responda con brevedad, y se dé la carta á la madre priora, que muchas personas vienen acá. Está el pobre aquí gastando, y debe estar muy afligido, segun está de flaco. Daríame mucha pena no ser venida la respuesta cuando yo me fuese, que creo será presto.

Mejor estoy que he estado; en fin, todo debe ser reliquias de males viejos, y no hay que espantar. Más lo estoy de no estar peor. Creo me daba por allá salud estar sin tantas cartas y negocios. De Roma hemos

tornado á saber. Muy bien van los negocios, aunque no falta contradiccion: encomiéndelos vuestra merced á Dios, y lo que ha de hacer en este negocio de Pedro de Ahumada, que su Majestad le dará luz para lo mejor.

Ya dije á vuestra merced que me habia dado los cuatrocientos reales: él debe gastar de lo que le dió Diego de Guzman, y haber gastado. Yo le digo, que para mi condicion me aprieta harto no le poder yo dar nada, con buena conciencia: an por quitar á vuestra merced de este cansancio, me diera harto contento. El Señor lo remedie.

Harto recio se me hace que no tenga vuestra merced misa. más de los dias de fiesta: no hago sino pensar qué medio tenia, y no le hallo. Díceme Pedro de Ahumada que está muy mejor la casa que la de Avila, en especial las piezas de dormir, que me he holgado mucho. Tambien me parece mucha baraunda estar en casa los mozos del harada: si hiciese vuestra merced alguna casilla adonde se estuviesen, sería quitar gran ruido de casa. ¿Mas cómo no atajó la cocina, como concertamos? ¡Qué hablar hago! Ya veo que sabe más cada uno en su casa. Este Serna que lleva éstas, dice que tornará aquí de hoy en ocho dias. Si no hubiere vuestra merced enviado respuesta, en todo caso dé vuestra merced ór-

den como la traya éste, que no seré ida entónces : aunque me hubiese de ir, esperaré.

Lo que vuestra merced decia de estarse en un monesterio de los nuestros, ya me lo ha él dicho ; mas ningun camino lleva, porque no se hace tener seglares, ni las comidas que le darán serán de sufrir. An ahora, como no le dan la carne manida y cocida, en el meson, no la puede comer : con un pastel se pasa. Cuando yo puedo le envío alguna nadería, mas es pocas veces. Yo no sé quién le ha de sufrir y dar las cosas tan á punto.

Terrible cosa es este humor, que hace mal á sí y á todos. Dios dé á vuestra merced el bien, que yo le suplico, y le libre de tornarle á su casa : todos los demas medios deseo se procuren, para que si éste se muriere, no quede vuestra merced con desasosiego, y yo lo mesmo. A don Francisco muchas encomiendas, y á Aranda. Guarde Dios á vuestra merced y hágale muy santo, amén. ¿Cómo no me dice cómo le va en la soledad ? Son hoy xxv de Abril.

De vuestra merced sierva. — TERESA DE JESUS.

Carta al señor Lorenzo de Cepeda, hermano de la Santa.
— Desde Toledo, á 10 de Febrero de 1577.

Dándole consejos espirituales y noticias sobre algunos asuntos de su órden.

JESUS.

Sea con vuestra merced. Ya estuve buena de la flaqueza del otro dia, y despues, pareciéndome que tenía mucha cólera, con miedo de estar con ocasion la Cuaresma para no ayunar, tomé una purga, y aquel dia fueron tantas las cartas y negocios, que estuve escribiendo hasta las dos, y hizome harto daño á la cabeza, que creo ha de ser para provecho; porque me ha mandado el dotor que no escriba jamas, sino hasta las doce, y algunas veces no de mi letra. Y cierto ha sido el trabajo ecesivo, en este caso, este invierno, y tengo harta culpa; que por no me estorbar la mañana, lo pagaba el dormir; y, como era despues el escribir del vómito, todo se juntaba. Aunque este dia de esta purga ha sido notable el mal; mas parece que voy mijorando; por eso no tenga vuestra merced pena, que mucho me regalo. Helo dicho, porque, si alguna vez viere allá vuestra merced alguna carta no de mi letra, y las suyas más breves, sepa ser ésta la ocasion.

Harto me regalo cuanto puedo, y heme enojado de lo que me envió, que más quie-

ro que lo coma vuestra merced, que cosas dulces no son para mí, aunque he comido de esto y lo comeré; mas no lo haga otra vez, que me enojaré mucho. ¿No basta que no le regalo en nada?

Yo no sé qué *Pater nostres* son esos que dice toma de diciplina, que yo nunca tal dije. Torne á leer mi carta y verálo; y no tome más de lo que allí dice en ninguna manera, salvo que sean dos veces en la semana. Y en Cuaresma se pondrá un dia en la semana el silicio, á condicion que si viere le hace mal se lo quite: que como es tan sanguíneo, témole mucho; y por ser malo para la vista tomar mucha diciplina no le consiento más, y an porque es más penitencia darse tan tasadamente, despues de comenzado, que es quebrar la voluntad. Hame de decir si se siente mal con el silicio, de que se le ponga.

Esa oracion de sosiego, que dice, es oracion de quietud, de lo que está en ese librilla. En lo de esos movimientos sensuales, para probarlo todo se lo dije; que bien veo no hace al caso, y que es lo mejor no hacer caso de ellos. Una vez me dijo un gran letrado, que habia venido á él un hombre afligidísimo, que cada vez que comulgaba venía en una torpeza grande, más que eso mucho, y que le habian mandado que no comulgase, sino de año á

año, por ser de obligacion. Y este letrado, aunque no era espiritual, entendió la flaqueza; y díjole, que no hiciese caso de ello, que comulgase de ocho á ocho dias, y como perdió el miedo, quitósele. Ansí que no le haga vuestra merced caso de eso.

Cualquiera cosa puede hablar con Julian de Avila, que es muy bueno. Díceme que se va con vuestra merced, y yo me huelgo. Véale vuestra merced algunas veces; y cuando le quisiere hacer alguna gracia, puede por limosna, que es muy pobre, y harto desasido de riquezas, á mi parecer, que es de los buenos clérigos que hay allí, y bien es tener conversaciones semejantes, que no ha de ser todo oracion.

En el dormir vuestra merced digo, y an mando, que no sean ménos de seis horas. Mire que es menester los que hemos ya edad llevar estos cuerpos, para que no derruequen el espíritu, que es terrible trabajo. No puede creer el disgusto que me da estos dias, que ni yo oso rezar, ni leer, aunque, como digo, estoy ya mejor; mas quedaré escarmentada, yo se lo digo; y ansí haga lo que le mandan, que con eso cumple con Dios. ¡Qué bobo es, que piensa que es esa oracion, como la que á mí no me dejaba dormir! No tiene que ver, que harto más hacía yo para dormir, que por estar despierta.

Por cierto que me hace alabar harto á nuestro Señor las mercedes que le hace, y con los efetos que queda. Aquí verá cuán grande es, pues le deja con virtudes, que no acabára de alcanzarlas con mucho ejercicio. Sepa que no está la flaqueza de la cabeza en comer, ni en beber: haga lo que le digo. Harta merced me hace nuestro Señor en darle tanta salud. Plega á su Majestad que sea muchos años, para que la gaste en su servicio.

Este temor, que dice, entiendo cierto debe ser, que el espíritu entiende siente el mal espíritu, y aunque con los ojos corporales no le vea, débele de ver el alma ú sentir. Tenga agua bendita junto á sí, que no hay cosa con que más huya. Esto me ha aprovechado muchas veces á mí. Algunas no paraba en solo miedo, que me atormentaba mucho, esto para sí solo. Mas, si no le acierta á dar el agua bendita, no huye; y ansí es menester echarla alrededor.

No piense le hace Dios poca merced en dormir tan bien, que sepa es muy grande. Y torno á decir que no procure que se le quite el sueño, que ya no es tiempo de eso.

Mucha caridad me parece querer tomar los trabajos y dar los regalos; y harta merced de Dios, que pueda an pensar en hacerlo. Mas, por otra parte, es mucha

bobería y poca humildad, que piense él que podrá pasar con tener las virtudes que tiene Francisco de Salcedo, ú las que Dios da á vuestra merced sin oracion. Créame, y dejen hacer al Señor de la viña, que sabe lo que cada uno há menester. Jamas le pedí trabajos interiores, aunque Él me ha dado hartos, y bien recios en esta vida. Mucho hace la condicion natural y los humores para estas afliciones. Gusto que vaya entendiendo el de ese santo, que querria le llevase mucho la condicion.

Sepa que pensé lo que habia de ser de la sentencia, y que se habia de sentir; mas no se sufria responder en seso; y si miró vuestra merced, no deje de loar algo de lo que dijo; y á la repuesta de vuestra merced, para no mentir, no pude decir otra cosa. Yo lo digo, cierto, que estaba la cabeza tal, que áun eso no sé como se dijo, segun aquel dia habian cargado los negocios y cartas, que parece los junta el demonio algunas veces, y así fué la noche, que me hizo mal de la purga. Y fué milagro no enviar al obispo de Cartagena una carta, que escribia á la madre del padre Gracian, que erré el sobrescrito, y estaba ya en el pliego, que no me hartó de dar gracias á Dios; que le escribia sobre que han andado con las monjas de Caravaca

su provisor, y (nunca le he visto) parecia una locura. Quitaron les dijese misa. Ya esto está remediado, y lo demas creo se hará bien, que es, que admita el monesterio. No puede hacer otra cosa: iban algunas cartas de favor con las mias. ¡Mire qué bien fuera! ¡Y el haberme yo ido de aquí!

Todavía traemos miedo á este Tostado, que torna ahora á la córte: encomiéndelo á Dios. Esa carta de la priora de Sevilla lea. Yo me holgué con la que me envió de vuestra merced, y con la que escribió á las hermanas, que cierto tiene gracia. Todas besan á vuestra merced las manos muchas veces, y se holgaron harto con ella, y mi compañera mucho, que es la de los cinquenta años, digo la que vino de Malagon con nosotros, que sale en extremo buena, y es bien entendida. Al ménos para mi regalo es el extremo que digo, porque tiene gran cuidado de mí.

La priora de Valladolid me escribió cómo se hacía en el negocio todo lo que se podia hacer, que estaba allá Pedro de Ahumada. Sepa que el mercader que en ello entiende creo lo hará bien: no tenga pena. Encomiéndemelo, y á mis niños, en especial á Francisco: deseo los tengo de ver. Bien hizo en que se fuese la moza, aunque no hubiera ocasion, que no hacen sino em-

barazarse, cuando son tantas. A doña Juana, á Pero Alvarez y á todos me diga siempre muchos recaudos. Sepa que tengo hartto mejor la cabeza que cuando comencé la carta: no sé si lo hace lo que me huelgo de hablar con vuestra merced.

Hoy ha estado acá el doctor Velazquez, que es el mi confesor. Tratéle lo que me dice de la plata y tapicería que desea dejar, porque no querria que por no le ayudar yo, dejase de ir muy adelante en el servicio de Dios; y así, en cosas no me fio de mi parecer, aunque en esto era él mismo. Dice que eso no hace ni deshace, como vuestra merced procure ver lo poco que importa, y no estar asido á ello; que es razon, pues ha de casar sus hijos, tener casa como conviene. Así, que ahora tenga paciencia, que siempre suele Dios traer tiempos para cumplir los buenos deseos, y así hará á vuestra merced. Dios me le guarde, y haga muy santo, amén. Son x de Febrero.

Y yo sierva de vuestra merced.— TERE-SA DE JESUS.

Carta al señor Lorenzo de Cepeda, hermano de la Santa.—Desde Toledo á 27 y 28 de Febrero de 1577.

Sobre su oracion y mortificaciones, repitiéndole algunos consejos espirituales.

JESUS

Sea con vuestra merced. Antes que se

me olvide, como otras veces, mande vuestra merced á Francisco que me envíe unas buenas plumas cortadas, que acá no las hay buenas, y me hacen disgusto y trabajo; y nunca le quite que me escriba, que quizá lo há menester, y con una letra se contenta, que eso no me hace nada. Creo ha de ser este mal para bien, que me comienzo á mostrar á escribir de mano ajena, que lo pudiera haber hecho en cosas que importan poco: quedarme he con esto. Harto mejor estoy, que he tomado unas píldoras. Creo me hizo daño comenzar á ayunar la Cuaresma, que no era sólo la cabeza, que me daba en el corazon. De esto estoy mucho mejor, y an de la cabeza lo he estado dos dias, que es lo que me daba más pena, que no es poco: que mi miedo ha sido si me habia de quedar inhabilitada para todo, que oracion sería gran atrevimiento procurarla, y bien ve nuestro Señor el daño que me sería; porque ningun recogimiento sobrenatural tengo, mas que si nunca los hubiera tenido, que me espanta harto, porque no fuera en mi mano resistir. No tenga vuestra merced pena, que poco á poco iré tomando fuerza en la cabeza. Yo me regalo todo lo que veo es menester, que no es poco, y an algo más que acá usan. No podré tener oracion. Tengo gran deseo de estar buena. Ello es á costa

de vuestra merced; por eso téngolo por bien, que es tal mi condicion, que para no traer pesadumbre, es menester así, y como tan mal carnero, que siempre he menester ave á comer, porque todo el negocio de él es flaqueza, como he ayunado desde la Cruz de Setiembre, y con el trabajo y edad, y en fin, ser yo para tan poco, que es enojo, que siempre este cuerpo me ha hecho mal y estorbado el bien. No es tanto que deje de escribir á vuestra merced de mi letra, que esa mortificacion no se la daré ahora, que por mí veo que será mucha.

La de que no se ponga el silicio habrá de perdonar, porque no se ha de hacer lo que él escoge. Sepa que han de ser tan cortas las diciplinas, que se siente tanto más, y hará ménos mal. No se dé muy recio, que va poco en eso, que pensará que es gran imperfecion. Porque haga algo de lo que quiere le envío ese silicio, para que traya dos dias en la semana: entiéndese desde que se levanta hasta que se acuesta, y no duerma con él. En gracia me ha caido el contar de los dias tan cabalmente. Uso nuevo es, y no creo han alcanzado esa habilidad las Descalzas. Mire que nunca se ponga esotro: ahora estése guardado. A Teresa envío uno y una diciplina, que me envió á pedir muy recia: mándesela dar

vuestra merced, y mis encomiendas. Muchas cosas buenas me escribe de ella Julian de Avila, que me hace alabar al Señor. Él la tenga de su mano siempre, que gran merced la ha hecho, y á las que la queremos bien.

En forma habia deseado estos dias tuviese vuestra merced alguna sequedad, y ansí me holgué harto cuando vi su carta, aunque esa no se puede llamar sequedad. Crea que para muchas cosas aprovecha mucho. Si ese cilicio llegare á toda la cintura, ponga un pañico de lienzo al estómago, que es muy dañoso; y mire que si sintiere mal en los riñones, que ni eso ni la disciplina no lo tome, que le hará mucho mal, que más quiere Dios su salud que su penitencia, y que obedezca. Acuérdesese de lo de Saul, y no haga otra cosa. No hará poco si sabe llevar á esa persona la condicion, porque tengo para mí que todos esos grandes trabajos y penas es melancolía, que le sujeta bravamente; y ansí, ni hay culpa ni de qué nos espantar, sino alabar al Señor, que no nos da ese tormento.

Tenga gran cuenta con no dejar de dormir y hacer colacion bastante, que no se siente hasta que está ya hecho el mal, con el deseo de hacer algo por Dios. Y yo le digo que he de quedar escarmentada para mí y para otras. El silicio cada dia es mé-

nos en parte, porque con la costumbre de traerlo no se hace la novedad que vuestra merced dice, y no habia de apretarse tanto el hombro como suele. En todo mire no le haga mal. Harta merced le hace Dios en llevar tan bien la falta de oracion, que es señal que está rendido á su voluntad, que éste creo es el mayor bien que tray consigo la oracion.

De mis papeles hay buenas nuevas. El inquisidor mayor mesmo los lee, que es cosa nueva. Débenselos de haber loado, y dijo á doña Luisa que no habia allí cosa que ellos tuviesen que hacer en ella, que ántes habia bien que mal; y díjola: ¿que por qué no habia yo hecho monesterio en Madrid? Está muy en favor de los Descalzos: es el que ahora han hecho arzobispo de Toledo. Creo que ha estado con él allá en un lugar doña Luisa, y llevó muy á cargo este negocio, que son grandes amigos, y ella me lo escribió. Presto verná, y sabré lo demas. Esto diga vuestra merced al señor obispo, y á la supriora, y á Isabel de San Pablo (en mucho secreto, para que no lo digan á nadie y lo encomienden á Dios), y no á otra persona. Harto buenas nuevas son. Para todo ha aprovechado el quedar aquí, aunque no para mi cabeza, que ha habido más cartas que en otro cabo.

Por esa de la priora verá cómo han pa-

gado la mitad de la casa, y no llegando á lo de Beatriz y su madre, presto la pagarán toda, con el favor del Señor. Mucho me he holgado, y con esa carta de Agustín, que no fuese acullá, y pesádome que haya enviado vuestra merced carta sin la mia. Habré una de la Marquesa de Villena para el Virey (que es la sobrina muy querida), para cuando vayan ciertas. Harto me lastima verle en esas cosas todavía: encomiéndelo á Dios, que ansí lo hago yo.

De lo que dice del agua bendita, no sé más el por qué de la experiencia que tengo. Dicho lo he á algunos letrados, y no lo contradicen. Basta tenerlo la Ilesia, como vuestra merced dice. Con todo lo que va mal á las de la reformation, excusan hartos pecados.

Dice mucha verdad Francisco de Salcedo de lo de Ospedal, al ménos que soy yo como ella en este caso. Déle un gran recaudo de mi parte, y á Pedro de Ahumada, que no quiero escribir más, de que mire si pudiere dar para comprar algunas ovejas Juan de Ovalle, que será mucha ayuda para ellos y harta limosna si se puede hacer sin perder vuestra merced.

Más plumas he mudado en esta carta, que le parecerá peor la letra que suelo: pues no es del mal, sino por esta ocasion. Ayer la escribí, y hoy me levanto mejor,

gria á Dios, que el miedo de no quedar debe ser así, más que el mal. Donosa ha estado mi compañera con el empedrador: díjeme de él habilidades, que la dije las escribiese allá. Con todo, creo que pues la priora dice que es abonado, que lo sabe, y que no lo hiciera mal, porque ella conoce al uno y al otro; aunque yo el Vitoria entendí siempre era el que entendia en ello. Plega á Dios se haga bien, y á vuestra merced guarde, como yo le suplico, para su servicio, amén. Son hoy xxviii de Febrero.

Bueno está el padre visitador. Ahora torna el Tostado, segun dicen, cosa que es para conocer el mundo estos nuestros negocios, que no parece sino una comedia. Con todo, deseo harto verle quitado de ellos. Hágalo el Señor, como ve es menester. La priora y todas se encomiendan á vuestra merced. La de Sevilla me regala mucho, y la de Salamanca; y an la de Veas y Caravaca no han dejado de hacer lo que pueden: en fin, muestran su buena voluntad. Yo quisiera estar cabe vuestra merced, para que viera y an para gustar de enviarle de ello. Unos sabalos vinieron ahora de Sevilla en pan, que se pudieron bien comer, que me he holgado, porque es mucha la esterilidad de este pueblo. El ver la voluntad con que lo hacen es lo que me cay en gracia.

Indina sierva de vuestra merced. — 7E-1 es
RESA DE JESUS.

Carta á Alonso de Aranda, sacerdote de Avila, en
Madrid.— Desde Avila, á 10 de Noviembre de 1577.

*Sobre los disturbios de las monjas de la Encarnacion, con
motivo de su eleccion para priora.*

JESUS.

Sea con vuestra merced el Espíritu Santo, mi padre, y páguele nuestro Señor el consuelo que me da con sus cartas. Ha sido grandísimo para mí la buena sentencia del pleito: he dado muchas gracias á nuestro Señor. No sé si será mucha perfeccion tanto placer en cosa temporal. Yo creo vuestra merced le habrá tenido muy grande, y que le puede dar el enhorabuena, y así se la doy. Soledad ha de ser en tal tiempo faltarnos vuestra merced de ese lugar: sea Dios servido se allanen las cosas de manera que no hayamos menester el favor de mi señora la Marquesa, y la buena diligencia de vuestra merced.

Sepa, mi padre, que estas monjas están así, que me tienen con harta pena, digo las de la Encarnacion. Deseo harto que obedezcan por priora la que lo es, que por vicaria sí obedecen. Ellas, como les parece que el bien de aquella casa está en lo que

se ha hecho, y quizá se engañan, y que la han de ver luégo perdida, porque ya tornan allá los frailes, dicen querrian esperar hasta donde pudiesen. Por caridad vuestra merced se informe, si lleva algun medio el poderlas asolver el Tostado ú el provincial, ú si el nuncio va: donde está la causa no hacen nada en ello, porque si ha de durar mucho, es recia cosa estarse así; y lo trate vuestra merced tambien con el señor licenciado Padilla, y conforme á lo que conviene, escriba vuestra merced al padre Julian de Avila, que él porná con ellas mucho, y quizá podrá, para que obedezcan á doña Ana; que yo, como saben que no quiero ir allá, danme poco crédito. Á mi señora la Marquesa suplico favorezca este negocio en lo que pudiere. Si yo las viese ya sosegadas, sería me gran consuelo. Al señor licenciado Padilla no escribo por no cansar á su merced, que basta lo que lo está con tantos trabajos; que deseo mucho saber qué se hace del Tostado. Le dirá vuestra merced este particular de estas monjas; suplícoselo, que no se sufre estar así mucho, ni an nada ya, que es gran inquietud, y no puede dejar de haber ofensas de Dios: su Majestad guarde á vuestra merced. Estas sus hijas se le encomiendan. Es hoy víspera de san Martín.

Carta al padre fray Ambrosio Mariano. — Desde Toledo,
á 15 de Mayo de 1577.

*Advertencias sobre varios asuntos de la Orden, y en espe-
cial de la fundacion de un convento de frailes en Sa-
lamanca.*

JESUS

Sea con vuestra reverencia, mi padre, y le premie las buenas nuevas que me escribe, y que, á lo que parece, nos son harto favorables, por muchas razones. El mozo se marchó al punto. Plega á Dios guiar sus pasos para mayor gloria suya, que es á lo que solamente debemos aspirar. Holguéme que vuestra reverencia se halle bien con esos padres, que por lo ménos no le ponen embarazos. Segun me dicen, el padre fray Anselmo ha escrito al Obispo de Salamanca, diciéndole que no dé licencia para fundar ningun convento, por lo que se ha formado un proceso, ni más ni ménos que el de aquí. ¡Oh, mi padre, qué mala maña se dan para arreglar esos negocios! Este se hubiera ya concluido, si hubieran tenido acierto para ello, y por el contrario, no ha servido más que para infamar á los Descalzos. Créame, que es menester tomarse tiempo para que los negocios salgan bien. Cuando las cosas van despacio, creo que van así porque Dios quiere, y que esto encierra algun misterio. Allá verémos, y suerte será que

se haga lo que dice. Dios le pague la buena opinion que tiene de mi discrecion: plega á Dios que dure, pero pienso que quien la tiene tan buena no debe hacer caso de la mia. Harto contenta estoy de que los negocios corran por tan buenas manos: bendito sea el que así lo dispone, amén. Como nunca me dice nada del padre fray Baltasar, y tampoco sé donde está, déle mis encomiendas, y tambien á mi padre Padilla y al padre Juan Diaz. La priora de aquí y Brianda la de Malagon encargan tambien sus encomiendas para vuestra reverencia. La primera estaba harto mejorada; pero luégo que llegó esta tarde se puso peor. Tenemos esperanza de que se alivie: plega á Dios alargar su vida, como ve que es menester, y guarde á vuestra reverencia. Mire, mi padre, y tenga cuidado con esas amistades, que podrian llegar á ser violentas por no recatarse bien de ellas. El verdadero amigo, de quien debemos hacer mucho caso, es Dios: miéntras hagamos su voluntad nada hay que temer. Harto deseo tengo de ver esa repuesta: tambien quisiera que vuestra reverencia y el padre maestro pudieran estar allá, si creen ser bien recibidos: cierto, que por más que se haga no ha de faltar cruz en esta vida, y más para quien es del partido del que fué crucificado.

En cuanto á lo de Antonio Manuel está equívocado: doña Catalina de Otalora no es monja nuestra, ni lo ha sido nunca. Esta señora quedó viuda, y ayudó para la fundacion de ese convento, donde no creo está. Además, que yo no la conozco, ni tengo por qué entender en cosas de ella, que mi profesion no es para eso. Suplico á vuestra reverencia que se lo diga así: an tengo un escrúpulo sobre lo que pedí á vuestra reverencia en este caso; mas con eso entenderá cuán poco conozco á ese señor, á quien sólo he visto una vez, aunque está bien colocado y es pariente mio, y no sé en qué estado se halla su alma; esto sea dicho entre nosotros. Suplico á vuestra reverencia que no haga nada en este asunto, sino lo que crea conveniente despues de haberle observado á él. No le diga vuestra reverencia nada de esto por no darle pena; pero déle mis encomiendas, y que no le escribo porque tengo dolor de cabeza, la cual continúa harto ruin. Dígale tambien que hoy escribo á la señora doña Beatriz, y sobre todo no deje de decirle, que la señora que dice no es monja.

Dios guarde á su reverencia como todos habemos menester, amén. Son hoy xv de Mayo.

De vuestra reverencia sierva.—TERESA DE JESUS.

Carta á la misma madre María de San José. — Desde
Ávila, á 19 de Diciembre de 1577.

Sobre los mismos asuntos que la anterior.

JESUS

Sea con vuestra reverencia siempre, mi hija. La suya recibí, y con ella las patatas y el pipote y siete limones: todo vino muy bueno; más cuesta tanto el traer, que no hay para qué me envíe vuestra reverencia más cosa ninguna, que es conciencia. Por la via de Madrid escribí á vuestra reverencia, habrá poco más de ocho dias, y así en ésta no seré larga, porque no hay cosa de nuevo en los negocios, que allí dije, de lo cual tenemos harta pena; porque aunque há hoy dez y seis dias que están nuestros dos frailes presos, no sabemos si los han suelto, aunque tenemos confianza en Dios que lo ha de remediar. Como ahora viene la Pascua, y no se puede tratar de negocios de justicia, hasta pasados los Reyes, si ahora no está negociado, será largo trabajo para los que padecen; y tambien dan harta pena estas monjas de la Encarnacion, porque están muy apretadas con tantos trabajos, y mas con haberlas quitado á estos santos confesores, y tenerlos así apremiados: por caridá que los encomienden á Dios

á todos, que es gran lástima lo que padecen. De que vuestra reverencia esté buena me huelgo, y de que lo estén todas las hermanas, y de que se haya descubierto la buena obra, que nos hacía Bernarda: plega á Dios que la viuda haga lo que vuestra reverencia dice, de no pedir las los dineros. Al padre prior de las Cuevas escribí con la de vuestra reverencia: envié la carta por Madrid, como digo; y porque no sé si este mensajero será cierto, no digo más. Al padre Garci-Alvarez dé mis encomiendas, y al padre fray Gregorio, que no le respondo á la suya (con la cual me holgué) por la causa que digo. Yo procuraré saber si hay aquí quien conozca á ese rector, y haré que le escriban. Á mi Grabiela me encomiendo mucho, y que me holgué con su carta. Á todas las hermanas me encomiendo, y á doña Leonor tambien dé vuestra reverencia todos los recados de mi parte que quisiere, y que harto me consuelo en saber la gran caridad que tiene con esa casa, y porque sepa lo que pasa, doce reales llevaron por traer lo que me envió, y venía harto flojo: no sé la causa. Quédese vuestra reverencia con Dios, el cual les dé tan buenas pascuas á todas, como yo deseo. Son de Diciembre XIX.

Teresa y todas se le encomiendan mu-

cho. Yo estoy harto ruin de esta cabeza (no sé como entienden que no) y tantos trabajos juntos, que me tienen cansada á ratos: ni sé cuándo llegará allá ésta, ni si será cierta. Mi hermano está bueno. Mire, que me diga á todas mucho, y á las de Paterna, que me cai en gracia sus cantos; y, á lo que podemos entender, presto serán sus esperanzas en vano, y lo verán muy á la clara. Quanto quisiere decir de mi parte, le doy licencia: *año de 1577.*

Indina sierva de vuestra reverencia.—

TERESA DE JESUS.

Mire que la mando muy de véras, que en lo que toca á su tratamiento obedezca á Gabriela; y á ella, que tenga cuidado de vuestra reverencia, pues ve lo que nos importa su salud.

ORACION DE SANTA TERESA.

Dios mio, pues sois la misma caridad y amor, haced que esta virtud se perfeccione en mí, de manera que su fuego consuma todos los resabios de mi amor propio. Ámeos yo, tesoro único y cumplida gloria mia, sobre todo lo criado, y á mí en Vos, por Vos y para Vos, y á mi prójimo de la misma manera, llevando sus cargas, como quiero que me lleven las mias, y á todo lo que hay fuera de Vos, sólo en cuanto me ayudare á ir á Vos, gozándome, como me gozo de que os ameis perfectamente y de que os amen continuamente vuestros ángeles y bienaventurados en la gloria, corrido el velo y visto á la clara, y los justos en esta vida conocido por lumbre de fe, ti- niéndoos por único y sumo bien, fin y centro de su aficion y amor. Quisiera yo que todos los imperfectos y pecadores de el mundo hicieran lo mismo. Con vuestro favor tengo de ayudar á que lo hagan así.

POESÍAS.

POESÍA I.

UNOS VERSOS DE LA SANTA MADRE TERESA DE
JESUS NACIDOS DEL FUEGO DE AMOR DE DIOS
QUE EN SÍ TENÍA.

*Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.*

GLOSA.

Aquesta divina union,
Del amor con que yo vivo,
Hace á Dios ser mi cativo,
Y libre mi corazon :
Mas causa en mí tal pasion
Ver á Dios mi prisionero ,
Que muero porque no muero.

¡Ay! Qué larga es esta vida,
Qué duros estos destierros,
Esta cárcel y estos hierros,
En que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.

¡Ay! Qué vida tan amarga

Do no se goza el Señor :
Y si es dulce el amor,
No lo es la esperanza larga :
Quíteme Dios esta carga,
Más pesada que de acero,
Que muero porque no muero.

Sólo con la confianza
Vivo de que he morir ;
Porque muriendo el vivir
Me asegura mi esperanza :
Muerte do el vivir se alcanza,
No te tardes, que te espero,
Que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte ;
Vida, no seas molesta,
Mira que sólo te resta,
Para ganarte, perderte ;
Venga ya la dulce muerte,
Venga el morir muy ligero,
Que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba
Es la vida verdadera :
Hasta que esta vida muera,
No se goza estando viva :
Muerte, no seas esquivá ;
Vivo muriendo primero,
Que muero porque no muero.

Vida, ¿ qué puedo yo darle
A mí Dios que vive en mí,
Si no es perderte á tí,
Para mejor á Él gozarle ?
Quiero, muriendo, alcanzarle,
Pues á Él sólo es el que quiero,
Que muero porque no muero.

Estando ausente de tí,

¿Qué vida puedo tener?
Sino muerte padecer
La mayor que nunca vi:
Lástima tengo de mí,
Por ser mi mal tan entero,
Que muero porque no muero.

El pez que del agua sale
Aun de alivio no carece,
A quien la muerte padece
Al fin la muerte le vale:
¿Qué muerte habrá que se iguale
A mi vivir lastimero?

Que muero porque no muero.
Cuando me empiezo á aliviar
Viéndote en el Sacramento,
Me hace más sentimiento
El no poderte gozar:
Todo es para más penar,
Por no verte como quiero,
Que muero porque no muero.

Quando me gozo, Señor,
Con esperanza de verte,
Viendo que puedo perderte,
Se me dobla mi dolor:
Viviendo en tanto pavor,
Y esperando como espero,
Que muero porque no muero.

Sácame de aquesta muerte,
Mi Dios, y dame la vida,
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte:
Mira que muero por verte,
Y vivir sin tí no puedo,
Que muero porque no muero.
Lloraré mi muerte ya,

Y lamentaré mi vida,
En tanto que detenida
Por mis pecados está.
Oh, Dios mio, cuando será
Cuando yo diga de vero
Que muero porque no muero.

POESÍA II.

OTRA GLOSA SOBRE LOS MISMOS VERSOS.

Vivo ya fuera de mí,
Despues que muero de amor;
Porque vivo en el Señor,
Que me quiso para sí:
Cuando el corazon le dí
Puso en mí este letrero,
Que muero porque no muero.

Esta divina union,
Y el amor con que yo vivo,
Hace á Dios mi cativo,
Y libre mi corazon;
Y causa en mí tal pasion
Ver á Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.

Ay ¡ Qué larga es esta vida!
¡ Qué duros estos destierros,
Esta cárcel y estos hierros
En que está el alma metida!
Sólo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.

Acaba ya de dejarme,
Vida, no me seas molesta;
Porque, muriendo, ¿ qué resta,

Sino vivir, y gozarme?
No dejes de consolarme;
Muerte, que ansí te requiero,
Que muero porque no muero.

POESÍA III.

*Véante mis ojos,
Dulce Jesus bueno;
Véante mis ojos,
Muérame yo luégo.*

GLOSA.

Vean quien quisiere
Rosas y jazmines,
Que si yo te viere,
Veré mil jardines:
Flor de serafines,
Jesus Nazareno,
*Véante mis ojos,
Muérame yo luégo.*

No quiero contento
Mi Jesus ausente,
Que todo es tormento
A quien esto siente;
Sólo me sustente
Tu amor y deseo,
*Véante mis ojos,
Dulce Jesus bueno;
Véante mis ojos
Muérame yo luégo.*



I. C. H.

POESÍA IV.

*Alma, buscarte has en mí,
Y á Mí buscarme has en tí.*

De tal suerte pudo amor,
Alma, en mí te retratar,
Que ningun sabio pintor
Supiera con tal primor
Tal imágen estampar.

Fuiste por amor criada
Hermosa bella, y así,
En mis entrañas pintada,
Si te perdieres, mi amada
Alma, buscarte has en Mí.

Que yo sé que te hallarás
En mi pecho retratada,
Y tan al vivo sacada,
Que si te ves te holgarás
Viéndote tan bien pintada.

Y si acaso no supieres
Donde me hallarás á *Mí*,
No andes de aquí para allí,
Sino, si hallarme quisieres
A mí, buscarte has en tí.

Porque tú eres mi aposento,
Eres mi casa y morada,
Y así llamo en cualquier tiempo,
Si hallo en tu pensamiento,
Estar la puerta cerrada.

Fuera de tí no hay buscarme,
Porque para hallarme á *Mí*
Bastára sólo llamarme,
Que á tí iré sin tardarme,
Y á mí buscarme has en tí.

POESÍA V.

VILLANCICO.

¡ Oh hermosura que excedeis
A todas las hermosuras !
Sin herir dolor haceis,
Y sin dolor deshaceis,
El amor de las criaturas.

Oh fiudo que ansí juntáis
Dos cosas tan desiguales,
No sé por qué os desatais,
Pues atado fuerza dais
A tener por bien los males.

Quien no tiene sér juntáis
Con el Sér que no se acaba:
Sin acabar acabais,
Sin tener que amar amais,
Engrandecis vuestra nada.

POESÍA IV.

DE LA SANTA MADRE TERESA DE JESUS SOBRE ESTAS PALABRAS «DILECTUS MEUS MIHI.»

*Ya toda me entregué y di,
Y de tal suerte he trocado,
Que mi amado es para mí.
Y yo soy para mi Amado.*

Quando el dulce Cazador
Me tiró y dejó rendida,
En los brazos del amor
Mi alma quedó caída,
Y cobrando nueva vida
De tal manera he trocado,

TOMO XXXI.

6

*Que mi amado es para mí
Y yo soy para mi Amado.
Tiróme con una flecha
Enarbolada de amor,
Y mi alma quedó hecha
Una con su criador;
Ya yo no quiero otro amor,
Pues á mí Dios me he entregado,
Y mi amado es para mí
Y yo soy para mi Amado.*

POESÍA VII.

Á SAN ANDRES.

*Si el padecer con amor
Puede dar tan gran deleite,
¡Qué gozo nos dará el verte!
¿Qué será cuando veamos
A la eterna Majestad?
Pues de ver Andres la cruz
Se pudo tanto alegrar.
¡Oh, qué no puede faltar
En el padecer deleite!
¡Qué gozo nos dará el verte!
El amor cuando es crecido
No puede estar sin obrar,
Ni el fuerte sin pelear,
Por amor de su Querido.
Con esto le habrá vencido,
Y querrá que en todo acierte,
¡Qué gozo nos dará el verte!
Pues todos temen la muerte,
Como te es dulce el morir
Oh, que voy para vivir*

En más encumbrada suerte.

¡Oh mi Dios! que con tu muerte
Al más flaco hiciste fuerte :
¡Qué gozo nos dará el verte!

¡Oh Cruz! madero precioso,
Lleno de gran majestad,
Pues siendo de despreciar
Tomaste á Dios por esposo.

A tí vengo muy gozoso.
Sin merecer el quererte :
¡Esme muy gran gozo el verte!

POESÍA VIII.

Á SANTA CATALINA MÁRTIR,

*Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita
desiderat anima mea.*

Oh gran amadora
Del Eterno Dios,
Estrella luciente,
Amparadnos vos.

Desde tierna edad
Tomastes esposo,
Fué tanto el amor
Que no os dió reposo :
Quien es temeroso,
No se llegue á vos
Si estima la vida
Y el morir por Dios.

Mirad los cobardes
Aquesta doncella,
Que no estima el oro
Ni verse tan bella :

Metida en la guerra
De persecucion,
Para padecer
Con gran corazon.

Mas pena le da
Vivir sin su esposo,
Y así en los tormentos
Hallaba reposo :
Todo le es gozoso,
Quiere ya morir,
Pues que con la vida
No puede vivir.

Las que pretendemos
Gozar de su gozo,
Nunca nos cansemos,
Por hallar reposo,
¡Oh engaño engañoso,
Y que sin amor,
Es querer sanar,
Viviendo el dolor!

POESÍA IX.

Fortitudo mea et laus mea Dominus mihi.

DE SAN HILARION.—DE LA SANTA MADRE.

*Hoy ha venido un guerrero
Al mundo y sus valedores,
—Vuelta, vuelta, pecadores,
Sigamos este sendero.*

*Sigamos la soledad,
Y no queramos morir,
Hasta ganar el vivir
En tan subida pobreza.*

¡Oh qué grande es la destreza
De aqueste nuestro guerrero!
*Vuelta, vuelta, pecadores,
Sigamos este sendero.*

Con armas de penitencia
Ha vencido á Lucifer,
Combate con la paciencia,
Ya no tiene que temer.
Todos podemos valer
Siguiendo este caballero,
*Vuelta, vuelta, pecadores,
Sigamos este sendero.*

No ha tenido valedores,
Abrazóse con la Cruz:
Siempre en ella hallamos luz,
Pues la dió á los pecadores.
¡Oh que dichosos amores
Tuvo este nuestro guerrero!
*Vuelta, vuelta, pecadores,
Sigamos este sendero.*

Ya ha ganado la corona,
Y se acabó el padecer,
Gozando ya el merecer,
Con muy encumbrada gloria,
¡Oh venturosa victoria
De nuestro fuerte guerrero!
*Vuelta, vuelta, pecadores,
Sigamos este sendero,*

POESÍA X.

OCTAVA.

Dichoso el corazon enamorado
Que en sólo Dios ha puesto el pensamiento,

Por Él renuncia todo lo criado,
Y en Él halla su gloria y su contento.
Aun de sí mismo vive descuidado,
Porque en su Dios está todo su intento,
Y así alegre pasa y muy gozoso
Las ondas deste mar tempestuoso.

POESÍA XI.

CUARTETAS.

Si el amor que me teneis,
Dios mio, es como el que os tengo;
Decidme ¿en qué me detengo?
O vos ¿en qué os deteneis?

Alma, ¿qué quieres de mí?

—Dios mio, no más que verte.

—Y ¿qué temes más de tí?

—Lo que más temo es perderte.

Un amor que ocupe os pido,
Dios mio, mi alma os tenga,
Para hacer un dulce nido
Adonde más la convenga.

Un alma en Dios escondida
¿Qué tiene que desear,
Si no amar y más amar,
Y en amor toda encendida
Tornarte de nuevo á amar?

POESIA XII.

Quam magnificata sunt opera tua, Domine.

DE LA SANTA MADRE PARA CUANDO HICIEREN
PROFESION LAS HERMANAS.

*Oh dichosa la zagala
Que hoy se ha dado á un tal zagal,*

Que reina y ha de reinar.

Venturosa fué su suerte
Pues mereció tal Esposo :
Ya yo, Gil, estoy medroso,
No la osaré más mirar,
Pues ha tomado Marido

Que reina y ha de reinar.

Pregúntale qué le ha dado
Para que lleve á su aldea ;
El corazon le ha entregado
Muy de buena voluntad :
Mi fe poco le ha pagado
Que es muy hermoso el zagal :

Y reina y ha de reinar.

Si más tuviera más diera ;
Porque le avisas charillo,
Tomemos el cobanillo,
Sirva nos, deja sacar,
Pues ha tomado Marido,

Que reina y ha de reinar.

Pues vemos lo que dió ella,
¿Qué la ha de dar el zagal ?
Con su sangre la ha comprado ;
¡ Oh qué precioso caudal,
Y dichosa esta zagala

Que contenta á este zagal !

Mucho la debia amar,
Pues le dió tan gran tesoro ;
No ves que se lo da todo
Hasta el vestir y calzar
Mira que es ya su Marido

Que reina y ha de reinar.

Bien será que la tomemos,
Para este nuestro rebaño,
Y que la regocijemos

Para ganar su amistad,
Pues ha tomado Marido,
Que sin fin ha de reinar.

POESÍA XIII.

OTRA PARA LAS PROFESIONES.

*Todos los que militais
Debajo de esta bandera,
Ya no durmais, ya no durmais,
Pues que no hay paz en la tierra.*

Ya como capitán fuerte
Quiso nuestro Dios morir,
Comencémosle á seguir
Pues que le dimos la muerte.

¡Oh qué venturosa suerte
Se le siguió desta guerra!

*Ya no durmais, ya no durmais,
Pues Dios falta de la tierra.*

Con grande contentamiento
Se ofrece á morir en cruz,
Por darnos á todos luz
Con su grande sufrimiento.

¡Oh glorioso vencimiento!
¡Oh dichosa aquesta guerra!

*Ya no durmais, ya no durmais,
Pues Dios falta de la tierra.*

No haya ningun cobarde,
Aventuremos la vida,
Pues no hay quien mejor la **guarde**
Que el que la da por perdida;
Pues Jesus es nuestra guía
Y el premio de aquesta guerra.
Ya no durmais, ya no durmais,

Porque no hay paz en la tierra.
Ofrezcámonos de véras
Á morir por Cristo todas,
Y en las celestiales bodas,
Estarémos placenteras;
Sigamos estas banderas,
Pues Cristo va en delantera.
No hay que temer no durmais,
Pues que no hay paz en la tierra.

POESÍA XIV.

PARA CUANDO ALGUNA PROFESA.—DE LA SANTA MADRE.

¡Oh qué bien tan sin segundo!
¡Oh casamiento sagrado!
Que el Rey de la Majestad,
Haya sido el desposado.
¡Oh qué venturosa suerte,
Os estaba aparejada,
Que os quiere Dios por amada,
Y ha os ganado con su muerte!
En servirle estad muy fuerte,
Pues que lo habeis profesado,
Que el Rey de la Majestad,
Es ya vuestro desposado.
Ricas joyas os dará
Este Esposo, Rey del cielo,
Daros há mucho consuelo,
Que nadie os lo quitará,
Y sobre todo os dará
Un espíritu humillado;
Es Rey y bien lo podrá
Pues quiere hoy ser desposado.

Mas os dará este Señor
Un amor tan santo y puro,
Que podréis, yo os lo aseguro,
Perder al mundo el temor,
Y al demonio muy mejor,
Porque hoy queda maniatado;
*Que el Rey de la Majestad,
Ha sido hoy el desposado.*

Dilectus meus mihi et ego illi.

POESÍA XV.

OTRAS DE LA MISMA SANTA MADRE.

*Pues que nuestro Esposo
Nos quiere en prision,
A la gala gala
De la Religion.*

Oh qué ricas bodas
Ordenó Jesus;
Quiérenos á todas,
Y danos la luz;
Sigamos la Cruz
Con gran perfeccion;
*A la gala gala
De la Religion.*

Este es el estado
De Dios escogido,
Con que del pecado
Nos ha defendido;
Hanos prometido
La consolacion,
Si nos alegramos
En esta prision.

Darnos ha grandezas

En la eterna gloria,
Si por sus riquezas
Dejamos la escoria,
Que hay en este mundo,
Y su perdicion,
A la gala gala
De la Religion.

Oh qué captiverio
De gran libertad,
Venturosa vida
Para eternidad;
No quiero librar
Ya mi corazon,
A la gala gala
De la Religion.

POESÍA XVI.

GLOSA QUE NUESTRA SANTA MADRE TERESA
DE JESUS HIZO AL VELO DE LA HERMANA
ISABEL DE LOS ÁNGELES EN SALAMANCA.
AÑO DE 1571.

Hermana, porque veleis,
Os han dado hoy este velo,
Y no os va ménos que el cielo:
Por eso no os descuideis.

Aquese veló gracioso
Os dice que esteis en vela,
Guardando la centinela
Hasta que venga el Esposo,
Que, como ladron famoso,
Vendrá cuando no penseis:
Por eso no os descuideis.

No sabe nadie á cuál hora,

Si en la vigilia primera,
En la segunda ó tercera,
Todo cristiano lo inora.
Pues velad, velad, hermana,
No os roben lo que teneis;
Por eso no os descuideis.

En vuestra mano encendida
Tened siempre una candela,
Y estad con el velo en vela,
Las renes muy bien ceñidas.
No esteis siempre amodorrida,
Mirad que peligraréis:
Por eso no os descuideis.

Tened óleo en la aceitera
De obras y merecer,
Para poder proveer
La lámpara, no se muera;
Porque quedaréis de fuera
Si entónces no la teneis:
Por eso no os descuideis.

Nadie os le dará prestado;
Y si lo vais á comprar,
Podríades mucho tardar,
Y el Esposo haber entrado;
Y desque una vez cerrado,
No hay entrar aunque llameis:
Por eso no os descuideis.

Tened continuo cuidado
De cumplir con alma fuerte,
Hasta el dia de la muerte,
Lo que habeis hoy profesado;
Porque habiendo así velado
Con el Esposo entraréis:
Por eso no os descuideis.

POESÍA XVII.

*Mihi autem absit gloriari nisi in Cruce Domini nostri
Jesu Christi.*

AL NACIMIENTO.—DE LA SANTA MADRE.

*Pues el amor
Nos ha dado Dios,
No hay que temer,
Muramos los dos.*

*Danos el Padre
A su único Hijo:
Hoy viene al mundo
En un pobre cortijo.
¡Oh gran regocijo,
Que ya el hombre es Dios!
No hay que temer,
Muramos los dos.*

*Pues ¿cómo, Pascual,
Hizo esa franqueza,
Que toma un sayal
Dejando riqueza?
Mas quiere pobreza,
Sigámosle nos;
Pues ya viene hombre,
Muramos los dos.*

*Pues ¿qué le darán
Por esta grandeza?
Grandes azotes
Con mucha crueza.
Oh qué gran tristeza
Será para nos:
Si esto es verdad,
Muramos los dos.*

Pues ¿cómo se atreven
Siendo Omnipotente?
Él ha de ser muerto
De una mala gente.
Pues si eso es, Llorente,
Hurtémosle nos.
—No ves que él lo quiere,
Muramos los dos.

POESÍA XVIII.

OTRO DE LA MISMA SANTA MADRE.

*¡Ah, pastores, que velais,
Por guardar vuestro rebaño,
Mirá que os nace un Cordero,
Hijo de Dios Soberano.*

Viene pobre y despreciado,
Comenzalde ya á guardar,
Que el lobo os le ha de llevar,
Sin que le hayamos gozado.

—Gil, dame acá aquel cayado
Que no me saldrá de mano,
No nos lleven al Cordero :

—*¿No ves que es Dios Soberano?*

Sonzas que estoy aturdido
De gozo y de penas junto.

—Si es Dios el que os ha nacido,
¿Cómo puede estar difunto?
Oh que es hombre tambien junto,
La vida estará en su mano;
Mira, que es este el Cordero,
Hijo de Dios Soberano.

No sé para qué le piden,
Pues le dan despues tal guerra:

—Mia fee, Gil, mejor será
Que se nos torne á su tierra.

Y está el bien todo en su mano.
Ya que ha venido padezca
Este Dios tan Soberano.

Poco te duele su pena;
Oh como es cierto, del hombre
Cuando nos viene provecho,
El mal ajeno se esconde.
No ves que gana renombre
De Pastor de gran rebaño.
—Con todo, es cosa muy fuerte
Que muera Dios Soberano!

POESÍA XIX.

OTRO DE LA SANTA MADRE.

*Pues que la estrella
Es ya llegada,
Vaya con los Reyes
La mi manada.*

Vamos todos juntos
A ver al Mesías,
Que vemos cumplidas
Ya las profecías;
Pues en nuestros dias,
Es ya llegada,
*Vaya con los Reyes
La mi manada.*

Llevémosle dones
De grande valor,
Pues vienen los Reyes
Con tan gran hervor.

Alégrese hoy
Nuestra gran zagala,
Vaya con los Reyes,
La mi manada.

No cures, Llorente,
De buscar razon,
Para ver que es Dios
Aqueste garzon,
Dale el corazon,
Y yo esté empeñada,
Vaya con los Reyes
La mi manada.

POESÍA XX.

OTRO DE LA SANTA MADRE.

Hoy nos viene á redimir
Un zagal, nuestro pariente,
Gil, que es Dios Omnipotente.

Por eso nos ha sacado
De prision de Satanás;
Mas es pariente de Bras,
Y de Menga, y de Llorente,
¡Oh que es Dios Omnipotente!

Pues si es Dios, ¿como es vendido
Y muere crucificado?

—¿No ves que mató el pecado,
Padeciendo el inocente?

Gil, que Dios es Omnipotente.

Mi fee yo lo vi nacido,
Y una muy linda zagala.

—Pues si es Dios, ¿cómo ha querido
Estar con tan pobre gente?

—¿No ves que es Omnipotente?

Déjate desas preguntas,
Miremos por le servir,
Y pues Él viene á morir,
Muramos con Él, Llorente ;
Pues es Dios Omnipotente.

POESÍA XXI.

OTROS QUE HIZO Á LA CIRCUNCISION.

*Este niño viene llorando ;
Mirale, Gil, que te está llamando.*
Vino del cielo á la tierra
Para quitar nuestra guerra ;
Ya comienza la pelea,
Su sangre está derramando,
Mirale, Gil, que te está llamando.

Fué tan grande el amorío,
Que no es mucho estar llorando,
Que comienza á tener brío,
Habiendo de estar mandando ;
Mira, Gil, que te está llamando.

Caro nos ha de costar,
Pues comienza tan temprano
A su sangre derramar,
Deberémos de estar llorando ;
Mira, Gil, que te está llamando.

No viniera Él á morir,
Pudiera estarse en su nido,
¿ No ves, Gil, que si ha venido
Es como el leon bramando?
Mira, Gil, que te está llamando.

Dime, Pascual, ¿ que me quieres,
Que tantos gritos me dás ?
— Que le ames, pues que te quiero,

Y por tí está tiritando ;
Mira, Gil, que te está llamando.

POESÍA XXII.

LETRILLA AL NACIMIENTO QUE HIZO NUESTRA
SANTA MADRE TERESA DE JESUS.

*Mi gallejo, mira quién llama.
Angeles son, que ya viene el alba.*

Heme dado un gran zumbido
Que parecia cantillana,
Mira, Bras, que ya es de dia,
Vamos á ver la zagala.

*Mi gallejo, mira quien llama.
Angeles son, que ya viene el alba.*

¿Es pariente del Alcalde,
U quién es esta doncella?
—Ella es hija de Dios Padre,
Relumbra como una estrella.

*Mi gallejo, mira quién llama.
Angeles son, que ya viene el alba.*

POESÍA XXIII.

OTROS QUE HIZO LA MISMA Á LA CIRCONCISION.

*Vertiendo esta sangre,
¡Dominguillo, eh!
Yo no sé por qué.*

Por qué te pregunto,
Hacen dél justicia,
Pues es inocente
Y no tiene malicia ;
Tuvo gran codicia

Yo no sé por qué
De mucho amarme;

¡Dominguillo, eh!

Pues luégo en naciendo,

¿Le han de atormentar?

—Sí, que está muriendo

Por quitar el mal.

¡Oh que gran Zagal

Será por mi fe!

¡Dominguillo, eh!

Yo no sé por qué.

Tú no lo has mirado,

Que es niño inocente.

—Ya me lo ha contado

Brasillo y Llorente;

Gran inconveniente

Será de no amalle,

¡Dominguillo, eh!

POESÍA XXIV.

*Pues nos dais vestido nuevo,
Rey celestial,
Librad de la mala gente
Este sayal.*

SANTA TERESA.

Hijas, pues tomáis la cruz,
Tener valor,
Y á Jesus, que es vuestra luz,
Pedid favor:
Él os será defensor
En trance tal.

CORO.

*Librad de la mala gente
Este sayal.*

SANTA TERESA.

*Inquieta este mal ganado
En la oracion,
El ánimo mal fundado,
En devocion;
Mas en Dios el corazon
Tened igual.*

CORO.

Librad, etc.

SANTA TERESA.

*Pues vinisteis á morir,
No desmayeis;
Y de la gente incivil
No temeréis,
Remedio en Dios hallaréis
En tanto mal.*

CORO.

*Librad de la mala gente
Este sayal.
Pues nos dais vestido nuevo,
Rey celestial,
Librad de la mala gente,
Este sayal.*

POESIA XXV.

*Caminemos para el cielo,
Monjas del Carmelo.*

Vamos muy mortificadas,
Humildes y despreciadas,
Dejando el consuelo,
Monjas del Carmelo.

Al voto de la obediencia,
Vamos, no haya resistencia,
Que es nuestro blanco y consuelo,
Monjas del Carmelo.

La pobreza es el camino,
El mismo por donde vino
Nuestro Emperador del cielo,
Monjas del Carmelo.

No deja de nos amar
Nuestro Dios, y nos llamar,
Sigámosle sin recelo,
Monjas del Carmelo.

Vámonos á enriquecer,
A donde nunca ha de haber
Pobreza ni desconsuelo,
Monjas del Carmelo.

Al Padre Elías siguiendo
Nos vamos contradiciendo
Con su fortaleza y celo,
Monjas del Carmelo.

Nuestro querer renunciando,
Procuremos el doblado
Espíritu de Eliseo,
Monjas del Carmelo.

POESÍA XXVI.

VERSOS QUE COMPUSO NUESTRA MADRE SANTA
TERESA DE JESUS, CON MOTIVO DE LA TRANS-
VERBERACION DE SU CORAZON.

En las internas entrañas

Sentí un golpe repentino:
El blason era divino,
Porque obró grandes hazañas.
Con el golpe fuí herida,
Y aunque la herida es mortal,
Y es un dolor sin igual,
Es muerte que causa vida.

Si mata, ¿cómo da vida?
Y si vida, ¿cómo muere?
¿Cómo sana, cuando hierre,
Y se ve con él unida?
Tiene tan divinas mañas,
Que en un tan acerbo trance
Sale triunfando del lance
Obrando grandes hazañas.

POESÍA XXVII.

OFRECIMIENTO QUE DE SÍ HACÍA Á DIOS, SANTA
TERESA DE JESUS.

*Vuestra soy, para Vos nací,
¿Qué mandais hacer de mí?*

*Soberana Majestad,
Eterna sabiduría,
Bondad buena á el alma mia;
Dios, un sér, bondad y alteza,
Mirad la suma vileza*

*Que hoy os canta amor así;
¿Qué quereis, Señor, de mí?*

*Vuestra soy, pues me criastis,
Vuestra, pues me redimistis,
Vuestra, pues que me sufristis,
Vuestra, pues que me llamasteis,
Vuestra, pues me conservasteis,*

Vuestra, pues no me perdí;
¿Qué quereis hacer de mí?

¿Qué mandais pues, buen Señor,
Que haga un tan vil criado?

¿Cuál oficio le habeis dado
A este esclavo pecador?

Veisme aquí, mi dulce Amor,
Amor dulce, veis aquí;

¿Qué mandais hacer de mí?

Ves aquí mi corazon,
Yo le pongo en vuestra palma,
Mi cuerpo, mi vida y alma,
Mis entrañas y aficion;

Dulce Esposo y redemcion,
Pues por vuestra me ofrecí;

¿Qué mandais hacer de mí?

Dadme muerte, dadme vida:

Dad salud ó enfermedad,

Honra ó deshonra me dad,

Dadme guerra ó paz cumplida,

Flaqueza ó fuerza á mi vida,

Que á todo diré que sí;

¿Qué quereis hacer de mí?

Dadme riqueza ó pobreza,

Dad consuelo ó desconsuelo,

Dadme alegría ó tristeza,

Dadme infierno, ó dadme cielo,

Vida dulce, sol sin velo,

Pues del todo me rendí;

¿Qué mandais hacer de mí?

Si quereis, dadme oracion,

Si no, dadme ceguedad,

Si abundancia y devocion,

Y si no esterilidad.

Soberana Majestad,

Sólo hallo paz aquí ;

¿Qué mandais hacer de mí?

Dadme, pues, sabiduría,
O por amor, ignorancia,
Dadme años de abundancia,
O de hambre ó carístia ;
Dad tinieblas ó claro día,
Revolvedme aquí ó allí ;

¿Qué quereis hacer de mí?

Si quereis que esté holgando,
Por amor quiero holgar,
Si me mandais trabajar,
Morir quiero trabajando.

Decid, ¿ dónde, cómo ó cuándo ?

Decid, dulce Amor, decid ;

¿Qué mandais hacer de mí?

Dadme Calvario ó Tabor,
Desierto ó tierra abundosa,
Sea Job en el dolor,

O Juan que al pecho reposa,
Sea yo viña frutuosa

O estéril, si cumple así ;

¿Qué mandais hacer de mí?

Sea Josef puesto en cadenas,

O de Egipto Adelantado,

Sea David sufriendo penas,

O David ya encumbrado,

Sea Jonás anegado,

O libertado de allí ;

¿Qué mandais, Señor, de mí?

Esté callando ó hablando,

Haga fruto ó no le haga,

Muéstreme la Ley mi llaga,

Goce de Evangelio blando ;

Esté penando ó gozando,

Sólo Vos en mí vivid.
¿Qué mandais hacer de mí?

POESÍA XXVIII.

Á LA CRUZ. — GLOSA.

*Cruz, descanso de mi vida,
Vos seais la bienvenida.*

¡Oh bandera, en cuyo amparo
El más flaco será fuerte;

¡Oh vida de nuestra muerte,
Qué bien la has resucitado!

Al leon has amansado,
Pues por tí perdió la vida.

Vos seais la bienvenida.

Quien no os ama está cautivo
Y ajeno de libertad;

Quien á vos quiere llegar
No tendrá en nada desvío.

¡Oh dichoso poderío,
Donde el mal no halla cabida!

Vos seais la bienvenida.

Vos fuisteis la libertad
De nuestro gran cautiverio;

Por vos se reparó el mal

Con tan costoso remedio,

Para con Dios fuiste medio

De alegría.

Vos seais la bienvenida.

OBRAS ATRIBUIDAS Á SANTA TERESA.

Desengaños de un alma religiosa, sacados de algunos papeles y escritos de nuestra santa Madre.

Cuando Dios corrige
Grandemente aflige,
Mas tras un nublado
Envia un dia claro.
Quien á Dios se arroja
No tendrá congoja.
Quien busca alivio en el suelo
No tendrá consuelo.
Quien su juicio ciega
Presto se sosiega.
El buen disciplinar
Es en la voluntad.
Cuando á alguno quiero
Viviendo muero.
No queriendo nada
Vivo descansada.
No hay mayor placer
Que no tener querer.
Y es pesar amargo
Este querer largo.
No es la más pesada
La cruz abrazada.
Si tú haces cruces de nada
Siempre te verás crucificada.
No te turbe nada
De lo que aquí se acaba.

Quien malas mañas há
Si se mortifica las perderá.
El amor fuerte y esforzado
Es el trabajado.

Á la que es sufrida
Fácil le es cualquier vida.

A la que no se sabe sufrir
Cualquier vida le será morir.

Quien no busca su provecho
Todo lo halla hecho.

Quien quiere su comodidad
En todo halla dificultad.

La mortificacion
Alivia la afliccion.

Quien ama á Dios sin parecer
Poco tiene que hacer.

Procura siempre un modo
Que sienta bien de todo.

Y es muy buen sentir
Todo mal de tí.

El que quiere vivir contento en la Religion
Disimule su pasion.

Paga Dios un servicio con dar ocasion
De que se le haga otro mayor.

Nunca os venga bien
Yendo contra la voluntad de nuestro Bien.

Dios nos libre de haber
Las criaturas menester.

Plega á Él nos deje ver
Sin haber menester más que á Él.

Nunca se consigue el fin
Que por respetos humanos se pretende.

Versos acerca del *Amor Divino*, atribuidos á SANTA TERESA DE JESUS sobre el tema: *Oye, corazon mio, te diré lo que es amor.*

Cuando el amor está obrando
Lo que tiene obligacion,
Si flaquea, si se cansa,
Si desmaya, no es amor.

Cuando el amor está orando
Con amorosa atencion,
Si decae, si se entibia,
Si se inquieta, no es amor.

Cuando en sequedad padece
Tormenta de una opresion,
Si no sufre, si no es firme,
Si se queja, no es amor.

Cuando el amante se ausenta,
Y le deja en afliccion,
Si se acobarda y se turba,
Si se abate, no es amor.

Cuando la piedad divina
Dilata la peticion,
Si no cree, si no espera,
Si no aguarda, no es amor.

Cuando tiene de sí mismo
El amor satisfaccion
De que ama, de que adora,
De que sirve, no es amor.

Cuando en la adversa fortuna
Y en toda atribulacion,
No es humilde, no es alegre,
No es afable, no es amor.

Cuando favores recibe
En una y otra porcion,

Si los quiere, si los toma,
Si le llenan, no es amor.

Respuesta á la pregunta : *¿ Qué es amor ?*

Y pues nada de lo dicho
Se llama amor con razon,
Pregunto, corazon mio,
¿ No me dirás qué es amor ?

Amor es un dulce afecto
Del alma para con Dios,
Que termina en caridad
Comenzando en dileccion.

Si deseas padecer
Por quien tanto padeci6,
Y en el padecer te alegras,
Y en la cruz, esto es amor.

Si en este mundo apeteces
Vivir en humillacion,
Y que todos te desprecien
Por Jesus, esto es amor.

Si no apetece alabanzas,
Y cuando le dan loor
Le refiere confundido
A su amado, esto es amor.

Si en medio de adversidades
Persevera el corazon
Con serenidad, con gozo
Y con paz, esto es amor.

Si á su voluntad en todo
Contradice con teson,
Posponiéndola á la ajena

Por obediencia, es amor.

Si cuando está meditando
No apega su corazon
A los consuelos anejos
Al orar, esto es amor.

Si las dulzuras que advierte
Cuando está en contemplacion,
Sabiendo no merecerlas,
Las renuncia, esto es amor.

Si conoce su bajeza
Y la grandeza de Dios,
Y despreciándose á sí
A Dios exalta, es amor.

Si se ve igualmente alegre
En gozo, que en afliccion,
Y ni penas, ni contentos
La entibian, esto es amor.

Si se mira traspasada
De agudísimo dolor
Al contemplar á su amado
Ofendido, esto es amor.

Si desea eficazmente
Que cuantas almas crió
La divina Omnipotencia
Se salven, esto es amor.

Y en fin, si cuanto produce
Su pensar, su obrar, su voz,
Quiera que sea en obsequio
De su amado, esto es amor.

FIN.

ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
Conceptos del amor de Dios,—Prólogo.	5
Consideracion de Teressa de Jesus.	11
Capítulo primero.	13
Capítulo II.	22
Capítulo III.	44
Capítulo IV.	53
Capítulo V.	60
Capítulo VI.	65
Capítulo VII.	74
Exclamaciones.	82
Cartas.	117
Oracion.. . . .	154
Poesías.	155

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

LIBRERIA DE CUESTA
CARRETAS 9 MADRID

REPUBLICA ARGENTINA

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN



IMPRESA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna número 3.

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,
NACIONALES Y EXTRANJEROS.

TOMO V.

RICARDO BELTRÁN
Y

RÓZPIDE

FRAY LUIS DE LEON

Y

SAN JUAN DE LA CRUZ.

POESIAS.

MADRID.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
San Mateo, núm. 11, cuarto bajo.

1873.

BIBLIOTHECA UNIVERSITATIS

UNIVERSITATIS

DE HISTORIA ET GEOGRAPHIA

LIBRARIUS

IN BIBLIOTHECA

TOMO IV

PRIMA PARTIS DE LIBRO

DE LIBRO DE LA CRUSA

Ol. Pettrou

Ol. Pettrou

abuelo de

RICARDO BELTRÁN

Y
RÓZPIDE

FRAY LUIS DE LEON.

LIBRO PRIMERO.

POESÍAS ORIGINALES.

¡ Qué descansada vida
La dei que huye el mundanal ruido,
Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido!
Que no le enturbia el pecho
De los soberbios grandes el estado,
Ni del dorado techo
Se admira, fabricado
Del sabio moro, en jaspes sustentado.
No cura si la fama
Canta con voz su nombre pregonera,
Ni cura si encarama
La lengua lisonjera
Lo que condena la verdad sincera.

¿Qué presta á mí contento,
Si soy del vano dedo señalado,
Si en busca de este viento
Ando desalentado
Con ánsias vivas, con mortal cuidado?

¡Oh monte, oh fuente, oh rio,
Oh secreto seguro, deleitoso!
Roto casi el navío,
A vuestro almo reposo
Huyo de aq̄este mar tempestuoso.

Un no rompido sueño,
Un día puro, alegre, libre quiero;
No quiero ver el ceño
Vanamente severo
De á quien la sangre ensalza ó el dinero.

Despiértenme las aves
Con su cantar sabroso no aprendido,
No los cuidados graves
De que es siempre seguido
El que al ajeno arbitrio está atenido.

Vivir quiero conmigo,
Gozar quiero del bien que debo al cielo,
A solas, sin testigo,
Libre de amor, de celo,
De ódio, de esperanzas, de recelo.

Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto,
Que con la primavera,
De bella flor cubierto,
Ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa,
Por ver y acrecentar su hermosura,
Desde la cumbre airosa
Una fontana pura
Hasta llegar corriendo se apresura;

Y luégo sosegada,
El paso entre los árboles torciendo,
El suelo de pasada
De verdura vistiendo,
Y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea,
Y ofrece mil olores al sentido,
Los árboles menea
Con un manso ruido,
Que del oro y del cetro pone olvido.

Ténganse su tesoro
Los que de un falso leño se confían;
No es mio ver el lloro
De los que desconfían
Cuando el cierzo y el ábrego porfían.

La combatida antena
Cruje, y en ciega noche el claro día
Se torna, al cielo suena
Confusa vocería,
Y la mar enriquecen á porfía.

A mí una pobrecilla
Mesa, de amable paz bien abastada,
Me basta, y la vajilla
De fino oro labrada
Sea de quien la mar no teme airada.

Y miétras miserable-
Mente se están los otros abrasando
Con sed insaciable
Del peligroso mando,
Tendido yo á la sombra esté cantando;

A la sombra tendido,
De hiedra y lauro eterno coronado,
Puesto el atento oído
Al són dulce, acordado,
Del plectro sábiamente meneado.

Á DON PEDRO PORTOCARRERO.

Virtud, hija del cielo,
La más ilustre empresa de la vida
En el oscuro suelo,
Luz tarde conocida,
Senda que guía al bien, poco seguida :

Tú, dende la hoguera
Al cielo levantaste al fuerte Alcides,
Tú, en la más alta esfera
Con las estrellas mides
Al Cid, clara victoria de mil lides ;

Por tí el paso desvia
De la profunda noche, y resplandece
Muy más (cual claro día)
De Leda el parto, y crece
El Córdoba á las nubes, y florece ;

Y por su senda agora
Traspasa luengo espacio con ligero
Pié y ala voladora
El gran Portocarrero,
Osado de ocupar el bien primero.

Del vulgo se descuesta,
Hollando sobre el oro firme, aspira
A lo alto de la cuesta ;
Ni violencia de ira
Ni blando y dulce engaño le retira.

Ni mueve más ligera,
Ni más igual divide por derecha
El aire y fiel carrera,
O la traciana flecha
O la bola tudesca, un fuego hecha.

En pueblo inculto y duro
Induce poderoso igual costumbre,

Y do se muestra escuro
El cielo enciende lumbre,
Valiente á ilustrar más alta cumbre.

Dichosos los que baña
El Miño, los que el mar monstruoso cierra
Dende la fiel montaña
Hasta el fin de la tierra,
Los que desprecia de Ume la alta sierra.

Á FRANCISCO DE SALINAS.

El aire se serena
Y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
La música extremada
Por vuestra sábia mano gobernada;

A cuyo són divino
El alma, que en olvido está sumida,
Torna á cobrar el tino
Y memoria perdida
De su origen primera esclarecida.

Y como se conoce,
En suerte y pensamiento se mejora;
El oro desconoce
Que el vulgo vil adora,
La belleza caduca engañadora.

Traspasa el aire todo
Hasta llegar á la más alta esfera,
Y oye allí otro modo
De no perecedera
Música, que es la fuente y la primera.

Y como está compuesta
De números concordes, luégo envia
Consonante respuesta,
Y entre ambos á porfía

Se mezcla una dulcísima armonía.

Aquí la alma navega
Por un mar de dulzura, y finalmente
En él así se anega,
Que ningun accidente
Extraño y peregrino oye y siente.

¡Oh desmayo dichoso!
¡Oh muerte que das vida! oh dulce olvido,
Durase en tu reposo,
Sin ser restituido
Jamás a questo bajo y vil sentido.

A este bien os llamo,
Gloria del apolíneo sacro coro,
Amigo á quien amo
Sobre todo tesoro;
Que todo lo visible es triste lloro.

¡Oh! suene de continuo,
Salinas, vuestro són en mis oídos,
Por quien al bien divino
Despiertan los sentidos,
Quedando á lo demás adormecidos.

AL NACIMIENTO DE UNA HIJA DE LOS BORJAS.

Inspira nuevo canto
Caliope en mi pecho a questo día,
Que de los Borjas canto
Y Enriquez la alegría
Del rico dón que el cielo les invia.

Hermoso sol luciente,
Que el día das y llevas, rodeado
De luz resplandeciente
Más de lo acostumbrado,
Sal, y verás nacido tu traslado;
O si te place agora

En la region contraria hacer manida,
Detente allá en buen hora,
Que con la luz nacida
Podrá ser nuestra esfera esclarecida.

Alma divina, en velo
De femeniles miembros encerrada,
Cuando veniste al suelo
Robaste de pasada
La celestial riquísima morada.

Diéronte bien sin cuento
Con voluntad concorde y amorosa,
Quien rige el movimiento
Sexto, con la diosa
De la tercera rueda poderosa.

De tu belleza rara
El envidioso viejo mal pagado,
Torció el paso y la cara,
Y el fiero Marte airado
El camino dejó desocupado.

Y el rojo y crespo Apolo,
Que tus pasos guiando, descendía
Contigo al bajo polo,
La cítara hería,
Y con divino canto así decía:

«Deciende en punto bueno,
Espíritu real, al cuerpo hermoso,
Que en el ilustre seno
Te espera deseoso,
Por dar á tu valor digno reposo.

»Él te dará la gloria
Que en el terreno cerco es más tenida:
De agüelos larga historia,
Por quien la no hundida
Nave, por quien la España fué regida.

»Tú dale, en cambio desto,

De los eternos bienes la nobleza,
Deseo alto, honesto,
Generosa grandeza,
Claro saber, fe llena de pureza.

» En tu rostro se vean
De su beldad sin par vivas señales,
Los tus dos ojos sean
Dos luces inmortales
Que guien al sumo bien á los mortales.

» El cuerpo delicado,
Como cristal lucido y transparente,
Tu gracia y bien sagrado,
Tu luz, tu continente
A sus dichosos siglos represente.

» La soberana agüela,
Dechado de virtud y hermosura,
La tia de quien vuela
La fama, en quien la dura
Muerte mostró lo poco que el bien dura;

» Con todas cuantas precio
De gracia y de belleza hayan tenido,
Serán por tí en desprecio
Y puestas en olvido,
Cual hace la verdad con lo fingido.

» ¡Ay tristes! ¡ay dichosos
Los ojos que te vieren! Huyan luégo,
Si fueren poderosos,
Antes que prenda el fuego
Contra quien no valdrá ni oro ni ruego.

» Ilustre y tierna planta,
Dulce gozo de tronco generoso,
Creciendo te levanta
A estado el más dichoso
De cuantos dió ya el cielo venturoso.»

Á FELIPE RUIZ, DE LA AVARICIA.

En vano el mar fatiga
La vela portuguesa, que ni el seno
De Persia ni la amiga
Maluca da árbol bueno,
Que pueda hacer un ánimo sereno.

No da reposo al pecho,
Felipe, ni la India, ni la rara
Esmeralda provecho,
Que más tuerce la cara
Cuanto posee más el alma avara.

Al capitán romano
La vida, y no la sed, quitó el bebido
Tesoro persiano,
Y Tántalo metido
En medio de las aguas afligido.

De esta sed, y más dura,
La suerte es del mezquino que sin tasa
Se cansa así, y endurece
El oro y la mar pasa
Osado, y no osa abrir la mano escasa.

¿Qué vale el no tocado
Tesoro, si corrompe el dulce sueño,
Si estrecha el nudo dado,
Si más enturbia el ceño,
Y deja en la riqueza pobre al dueño?

Á ELISA.

Elisa, ya elpreciado
Cabello que del oro escarnio hacia,
La nieve ha variado.
¡Ay! ¿Yo no te decia:
«Recoge Elisa el pié, que vuela el día»?

Ya los que prometian
Durar en tu servicio eternamente,
Ingratos se desvian,
Por no mirar la frente
Con rugas, y afeado el negro diente.

¿Qué tienes del pasado
Tiempo sino dolor? ¿Cuál es el fruto
Que tu labor te ha dado,
Sino es tristeza y luto,
Y el alma hecha sierva á vicio bruto?

¿Qué fe te guarda el vano
Por quien tú no guardaste la debida
A tu bien soberano;
Por quien mal proveida,
Perdiste de tu seno la querida

Prenda; por quien velaste;
Por quien ardiste en celo; por quien uno
El cielo fatigaste

Con gemido importuno;
Por quien nunca tuviste acuerdo alguno

De tí mesma? Y agora,
Rico de tus despojos, más ligero
Que el ave huye, y adora
A Lida el lisonjero;

Tú quedas entregada al dolor fiero.

¡Oh cuánto mejor fuera
El dón de hermosura que del cielo
Te vino, á cuyo era
Habello dado en velo

Santo, guardado bien del polvo y suelo!

Mas hora no hay tardía,
Tanto nos es el cielo piadoso,
Mientras que dura el dia;
El pecho hervoroso
En breve del dolor saca reposo.

Que la gentil señora
De Magdalo, bien que perdidamente
Dañada, en breve hora
Con el amor ferviente
Las llamas apagó del fuego ardiente;
Las llamas del malvado
Amor con otro amor más encendido,
Y consiguió el estado
Que no fué concedido
Al huésped arrogante en bien fingido.

De amor guiada y pena,
Penetra el techo extraño, y atrevida,
Ofrécese á la ajena
Presencia, y sábia olvida
El ojo mofador, buscó la vida.

Y toda derrocada
A los divinos piés que la traían,
Lo que la en sí fiada
Gente olvidado habían,
Sus manos, boca y ojos lo hacían.

Lavaba, larga en lloro,
Al que su torpe mal lavando estaba;
Limpiaba con el oro
Que la cabeza ornaba
A su limpieza, y paz á su paz daba.

Decia: «Solo amparo
De la miseria, extrema medicina
De mi salud, reparo
De tanto mal, inclina
A aqueste cieno tu piedad divina.

» ¡Ay! ¿qué podrá ofrecerte
Quien todo lo perdió? aquestas manos,
Osadas de ofenderte,
Aquestos ojos vanos
Te ofrezco, y estos labios tan profanos.

»La que sudó en tu ofensa
Trabaje en tu servicio, y de mis males
Proceda mi defensa ;
Mis ojos dos mortales
Fraguas, dos fuentes sean manantiales.

»Bañen tus piés mis ojos,
Límpienlos mis cabellos, dé tormento
Mi boca, y red de enojos
Les dé besos sin cuento,
Y lo que me condena te presento.

»Preséntote un sujeto
Tan mortalmente herido, cual conviene
Do un médico perfecto
De cuanto saber tiene
Dé muestra, que por siglos mil resuene.»

PROFECÍA DEL TAJO.

Folgaba el rey Rodrigo
Con la hermosa Cava en la ribera
Del Tajo, sin testigo ;
El rio sacó fuera
El pecho, y le habló desta manera :

« En mal punto te goces,
Injusto forzador ; que ya el sonido
Oyo ya, y las voces,
Las armas y el bramido
De Marte, y de furor y ardor ceñido.

» ¡ Ay ! esa tu alegría
Que llantos acarrea, y esa hermosa
(Que vió el sol en mal dia),
A España ¡ ay ! cuán llorosa
Y al cetro de los godos cuán costosa.

» Llamas, dolores, guerras,
Muertes, asolamiento, fieros males

Entre tus brazos cierras,
Trabajos inmortales,
A tí y á tus vasallos naturales,
»A los que en Constantina
Rompen el fértil suelo, á los que baña
El Ebro, á la vecina
Sansueña, á Lusitania,
A toda la espaciosa y triste España.

»Ya dende Cádiz llama
El injuriado Conde, á la venganza,
Atento, y no á la fama,
La bárbara pujanza,
En quien para tu daño no hay tardanza.

»Oye que al cielo toca
Con temeroso són la trompa fiera ;
Que en Africa convoca
El moro á la bandera,
Que al aire desplegada va ligera.

»La lanza ya blandea
El árabe cruel, y hiero el viento
Llamando á la pelea ;
Innumerable cuento
De escuádras juntas veo en un momento.

»Cubre la gente el suelo,
Debajo de las velas desaparece
La mar, la voz al cielo
Confusa y vária crece,
El polvo roba el dia y le escurece.

»¡Ay, que ya presurosos
Suben las largas naves! ¡Ay, que tienden
Los brazos vigorosos
A los remos, y encienden
Las mares espumosas por do hienden!

»El Eolo derecho
Hinche la vela en popa, y larga entrada

Por el hercúleo estrecho
Con la punta acerada
El gran pãdre Neptuno da á la armada.

» ¡ Ay triste ! ¿ Y áun te tiene
El mal dulce regazo, ni llamado
Al mal que sobreviene
No acorres ? ¿ Ocupado
No ves ya el puerto á Hércules sagrado ?

» Acude, corre, vuela,
Traspasa el alta sierra, ocupa el llano,
No perdones la espuela,
No dés paz á la mano,
Menea fulminando el hierro insano.

» ¡ Ay cuánto de fatiga !
¡ Ay cuánto de sudor está presente
Al que viste loriga,
Al infante valiente,
A hombres y á caballos juntamente !

» Y tú, Bétis divino,
De sangre ajena y tuya amancillado,
¡ Darás al mar vecino
Cuánto yelmo quebrado,
Cuánto cuerpo de nobles destrozado !

» El furibundo Marte
Cinco luces las haces desordena,
Igual á cada parte ;
La sexta ¡ ay ! te condena,
Oh cara patria, á bárbara cadena.»

NOCHE SERENA, Á OLOARTE.

Quando contemplo el cielo,
De innumerables luces adornado,
Y miro hácia el suelo,
De noche rodeado,

En sueño y en olvido sepultado,
El amor y la pena
Despiertan en mi pecho un ánsia ardiente,
Despide larga vena,
Los ojos hechos fuente,
Oloarte, y digo al fin con voz doliente :

«Morada de grandeza,
Templo de claridad y hermosura,
El alma que á tu alteza
Nació ¿qué desventura
La tiene en esta cárcel baja, oscura?

» ¿Qué mortal desatino
De la verdad aleja así el sentido,
Que, de tu bien divino
Olvidado, perdido,
Sigue la vana sombra, el bien fingido?»

El hombre está entregado
Al sueño, de su suerte no cuidando,
Y con paso callado
El cielo vueltas dando,
Las horas del vivir le va hurtando.

¡Oh! despertad, mortales,
Mirad con atención en vuestro daño;
Las almas inmortales,
Hechas á bien tamaño,
¿Podrán vivir de sombras y de engaño?

¡Ay! levantad los ojos
A aquesta celestial eterna esfera,
Burlaréis los antojos
De aquesa lisonjera
Vida, con cuanto teme y cuanto espera.

¿Es más que un breve punto
El bajo y torpe suelo, comparado
Con ese gran trasunto,
Do vive mejorado

Lo que es, lo que será, lo que ha pasado ?

Quien mira el gran concierto
De aquestos resplandores eternos,
Su movimiento cierto,
Sus pasos desiguales,
Y en proporcion concorde tan iguales ;

La luna cómo mueve
La plateada rueda, y va en pos de ella
La luz do el saber llueve,
Y la graciosa estrella
De amor la sigue, reluciente y bella ;

Y cómo otro camino
Prosigue el sanguinoso Marte airado,
Y el Júpiter benigno,
De bienes mil cercado,
Serena el cielo con su rayo amado.

Rodéase en la cumbre
Saturno, padre de los siglos de oro ;
Tras él la muchedumbre
Del reluciente coro
Su luz va repartiendo y su tesoro.

¿ Quién es el que esto mira,
Y precia la bajeza de la tierra,
Y no gime y suspira,
Y rompe lo que encierra
El alma, y destes bienes la destierra ?

Aquí vive el contento,
Aquí reina la paz, aquí asentado
En rico y alto asiento
Está el amor sagrado,
De glorias y deleites rodeado.

Inmensa hermosura
Aquí se muestra toda, y resplandece
Clarísima luz pura,
Que jamas anochece ;

Eterna primavera aquí florece.

¡Oh campos verdaderos!
¡Oh prados con verdad frescos y amenos,
Riquísimos mineros!
¡Oh deleitosos senos,
Repuestos valles, de mil bienes llenos!

LAS SERENAS, Á CHERINTO.

No te engañe el dorado
Vaso, ni de la puesta al bebedero
Sabrosa miel cebado,
Dentro al pecho ligero,
Cherinto, no traspases el postrero.

Asensio, ten dudosa
La mano liberal; que esa azucena,
Esa purpúrea rosa,
Que el sentido enajena,
Tocada, pasa al alma y la envenena.

Retira el pié, que asconde
Sierpe mortal el prado, aunque florido
Los ojos roba; adonde
Aplace más, metido
El peligroso lazo está y tendido.

Pasó tu primavera,
Ya la madura edad te pide el fruto
De gloria verdadera.

¡Ay! pon del cieno bruto
Los pasos en lugar firme y enjuto,

Antes que la engañosa
Circe, del corazón apoderada,
Con copa ponzoñosa
El alma trasformada,
Te junte, nueva fiera, á su manada.

No es dado al que allí asienta,

Si ya el cielo dichoso no le mira,
Huir la torpe afrenta;
O arde oso en ira,
O hecho jabalí, gime y suspira.

No fies en viveza,
Atiende al sabio rey Solimitano;
No vale fortaleza,
Que al vencedor Gazano
Condujo á triste fin femenil mano.

Junta al alto griego,
Que sabio no aplicó la noble antena
Al enemigo ruego
De la blanda Sirena,
Por do por siglos mil su fama suena.

Decia comoviendo
El aire en dulce són: «La vela inclina,
Que del viento huyendo,
Por los aires camina
Ulises, de los griegos luz divina.

»Allega y da reposo
Al inmortal cuidado, y entre tanto
Conocerás curioso
Mil historias que canto,
Que todo navegante hace otro tanto;

»Que todo lo sabemos;
Cuanto contiene el suelo, y la reñida
Guerra te cantaremos
De Troya y su caída,
Por Grecia y por los dioses destruida.»

Ansí falsa cantaba,
Ardiendo en crueldad; mas el prudente
A la voz atajaba
El camino en su gente
Con la aplicada cera suavemente.

Si á tí se presentáre,

Los ojos, sabio, cierrá, firme atapa
La oreja si llamáre ;
Si prendiere la capa,
Huye, que sólo aquel que huye escapa.

Á FELIPE RUIZ.

I.

¿Cuándo será que pueda
Libre desta prision volar al cielo,
Felipe, y en la rueda
Que huye más del suelo
Contemplar la verdad pura sin duelo?

Allí, á mi vida junto,
En luz resplandeciente convertido,
Veré distinto y junto
Lo que es y lo que ha sido,
Y su principio propio y ascondido.

Entónces veré cómo
La soberana mano echó el cimiento
Tan á nivel y plomo,
Do estable y firme asiento
Posee el pesadísimo elemento ;

Veré las inmortales
Columnas do la tierra está fundada,
Las lindes y señales
Con que á la mar hinchada
La Providencia tiene aprisionada ;

Por qué tiembla la tierra,
Por qué las hondas mares se embravecen,
Dó sale á mover guerra
El cierzo, y por qué crecen
Las aguas del Océano y descrecen ;
De dó manan las fuentes,

Quién ceba y quién bastece de los rios
Las perpétuas corrientes,
De los helados frios
Veré las causas y de los estíos;
Las soberanas aguas,
Del aire en la region quién las sostiene,
De los rayos las fraguas;
Dó los tesoros tiene
De nieve Dios, y el trueno dónde viene.
¿No ves cuando acontece
Turbarse el aire todo en el verano,
El dia se ennegrece,
Sopla el Gallego insano,
Y sube hasta el cielo el polvo vano;
Y entre las nubes mueve
Su carro Dios, ligero y reluciente?
Horrible són conmueve,
Relumbra fuego ardiente,
Treme la tierra, humíllase la gente;
La lluvia baña el techo,
Invian largos rios los collados,
Su trabajo deshecho,
Los campos anegados
Miran los labradores, espantados.
Y de allí levantado,
Veré los movimientos celestiales,
Ansí el arrebatado
Como los naturales,
Las causas de los hados, las señales.
Quién rige las estrellas
Veré, y quién las enciende con hermosas
Y eficaces centellas;
Por qué están las dos osas
De bañarse en la mar siempre medrosas.
Veré este fuego eterno,

Fuente de vida y luz, dó se mantiene,
Y por qué en el invierno
Tan presuroso viene;
Quién en las noches largas le detiene.

Veré sin movimiento
En la más alta esfera las moradas
Del gozo y del contento,
De oro y luz labradas,
De espíritus dichosos habitadas.

II.

¿Qué vale cuanto vee
Dó nace y dó se pone el sol luciente,
Lo que el indio posee,
Lo que da el claro Oriente,
Con todo lo que afana la vil gente?

El uno mientras cura
Dejar rico descanso á su heredero,
Vive en pobreza dura,
Y perdona al dinero,
Y contra sí se muestra crudo y fiero.

El otro, que sediento
Anhela el señorío, sirve ciego;
Por subir su asiento
Abájase á vil ruego,
Y de la libertad va haciendo entrego.

Quien de dos claros ojos
Y de un cabello de oro se enamora,
Compra con mil enojos
Una menguada hora,
Un gozo breve, que sin fin se llora.

Dichoso el que se mide,
Felipe, y de la vida el gozo bueno
A sí solo lo pide,

Y mira como ajeno
Aquello que no está dentro en su seno.

Si resplandece el dia,
Si Eolo su reino turba en saña,
El rostro no varía,
Y si la alta montaña
Encima le viniere, no le daña.

Bien como la ñudosa
Carrasca en alto risco desmochada
Con hacha poderosa,
Del ser despedazada
Del hierro torna rica y esforzada.

Querrás hundille, y crece
Mayor que de primero, y si porfía
La lucha, más florece,
Y firme al suelo invia
Al que por vencedor ya se tenía.

Exento á todo cuanto
Presume la fortuna, sosegado
Está y libre de espanto
Ante el tirano airado,
De hierro, de cruera y fuego armado.

«El fuego, dice, enciende,
Aguza el hierro crudo, rompe y llega,
Y si me hallares, prende,
Y da á tu hambre ciega
Su cebo deseado y la sosiega.

» ¿Qué estás? ¿No ves el pecho
Desnudo, flaco, abierto? ¡Oh! no te cabe
En puño tan estrecho
El corazon que sabe
Cerrar cielos y tierra con su llave.

» Ahonda más adentro,
Desvuelve las entrañas, el insano
Puñal penetra al centro;

Mas es trabajo vano,
Jamás me alcanzará tu corta mano.

» Rompiste mi cadena
Ardiendo por prenderme; al gran consuelo
Subido hé por tu pena;
Ya suelto, encumbro el vuelo,
Traspaso sobre el aire, huello el cielo.»

AL LICENCIADO JUAN DE GRIAL.

Recoge ya en el seno
El campo su hermosura, el cielo acoja
Con luz triste el ameno
Verdor, y hoja á hoja
Las cimas de los árboles despoja.

Ya Febo inclina el paso
Al resplandor egeo, ya del día
Las horas corta escaso,
Ya Eolo, al mediodía
Soplando, espesas nubes nos envía.

Ya el ave vengadora
Del Ibico navega los nublados,
Y con voz ronca llora,
Y el yugo al cuello atados
Los bueyes van rompiendo los sembrados.

El tiempo nos convida
A los estudios nobles, y la fama,
Grial, á la subida
Del sacro monte llama,
Do no podrá subir la postrer llama.

Alarga el bien guiado
Paso y la cuesta vence, y sólo gana
La cumbre del collado,
Y do más pura mana
La fuente, satisfaz tu ardiente gana.

No cures si al perdido
Error admira el oro, y va sediento
En pos de un bien fingido ;
Que no así vuela el viento
Cuanto es fugaz y vano aquel contento.

Escribe lo que Febo
Te dicta favorable, que lo antiguo
Iguala y pasa el nuevo
Estilo; y, caro amigo,
No esperes que podré atener contigo.
Que yo, de un torbellino
Traidor acometido, y derrocado
Del medio del camino
Al hondo, el plectro amado
Y del vuelo las alas he quebrado.

DE LA VIDA DEL CIELO.

Alma region luciente,
Prado de bienandanza, que ni el hielo
Ni con el rayo ardiente
Fallece, fértil suelo,
Productor eterno de consuelo ;
De púrpura y de nieve
Florida la cabeza, coronado,
A dulces pastos mueve
Sin honda ni cayado
El buen pastor en tí su ható amado.

Él va, y en pos, dichosas,
Le siguen sus ovejas, do las pace
Con inmortales rosas,
Con flor que siempre nace,
Y cuanto más se goza, más renace.

Y dentro á la montaña
Del alto bien las guia, ya en la vena

Del gozo fiel las baña,
Y les da mesa llena,
Pastor y pasto él solo y suerte buena.

Y de su esfera cuando
A cumbre toca altísimo subido
El sol, él, sesteando,
De su ható ceñido,
Con dulce són deleita el santo oído.

Toca el rabel sonoro,
Y el inmortal dulzor al alma pasa,
Con que envilece el oro,
Y ardiendo se trapasa,
Y lanza en aquel bien libre de tasa.

¡ Oh son! Oh voz! Siquiera
Pequeña parte alguna descendiese
En mi sentido, y fuera
De sí el alma pusiese,
Y toda en tí, oh amor, la convirtiese.

Conocería dónde
Sesteas, dulce Esposo, y desatada
Desta prision adonde
Padece, á tu manada
Viviré junta, sin vagar errada.

AL APARTAMIENTO.

¡ Oh ya seguro puerto
De mi tan luengo error! ¡ Oh deseado
Para reparo cierto
Del grave mal pasado!

¡ Reposo dulce, alegre, reposado!

Techo pajizo, adonde
Jamás hizo morada el enemigo
Cuidado, ni se esconde
Invidia en rostro amigo,

Ni voz perjura, ni mortal testigo ;
Sierra que vas al cielo,
Altísima, y que gozas del sosiego
Que no conoce el suelo,
Adonde el vulgo ciego
Ama el morir ardiendo en vivo fuego,
Recíbeme en tu cumbre,
Recíbeme ; que huyo perseguido
La errada muchedumbre,
El trabajar perdido,
La falsa paz, el mal no merecido.

Y do está más sereno
El aire me coloca, mientras curo
Los daños del veneno
Que bebí mal seguro,
Mientras el mancillado pecho apuro ;
Mientras que poco á poco
Borro de la memoria cuanto impreso
Dejó allí vivir loco
Por todo su proceso
Vario, entre gozo vano y caso avieso.

En tí, casi desnudo
Deste corporal velo, y de la asida
Costumbre roto el ñudo,
Traspasaré la vida
En gozo, en paz, en luz no corrompida.

De tí, en el mar sujeto,
Con lástima los ojos inclinando,
Contemplaré el aprieto ;
Del miserable bando
Que las saladas ondas va cortando.

El uno, que surgia
Alegre ya en el puerto, salteado
De bravo soplo, guía,
En alta mar lanzado,

Apénas el navío desarmado ;
El otro en la encubierta
Peña rompe la nave, que al momento
El hondo pide abierta ;
El otro calma el viento,
Otro en las bajas Sirtes hace asiento.

A otros roba el claro
Día y el corazón el aguacero,
Ofrecen al avaro
Neptuno su dinero ;
Otro nadando huye el morir fiero.

Esfuerza ó pon el pecho ;
Mas ¿ cómo será parte un afligido
Que va, el leño deshecho,
De flaca tabla asido,
Contra un abismo inmenso embravecido?

¡ Ay, otra vez y ciento
Otras, seguro puerto deseado !
No me falte tu asiento,
Y falte cuanto amado,
Cuanto del ciego error es cudiciado.

Á LA VIDA RELIGIOSA.

Mil varios pensamientos
Mi alma en un instante revolvía,
Cercada de tormentos,
De pena y agonía,
Buscando algún descanso y alegría ;

Mas, como no hallaba
Contento en esta vida ni reposo,
Desalada buscaba
Con paso presuroso
Á su querido amor y dulce esposo.
Y andándole buscando

Cansada, se sentó junto á una fuente
Que la iba destilando
Un risco mansamente,
Regando el verde prado su corriente.

Las parleruelas aves
Una acordada música hacian
De voces tan suaves,
Que el alma enternecian,
Y en amor de su esposo la encendian;

Y con gentil donaire
Plegando y desplegando sus alillas,
Jugaban por el aire
Las simples avecillas,
Divididas en órden por cuadrillas;

Y en forma de torneo
Las unas con las otras se encontraban,
Con ligero meneo
Despues revoleaban,
Y entre la verde hierba gorjeaban.

Gozando de esta fiesta
Mi alma, entre mil flores recostada,
Durmió un poco la siesta,
Y estando descuidada,
Oyó una voz que la dejó admirada.

«No temas, la decia;
Mas oye atentamente lo que digo:
Si buscas alegría
Y estar siempre conmigo,
Huye del mundo y de quien es su amigo;

»Que si al trabajo huyes,
Y gustas de deleites y consuelo,
Sabe que te destruyes,
Pues truecas por el suelo
La gloria eterna del impíreo cielo.

»Mira que estás cercada

De tres contrarios tuyos capitales,
Y vives descuidada
De los crecidos males
Que te podrán causar contrarios tales.

»Advierte que está el uno
Apoderado ya de tu castillo,
Y los dos de consuno
Comienzan á batillo,
Sin que tus fuerzas puedan resistillo.

»Déjalos por despojos
El contento, el regalo y la riqueza,
Y no vuelvas los ojos
A ver esa vileza,
Pues cuanto dejar puedes es pobreza.

»Que si dejares uno,
Ciento tendrás por él en esta vida
Sin descontento alguno;
Y allá á la despedida
Daráte Dios la gloria prometida.

»Verás en este suelo,
Dando de mano al mundo fementido,
Un retrato del cielo
Que Dios tiene escondido
En la celdilla pobre y el vestido.

»Ajeno del cuidado
Que al mercader sediento trae ansioso,
De solo Dios pagado,
Se goza el religioso,
Libre del mundo falso y engañoso.

»No busca los favores
Que al ambicioso traen desvelado
En casa de señores;
Mas ántes retirado
Goza su suerte y su felice estado.

»No tiene desconsuelo

Ni puede entristecerle cosa alguna,
Porque es Dios su consuelo,
Ni la baja fortuna
Con su mudable rueda le importuna.

» Su casa y celda estrecha
Alcázar le parece torreado;
La túnica deshecha,
Vestido recamado;
Y el suelo duro, lecho delicado.

» El cilicio tejido
De punzadoras cerdas de animales,
Que al cuerpo está ceñido,
Aparta de los males
Que causa el ciego amor con los mortales.

» La disciplina dura
De retorcido alambre le da gusto,
Pues cura la locura
Del estragado gusto
Que huye á rienda suelta de lo justo.

» En estos ejercicios
Su vida pasa más que venturosa,
Apartado de vicios,
Sin que le dañen cosa
Mundo, demonio, carne pegajosa.

» Quanto el seglar procura
Adquirir con deleites y hacienda
Se dan de añadidura,
No más de porque atienda
Al servicio de Dios, y no le ofenda.»

Gustaba en gran manera
Mi alma de la plática que oía;
Y para ver quién era
El que aquello decía,
Durmiendo, aquí y allí se revolvía.

Mas tocando la mano

El agua cristalina de la fuente,
Salió su intento vano,
Pues luégo de repente
La voz se fué y el sueño juntamente.

Á DON PEDRO PORTOCARRERO.

No siempre es poderosa,
Portocarrero, la maldad, ni atina
La envidia ponzoñosa,
Y la fuerza sin ley, que más se empina,
Al fin la frente inclina;
Que quien se opone al cielo,
Cuando más alto sube, viene al suelo.

Testigo es manifiesto
El parto de la tierra mal osado,
Que cuando tuvo puesto
Un monte encima de otro y levantado,
Al hondo derrocado,
Sin esperanza gime,
Debajo su edificio, que le oprime.

Si ya la niebla fria
Al rayo que amanece odiosa ofende,
Y contra el claro dia
Las alas escurísimas extiende,
No alcanza lo que emprende
Al fin, y desaparece,
Y el sol puro en el cielo resplandece.

No pudo ser vencida,
Ni lo será jamas, ni la llaneza,
Ni la inocente vida,
Ni la fe sin error, ni la pureza,
Por más que la fiereza
Del tigre ciña un lado,
Y el otro el basilisco emponzoñado.

Por más que se conjuren
El ódio y el poder y el falso engaño,
Y ciegos de ira, apuren
Lo propio y lo diverso, ajeno, extraño,
Jamás le harán daño;
Antes, cual fino oro,
Recobra del crisol nuevo tesoro.

El ánimo constante,
Armado de verdad, mil aceradas,
Mil puntas de diamante
Embota y enflaquece, y desplegadas
Las fuerzas encerradas,
Sobre el opuesto bando
Con poderoso pie se ensalza hollando;

Y con cien voces suena
La fama, que á la sierpe, al tigre fiero,
Vencidos, los condena
A daño no jamás perecedero,
Y con vuelo ligero
Venciendo la vitoria,
Corona al vencedor de gozo y gloria.

CONTRA UN JUEZ AVARO.

Aunque en ricos montones
Levantes el cautivo inútil oro,
Y aunque tus posesiones
Mejores con ajeno daño y lloro,
Y aunque cruel tirano
Oprimas la verdad, y tu avaricia,
Vestida en nombre vano,
Convierta en compra y venta la justicia;
Aunque engañes los ojos
Del mundo, á quien adoras, no por tanto,
No nacerán abrojos

Agudos en tu alma, ni el espanto
No velará en tu lecho,
Ni escucharás la cuita y agonía,
El último despecho,
Ni la esperanza buena en compañía
Del gozo tus umbrales
Penetrará jamas, ni la Meguera
Con llamas infernales,
Con serpentino azote la alta y fiera
Y diestra mano armada,
Saldrá de tu aposento sola una hora ;
Y ni tendrás clavada
La rueda, aunque más puedas, voladora
Del tiempo hambriento y crudo,
Que viene, con la muerte conjurado,
A dejarte desnudo
Del oro y cuanto tienes más amado ;
Y quedarás sumido
En males no finibles y en olvido.

EN UNA ESPERANZA QUE SALIÓ VANA.

Huid, contentos, de mi triste pecho ;
¿ Qué engaño os vuelve á dó nunca pudistes
Tener reposo ni hacer provecho ?

Tened en la memoria cuando fuistes
Con público pregon ; ay ! desterrados
De toda mi comarca y reinos tristes,
A dó ya no veréis sino nublados
Y viento y torbellino y lluvia fiera,
Suspiros encendidos y cuidados.

No pinta el prado aquí la primavera,
Ni nuevo sol jamas las nubes dora,
Ni canta el ruiseñor lo que ántes era.

La noche aquí se vela, aquí se llora

El día miserable sin consuelo,
Y vence al mal de ayer el mal de agora.

Guardad vuestro destierro, que ya el suelo
No puede dar contento al alma mía,
Si ya mil vueltas diere andando el cielo;

Guardad vuestro destierro, si alegría,
Si gozo y si descanso andais sembrando,
Que aqúeste campo abrojos solos cria;

Guardad vuestro destierro, si tornando
De nuevo, no quereis ser castigados
Con crudo azote y con infame bando;

Guardad vuestro destierro, que olvidados
De vuestro sér en mí seréis, dolores;
Tal es la fuerza de mis duros hados.

Los bienes más queridos y mayores
Se mudan y en mi daño se conjuran,
Y son por ofenderme á sí traidores.

Mancillanse mis manos si se apuran,
La paz y la amistad me es cruda guerra,
Las culpas faltan, mas las penas duran.

Quien mis cadenas más estrecha y cierra
Es la memoria mía y la pureza;
Cuando ella sube, entónces vengo á tierra.

Mudó su ley en mí naturaleza,
Y pudo en mi dolor lo que no entiende
Ni seso humano ni mayor viveza.

Cuanto desenlazarse más pretende
El pájaro cautivo, más se enliga,
Y la defensa mía más me ofende.

En mí la culpa ajena se castiga,
Y soy del malhechor ¡ay! prisionero,
Y quieren que de mí la fama diga:

Dichoso el que jamas ni ley ni fuero,
Ni el alto tribunal ni las ciudades,
Ni conoció del mundo el trato fiero;

Que por las inocentes soledades
Recoge el pobre cuerpo en vil cabaña,
Y el ánimo enriquece con verdades.

Cuando la luz el aire y tierras baña,
Levanta al puro sol las manos puras,
Sin que se las aplomen ódio y saña.

Sus noches son sabrosas y seguras,
La mesa le bastece alegremente
El campo, que no rompen rejas duras.

Lo justo le acompaña y la luciente
Verdad, las sencilleces pechos de oro,
La fe no colorada falsamente.

De ricas esperanzas almo coro,
Y paz con su descuido le rodean,
Y el gozo, cuyos ojos huye el lloro.

Allí, contento, tus moradas sean,
Allí te lograrás, y á cada uno
De aquellos que de mí saber desean,
Les di que no me viste en tiempo alguno.

EN LA ASCENSION.

¿Y dejas, Pastor santo,
Tu grey en este valle hondo, oscuro,
Con soledad y llanto;
Y tú, rompiendo el puro
Aire, te vas al inmortal seguro?

Los ántes bienhadados,
Y los agora tristes y afligidos,
A tus pechos criados,
De tí desposeidos,
¿Adó convertirán ya sus sentidos?

¿Qué mirarán los ojos
Que vieron de tu rostro la hermosura,
Que no les sea enojos?

Quien oyó tu dulzura,
¿Qué no tendrá por sordo y desventura?
A aqueste mar turbado,
¿Quién le pondrá ya freno? quién concierto
Al viento fiero, airado,
Estando tú cubierto?
¿Qué norte guiará la nave al puerto?
¡Ay! nube envidiosa
Aun deste breve gozo, ¿qué te quejas?
¿Dó vuelas presurosa?
¡Cuán rica tú te alejas!
Cuán pobres y cuán ciegos ¡ay! nos dejas!

Á TODOS LOS SANTOS.

¿Qué santo ó qué gloriosa
Virtud, qué deidad, que el cielo admira,
¡Oh Musa poderosa
En la cristiana lira!
Dirémos entre tanto que retira
El sol con presto vuelo
El rayo fugitivo, en este día
Que hace alarde el cielo
De su caballería?
¿Qué nombre entre estas breñas á porfía
Repetirá sonando
La imágen de la voz, en la manera
El aire deleitando,
Que el Efrateo hiciera
Del sacro y verde Hermon por la ladera?
¿Adó ceñido el oro
Crespo con verde hiedra, la montaña
Condujo con sonoro
Laud, con fuerza y maña
Del oso y del leon domó la saña?

Pues ¿quién diré primero,
Que el alto y que el humilde, y que la vida
Por el manjar grosero
Restituyó perdida,
Que al cielo levantó nuestra caída?

Igual al Padre eterno,
Igual al que en la tierra nace y mora,
De quien tiembla el infierno,
A quien el sol adora,
En quien todo el sér vive y se mejora.

Despues el vientre entero,
La madre desta luz será cantada;
Clarísimo lucero
En esta mar turbada,
Del linaje humanal fiel abogada.

Espíritu divino,
No callaré tu voz, tu pecho opuesto
Contra el dragon malino,
Ni tú en olvido puesto,
Que á defender mi vida estás dispuesto.

Osado en la promesa,
Barquero de la barca no sumida,
A tí mi voz profesa,
Y á tí, que la lucida
Noche te traspasó de muerte á vida.

¿Quién no dirá tu lloro,
Tu bien trocado amor, ¡oh! Magdalena,
De tu nardo el tesoro,
De cuyo olor la ajena
Casa, la redondez del mundo es llena?

Del Nilo moradora,
Tierna flor del saber y de pureza,
De tí yo canto agora,
Que en la desierta alteza
Muerta luce tu vida y fortaleza.

Diré el rayo africano,
Diré el Stridones sabio, elocuente,
O del panal romano,
O del que justamente
Nombraron Bōca de Oro entre la gente.

Columna ardiente en fuego,
El firme y gran Basilio al cielo toca,
Mayor que el miedo y ruego,
Y ante su rica boca
La lengua de Demóstenes se apoca.

Cual árbol con los años
La gloria de Francisco sube y crece,
Y entre mil ermitaños
El claro Anton parece
Luna que en las estrellas resplandece.

¡Ay padre! ¿y dó se ha ido
Aquel raro valor? ó ¿qué malvado
El oro ha destruido
De tu templo sagrado?
¿Quién zizañó tan mal tu buen sembrado?

Adonde la azucena
Lucia y el clavel, do el rojo trigo,
Reina agora la avena,
La grama, el enemigo
Cardo, la injusticia, el falso amigo.

Convierte piadoso
Tus ojos y nos mira, y con tu mano
Arranca poderoso
Lo malo y lo tirano,
Y planta aquello antiguo, humilde y llano.

Da paz á aqueste pecho,
Que hierve con dolor en noche oscura;
Que fuera deste estrecho
Diré con más dulzura
Tu nombre, tu grandeza y hermosura.

No niego, dulce amparo
Del alma, que mis males son mayores
Que aqueste desamparo ;
Mas cuanto son peores,
Tanto resonarán más tus loores.

Á SANTIAGO.

Las selvas conmoviera,
Las fieras alimañas, como Orfeo.
Si ya mi canto fuera
Igual á mi deseo,
Cantando el nombre santo Zebedeo ;
Y fueran sus hazañas
Por mí con voz eterna celebradas,
Por quien son las Españas
Del yugo desatadas
Del bárbaro furor, y libertadas ;
Y aquella nao dichosa,
Del cielo esclarecer merecedora,
Que joya tan preciosa
Nos trujo, fuera agora
Cantada del que en Citia y Cairo mora.

Osa el cruel tirano
Ensangrentar en tí su injusta espada :
No fué consejo humano ;
Estaba á tí ordenada
La primera corona, y consagrada.

La fe que á Cristo diste
Con presta diligencia has ya cumplido ;
De su cáliz bebiste
Apénas que subido
Al cielo retornó, de tí partido.

No sufre larga ausencia,
No sufre, no, el amor que es verdadero.

La muerte y su inclemencia
Tiene por muy ligero
Medio, por ver al dulce compañero.

Cual suele el fiel sirviente,
Si en medio la jornada le han dejado,
Que haciendo prestamente
Lo que le fué mandado,
Torna buscando al amo ya alejado;
Así entregado al viento,
Del mar Egeo al mar de Atlante vuela,
Do puesto el fundamento
De la cristiana escuela,
Torna buscando á Cristo á remo y vela.

Allí por la maldita
Mano el sagrado cuello fué cortado;
Camina en paz bendita,
Alma, que ya has llegado
Al término por tí tan deseado.

A España, á quien amaste
(Que siempre al buen principio el fin respon-
Tu cuerpo le enviaste [de),
Para dar luz adonde
El sol su claridad cubre y esconde.

Por los tendidos mares
La rica navecilla va cortando,
Nereidas á millares
Del agua el pecho alzando,
Turbadas entre sí, la van mirando.

Y dellas hubo alguna
Que, con las manos de la nave asida,
La aguja con la una,
Y con la otra tendida
A las demas, que lleguen las convida.

Ya pasa del Egeo,
Vuela por el Ionio, atras ya deja

El puerto Lilibeo,
De Córcega se aleja,
Y por llegar al nuestro mar se aqueja.
Esfuerza, viento, esfuerza,
Hinche la santa vela, embiste en popa
El viento; haz que no tuerza
Do Avila casi topa
Con Calpe, hasta llegar al fin de Europa.
Y tú, España, segura
Del mal y cautiverio que te espera,
Con fe y voluntad pura
Ocupa la ribera,
Recibirás tu guarda verdadera;
Que tiempo será cuando
De innumerables huestes rodeada,
Del cetro real y mando
Te verás derrocada,
En sangre, en llanto y en dolor bañada.
De hácia el Mediodía
Oye que la voz amarga suena,
La mar de Berbería
De flotas veo llena,
Hierva la costa en gente, en sol la arena.
Con voluntad conforme
Las proas contra tí se dan al viento,
Y con clamor deforme
De pavoroso acento
Avivan de remar el movimiento.
Y la infernal Meguera,
La frente de ponzoña coronada,
Guia la delantera
De la morisca armada,
De fuego, de furor, de muerte armada.
Cielos, so cuyo amparo
España está á merced, en tanta afrenta,

Si ya este suelo caro
Os fué, nunca consienta
Vuestra piedad que mal tan erudo sienta.

Mas ¡ ay! que la sentencia
En tabla de diámante está esculpida;
Del godo la potencia
Por el suelo caida,
España en breve tiempo es destruida.

¿ Cuál rio caudaloso,
Que los opuestos muelles ha rompido
Con sonido espantoso,
Por los campos tendido,
Tan presto y tan feroz jamas se vido?

Mas cese el triste llanto,
Recobre el español su bravo pecho,
Que ya el Apóstol santo,
Un otro Marte hecho,
Del cielo viene á dalle su derecho.

Vesle de limpio acero
Cercado, y con la espada relumbrante,
Como rayo ligero,
Cuanto le va delante
Destroza y desbarata en un instante.

De grave espanto herido,
Los rayos de vista no sostiene
El moro descreido;
Por valiente se tiene
Cualquier que para huir ánimo tiene.

Huye, si puedes tanto,
Huye; mas por demas, que no hay huida;
Bebe dolor y llanto
Por la misma medida
Con que ya España fué de tí medida.

Como leon hambriento
Sigue, teñida en sangre espada y mano,

De más sangre sediento,
Al moro que huye en vano;
De muertos queda lleno el monte llano.

¡Oh gloria, oh gran prez nuestra,
Escudo fiel, oh celestial guerrero!

Vencido ya se muestra
El africano fiero
Por tí, tan orgulloso de primero.

Por tí del vituperio,
Por tí de la afrentosa servidumbre
Y triste cautiverio
Libres en clara lumbre,
Y de la gloria estamos en la cumbre.

Siempre venció tu espada,
O fuese de tu mano poderosa,
O fuese meneada

De aquella generosa
Que sigue tu milicia religiosa.

De tu virtud divina
La fama, que resuena en toda parte,
Siquiera sea vecina,
Siquiera más se aparte,
A la gente conduce á visitarte.

El áspero camino
Vence con devocion, y al fin te adora
El franco, el peregrino
Que Libia descolora,
El que en Poniente, el que Levante mora.

Á NUESTRA SEÑORA.

I.

Vírgen que el sol más pura,
Gloria de los mortales, luz del cielo,

En quien es la piedad como la alteza,
Los ojos vuelve al suelo,
Y mira un miserable en cárcel dura,
Cercado de tinieblas y tristeza;
Y si mayor bajeza
No conoce, ni igual, juicio humano,
Que el estado en que estoy por culpa ajena,
Con poderosa mano
Quiebra, Reina del cielo, la cadena.

Virgen en cuyo seno
Halló la Deidad digno reposo,
Do fué el rigor en dulce amor trocado,
Si blando al rigoroso
Volviste, bien podrás volver sereno
Un corazon de nubes rodeado;
Descubre el deseado
Rostro, que admira el cielo, el suelo adora;
Las nubes huirán, lucirá el dia.
Tu luz, alta Señora,
Venza esta ciega y triste noche mia.

Virgen y madre junto,
De tu Hacedor dichosa engendradora,
A cuyos pechos floreció la vida,
Mira cómo empeora
Y crece mi dolor más cada punto;
El ódio cunde, la amistad se olvida;
Si no es de tí valida
La justicia y verdad, que tú engendraste,
¿Adónde hallará seguro amparo?
Y pues madre eres, baste
Para contigo el ver mi desamparo.

Virgen del sol vestida,
De luces eternas coronada,
Que huellas con divinos piés la luna;
Envidia emponzoñada,

Engaño agudo, lengua fementida,
Odio cruel, poder sin ley ninguna,
Me hacen guerra á una.

Pues contra un tal ejército maldito,
¿Cuál pobre y desarmado será parte,
Si tu nombre bendito,
María, no se muestra por mi parte?

 Virgen por quien vencida
Llora su perdicion la sierpe fiera,
Su daño eterno, su burlado intento,
Miran de la ribera,
Seguras, muchas gentes mi caida,
El agua violenta el flaco aliento;
Los unos con contento,
Los otros con espanto, el más piadoso
Con lástima la inútil voz fatiga;
Yo, puesto en tí el lloroso
Rostro, cortando voy onda enemiga.

 Virgen, del Padre esposa,
Dulce madre del Hijo, templo santo
Del inmortal Amor, del hombre escudo,
No veo sino espanto.

Si miro la morada, es peligrosa;
Si la salida, incierta; el favor mudo,
El enemigo crudo,
Desnuda la verdad, muy proveida
De armas y valedores la mentira,
La miserable vida
Sólo cuando me vuelvo á tí respira.

 Virgen que al alto ruego
No más humilde sí diste que honesto,
En quien los cielos contemplar desean;
Como terrero puesto,
Los brazos presos, de los ojos ciego,
A cien flechas estoy que me rodean,

Que en herirme se emplean.
Siento el dolor, mas no veo la mano,
Ni me es dado el huir ni el escudarme.
Quiera tu soberano
Hijo, Madre de amor, por tí librarme.
 Vírgen, lucero amado,
En mar tempestuoso clara guia,
A cuyo santo rayo calla el viento,
Mil olas á porfía
Hunden en el abismo un desarmado
Leño de vela y remo, que sin tiento
El húmedo elemento
Corre; la noche carga, el aire truena,
Ya por el cielo va, ya el suelo toca,
Gime la rota antena;
Socorre ántes que embista en dura roca.

 Vírgen no enficionada
De la comun mancilla y mal primero
Que al humano linaje contamina,
Bien sabes que en tí espero
Dende mi tierna edad; y si malvada
Fuerza, que me venció, ha hecho indina
De tu guarda divina
Mi vida pecadora, tu clemencia
Tanto mostrará más su bien crecido,
Cuanto es más la dolencia,
Y yo merezco ménos ser valido.

 Vírgen, el dolor fiero
Añuda ya la lengua, y no consiente
Que publique la voz cuanto desea;
Mas oye tú al doliente
Animo, que contino á tí vocea.

II.

No viéramos el rostro al Padre Eterno
Alegre, ni en el suelo al Hijo amado
Quitar la tiranía del infierno,
Ni el fiero capitan encadenado ;
Viviéramos en llanto sempiterno,
Durara la ponzoña del bocado,
Serenísima Vírgen, si no hallára
Tal Madre Dios en vos donde encarnára.

Que aunque el amor del hombre ya habia
Mover al Padre Eterno á que enviase [hecho
El único engendrado de su pecho
A que encarnando en vos le reparase,
Con vos se remedió nuestro derecho.
Hicistes nuestro bien se acrecentase,
Estuvo nuestra vida en que quisistes
Madre digna de Dios, y así vencistes.

No tuvo el Padre más, Vírgen, que daros,
Pues quiso que de vos Cristo naciese,
Ni vos tuvistes más que desearos,
Siendo el deseo tal, que en vos cupiese ;
Habiendo de ser Madre, contentaros
Pudiérades con serlo de quien fuese
Ménos que Dios, aunque para tal Madre,
Bien estuvo ser Dios el Hijo y Padre.

Con la humildad que al cielo enriquecistes,
Vuestro sér sobre el cielo levantastes ;
Aquello que fué Dios sólo no fuistes,
Y cuanto no fué Dios, atras dejastes ;
Alma santa del Padre concebistes,
Y al Verbo en vuestro vientre le cifrastes ;
Que lo que el cielo y tierra no abrazaron,
Vuestras santas entrañas encerraron.

Y aunque sois madre, sois vírgen entera,
Hija de Adán, de culpa preservada,
Y en orden de nacer vos sois primera,
Y ántes que fuese el cielo sois criada;
Piadosa sois, pues la serpiente fiera
Por vos vió su cabeza quebrantada;
A Dios de Dios bajais del cielo al suelo,
Del hombre al hombre alzais del suelo al cie-
Estais ahora, Vírgen generosa, [lo.
Con la perpétua Trinidad sentada,
Do el Padre os llama Hija, el Hijo Esposa,
Y el Espíritu Santo dulce Amada;
De allí con larga mano y poderosa
Nos repartis la gracia que os es dada;
Allí gozais, y aquí para mi pluma,
Que en la esencia de Dios está la suma.

CANCION Á JESUCRISTO CRUCIFICADO.

Inocente Cordero,
En tu sangre bañado,
Con que del mundo los pecados quitas,
Del robusto madero
Por los brazos colgado
Abiertos, que abrazarme sollicitas;
Ya que humilde marchitas
La color y hermosura
De ese rostro divino,
A la muerte vecino;
Antes que el alma soberana y pura
Parta para salvarme,
Vuelve los mansos ojos á mirarme.
Ya que el amor inmenso
Con último regalo
Rompe de esa grandeza las cortinas,

Y con dolor intenso
Arrimado á ese palo,
La cabeza rodeada con espinas
Hácia la Madre inclinas,
Y que la voz despides
Bien de entrañas reales,
Y las culpas y males
A la grandeza de tu Padre pides
Que sean perdonados,
Acuérdate, Señor, de mis pecados.

Aquí donde das muestras
De maniroto y largo
Con las palmas abiertas con los clavos;
Aquí donde tú muestras
Y ofreces mi descargo;
Aquí donde redimes los esclavos,
Donde por todos cabos
Misericordia brotas,
Y el generoso pecho
No queda satisfecho
Hasta que el cuerpo de la sangre agotas:
Aquí, Redentor, quiero
Venir á tu justicia yo el primero.

Aquí quiero que mires
Un pecador metido
En la ciega prision de sus errores;
Que no temo te aires
En mirarte ofendido,
Pues abogando estás por pecadores;
Que las culpas mayores
Son las que más declaran
Tu noble pecho santo,
De que te precias tanto;
Pues cuando las más graves se reparan,
En más tu sangre empleas,

Y más con tu clemencia te recreas.

Por más que el peso grave
De mi culpa se siente
Cargar sobre mi corvo y flaco cuello,
Que tu yugo suave
Sacudió, inobediente,
Quedando en nueva sujecion por ello ;
Por más que el suelo huella
Con pasos tan cansados,
Alcanzarte confio ;
Que, pues por el bien mio
Tienes los soberanos piés clavados
En un madero firme,
Seguro voy que no podrás huirme.

Seguro voy, Dios mio,
De que el bien que deseo
Tengo siempre de hallar en tu clemencia ;
De ese corazon fio,
A quien ya claro veo
Por las ventanas de ese cuerpo abierto,
Que está tan descubierta,
Que un ladron maniatado
Que lo ha contigo á solas,
En dos palabras solas
Te lo tiene robado ;
Y si esperamos, luégo
De aquí á bien poco le acertará un ciego.

A buen tiempo he llegado,
Pues es cuando tus bienes
Repartes con el Nuevo Testamento.
Si á todos has mandado
Cuantos presentes tienes,
Tambien ante tus ojos me presento ;
Y cuando en un momento
A la Madre hijo mandas,

Al discípulo madre,
El espíritu al Padre,
Gloria al ladron,
¿Cómo entre tantas mandas
Ser mi desgracia puede
Tanta, que solo yo vacío quede?

Miradme, que soy hijo
Que por mi inobediencia
Justamente podeis desheredarme.
Ya tu palabra dijo
Que hallaria clemencia
Siempre que á tí volviese á presentarme.
Aquí quiero abrazarme,
A los piés de esta cama
Donde estás espirando;
Que si, como demando,
Oyes la voz llorosa que te llama,
Grande ventura espero,
Pues siendo hijo, quedaré heredero.

Por testimonio pido
A cuantos te están viendo,
Cómo á este tiempo bajas la cabeza:
Señal que has concedido
Lo que te estoy pidiendo,
Como siempre esperé de tu largueza.

¡Oh admirable grandeza!
¡Caridad verdadera!
Que, como sea cierto
Que hasta el testador muerto
No tiene el testamento fuerza entera,
Tan generoso eres,
Que porque todo se confirme mueres.

Cancion, de aquí no hay paso.
Las lágrimas sucedan
En vez de las palabras que te quedan;

Que esto nos pide el lastimoso caso,
No contentos agora,
Cuando la tierra, el sol y el cielo llora.

Á DON PEDRO PORTOCARRERO.

La cana y alta cumbre
De Iliberi, clarísimo Carrero,
Contiene en sí tu lumbre
Ya casi un siglo entero,
Y mucho en demasía
Detiene nuestro gozo y alegría;
Los gozos que el deseo
Figura ya en tu vuelta, y determina
Adó vendrá el Lileo,
Y de la Caballina
Fuente la moradora,
Y Apolo con la cítara cantora.
Bien eres generoso
Pimpollo de ilustrísimos mayores;
Mas esto, aunque glorioso,
Son títulos menores,
Que tú por tí venciendo,
A par de las estrellas vas luciendo.
Y juntas en tu pecho
Una suma de bienes peregrinos,
Por donde con derecho
Nos colmas de divinos
Gozos con tu presencia,
Y de cuidados tristes con tu ausencia.
Porque ha salteado
En medio de la paz la cruda guerra
Que agora el Marte airado
Despierta en la alta sierra,
Lanzando rabia y sañas

En las infieles bárbaras entrañas ;
Do mete á sangre y fuego
Mil pueblos el morisco descreido,
A quien ya perdon ciego
Hubimos concedido,
A quien en santo baño
Tenemos para nuestro mayor daño ;
Para que el nombre amigo,
¡ Ay piedad ! cruel desconociese
El ánimo enemigo,
Y así más ofendiese ;
Mas tal es la fortuna,
Que no sabe durar en cosa alguna.

Ansí la luz que agora
Serena relucia con nublados,
Veréis negra á deshora,
Y los vientos alados
Amontonando luégo
Nubes, lluvias, horrores, trueno y fuego.

Mas tú, que solamente
Temes al claro Alfonso, que inducido
De la virtud ardiente
Del pecho no vencido,
Por lo más peligroso
Se lanza, discurriendo vitorioso ;

Como en la ardiente arena
El líbico leon las cabras sigue,
Las haces desordena
Y rompe, y las persigue,
Armado relumbrando,
La vida por la gloria aventurando.

Testigo es la fragosa
Poqueira, cuando él solo, y traspasado
Con flecha ponzoñosa,
Sostuvo denodado,

Y convirtió en huida
Mil banderas de gente descreída.

Mas sobre todo, cuando
Los dientes de la muerte agudos, fiera,
Apénas declinando,
Alzó nueva bandera,
Mostró bien claramente
De valor no vencible lo excelente.

Él, pues, relumbre claro
Sobre sus claros padres, más tú en tanto,
Dechado de bien raro,
Abraza el ocio santo,
Que mucho son mejores
Los frutos de la paz, y muy mayores.

EN LA CÁRCEL DONDE ESTUVO PRESO.

Aquí la envidia y mentira
Me tuvieron encerrado.

Dichoso el humilde estado
Del sabio que se retira
De aqueste mundo malvado,
Y con pobre mesa y casa
En el campo deleitoso
Con solo Dios se compasa,
Y á solas su vida pasa,
Ni envidiado ni envidioso.

DEL MUNDO Y SU VANIDAD.

Los que teneis en tanto
La vanidad del mundanal ruido,
Cuál áspide al encanto
Del mágico temido,
Podréis tapar el contumaz oído.

¿Por qué mi ronca musa,
En lugar de cantar como solía,
Tristes querellas usa,
Y á sátira la guía
Del mundo la maldad y tiranía?

Escuchen mi lamento
Los que, cual yo, tuvieren justas quejas ;
Que bien podrá su acento
Abrasar las orejas,
Rugar la frente y enarcar las cejas.

Mas no podrá mi lengua
Sus males referir ni comprendellos.
Ni sin quedar sin mengua
La mayor parte dellos,
Aunque se vuelvan lenguas mis cabellos.

Pluguiera á Dios que fuera
Igual á la experiencia el desengaño,
Que dárosle pudiera,
Porque, si no me engaño,
Naciera gran provecho de mi daño.

No condeno del mundo
La máquina, pues es de Dios hechura ;
En sus abismos fundo
La presente escritura,
Cuya verdad el campo me asegura.

Inciertas son sus leyes,
Incierta su medida y su balanza,
Sujetos son los reyes,
Y el que ménos, alcanza
A miserable y súbita mudanza.

No hay cosa en él perfeta :
En medio de la paz arde la guerra,
Que al alma más quieta
En los abismos cierra,
Y de tu patria celestial destierra.



L. C. H.

Es caduco, mudable,
Y en sólo serlo más que peña firme,
En el bien variable,
Porque verdad confirme,
Y con decillo su maldad a firme.

Largas sus esperanzas,
Y para conseguir el tiempo breve,
Penosas las mudanzas
Del aire, sol y nieve,
Que en nuestro daño el cielo airado mueve.

Con rigor enemigo
Las cosas entre sí todas pelean,
Mas el hombre consigo,
Contra él todas se emplean,
Y toda perdición suya desean.

La pobreza envidiosa
Es de los por quien fué más alabada,
Mas ésta no reposa
Para ser conservada,
Ni puede aquélla tener gusto en nada.

La soledad huida
Es de los por quien fué más alabada,
La trápala seguida
Y con sudor comprada
De aquellos por quien fué menospreciada.

Es el mayor amigo
(Espejo, día, lumbre en que nos vemos),
En presencia testigo
Del bien que no tenemos,
Y en ausencia del mal que no hacemos.

Pródigo en prometernos,
Y en cumplir tus promesas, mundo, avaro,
Tus cargos y gobiernos
Nos enseñan bien claro
Que es tu mayor placer, de balde, caro.

Guay de aquel que procura,
Pues hace la prision, adó se queda
En servidumbre dura,
Cual gusano de seda,
Que en su delgada fábrica se enreda.

Porque el mejor es cargo,
Y muy pesado de llevar agora,
Y despues más amargo,
Pues perdeis á deshora
Su breve gusto, que sin fin se llora.

Tal es la desventura
De nuestra vida y la miseria della,
Que es próspera ventura
Nunca jamas tenella
Con justo sobresalto de perdella.

De do, señores, nace
Que nadie de su estado está contento,
Y más le satisface
Al libre el casamiento,
Y al que es casado, el libre pensamiento.

¡ Oh dichosos tratantes!
Ya quebrantado del pasado yerro,
Escapado denantes
Por hacer tanto yerro,
Dice el soldado en áspero destierro ;

Que pasais vuestra vida
Muy libre ya de trabajosa pena,
Segura la comida,
Y mucho más la cena,
Llena de risa, y de pesar ajena.

¡ Oh dichoso soldado!
Responde el mercader del espacioso
Mar en alto llevado
Que gozas de reposo
Con presta muerte ó con vencer glorioso.

El rústico villano
La vida con razon envidia y ama
Del consulto tirano,
Que desde la su cama
Oye la voz del consultor que llama;
El cual por la fianza
Del campo á la ciudad por mal llevado,
Llama sin esperanza
Del buey y corvo arado
A la ciudad, no bienaventurado.

Y no sólo sujetos
Los hombres viven á miserias tales,
Que por ser más perfetos,
Lo son todos sus males,
Sino tambien los brutos animales.

Del arado quejoso
El perezoso buey pide la silla,
Y el caballo brioso
(Mirad qué maravilla)
Querria más arar que no sufrilla;
Y lo que más admira,
Mundo cruel, de tu costumbre mala,
Es ver cómo al que aspira
Al bien que le señala,
Su misma inclinacion luégo resbala.

Pues no tan presto llega
El término por él tan deseado,
Cuando es de torpe y ciega
Voluntad despreciado,
O de fortuna en tierno agraz cortado.

Bastáranos la prueba
Que en otros tiempos ha la muerte hecho,
Sin la funesta nueva
De don Juan cuyo pecho
Alevemente della fué deshecho;

Con lágrimas de fuego,
Hasta quedar en ellas abrazado,
Ó por lo ménos ciego,
De miserias llorado,
Viniese á ser de todos consolado.

La rigurosa muerte,
Del bien de los cristianos envidiosa,
Rompió de un golpe fuerte
La esperanza dichosa,
Y del infiel la pena temerosa;
Mas porque de cumplida
Gloria no goce, de morir tal hombre;
La gente descreida,
Tu muerte les asombre
Con sólo la memoria de tu nombre.

Sientan lo que sentimos,
Su gloria vaya con pesar mezclada,
Recuérdense que vimos
La mar acrecentada
Con su sangre vertida y no vengada.

La grave desventura
Del lusitano, por su mal valiente,
La soberbia bravura
De su animosa gente
Desbaratada miserablemente,
Siempre debe llorarse,
Si como manda la razon se llora;
Mas no podrá jactarse
La parte vencedora,
Pues reyes dió por rey la gente mora.

Ansí que, nuestra pena
No les puede causar perpétua gloria,
Pues siendo toda llena
De sangrienta memoria,
No se puede llamar buena victoria.

Callo las otras muertes
De tantos reyes en tan pocos días,
Cuyas fúnebres suertes
Fueron anatomías,
Que liquidar podrán las peñas frías.
Sin duda cosas tales
Que en nuestro daño todas se conjuran,
De venideros males
Muestras nos aseguran,
Y al fin universal nos apresuran,
¡Oh ciego desatino!
Que llevas nuestras almas encantadas
Por áspero camino,
Por partes desusadas,
Al reino del olvido condenadas;
Sacude con presteza
Del leve corazón el grave sueño
Y la tibia pereza,
Que con razón desdeño,
Y al ejercicio aspira que te enseñe.
Soy hombre piadoso
De tu misma salud, que va perdida;
Sácala del penoso
Trance do está metida;
Evitarás la natural caída,
A la cual nos inclina
La justa pena del primer bocado;
Mas en la rica mina
Del inmortal costado,
Muerto de amor, serás vivificado.

DEL CONOCIMIENTO DE SÍ MISMO.

Cancion.

En el profundo del abismo estaba

Del no ser encerrado y detenido,
Sin poder ni saber salir afuera,
Y todo lo que es algo en mí faltaba,
La vida, el alma, el cuerpo y el sentido,
Y en fin, mi ser no ser entónces era,
Y así desta manera
Estuve eternamente,
Nada visible y sin tratar con gente;
En tal suerte que aun era muy más buena
Del ancho mar la más menuda arena,
Y el gusanillo de la gente hollado
Un rey era, conmigo comparado.

Estando, pues, en tal tiniebla oscura,
Volviendo ya con cuerpo presuroso
El sexto siglo el estrellado cielo,
Miró el gran padre, Dios, de la natura,
Y vióme en sí benigno y amoroso,
Y sacóme á la luz de aqueste suelo;
Vistióme deste velo
De flaca carne y hueso,
Mas dióme el alma, á quien no hubiera peso
Que impidiera llegar á la presencia
De la divina é inefable Esencia,
Si la primera culpa no agravára
Su ligereza, y alas derribára.

¡Oh culpa amarga, y cuánto bien quitaste
Al alma mia, cuánto mal hiciste!
Luégo que fué criada y junto infusa,
Tú de gracia y justicia la privaste,
Y al mismo Dios contraria la pusiste,
Ciega, enemiga, sin favor, confusa.
Por tí siempre rehusa
El bien y la molesta
La virtud, y á los vicios está presta;
Por tí la fiera muerte ensangrentada,

Por tí toda miseria tuvo entrada,
Hambre, dolor, gemido, fuego, invierno,
Pobreza, enfermedad, pecado, infierno.

Así que, en los pañales del pecado
Fuí (como todos) luégo al punto envuelto,
Y con la obligacion de eterna pena
Con tanta fuerza y tan estrecho atado,
Que no pudiera della verme suelto
En virtud propia ni en virtud ajena,
Sino de aquella, llena
De piedad, tan fuerte
Bondad que con su muerte á nuestra muerte
Mató, y gloriosamente hubo deshecho,
Rompiendo el amoroso y sacro pecho
De donde mana soberana fuente
De gracia y de salud á toda gente.

En esto plugo á la bondad inmensa
Darme otro sér más alto que tenía,
Bañándome en el agua consagrada.
Quedó con esto limpio de la ofensa,
Graciosísima y bella el alma mia,
De mil bienes y dones adornada ;
En fin, cual desposada
Con el Rey de la gloria.
¡ Oh cuán dulce y suavísima memoria !
Allí la recibió por cara esposa,
Y allí le prometió de no amar cosa
Fuera dél ó por él miétras viviese.
¡ Oh si (de hoy más siquiera) lo cumpliera !
Crecí despues y fuí en edad entrando,
Llegué á la discrecion, con que debiera
Entregarme á quien tanto me habia dado,
Y en vez desto, la lealtad quebrando
Que en el bautismo sacro prometiera
Y con mi propio nombre habia firmado,

Áun no hubo bien llegado
El deleite vicioso
Del cruel enemigo venenoso,
Cuando con todo dí en un punto al traste.
¿Hay corazon tan duro en sí, que baste
A no romperse dentro en nuestro seno,
De pena el mio, de lástima el ajeno?

Más que la tierra queda tenebrosa
Cuando su claro rostro el sol ausenta,
Y á bañar lleva al mar su carro de oro;
Más estéril, más seca y pedregosa
Que cuando largo tiempo está sedienta,
Quedó mi alma sin aquel tesoro
Por quien yo plaño y lloro,
Y hay que llorar contino,
Pues que quedé sin luz del sol divino
Y sin aquel rocío soberano
Que obraba en ella el celestial verano;
Ciega, disforme, torpe, y á la hora
Hecha una vil esclava, de señora.

¡Oh Padre inmenso, que inmóvil estando,
Das á las cosas movimiento y vida,
Y las gobiernas tan suavemente,
¿Qué amor detuvo tu justicia cuando
Mi alma, tan ingrata y atrevida,
Dejando á tí, del bien eterno fuente,
Con ánsia tan ardiente
En aguas detenidas
De cisternas corruptas y podridas
Se echó de pechos ante tu presencia?
¡Oh divina y altísima clemencia!
¡Que no me despeñases al momento
En el lago profundo del tormento!
Sufrióme entónces tu piedad divina,
Y sacóme de aquel hediondo cieno,

Do sin sentir aún el hedor estaba
Con falsa paz el ánima mezquina,
Juzgando por tan rico y tan sereno
El miserable estado que gozaba,
Que sólo deseaba
Perpétuo aquel contento;
Pero sopló á deshora un manso viento
Del Espíritu eterno, y enviando
Un aire dulce al alma, fué llevando
La espesa niebla que la luz cubria,
Dándole un claro y muy sereno dia.

Vió luégo de su estado la vileza,
En que guardando inmundos animales,
De su tan vil manjar aún no se hartaba;
Vió el fruto del deleite y de torpeza
Ser confusion y penas tan mortales;
Temió la recta y no doblada vara,
Y la severa cara
De aquel Juez sempiterno.

La muerte, juicio, gloria, fuego, infierno,
Cada cual acudiendo por su parte,
La cercan con tal fuerza y de tal arte,
Que quedando confuso y temeroso,
Temblando estaba, sin hallar reposo.

Ya que, en mí vuelto, sosegué algun tanto,
En lágrimas bañando el pecho y suelo,
Y con suspiros abrasando el viento,
«Padre piadoso, dije, Padre santo,
Benigno Padre, Padre de consuelo,
Perdonad, Padre, aqueste atrevimiento;
A vos vengo, aunque siento
(De mí mismo corrido)
Que no merezco ser de vos oido;
Mas mirad las heridas que me han hecho
Mis pecados, cuán roto y cuán deshecho

Me tienen, y cuán pobre y miserable,
Ciego, leproso, enfermo, lamentable.

» Mostrad vuestras entrañas amorosas
En recibirme agora y perdonarme,
Pues es, benigno Dios, tan propio vuestro
Tener piedad de todas vuestras cosas.
Y si os place, Señor, de castigarme,
No me entregueis al enemigo nuestro;
A diestro y á siniestro
Tomad vos la venganza,
Herid en mí con fuego, azote y lanza;
Cortad, quemad, romped, sin duelo alguno
Atormentad mis miembros de uno á uno
Con que, despues de aqueste tal castigo,
Volvais á ser, mi Dios, mi buen amigo.

Apénas hube dicho aquesto, cuando
Con los brazos abiertos me levanta,
Y me otorga su amor, su gracia y vida,
Y á mis males y llagas aplicando
La medicina soberana y santa
A tal enfermedad constituida,
Me deja sin herida,
De todo punto sano,
Pero con las heridas del tirano
Hábito, que iba ya en naturaleza
Volviéndose, y con una tal flaqueza,
Que aunque sané del mal y su accidente,
Diez años há que soy convaleciente.

CANCION AL NACIMIENTO DE LA HIJA
DEL MARQUÉS DE ALCÁÑICES.

Inspira nuevo canto,
Calíope, en mi pecho en este dia,
Que de los Borjas canto

Y Enriquez la alegría,
Y el rico dón que el cielo les envía.

Hermoso sol luciente,
Que el dia traes y llevas rodeado
De luz resplandeciente
Más de lo acostumbrado;
Sol, ya verás nacido tu traslado.

O si te place ahora,
En region solitaria y escondida
Detente allá en buen hora;
Que con la luz nacida
Podrá ser nuestra esfera esclarecida.

Alma divina, en velo
De femeniles miembros encerrada,
Cuando veniste al suelo
Robaste de pasada
La celestial riquísima morada.

Diéronte bien sin cuento
Con voluntad conforme y amorosa
Quien rige el movimiento,
Sexto, con la alta diosa
Que en la tercera rueda es poderosa.

De tu belleza rara
El envidioso viejo mal pagado,
Torció el paso y la cara,
Y el fiero Marte airado
El camino dejó desocupado;

Y el rojo y crespo Apolo,
Que tus pasos guiando, decendia
Contigo al bajo polo,
La cítara hería,
Y con divino canto así decia:

«Deciende en punto bueno,
Espíritu real, al cuerpo hermoso,
ue en el ilustre seno

Está ya deseoso
De dar á tu valor digno reposo.

» El te dará la gloria
Que en el eterno cerco es más tenida,
De abuelos clara historia,
A quien das nueva vida,
Por quien la grande España fué regida.

» Daráte en cambio desto,
De los eternos bienes la nobleza,
Deseo alto, honesto,
Generosa grandeza,
Claro saber, fe llena de pureza.

» Y en tu rostro se vean
De tu beldad sin par vivas señales,
Y tus dos ojos sean
Lumbreras celestiales,
Que lleven al bien sumo los mortales.

» Por todo el delicado
Cuerpo, como por vidrio transparente,
Resplandor admirado,
Gracia resplandeciente,
Divina, se descubre abiertamente.

» La esclarecida abuela,
Dechado de virtud y de hermosura,
De quien gloriosa vuela
La fama, en quien la dura
Muerte mostró lo poco que el bien dura;

» Y todas cuantas precio
De gracia y hermosura hayan tenido
Sean por tí en desprecio
Y puestas en olvido,
Cual hace la verdad con lo fingido.

» ¡Ay tristes! ay dichosos
Los ojos que te vieron con sosiego,
Si fueren venturosos

Antes que prenda el fuego,
Contra quien no valdrán oro ni fuego!

«Ilustre y tierna planta,
Gozo del claro tronco y generoso,
Creciendo se levanta
A estado el más dichoso
De cuantos vuelve el globo poderoso.»

EPITAFIO AL TÚMULO DEL PRÍNCIPE
DON CÁRLOS.

Aquí yacen de Cárlos los despojos,
La parte principal volvióse al cielo,
Con ella fué el valor; quedóle al suelo
Miedo en el corazon, llanto en los ojos.

CANCION Á LA MUERTE DEL MISMO.

Quien viere el suntuoso
Túmulo al alto cielo levantado,
De luto rodeado,
De lumbres mil copioso,
Si se para á mirar quién es el muerto,
Será desde hoy bien cierto
Que no podrá en el mundo bastar nada
Para estorbar la fiera muerte airada;
Ni edad, ni gentileza,
Ni sangre real antigua y generosa,
Ni de la más gloriosa
Corona la belleza,
Ni fuerte corazon, ni muestras claras
De altas virtudes raras,
Ni tan gran padre, ni tan grande abuelo,
Que llenan con su fama tierra y cielo.
¿Quién há de estar seguro,

Pues la fénix que sola tuvo el mundo,
Y otro Carlos Segundo,
Nos lleva el hado duro,
Y vimos sin color tu blanca cara,
A su España tan cara,
Como la tierna rosa delicada,
Que fué sin tiempo y sin sazón cortada?

Ilustre y alto mozo,
A quien el cielo dió tan corta vida,
Que apenas fué sentida,
Fuiste breve gozo,
Y ahora luengo llanto de tu España,
De Flándes y Alemaña,
Italia, y de aquel mundo nuevo y rico,
Con quien cualquier imperio es corto y chico.

No temas que la muerte
Vaya de tus despojos vitoriosa,
Antes irá medrosa
De tu espíritu fuerte,
Las ínclitas hazañas que hicieras,
Los triunfos que tuvieras;
Y vió que á no perderte se perdía,
Y así el mismo temor le dió osadía.

SONETOS.

Amor casi de un vuelo me ha encumbrado
Adonde no llegó ni el pensamiento,
Mas toda esta grandeza de contento
Me turba y entristece este cuidado;
Que temo que no venga derrocado
Al suelo por faltarle fundamento,
Que lo que en breve sube en alto asiento,
Suele desfallecer apresurado.

Mas luego me consuela y asegura

El ver que soy, señora ilustre, obra
De vuestra sola gracia, y que en vos fio.

Porque conservaréis vuestra hechura,
Mis faltas supliréis con vuestra sobra,
Y vuestro bien hará durable el mio.

Alargo enfermo el paso, y vuelvo, cuanto
Alargo el paso, atras el pensamiento.
No vuelvo, que ántes siempre miro atento
La causa de mi gozo y de mi llanto.

Allí estoy firme y quedo; mas en tanto,
Llevado del contrario movimiento
(Cual hace el extendido en el tormento),
Padezco fiero mal, fiero quebranto.

En partes, pues, diversas dividida
El alma, por huir tan cruda pena
Desea dar ya al suelo estos despojos.

Gime, suspira y llora dividida,
Y en medio del llorar sólo esto suena:
¿Cuándo volveré, Nise, á ver tus ojos?

Agora con la aurora se levanta
Mi luz, agora coge en rico fiudo
El hermoso cabello, agora el crudo
Pecho ciñe con oro, y la garganta.

Agora vuelta al cielo pura y santa,
Las manos y ojos bellos alza, y pudo
Dolerse agora de mi mal agudo,
Agora incomparable tañe y canta.

Ansí digo, y del dulce error llevado,
Presente ante mis ojos la imagino,
Y lleno de humildad y amor la adoro.

Mas luégo vuelve en sí el engañado

Animo, y conociendo el desatino,
La rienda suelta largamente al lloro.

¡ Oh cortesía, oh dulce acogimiento,
Oh celestial saber, oh gracia pura,
Oh de valor dotado y de dulzura,
Pecho real, honesto pensamiento!

¡ Oh luces, del amor querido asiento,
Oh boca donde vive la hermosura,
Oh habla suavísima, oh figura
Angélica, oh mano, oh sabio acento!

Quien tiene en sólo vos atesorado
Su gozo y vida alegre da y su consuelo,
Su bienaventura y rica suerte,

Cuando de vos se viere desterrado,
¡ Ay! ¿ qué le quedará sino es recelo,
Y noche y amargor y llanto y muerte?

Despues que no descubren su lucero
Mis ojos lagrimosos noche y dia,
Llevado del error, sin vela y guia,
Navego por un mar amargo y fiero.

El deseo, la ausencia, el carnicero
Recelo, y de la ciega fantasía
Las olas muy furiosas á porfía
Me llegan al peligro postrimero.

Aquí una voz me dice cobre aliento,
Señora, con la fe que me habeis dado,
Y en mil y mil maneras repetido;

Mas ¿ cuánto desto allá llevado ha el viento?
Respondo, y á las olas entregado,
El puerto desespero, el hondo pido.

LIBRO II.

TRADUCCIONES É IMITACIONES

DE POETAS PROFANOS.

VIRGILIO.

ÉGLOGA PRIMERA.

Titiro y Melibeo.

MELIBEO.

Tú, Titiro, á la sombra descansando
Desta tendida haya, con la avena
El verso pastoril vas acordando.

Nosotros desterrados, tú sin pena
Cantas de tu pastora, alegre, ocioso,
Y tu pastora el valle y monte suena.

TITIRO.

Pastor, este descanso tan dichoso
Dios me lo concedió; que reputado
Será de mí por Dios aquel piadoso,

Y bañará con sangre su sagrado
Altar muy muchas veces el cordero
Tierno de mis ganados degollado;
Que por su beneficio soy vaquero,
Y canto, como ves, pastorilmente
Lo que me da contento y lo que quiero.

MELIBEO.

No te envidio tu bien, mas grandemente
Me maravillo haberte sucedido
En tanta turbacion tan felizmente.

Todos de nuestro patrio y dulce nido
Andamos alanzados. Vesme agora
Aquí cuál voy enfermo y dolorido,

Y guio mis cabrillas; y esta que ahora
En medio de aquellos árboles parida,
¡Ay! con lo que el rebaño se mejora,

Dejó dos cabritillos, dolorida,
Encima de una losa, fatigado,
De mí sobre los hombros es traída.

¡Ay triste! que este mal y crudo hado,
A nuestro entendimiento no estar ciego,
Mil veces nos estaba denunciado.

Los robles lo decian, ya con fuego
Tocados celestial, y lo decia
La siniestra corneja desde luégo.

Mas tú, si no te ofende mi porfía,
Declárame, pastor, abiertamente
Quién es aqueste dios de tu alegría.

TITIRO.

Pensaba, Melibeo, neciamente,
Pensaba yo que aquella que es llamada
Roma no era en nada diferente
De aquesta villa nuestra acostumbrada,

Adonde las más veces los pastores
Llevamos ya la cria destetada.

Así con los perrillos los mayores,
Así con las ovejas los corderos,
Y con las cosas grandes las menores

Solia comparar; mas los primeros
Lugares con aquélla comparados,
Son como dos extremos verdaderos;

Que son de Roma así sobrepujados
Cual suelen del ciprés alto y subido
Los bajos romerales ser sobrados.

MELIBEO.

Pues di, ¿cuál fué la causa que movido
A Roma te llevó?

TITIRO.

Fué libertarme;
Lo cual, aunque algo tarde, he conseguido.

Que al fin la libertad quiso mirarme
Despues de luengo tiempo, y ya sembrado
De canas la cabeza, pudo hallarme

Despues que Galatea me ha dejado,
Y soy de la Amarilis prisionero,
Y vivo á su querer todo entregado;

Que en cuanto duró aquel imperio fiero
En mí de Galatea, yo confieso
Que ni curé de mí ni del dinero.

Llevaba yo á la villa mucho queso,
Vendia al sacrificio algun cordero;
Mas no volvía rico yo por eso.

MELIBEO.

Y esto fué aquel semblante lastimero
Que tanto en Galatea me espantaba,

Esto por qué llamaba al cielo fiero ;
Esto por qué tristísima dejaba
La fruta sin coger en su cercado,
Pues Titiro, su bien, ausente estaba.

Tú, Titiro, te habias ausentado ;
Los pinos y las fuentes te llamaban,
Las hierbas y las flores deste prado.

TITIRO.

¿Qué pude? que mil males me cercaban,
Y allí para salir de servidumbre
Los cielos más dispuestos se mostraban.

Que allí vi, Melibeo, aquella cumbre,
Aquel divino mozo por quien uno
Mi altar en cada mes enciende lumbre.

Allí primero del que de otro alguno
Oí : ¡ Paced, vaqueros, libremente,
Paced como solia cada uno. »

MELIBEO.

Por manera que á tí perpetuamente
Te queda tu heredad (¡oh bienhadado!),
Aunque pequeña, pero suficiente,
Bastante para tí, demasiado,
Aunque de pedregal y de pantano
Lo más de toda ella está ocupado.

No dañará el vecino grey mal sano
Con males pegadizos tu rebaño,
Ni hará que tu trabajo salga vano ;

No causará dolencia al pasto extraño
En lo preñado dél, ni en lo parido
Las hierbas extranjeras harán daño.

Dichoso poseedor, aquí tendido,
De fresco gozarás junto á la fuente,
A la margen de rio, do has nacido.

Las abejas aquí continuamente
Deste cercado, arras de mil flores,
Te adormirán, sonando blandamente.

Debajo el alta peña sus amores
El leñador aquí, cantando al viento,
Esparcirá, y la tórtola, dolores.

La tórtola, en el olmo haciendo asiento,
Repetirá su queja, y tus queridas
Palomas sonarán con ronco acento.

TITIRO.

Primero los venados las tendidas
Lagunas pacerán, y el mar primero
Denegará á los peces sus manidas,

Y beberá el germano y parto fiero,
Trocando sus lugares naturales,
El Albi a queste, el Tigri aquel ligero;

Primero, pues, que aquellas celestiales
Figuras de aquel mozo, de mi pecho
Borradas, desaparezcan las señales.

MELIBEO.

Nosotros pero iremos con despecho,
Unos á los sedientos africanos,
Otros á los de Scitia, campo estrecho;

Y otros á los montes y á los llanos
De Creta, y del todo divididos
De nuestra redondez, á los britanos.

Despues de muchos dias ya corridos,
¡Ay! ¡si vendrá que viendo mis majadas
Las pobres chozas de paternos nidos,

Despues de muchas mieses ya pasadas,
Si viéndolos dire maravillado:
Ay tierras (¡ay dolor!) mal empleadas?

¿Tan buenas posesiones un soldado

Maldito? ¿Y tales mieses tendrá un fiero?
Ved para quién hubimos trabajado.

Ved á cuán miserable y lastimero
Estado á los cuitados ciudadanos
Condujo el obstinado pecho entero.

Vé, pues, Melibeo, y con tus manos
En órden pon las vides, y curioso
Engiere los perales y manzanos.

Andad, ganado mio, ya dichoso,
Dichosas ya en un tiempo, id, cabras mías,
Que ya no cual solia alegre, ocioso,
Ni estando ya tendido en las sombrías
Cuevas, os veré léjos ir paciando,
Colgadas por las peñas altas frias.

No cantaré, ni yéndoos ya paciando,
Vosotras ni del citiso florido
Ni del amargo sauce iréis comiendo.

TITIRO.

Podrias esta noche, aquí tendido
En blanda y verde hoja, dar reposo
Al cuerpo flaco, al ánimo afligido.

Y cenarémos bien, que estoy copioso
De maduras manzanas, de castañas
Engertas y de queso muy sabroso.

Y ya las sombras caen de las montañas
Más largas, y convidan al sosiego,
Y ya de las aldeas y cabañas
Despide por los techos humo el fuego.

EGLOGA II.

Alexis.

En fuego Coridon, pastor, ardia

Por el hermoso Alexi, que dulzura
Era de su señor, y conocia
Que toda su esperanza era locura.

Solo, siempre que el sol amanecia,
Entrando de unas hayas la espesura,
Con los montes á solas razonaba,
Y en rudo verso en vano así cantaba :

«No curas de mi mal ni das oido
A mis querellas, crudo, lastimeras,
Ni de misericordia algun sentido,
Alexi, en tus entrañas vive, fieras.

»Yo muero en viva llama consumido,
Tú siempre en desamarme perseveras,
Ni sientes mi dolor ni yo te agrado ;
Por donde me será el morir forzado.

»Busca el ganado agora lo sombrío,
Y por las cambroneras espinosas
Metidos los lagartos, buscan frio,
Y Testiles comidas provechosas
Compone á los que abrasa el seco estío,
Con ajos y con hierbas olorosas ;
Connigo, por seguirte al sol ardiente,
Resuena la cigarra solamente.

»¡Ay triste! ¿Y no me hubiera mejor sido
Las iras de Amarilis, los enojos
Y su desden soberbio haber sufrido
Y haber dado al Menalca mis despojos?
Bien que es Menalca un poco denegrado,
Bien que tú, en color blanco, hermoso en
Mas no fies en eso, que preciada [ojos;
Sobre la blanca rosa es la violada.

»Despréciasme arrogante, y no te curas
De mí ni de saber cuánto poseo
En queso y en ganado. Las alturas
Pazco con mil ovejas de Libeo ;

En el estío, en las heladas duras,
De fresca leche falto no me veo;
Canto como el Anfion ya cantaba
Las veces que sus vacas convocaba.

»Pues ménos soy tan feo; que aún agora,
Estando el mar en calma, he contemplado
Mi rostro en la ribera, y si no mora
Pasion en mí, con Dafni comparado,
No temeré tu voz despreciadora
Ni pensaré de tí ser condenado:
Ansí no condenases las cabañas,
El apriscar la caza, las montañas.

»El perseguir los ciervos temerosos
Con ponzoñosas flechas ¡ay! te agrade,
Al pasto los cabritos deseosos
Guiar con verde acebo no te enfade,
Morar los montes yermos y fragosos
A tí, ni la cabaña, desagrade,
Que puesto entre las selvas y cantando
Connmigo irás al dios Pan imitando.

»El Pan fué el que primero sábiamente
En la flauta diversas voces puso;
De grueso y de tamaño diferente
Con cera muchas cañas Pan compuso;
Pan guarda las ovejas, Pan la gente
Del campo; y no te pese hacer al uso
De la docta zampona el labio bello,
Que Amintas se perdía por sabello.

»Tengo de siete voces bien formada
Una sonora flauta, que me diera
Dameta ya muriendo en la pasada
Siega, y diciéndome desta manera:
— Tú me sucede en esta, que tocada
Por tí, te acordará de mí siquiera.—
Dametas me la dió, quedó lloroso

Amintas, el tontillo, de invidioso.

» Tengo dos corzos que una oveja cria,
De pelo blanco á manchas variados;
Agótanle las tetas cada dia,
Y fueron con peligro mio hallados:
Llevármelos la Testilis porfia,
Yo para tí los tengo muy guardados,
Y al fin los llevará, pues en mis dones,
Despreciador, los ojos áun no pones.

» Ofrécente las ninfas officiosas
Sus canastillos, de azucenas llenos;
Coge para tí Nais las blancas rosas,
La viola, los lirios, los amenos
Acantos y amapolas olorosas,
Flores de anís y los tomillos buenos,
Y casia y otras mil hierbas divinas,
Junta con el jazmin las clavellinas.

» Pues yo te cogeré manzanas bellas,
Cubiertas de su flor, y las queridas
Castañas de Amarílis, y con ellas
Ciruelas que merecen ser cogidas.
Tú, mirto, y tú, laurel, iréis sobre ellas,
Que juntos oleis bien. ¡Ay tosco! ¿olvidas
Que Alexi de los dones no hace caso,
Y que, si á dones va, no es Yola escaso?

» ¿Qué hice? ¡Ay! sin sentido puesto he
En el rosal amado, en la agua pura [fuego
Lancé los jabalís, turbé el sosiego
Del líquido cristal. ¡Ay! la espesura
Del bosque moró Apolo; ¿qué huyes, ciego?
Y el París en el bosque halló ventura;
Pálas more sus techos suntuosos,
Nosotros por los bosques deleitosos.

» Por las montañas la leona fiera
Al ya no osado lobo hambrienta sigue,

El lobo carnicero á la ligera
Cabra de dia y de noche la persigue,
En pos de la retama y cambronera
La cabra golosísima prosigue,
Yo en pos de tí, oh Alexi, te importuno,
Y en pos de sus deleites cada uno.

»Su obra ya los bueyes fenecida
Y puesto sobre el yugo el lúcio arado,
Se tornan, y la sombra ya extendida
De Febo, que se pone apresurado,
Huyendo alarga el paso, y la crecida
Llama que me arde el pecho aún no ha men-

[guado;
Mas ¿cómo menguará? ¿Quién puso tasa?
¿Quién limitó con ley de amor la brasa?

»¡Ay Coridon! ¡ay triste! Y ¿quién te ha
Tan loco, que en tu mal embebecido, [hecho
La vid aún no has podado? Vuelve al pecho,
Recobra el varonil vigor perdido,
Haz algo necesario ó de provecho,
De blanco junco ó mimbre algun tejido;
Que si te huye aqúeste desdeñoso,
No faltará otro, Alexi, más sabroso.»

EGLOGA III.

Dametas, Menalcas, Palemon.

MENALCAS.

Dime, ¿es de Melibeo este ganado?

DAMETAS.

No es, sino de Egon, que el mismo Ego
Agora me le habia encomendado.

MENALCAS.

¡Ovejas desdichadas! Hace entrego
De sí mismo á Neera, preferido
Porque yo le sea, y arde en fuego,
Y fia su ganado á un perdido.
Ordéñasle dos veces en un hora,
La madre dejas seca, y desvalido
El hijo.

DAMETAS.

Paso, amigo, que áun agora
Me acuerdo quién tú eres, ya entendistes,
Y adónde, aunque la diosa que allí mora
Con ojos lo miró no nada tristes,
Y de traves las cabras lo miraron. [oistes?
Mirad que hablais con hombres; ¿bien me

MENALCAS.

Sí, sí, en el mismo tiempo que me hallaron
Cortando de Micones las posturas
Con mala podadera, y me prendaron.

DAMETAS.

O cuando junto á aquellas espesuras
El arco y la zampona quebrantabas
De Dafni con entrañas, malo, duras,
En envidiosa rabia te abrasabas,
Porque la habia al zagalejo dado,
Y si algun mal no hicieras, reventabas.

MENALCAS.

¿Qué no osará quien puede, si un malvado
Ladron así se atreve? Dí, atrevido,
¿No fué de tí un cabron á Damo hurtado,

Y la Licisca al cielo alzó el ladrido?
Grité : «Dó sale aquel, Titiro, mira.»
Tú en la juncada estabas escondido.

DAMETAS.

Cantando vencí á Damo ; ¿quién me tira
Cobrar lo que mi musa mereciera,
Si Damo de lo puesto se retira?

Si no lo sabes, mio el cabron era,
Y el mismo Damo serlo confesaba,
Negábamelo no sé en qué manera.

MENALCAS.

¿Tú á él? ¿tú tocas flauta? ¿No sonaba
Tu caramillo vil por los oteros,
Y el verso miserable áun no igualaba?

DAMETAS.

Pues ¿quieres que probemos esos fieros?
Yo pongo esta becerra que dos cria,
Y hinche cada tarde dos lecheros.

Yo pongo, no rehuyas la porfía ;
Tú di lo que pondrás, y experimenta
Adó llega tu musa, adó la mia.

MENALCAS.

Del ganado no pongo, que doy cuenta
Por horas á mi padre, y una dura
Madrastra los cabritos tambien cuenta ;

Mas si adelante llevas tu locura,
Pondré lo que dirás que es más precioso :
Dos vasos ricos de haya y bella hechura.

Labrólo Alcimedon ingenioso,
Formó por la redonda entretejido,
Como de hiedra y vid, un lazo hermoso.

En el medio de bulto está esculpido
El Conon, y aquel otro que pusiera
El mundo por sus partes repartido;
El que mostró la siega y sementera,
Y del arar el tiempo conveniente.
Nuevos los tengo en casa en su vasera.

DAMETAS.

Del mismo hube otros dos extrañamente
Hechos; las asas ciñe un verde acanto,
Y en medio del relieve está eminente
Orfeo, y su montaña atenta al canto.
Nunca los estrené; mas comparada
La vaca, los tus vasos no son tanto.

MENALCAS.

Saldré á cualquier partido, y si te agrada,
Será juez Palemon, que allí viene,
Que yo enmudeceré tu voz osada.

DAMETAS.

Harélo, que á mí nadie me detiene;
Mas para escarmentar á este osado,
Que atiendas bien, Palemon, nos conviene.

PALEMON.

Sobre esta hierba donde estoy sentado
Cantad, que agora el tiempo nos convida,
Que viste de verdura y flor el prado;

Agora el bosque cobra la perdida
Hoja, y agora el año es más hermoso,
Y agora inspira el cielo gozo y vida.

Comienza tú, Dameta, y tú, gracioso
Menalca, le responde alternamente;
Que el responderse á veces es sabroso.

DAMETAS.

De Júpiter diré primeramente;
Que hinche cuanto veo y determino,
Y oye mi cantar atentamente.

MENALCAS.

Y á mí Febo me ama, y de continuo
Sus dones le presento, el colorado
Jacinto y el laurel verde divino.

DAMETAS.

Traviesa Galatea me ha tirado,
Perdida por ser vista, una manzana,
Y luégo entre los sauces se ha lanzado.

MENALCAS.

Mi dulce fuego, Amintas, de su gana
Se viene á mi cabaña, conocido
Más ya de mis mastines que Diana.

DAMETAS.

Ya tengo con qué hacer á mi querido
Amor gentil presente, porque veo
Adónde dos palomas hacen nido.

MENALCAS.

Conforme yo al poder, y no al deseo,
Diez cidras á mi bien he presentado,
Y mañana otras diez dalle deseo.

DAMETAS.

¡Oh cuántas y qué cosas platicado
Conmigo ha Galatea! ¡oh si el viento
Algo dello á los dioses ha contado!

MENALCAS.

¿Qué me sirve que, Amintas, mi contento
Desees, si guardo en la parada,
Y sigues tú del gamo el movimiento?

DAMETAS.

Enviame á la Filis, que es llegada
Mi fiesta, y vén tú, Yola, cuando fuere
La vaca por mí á Céres degollada.

MENALCAS.

Amo á la hermosa Filis, que me quiere,
Que me dijo llorosa en la partida:
«Adios, gentil zagal, si no te viere.»

DAMETAS.

El lobo es al ganado y la avenida
A las mieses, al árbol enemigo
El viento, á mí Amaril embravecida.

MENALCAS.

Ama el sembrado el agua, sigue amigo
La rama el cabritillo destetado,
La madre el sauz, yo solo Amintas sigo.

DAMETAS.

Mi musa pastoril ha contentado
A Polio; pues paced con mano llena,
Musas, una ternera á vuestro amado.

MENALCAS.

De versos tiene Polio rica vena;
Un toro le criad que á cuerno hiera,
Y con los piés esparza ya la arena.

DAMETAS.

Quien, Polio, bien te quiere, lo que espera
Le venga, y de la encina dulces dones,
Y amomo coja de la zarza fiera.

MENALCAS.

Quien no aborrece á Bavio, los borrones
Ame de Mevio y lea, y juntamente
Las zorras una, ordeñe los cabrones.

DAMETAS.

Los que robais el prado floreciente,
Huid presto ligeros, que se asconde
Debajo de la hierba la serpiente.

MENALCAS.

Mirad por el ganado que no ahonde
El paso, que la orilla es mal segura,
¿No veis cuál se mojó el carnero, y dónde?

DAMETAS.

No pazcas par del rio, á la espesura
Guia, Titiro, el ható, que á su hora
Yo le bañaré todo en fuente pura.

MENALCAS.

Las ovejas, zagal, recoge, que hora
Si las coge el calor, despues en vano
Se cansará la palma ordeñadora.

DAMETAS.

¡Ay! ¡en cuán buenos pastos, cuán mal sano
Y flaco estás, mi toro! Y al ganado
Y al ganadero mata amor insano.

MENALCAS.

El mal destos corderos no es causado
De amor, y tienen sólo hueso y cuero;
No sé cuál ojo malo os ha mirado.

DAMETAS.

Dime dónde, y tenerte he por certero,
Tenerte por Apolo; deste cielo
Apénas se descubre un codo entero.

MENALCAS.

Mas dime tú adó produce el suelo
En las rosas escritos los reales
Nombres, y goza á Filis sin recelo.

PALEMON.

No es mio el sentenciar contiendas tales,
Y tú mereces y éste la becerra,
Y quien canta de amor los dulces males,
Y quien prueba de amor la larga guerra.

ÉGLOGA IV.

Sicelides.

Un poco más alcemos nuestro canto,
Musa; que no conviene á todo oido
Decir de las humildes ramas tanto.

El campo no es de todos recibido,
Y si cantamos campo, el campo sea
Que merezca del Cónsul ser oido.

La postrimera edad de la Cumea,
Y la doncella virgen ya es llegada,
Y torna el reinado de Saturno y Rea.

Los siglos tornan de la edad dorada;
De nuevo largos años nos envia
El cielo, y nueva gente en sí engendrada.

Tú, luna casta, llena de alegría
Favorece, pues reina ya tu Apolo,
Al niño que nació en aqueste día.

El hierro lanzará del mundo él solo,
Y de un linaje de oro el máspreciado
El uno poblará y el otro polo.

En este vuestro, en este consulado,
Polio, de nuestra edad gran hermosura,
Tendrá principio el rico y alto hado.

En él comenzarán con luz más pura
Los bienhadados meses su carrera,
Y el mal fenecerá, si alguno dura.

Lo que hay de la maldad nuestra primera
Deshecho, quedarán ya los humanos
Libres de miedo eterno y de ánsia fiera.

Mezclado con los dioses soberanos
De vida gozará (cual ellos) llena
De bienes deleitosos y no vanos.

Verálos, y verán su suerte buena;
Y del valor paterno rodeado,
Cuanto se extiende el mar, cuanto el arena,

Con paz gobernará. Pues, niño amado,
Este primero dón inculto y puro
El campo te presenta de su grado.

Ya te presenta el campo bien seguro
Vacar, la hiedra verde trepadora,
El lilio blanco, el trébol verde escuro.

Y las ovejas mismas á su hora
De leche vienen llenas, sin recelo
Del lobo, del leon y de onza mora.

Tus cunas brotan flores, como un velo
Derraman sobre tí de blancas rosas,

Y no produce ya ponzoña el suelo,
Ni hierbas ni serpientes venenosas;
Antes sin diferencia ha producido
En todas partes hierbas provechosas.

Pues cuando comenzáre en tí el sentido
De la virtud, y fueres ya leyendo
Los hechos de tu padre esclarecido,
De suyo se irá el campo enrojeciendo
Con fértiles espigas, y colgadas
Las uvas en la zarza irá creciendo.

Los robles en las selvas apartadas
Miel dulce manarán, mas todavía
Del mal antiguo quedarán pisadas.

Habrá quien navegando noche y día
Corra la honda mar, quien ponga muro
Contra el asalto fiero y batería;

Quien rompa arando el campo seco y duro.
Habrá otro Tifi y Argo, otros nombrados
Que huyan por la gloria el ocio oscuro.

Habrá otros desafíos aplazados,
Irà otra vez á Troya, conducido
De su virtud, Aquiles y sus hados.

Mas ya cuando la edad firme crecido
Te hiciere ser varon, el marinero
La mar pondrá y las naves en olvido.

El pino mercader, rico y velero,
No ya de sus confines alejado,
Lo propio trocará con lo extranjero.

Que adonde quiera todo será hallado
Sin reja, sin esteva y podadera,
Sin que ande al yugo el toro el cuello atado.

No mudará la lana su primera
Color, con artificios enseñada
A demostrarse otra de lo que era;
Porque en la oveja nace colorada,

Con carmesí agradable y con hermoso
Rojo y con amarillo inficionada.

El sandix de sí mismo en el vicioso
Prado pacido viste á los corderos
Por hado no mudable ni dudoso.

Porque con voz concorde, y sus ligeros
Usos, las Parcas dicen, volteando :
« Venid tales los siglos venideros. »

Emprende, que ya el tiempo viene andando,
Pimpollo ó divinal obra del cielo,
Lo grande que á tí solo está esperando.

Mira el redondo mundo, mira el suelo,
Mira la mar tendida, el aire y todo,
Leda esperando el siglo de consuelo.

¡ Oh, si el benigno hado de tal modo
Mis años alargase, que pudiese
Tus hechos celebrar y bien del todo !

Que si conmigo Orfeo contendiese,
Y si cantando contendiese el Lino,
Aunque la madre y padre destes fuese,

Caliope de Orfeo, y del divino
Lino el hermoso Apolo, no sería
Mi canto que su canto ménos dino ;

Ni el dios de Arcadia, Pan, me vencería,
Y aunque fuese juez la Arcadia desto,
La Arcadia en mi favor pronunciaria.

Conoce pues con blando y dulce gesto
¡ Oh niño ! ya á tu madre, que el preñado
Por largos meses diez le fué molesto.

Conócela ; que á quien no han halagado
Los padres con amor y abrazo estrecho,
Ni á su mesa los dioses le han sentado,
Ni le admiten las diosas á su lecho.

ÉGLOGA V.

Menalcas, Mopso.

MENALCAS.

Pues nos hallamos juntos, Mopso, ahora,
Maestros, tú en tañer suavemente,
Y yo en cantar con voz dulce y sonora,
¿Por qué no nos sentamos juntamente
Debajo destes corilos, mezclados
Con estos olmos ordenadamente?

MOPSO.

Tú eres el mayor, á tí son dados,
Menalcas, los derechos de mandarme,
Y á mí el obedecer á tus mandatos.
Y pues que así te place, aquí sentarme
A la sombra que el céfiro menea,
O quiero y es mejor allí llegarme
Al canto de la cueva, que rodea
(Cual ves), con sus racimos volteando
Silvestre vid, que en torno la hermosea.

MENALCAS.

Conmigo mesmo estoy imaginando
Que Aminta en nuestro campo es quien contigo
Tan sólo competir puede cantando.

MOPSO.

¿Qué mucho es que compita aquél conmigo?
Presumirá vencer al dios de Delo.

MENALCAS.

Mas di si hay algo nuevo, Mopso amigo;

Di del amor de Fili y desconsuelo,
O si en loor de Alcon ó de los fieros
De Codro y de tu grey pierde el recelo.
Pierde, que habrá quien guarde los corderos.

MOPSO.

Antes aquestos versos que he compuesto
Quiero probar agora los primeros.

En la corteza escritos los he puesto
De un árbol, y su tono les he dado,
Y di compita Amintas despues desto.

MENALCAS.

Cuanto es el blanco sauz sobrepujado
De la amarilla oliva, y el espliego
Del rosal es vencido colorado ;

Tanta ventaja tú, si no estoy ciego,
Haces al mozo Amintas ; mas di agora,
Que ya en la cueva estamos, di hora luego.

MOPSO.

A Dafni, pastor muerto con traidora
Y muerte crudelísima, lloraban
Toda la deidad que el agua mora.

Testigos son los rios cuál estaban
Cuando, del miserable cuerpo asidos,
Los padres las estrellas acusaban.

No hubo por quien fuesen conducidos
Los búeyes á beber aquellos dias,
Ni fueron los ganados mantenidos.

Aun los leones mismos en sus frias
Cuevas tu muerte, Dafni, haber llorado
Dicen las selvas bravas y sombrías.

Que por tu mano, Dafni, el yugo atado
Al cuello va el leon y tigre fiero ;

Tú el enramar las lanzas has mostrado.

Tú diste á Baco el culto placentero,
Tú de tu campo todo y compañía

Fuiste la hermosura y bien entero;

Ansí como es del olmo el alegría
La vid, y de la vid son las colgadas

Uvas, y de la grey el toro es guía;

Cual hermosea el toro las vacadas,
Como las mieses altas y abundosas
Adornan y enriquecen las aradas.

Y ansí luégo que crudas y envidiosas
Las Parcas te robaron, se partieron
Apolo y sus hermanas muy llorosas.

Pálas y Febo el campo aborrecieron,
Y los sulcos que ya criaban trigo,
De avena y grama estéril se cubrieron.

En vez de la violeta y del amigo
Narciso, de sí mismo brota el suelo
Espina y cardo agudo y enemigo.

Pues esparcid ya rosas, poned velo
A las fuentes de sombra, que servido
Ansí quiere ser Dafni desde el cielo.

Y con dolor, pastores, y gemido
Un túmulo poned, y en el lloroso
Túmulo aqueste verso esté esculpido :

*Yo, Dafni, descansando aquí reposo,
Nombrado entre las selvas hasta el cielo,
De hermosa grey pastor muy más hermoso.*

MENALCAS.

Cuanto alcansado el sueño en verde suelo,
Cuanto el matar la sed en fresco rio
Es causa de deleite y de consuelo,

No ménos dulce ha sido al gusto mio
Tu canto; y no tan sólo en la poesía,

Mas en la voz, si yo no desvarío,
Iguales tu maestro y su armonía.
Dichoso, que por él serás tenido
Fuera de toda duda y de porfía.

Mas por corresponder á lo que he oido
En la forma y manera que pudiere,
Quiero poner mis versos en tu oido.

Y al cielo encumbraré cuanto en mí fuere
A tu Dafni, diré á tu Dafni encanto,
Que Dafni á mí tambien me quiso y quiere.

MOPSO.

No hay dón que á mi juicio valga tanto,
Y mereció en tus versos ser cantado,
Y ya me los loaron con espanto.

MENALCAS.

De blanca luz en torno rodeado,
Con nueva maravilla Dafni mira
El no ántes visto cielo ni hollado.

Y puesto so sus plantas viendo, admira
Aquellos eternals resplandores,
Y aparta la verdad de la mentira.

Allí pues de otras selvas y pastores,
Alegre, y de otros campos goza y prados,
Con otras ninfas trata sus amores.

No temen allí el lobo los ganados,
Ni las redes tendidas ni el cubierto
Lazo fabrica engaño á los venados.

Ama el descanso Dafni, y del concierto
Los montes y las peñas voceando,
Dicen : « Menalca es Dios, éste es Dios cierto.

» Favorece pues bueno, prosperando
Los tuyos y sus cosas amoroso ;
Los tuyos, que tu nombre van cantando.

» Que en este valle agora y bosque umbroso
Levanto cuatro aras, y dedico
A Dafni dos, y dos á Febo hermoso.

» Y en ellas cada año sacrifico
De leche dos lecheros, y apurada
De ólio vasos dos te sacrifico.

» Y sobre todo, en mesa embriagada,
Abundante con vino y alegría,
Al fuego y á la sombra colocada

» (A la sombra en verano, mas el dia
En que reináre el hielo, junto al fuego),
Tu honor respetarémos á porfía.

» Dametas y el Egon cantarán luégo,
Alfeo imitará tambien, saltando,
Los sátiros con risa y dulce juego.

» Estos tendrás perpétuo siempre cuando
El dia de las ninfas, cuando fuere
El dia que los campos va purgando.

» En cuanto por las cumbres ya paciére
Del monte el jabalí, en cuanto amáre
El rio y en el agua el pez corriere,

» Y en cuanto de tomillo se apastáre
La abeja diligente, y del rocío
La cigarra su canto sustentáre;

» Tanto tu fama y nombre yo confio
Irá más de continuo floreciendo,
Al hielo siempre el mismo y al estío.

» Como á Céres y á Baco, á tí ofreciendo
Irán sus sacrificios los pastores,
Y sus promesas tú tambien cumpliendo.»

MOPSO.

¿Qué dones no serán mucho menores
Que lo que á versos tales es debido?
Tales, que no es posible ser mejores.

Que á mí no me deleita así el sonido
Del viento que silbando se avecina,
Ni las costas heridas con ruido;

Las costas donde acosa la marina,
Ni el rio sonoro así me agrada,
Que en valles pedregosos va y camina.

MENALCAS.

Primero, pues, por mí te será dada
Esta flauta, con que el Alexi hermoso
De mí y la Galatea fué cantada.

MOPSO.

Y tú toma este báculo ñudoso,
Que Antino, mereciendo ser amado,
Nunca me le sacó, y es muy vistoso
En nudos, y con plomo bien chapado.

ÉGLOGA VI.

SILENO.

Primero con el verso siciliano
Se quiso recrear la musa mia,
Y no se desdeñó del trato humano
Y pastoril vivienda mi Talía,
Los reyes ya cantaba y Marte insano,
Mas al oído Febo me decia:
«Conviénete, mi Titiro, primero
Ser guarda de ganado y ser vaquero;
» Conviene al pastor pacer ganado,
Y que la flauta y verso iguales sean.»
Y pues contino, oh Varo, estás cercado
De tantos que de tí cantar desean,
Y que en las tristes guerras sublimado

Ingenio de continuo y verso emplean,
Yo quiero con el són de la pastora
Zampoña concertar mi musa agora.

Mandado soy, y si por caso alguno
Si algun aficionado me leyere,
De tí, Varo, mi avena, de tí uno,
En cuanto el cielo en torno se volviere;
El pino cantará, el lauro, el pruno,
Y todo lo que el bosque produjere;
Que no hay cosa que á Febo caiga en grado
Como la carta á do Varo es nombrado.

Digamos pues, Piérides: Un dia
De Cromis y Mnasilo fué hallado
Silvano en una cueva, que yacia
En sueño, y más en vino, sepultado;
Las venas hinchadísimas tenía
Del vino que bebió el dia pasado,
Y la guirnalda por el suelo estaba,
Mas el barril del asi se colgaba.

Dieron sobre él los mozos, que burlados
Del viejo, muchas veces se dolieron
Acerca de unos versos, y llegados,
Con su guirnalda misma le prendieron.
Egle viniendo, ayuda á los turbados,
Egle bella entre cuantas ninfas fueron;
Y ya despierto y viéndoles, la frente
Con moras le pintaron juntamente.

Entónces él riendo del engaño,
«¿A qué fin proseguis en más atarme?
Baste el haber podido hacerme daño,
Baste el haber podido aprisionarme;
Los versos que pedis, luégo os los taño;
Podeis seguros, dice, desatarme;
Los versos para vos, que á esa hermosa
Yo la satisfaceré con otra cosa.»

Y comenzó, y del canto la dulzura
Los sátiros movió, movió las fieras,
Del roble y de la encina misma dura
Las cimas menear á compas vieras;
No se alegró de Pindo más la altura
Con Febo y con sus nueve compañeras,
Ni el Rodoque jamas admiró tanto,
Ni el Ismaro, de Orfeo, el dulce canto.

Cantaba en qué manera, en el tendido
Vacío decendiendo derramadas,
Las menudas simientes habian sido
Por acertado caso en sí ayuntadas;
De do la tierra, el aire, el encendido
Fuego, las aguas dulces y saladas
Nacian de principio, y cuán de presto
El tierno mundo fuera así compuesto.

Y cómo comenzó á secarse el suelo
Y á su lugar la mar se retiraba,
Y se figura todo, y cómo el cielo
Con nuevo sol las tierras alumbraba;
Ya toman las ligeras nubes vuelo,
Ya el agua en largos hilos abajaba,
Ya crece la floreta, y van por ella
Los raros animales sin sabella.

Despues dice las piedras alanzadas
Por Pirra, y de Saturno el reino de oro,
Las aves en el Cáucaso cebadas,
En el sabio ladron del gran tesoro;
Y el Hila, por las costas apartadas
Buscado por demas con triste lloro,
La fuente do quedó, y voz continua,
Que hinche de Hila Hila la marina.

Y habla con Pasifae, dichosa
Si nunca vaca ó toro hubiera habido,
Y dice en su consuelo : « ¡ Ay ! ¿ qué afrentosa

Locura ¡ay desdichada! te ha venido?
Jamás ápeteció tan torpe cosa
La P̄reta, aunque bramó por el ejido,
Y aunque temió á su cuello el duro arado,
Y en su frente los cuernos ha buscado.

» ¡Ay vírgen desdichada! tú perdida
Andas por la montaña, y él, echado
Debajo un negro roble, en la florida
Hierba reposa el bello y blando lado,
Y pace allí la hierba amortecida,
O por ventura sigue, enamorado,
En medio la copiosa y gran vacada
Alguna hermosa vaca que le agrada.

» Cerrad, ninfas del bosque, las salidas,
Ninfas de las florestas, cerrad luégo;
¿Si acaso encontraré con las queridas,
Con las vagas pisadas de mi fuego?
Que ó las dehesas verdes y floridas
Detienen, ó por caso el amor ciego
Siguiendo, algunas vacas le han traído
Al gortinio pesebre conocido.»

Y canta en pos de aquesto la doncella,
De la rica manzana aficionada,
Y viste de corteza amarga aquella
Hermosa compañía lastimada,
Que del fraterno caso se querella,
Y en álamos subidos transformada,
Y con raíz hondísima los planta
Y con ramas crecidas los levanta.

Y canta cómo Galo en la ribera
De los rios de Permeso hallado
Por una de las nueve hermanas fuera,
Y cómo de la misma fué llevado
Al monte de Parnaso, y la manera
Que el apolineo coro levantado

Le hizo reverencia, y cómo Lino
Le dijo con acento y són divino.

De flores coronada, le decia :

«Toma, que te da Euterpe aquesta avena,
Que ántes dió al de Ascreo, que movia
Los árboles las veces que la suena;
Con ella cantarás el alegría
De la gortinia selva y suerte buena,
Porque no haya bosque ni floresta
De quien se precie Apolo más que desta.

» ¿Qué servirá decir cómo cantada,
O la Scila que á Niso fué traidora,
O la de quien se suena que, cercada
Las íngles de fiereza labradora,
De Ulíses fatigó la noble armada,
Y en el profundo piélago do mora,
¡Ay triste! los medrosos marineros
Despedazó cruel con perros fieros?

» O ¿cómo referia del Tereo
Los miembros transformados, los manjares,
Los dones, el convite crudo y feo
Que le dió Filomena, los pesares
Con que vengó su pena? Y dice arreo
Las alas que la llevan por lugares
Desiertos, con que vuela desdichada
Sobre la que ántes fuera su morada.

» Y todo lo que á Febo ya cantando
El bienaventurado Eurota oido
Habia, y el oillo continuando,
Lo habian sus laureles deprendido,
Sileno lo cantaba, y resonando
Los valles, á los cielos va el sonido,
Hasta que ya la estrella apareciendo,
Del pasto las ovejas fué cogiendo.»

ÉGLOGA VII.

Melibeo.

Debajo un roble que, movido al viento,
Hacia blando estruendo, el Dafni estaba,
Y Tirsi y Coridon al mismo asiento
Su hato cada uno amenazaba;
El Tirsi conduciendo ovejas ciento,
Cabras el Coridon apacentaba,
Ambos zagales bellos, ambos diestros,
Y en responder cantando muy maestros.

Allí fué, en cuanto encumbro defendiendo
Los mirtos del mal cierzo, desmandado
Del hato un cabron mio, y yo siguiendo,
Al Dafni vi, dél visto, fuí llamado;
«Aquí vén, Melibeo, aquí corriendo,
Dice, que tu cabron aquí ha parado,
Y si te vaga un poco, aquí tendido
Descansarás la presa que has traído.

»Aquí las vacas por el prado y eras
Se vienen á beber, aquí florecen
Del Mincio en verdes hojas las riberas,
Y los enjambres suenan y adormecen.
Mas ¡quién diera recaudo á mis corderas!
Que ni Fílis ni Alcipe no parecen,
Y estaban á cantar desafiados
Tirse, el Coridon, y muy trabados.»

Al fin aventajé su canto y ruego
A mi negocio propio, y comenzaron
El uno acometiendo, el otro luégo
Volviendo la respuesta, y porfieron
Gran pieza así en el dulce y docto juego,
Que á aquesta ley los mismos se obligaron;

El Coridon decia así cantando,
Y el Tirse así cantaba replicando.

CORIDON.

Amadas musas, inspiradme agora
De versos la feliz y docta vena
Del Codro, que con el que en Delo mora
Cantando á las parejas casi suena;
O si para aquel sólo se atesora
El primor todo de la docta avena,
Colgada para siempre desde luégo
A aqueste pino mi zampona entrego.

TIRSI.

Este poeta que hora se levanta,
Pastores los de Arcadia, coronado
De hiedra levantad á gloria tanta,
Que con envidia el Codro traspasado
Reviente, y si excediere en lo que canta,
El uno le ceñid y el otro lado,
Con vacar le ceñid la docta frente;
No prenda en él la lengua maldiciente.

CORIDON.

De un jabalí cerdoso te presenta
Esta cabeza el Titiro, oh Diana,
Y estos ramosos cuernos donde cuenta
El ciervo vividor su vida vana;
Y si lo que en el alma representa,
Por medio de tu mano alza y gana,
De mármol estarás, y con calzado
De tornasol teñido y de violado.

TIRSI.

Y tú de leche un vaso por ofrenda

De mí tendrás en cada un año cierto ;
No es justo que el pequeño dón te ofenda,
Pues guardas tú, Priapo, un pobre huerto.
De piedra eres ahora, mas si enmienda
El año, de riqueza irás cubierto ;
Con oro lucirás si acrecentáre
La nueva cria el año y mejoráre.

CORIDON.

Nerine Galatea, más sabrosa
Que es el tomillo hibleo, y que el nevado
Cisne más blanca mucho, y más hermosa
Que el álamo, de hiedra rodeado,
Si vive en tu sentido y si reposa
De aqueste tu pastor algun cuidado,
Vendrás con pié ligero á mi majada
En tornando del pasto la vacada.

TIRSI.

Y yo, más que el asensio desabrido,
Más áspero que zarza, y vil te sea
Más que las ovas viles, más huido
Que del lobo es la oveja yo me vea,
Si no se me figura haber crecido
Un siglo aquesta luz odiosa y fea.
Id hartos, id, novillos, ya á la estanza ;
Que ya es mala vergüenza tal tardanza.

CORIDON.

Fuentes, de verde musgo rodeadas,
Y más que el blanco sueño hierba amena,
Y vos, ramas, que en torno levantadas,
Haceis sombra á la pura y fresca avena ;
Debajo de vosotras allegadas
Sesteen las ovejas, que ya suena

El grillo y la vid brota, y ya camina
Viniendo el seco estío, y se avecina.

TIRSI.

Aquí hay hogar y fuego, aquí la llama
Con tea resinosa siempre dura,
Aquí el humo que sube y se derrama
Matiza con hollin, el techo escura;
Aquí si el blanco cierzo sopla y brama,
Curamos de lo mismo que se cura
De no robar el rio su ribera
O de guardar la grey el lobo entera.

CORIDON.

Debajo de sus árboles caida
Yace la fruta, y sobre la montaña
Tuerce, de su serval al ramo asida,
La serva, y del castaño la castaña;
La copia por los campos extendida
El valle y monte todo en gozo baña;
Mas si Alexis sus ojos relucientes
Cubre, se secarán las mismas fuentes.

TIRSI.

Los campos están secos y agostados
Por culpa del sereno aire, muere
La hierba sedienta en los collados,
Tender su hoja ya la vid no quiere;
Serán aquestos daños remediados
Al punto que mi Fílis pareciere;
Ante ella su verdor cobrará el suelo,
Y bajará con lluvia larga el cielo.

CORIDON.

El álamo de Alcides es querido,

De Baco la vid sola es estimada,
El mirto de la Vénus siempre ha sido,
Y en el laurel de Febo es Dafne amada.
El corilo es de Fílis escogido,
Del corilo la Fílis pues se agrada,
Al corilo conozcan por rey solo
El mirto y el laurel del rojo Apolo.

TIRSI.

Bellísimo en el bosque el fresno crece,
El pino es de los huertos hermosura,
El álamo en los rios bien parece,
La baya de los montes el altura;
Mas cuando ante mis ojos aparece,
¡ Oh Licida divina! tu figura,
El pino de los huertos no es hermoso,
El fresno de los bosques no es vistoso.

EGLOGA VIII.

Damon, Alfesibeo.

El dulce y docto contender cantando
De Alfeo y Damon, que embebecida
La novilla, admiró, casi olvidando
La hierba y el pacer, por quien perdida
La presa tuvo el lince, y restañando
Los rios sosegaron su corrida;
Digamos pues el canto y los amores
De Alfeo y de Damon, doctos pastores.
¡ Oh tú, que hora con remo vitorioso,
O pasas el Timano ó la vecina
Costa! ¿ si jamas dia tan dichoso
Veré, que me conceda con voz dina
Cantar tu pecho y brazo valeroso,

Cantar tu verso y musa peregrina?
A lo cual sola dice justamente
La majestad del trágico elocuente.

De tí hizo principio, en tí fenece,
Y todo mi cantar en tí se emplea;
Recibe aquestos versos que te ofrece
La voz que tu querer cumplir desea;
Al vencedor laurel que resplandece
En torno de tu frente y la hermosea,
Consiente que allegada y como asida
Aquesta hierba vaya entretejida.

Apénas de la noche el hielo frio
Habia el claro cielo desechado,
Al tiempo que es dulcísimo el rocío
Sobre las tiernas hierbas al ganado,
Vertiendo de los ojos largo río,
Al tronco de un olivo recostado,
Damon tocó la flauta lastimero,
Y comenzó á cantar así el primero.

DAMON.

Procede ya, lucero, ante el sol bello,
En tanto que de Nise fementida
Por vil amor trocado me querello,
Y notifico al cielo mi herida
(Bien que nunca hallé provecho en ello)
En esta hora postrera de mi vida.
Y tú suena y conmigo el són levanta,
Zampoña, como en Ménalo se canta.

En Ménalo contino el bosque suena,
En Ménalo los pinos son cantores,
Y siempre oye sus quejas, sus amores,
Con la voz pastoril siempre resuena,
Y siempre oye los dioses de la avena
Dulcísima primeros inventores.

Pues suena y ¡ay! conmigo el són levanta,
Zampoña, como en Ménalo se canta.

Casó Nise con Mopso ; ¿ qué mistura
No templará el amor ? El tigre fiero
Pondrá con la paloma, y por ventura
En uno pacerán lobo y cordero.

Dispónete, que tuya es la ventura ;
Sús, Mopso, que por tí sale el lucero.
Y tú suena y conmigo el són levanta,
Zampoña, como en Ménalo se canta.

Mas ¡ qué bien empleada la que enfado
De todos, arrogante, y burla hacias ;
La que mi sobrecejo y mi cayado,
Mi barba y mi zampoña aborrecias ;
La que de nuestras cosas el cuidado
Ajeno de los dioses ser creias !

Pues suena ya y conmigo el són levanta,
Zampoña, como en Ménalo se canta.

Pequeña, y en tu madre y yo por guía,
Te vi entre mis frutales hacer daño,
Las bajas ramas ya alcanzar podia,
Y encima de los doce andaba un año.
Como te vi te dí ¡ay! el alma mia,
Llevóme en pos de tí preso el engaño.
Y tú suena y conmigo el són levanta,
Zampoña, como en Ménalo se canta.

Ya te conozco, Amor : entre las breñas,
En fiero punto, en dia temeroso,
Ni nuestro en sangre, ni con nuestras señas,
De duros garamantas, del fragoso
Rodope procediste, y de las peñas
Del Ismaro, que bate el mar furioso.
Y tú suena y conmigo el són levanta,
Zampoña, como en Ménalo se canta.
Por tí, crudo, tiñó la cruda mano

En sus hijos Medea ensangrentada ;
Mas ¿cuál fué de los dos más inhumano,
O tú, malvado Amor, ó tú, malvada?
Tú fuiste siempre, Amor, un mal tirano,
Tú fuiste una cruel desapiadada.
Y tú suena y conmigo el són levanta,
Zampoña, como en Ménalo se canta.

Mas ya siquiera huya perseguido
El lobo de la oveja, y sea arreo
Del noble la azucena, y al sonido
Del cisne se aventaje el cuervo feo,
Y Titiro al Arion sea preferido,
Arion sea en mar, en monte Orfeo.

Y tú suena y conmigo el són levanta,
Zampoña, como en Ménalo se canta.

Y siquiera se anegue en todo el mundo,
Vivid, silvas, por tiempo prolongado ;
Y yo del alto risco al mar profundo
Venir me determino despeñado ;
Si no lo fué el primero, este segundo
Servicio de tí, Nise, será amado.

¡Ay! cesa ya, zampoña, y no levantes
El són ni como en Ménalo más cantes.

Aquí dió fin Damon á su lamento,
Y suspiró profunda y tiernamente ;
Tocó del grave mal el sentimiento
El monte, que responde en són doliente.
Y luégo puesto en pié, con nuevo acento,
Sonando la zampoña dulcemente,
Alfeo comenzó : lo que ha cantado
Vos, musas, lo decid ; que á mí no es dado.

ALFESIBEO.

Corona a queste altar con venda y flores,
Agua me da, y enciende la verbena,

Encienso fino enciende ; en mis dolores
Veré si hay fuerza alguna ó arte buena ,
Veré si torno á Dafni á mis amores ;
No falta sino el canto : canta y suena
Y di : «Vé, mi conjuro, y la mar pasa,
Y vuelve de la villa á Dafni á casa.»

El canto y el conjuro es poderoso
A retraer la luna reluciente ;
En rostro demudó Circe monstruoso
Con cantos de Ulíses á las gentes ;
De canto rodeada vigoroso,
Revienta por los prados la serpiente.
Vé presto, mi conjuro, y la mar pasa,
Y vuelve de la villa á Dafni á casa.

Tres cuerdas te rodeo lo primero,
De su color cada una variada
Imágen, y con pié diestro y ligero
Acerca deste altar y ara sagrada
Traerte al rededor tres veces quiero ;
Que el número de tres al cielo agrada.
Vé presto, mi conjuro, y la mar pasa,
Y vuelve de la villa á Dafni á casa.

Añuda, oh Amarílis, con tres ñudos
Cada uno destes hilos colorados ;
Añuda ya, y no estén los labios mudos ;
Di en cada ñudo destes por tí dados :
«Ñudos de amor estrechos, ciegos, crudos,
Ñudos de amor doy firmes y añudados.»
Vé presto, mi conjuro, y la mar pasa,
Y vuelve de la villa á Dafni á casa.

Así como esta cera torna blanda,
Así como este barro se endurece,
Y un mesmo fuego en ambas cosas anda,
Y juntamente seca y enternece ;
Así tu amor conmigo á Dafni ablanda,

Y para las demas le empedernece.

Vé presto, mi conjuro, y la mar pasa,
Y vuelve de la villa á Dafni á casa.

Esparce ese batido de harina,
De farro y sal mezclada, en esa llama ;
Aquel tierno laurel aquí avecina,
Y con sagrado fuego aquí lo inflama.
Dafni crudo me abrasa á mí mezquina,
Yo quemo en su lugar aquesta rama.

Vé presto, mi conjuro, y la mar pasa,
Y vuelve de la villa á Dafni á casa.

Cual la novilla, de buscar cansada
Al toro por los montes, junto al rio
Se tiende dolorida, y olvidada,
No huye de la noche ni del frio ;
Ansí me busques, Dafni, ansí buscada,
En pago del amor te dé desvío.

Vé presto, mi conjuro, y la mar pasa,
Y vuelve de la villa á Dafni á casa.

En los pasados años aquel ciego
Y desleal me dura estos despojos,
Entónces caras prendas, dulce fuego,
Agora crudos y ásperos abrojos ;
Aquestos, tierra, agora yo te entrego,
Porque le restituyas á mis ojos.

Vé presto, mi conjuro, y la mar pasa,
Y vuelve de la villa á Dafni á casa.

Tambien estas ponzoñas producidas
En Ponto, porque el Ponto es fértil dellas,
De su lugar las mieses traducidas,
Y vuelto en lobo al Meris vi con ellas ;
Al Meris, que las vidas fenecidas
Reduce á ver la luz de las estrellas.

Vé presto, mi conjuro, y la mar pasa,
Y vuelve de la villa á Dafni á casa.

Esta ceniza coge y saca afuera ;
Adonde el agua corre vé alcanzalla ;
Por las espaldas la echa, y vén ligera ;
No mires Amarílis al echalla.
Con esto tentaré aquel alma fiera ;
Mas ¿ qué canto ó qué Dios podrá ablandalla ?
Vé presto, mi conjuro, y la mar pasa ,
Y vuelve de la villa á Dafni á casa.

¿ No ves que las cenizas alzan llama
En cuanto me detengo ? Por bien sea.
¡ Ay, que yo no sé quién es, que alguno llama,
Que la perrilla en el portal vocea !
¿ Si viene por ventura , ó si quien ama ,
Soñando finge aquello que desea ?
¡ Ay ! pon á tu camino, pon ya tasa,
Conjuro , que mi Dafni es vuelto á casa.

ECLOGA IX.

Meris.

LICIDAS.

¿ Adó, Meri, los piés te llevan hora ?
¿ Por caso vas adó va este camino ?
¿ Por ventura á la villa vas tú agora ?

MERIS.

¡ Oh Licida ! Por nuestro mal destino
Habemos á ver vivos allegado
Lo que en el pensamiento nunca vino.

A que nos diga un malo, apoderado
De nuestras heredades sin mesura :
« Id fuera ; que esto todo á mí me es dado. »

Y así que se le vuelva en desventura,
Le envío triste agora estos corderos,

Pues todo lo trastorna la ventura.

LICIDAS.

Oyera yo que desde los oteros
De do vienen las cumbres y collados
Hasta del haya y agua los linderos,
Que todos estos pastos y sembrados,
Por medio de su verso y poesía,
Fueron á tu Menalca conservados.

MERIS.

Oirias lo que ansina se decia ;
Mas versos entre armas pueden tanto,
Como contra el leon el ciervo haria.
Y si ya la corneja con su canto
A fenecer los pleitos como quiera,
No me inclinára de continuo tanto ;
Si desto ya avisado no estuviera,
Por cierto ten que agora ni este amigo
Tuyo ni mi Menalca vivo fuera.

LICIDAS.

¡ Ay ! ¿ cabe tal maldad , ni en enemigo ?
¡ Ay ! casi nuestras fiestas acabadas,
Menalca , y nuestros gozos ya contigo.
¿ Quién hiciera en las fuentes enramadas ?
¿ Quién cantára á las ninfas de continuo ?
¿ Quién sembrára con flores las majadas ?
O los versos que ayer con arte y tino
A la Amaril hurté calladamente ,
Cuando conmigo á solazarse vino.
Titiro , en cuanto vuelvo prestamente ,
Las cabras apacienta , y en paciendo,
Llévalas á la pura y fresca fuente ;
Llévalas , y al llegar ten cuenta yendo

No enojés al cabron, porque enojado
Hiere mal, con el cuerno acometiendo.

MERIS.

O lo que para Varo no acabado,
Mas lleno de primor y de dulzura
Cantaba, deleitando monte y prado.

Los cisnes tu loor (si Mantua dura,
Si Mantua, de Cramona ¡ay! mal vecina)
Cantando, subirán en grande altura.

LICIDAS.

Ansí huye tu enjambre de malina
Arbor, ansí las ubres tu vacada
Con pasto bueno extiende á la contina.

Di si te acuerda de algo, que me es dada
La flauta á mí tambien, y de mi canto
Dicen que á los pastores mucho agrada.

Bien que no les doy fe, ni daré cuanto
No merezco de Vario ser oido,
Mas como entre los cisnes ansar, canto.

MERIS.

En eso mesmo estoy embebecido,
Si pudiese tornallo á la memoria,
Que no merece ser puesto en olvido.

¿Qué pasatiempo hallas ó qué gloria
En las hondas? ¡Oh! aquí vén, Galatea,
Adó de sus esmaltes hace historia.

Adó el verano bello hermosea
Y pinta la ribera; pinta el prado
Y todo en derredor cuanto rodea.

Aquí el álamo blanco levantado
Hace sombra á la cueva deleitosa,
Aquí teje la vid verde sobrado,

Aquí hace la vid estanza umbrosa;
Aquí pues vén ya, y deja que en la arena
Golpee á su placer la mar furiosa.

LICIDAS.

¿Y lo que yo te oyera una serena
Noche? Que si los versos hora olvido,
Su tono en mis orejas siempre suena.

MERIS.

Dafni, ¿qué miras, todo convertido
A los antiguos signos? ¿Qué más bella
Que otra más bella luz ha parecido?

Mira cuál sale y sube la alta estrella
De César, con la cual se goza el trigo,
Y las uvas colora en la vid ella.

Engiere con aquesta luz que digo,
Engiere, Dafni, los perales luégo;
Tus nietos cogerán el fruto amigo.

Todo lo lleva el tiempo, y aún el fuego
Del gusto y del sentir; que yo solia
Largos soles pasar en canto y juego.

Y agora ya gastada el alma mia,
En demas de mil versos que me olvido,
La voz misma me huye y se desvia.

Primero de los lobos visto he sido;
Mas cien veces aquesto todo arreo
Te será por Menalca referido.

LICIDAS.

Con achaques dilatas mi deseo,
Y el mar se calla agora sosegado,
Y ni resuena el viento, segun veo.
Sus murmullos los aires han echado,
Y éste es el medio espacio que aparece,

Adonde el Bianor está enterrado.

Aquí sentados pues, si te parece,
Cantemos; aquí asienta los corderos,
Que en la villa estarás cuando anochece.

Y si temes algunos aguaceros
Al venir de la noche, así cantando
Irémos más alegres y ligeros.

El camino el cantar irá aliviando,
Y yo te aliviare de aqueste peso,
Porque cantemos yendo caminando.

MERIS.

Pon, Licida, ya fin á este proceso,
Hagamos lo que hacemos de presente;
Que el tiempo y la sazon de todo eso
Es cuando aquél tornáre á estar presente.

ÉGLOGA X.

Galo.

Este favor de tí, que es ya el postrero,
Me sea, oh Aretusa, concedido.
De Galo algunos versos decir quiero,
Mas versos que convengan al oido.
De la Licoris, lazo estrecho y fiero
En que padece preso el afligido;
Que ¿quién jamas con buena y justa excusa
A Galo negará su verso y musa?

Concédeme pues, ninfa, alegremente
Esta merced debida y deseada;
Ansí, cuando huyendo tu corriente
Debajo de la mar va apresurada,
La Doris no inficione osadamente
Con su amargor tu agua delicada.

Comienza, y digamos el cuidado
De Galo, miéntras pace mi ganado.

Los montes dan oído á nuestro canto,
Que tienen y los montes sus oídos,
Y á cuanto les cantamos, otro tanto
Al punto dellos somos respondidos.
Mas, nayadas, ¿qué selva amastes tanto?
¿Qué bosque así ocupó vuestro sentido
Cuando de amores Galo perecía,
Pues ningun monte docto os detenía?

Que cierto es que ni el Pindo ni el Parnaso
De algun detenimiento causa os fueron,
Ni el Aganipe Aonia de Pegaso,
Ni la Castalia fuente os detuvieron;
Y fué tan lastimoso y duro el caso,
Que dél los miserables se dolieron;
Lloró el pino y lloró el laurel febeo,
Y el Ménalo y las peñas de Liceo.

Y las ovejas mismas lastimadas,
Juntas con él estaban de continuo;
A ellas no les pesa ser guiadas
Por tí, el mayor poeta y más divino;
No deben ser de tí menospreciadas;
No juzgues que el ganado no te es dino,
Pues fué de bello Adoni apacentado
Por prados y riberas el ganado.

Y vino el ovejero, y vino luégo
El porquerizo, y vino el gordo hinchado
Menalca de bellota; y tanto fuego
Y tanto amor ¿de dónde? han preguntado;
Y tambien vino Apolo, y dice: «Ruego
Me digas qué locura te ha tomado.
Licori, por quien, Galo, estás muriendo,
A otro por las nieves va siguiendo.»

Y vino el dios Silvano, y parecía

Que sacudiendo recio meneaba
Dos lilios y espadañas que traía,
Con que la frente en torno coronaba;
Y el dios de Arcadia, Pan, también venía
Con rostro rubicundo que agradaba;
Por nuestros ojos mismos visto ha sido,
De negras moras y carmin teñido.

Y ¿cuándo has de dar fin á tu tormento?
Que destas cosas, dice, amor no cura;
Que nunca amargo lloro y sentimiento
Hartaron del amor la hambre dura,
Ni se vió amor de lágrimas contento,
Ni cabra de pacer rama y verdura,
Ni de flor las abejas, ni los prados
De en agua de continuo andar bañados.

Él, sin embargo desto, doloroso
Y triste respondió: «Vos, los pastores
De Arcadia, cantaréis con lastimoso
Verso por vuestros montes mis dolores,
Vosotros que en el canto artificioso
Sois únicos maestros y cantores;
Reposará mi alma ¡oh, en qué alegría!
Si canta vuestra voz la suerte mía.

» Y aún ¡oh! si de vosotros fuera yo uno,
O guarda de ganado ó viñadero,
Si amára á Fili, Aminta ú otro alguno
(Que si es moreno Aminta, no es tan fiero),
Tendido so las sauces de consuno,
Gozáramos en paz del bien postrero;
La Fili de guirnaldas me cercára,
Y Amintas con su canto me alegrára.

» Aquí prados había deleitosos,
Aquí, Licori, halláras fuentes frías,
Y aquí, si te agradára, en amorosos
Deseos traspasáramos los días;

Mas ¡ay! que agora, amor, por peligrosos
Pasos llevas mis locas fantasías,
Y entre las armas fieras y el bramido
De Marte tienes preso mi sentido.»

Y de la patria tú, de mí alejada
(Mas nunca crea yo tal desventura),
Sola y sin mí, la nieve Alpina helada,
Y ves del Rin la sierra helada y dura;
¡Ay! no ofenda á tu carne delicada
El frio, ó menoscabe tu hermosura;
No córte de tu planta el cuero tierno
La escarcha rigurosa del invierno.

Lo que en verso calcídico he compuesto
Poner quiero en la flauta siciliana,
Y entre las selvas y alimañas puesto
Quiero pasar mi duelo y pena insana;
Entallaré en los árboles aquesto
Y tu quebrada fe, Licón, y vana;
Ellos creciendo se harán mayores,
Y creceréis con ellos, mis dolores.

Y á veces con las ninfas paseando,
Del Ménalo andaré por los oteros,
O si me diere gusto, iré cazando
Los tímidos venados y ligeros;
Sin ser conmigo parte, ni lanzando
O nieve el cielo, ó piedra ó rayos fieros,
Serán de mí con perros rodeados
Los valles del Partenio y los collados.

Y se me representa ya y figura
Que voy por los peñascos discurriendo;
Ya voy por la montaña espesa, oscura,
Ya encorvo el arco turco, ya le extiendo;
¡Ay! como si salud á mi locura
Diese lo que ahora triste voy diciendo,
O como si del mal del pecho humano

Supiese condolerse aquel tirano.

Mas ya ni quiero ninfas ni cantares,
Los vèrsos no me placen ni los quiero,
Ni gusto por montañas y lugares
Asperos perseguir el puerco fiero;
Las selvas no remedian mis pesares
Ni la cruel herida de que muero;
Ni estudio mio ; oh pena, oh triste duelo!
Podrán mudar aquel que abrasa el suelo.

No pueden, ni si en medio del invierno
Pusiese dentro el pecho el Ebro helado,
Ni si cuando del olmo el cuero interno
Se seca en los Guineos, su ganado
Paciese encomendado á mi gobierno,
Y cuando el sol en Cancro está encumbrado ;
Y pues vencido amor todo lo tiene,
Rendírnosle de fuerza nos conviene.

Esto me baste, oh Musa, haber cantado
En cuanto un canastillo estoy tejiendo
A Galo, cuyo amor, cual bien plantado
Alamo, en mí por horas va creciendo ;
Alto, que el ya á la sombra estar sentado
Daña, y de enebro más la sombra siendo,
Y aún á las mieses son las sombras frias ;
Id hartas, que anochece, id, cabras mias.

GEÓRGICA PRIMERA DE VIRGILIO.

Lo que fecunda el campo, el conviniente
Romper del duro suelo, el sazonado
Juntar la vid al olmo, y juntamente
Cómo se cura el buey, cómo el ganado,
Y de la escasa abeja diligente
Su industria y saber mucho no enseñado,
Aquí, Mecénas claro, comenzando

Por órden cada cosa, iré cantando.

Oh vos, lumbreras claras de la vida,
Que el año producís andando el cielo,
Alma Céres y Baco, si en florida
Espiga por dón vuestro mudó el suelo
La primera bellota, y la bebida
Con las halladas uvas perdió el hielo;
Y vos, dioses propicios del aldea,
Venid, faunos, adó mi voz desea.

Venid, faunos, venid, coro lucido
De driadas, pues vuestros dones canto;
Y tú, Neptuno, aquí en el campo herido
Con el grande tridente, con espanto
El caballo produjo; y del florido
Bosque el cultivador, y de otro, canto,
De novillos pastor tres veces ciento,
Que pacen de la Cea el grueso asiento.

Y tú, pastor de ovejas, Pan, dejados
Tus bosques y tus valles de Liceo,
Si son de tí tus Ménalos ya armados,
Vén presto favorable aquí, oh Tegeo;
Y tú, Minerva, vén, que á los collados,
La gruesa oliva hallando, diste arreo,
Y el mozo inventador del corvo arado,
Y del cipres entero por cayado.

Y los dioses y diosas igualmente,
Cuantos teneis por obra y por oficio
La guarda de los campos juntamente;
Aquellos que con vuestro beneficio
Las mieses levantais no sin simiente,
Y aquellos que enviais del edificio
Del cielo, para el bien de los sembrados,
Largos hilos de lluvia derramados.

Y finalmente tú, de quien se duda
A cuál divinidad serás alzado,

O si de lo terreno, que se muda,
Querrás y de tu Roma el gran cuidado;
De arte que colgada de tu ayuda
La redondez te adore, coronado
Con el materno mirto frente y sienes,
Señor del aire y campo y de sus bienes.

Oh si fueres del mar por Dios tenido
Y á tí solo adoráre el marinero,
Y Tule lo postrer de lo sabido,
Y diere por tí Teti el mar entero,
Por tí para su yerno, ó añadido
A los meses tardíos por lucero
En el lugar que está desocupado,
Entre Virgo y las Celas asentado.

Que si lo miras, ya para tu asiento
Los brazos encogió el Escorpio ardiente,
Y más de la mitad con miramiento
Te deja de su silla reluciente.

Pues, ó te venga desto más contento,
O seas el que fueres finalmente
(Que no te esperará rey del infierno,
Ni tu desearás tan mal gobierno,

Aunque el Elíseo campo Grecia admire,
Y Proserpina huya, demandada
Volverse con su madre), así que inspire
En mí tu deidad, apiadada
Del labrador, que ignora por dó tire,
Y da favor á aquesta empresa osada.
Vén pues, y desde luégo acostumbrado
Aprende como Dios ser invocado.

En el verano nuevo, cuando el frio
Humor, en alta sierra desatado,
Deciende convertido en largo rio,
Y el campo, con el céfiro alentado,
El seno afloja que cerraba el frio,

Al punto gima el buey con el arado,
Hincándolo, y la reja, de gastada,
Con el arar relumbre como espada.

Aquella mies sin duda corresponde
Con lo que siempre el labrador desea,
Que en dos tiempos el hielo en sí la esconde,
Y en dos tiempos el sol la ve y recrea;
Sus frutos las paneras rompen, donde
Se encierran. Mas tu estudio y vela sea,
Antes de abrir con reja el nuevo suelo,
Las mañas conocer del viento y cielo.

Los vientos, y los modos diferentes
Del aire y sus diversas calidades;
Lo propio de las tierras, las simientes
Que huyen ó á quién hacen amistades;
Que aquí se dan los trigos, las ardientes
Uvas mejor allí, las variedades
De frutas hallan dicha en otra parte,
Y lo que sin cultura nace y arte.

¿No ves por ventura cómo envia
Cilicia su azafran, el indio fiero
Nos da el rico marfil, y cómo cria
Encienso el viciosísimo Sabeo,
Y los calibes dan hierro, y porfía
El Ponto el venenoso castoreo,
Y Epiro en dar las yeguas tiene gloria,
Que en Elis se aventajan con vitoria?

Que luégo en el principio divididas,
La suya á su lugar naturaleza,
Aquestas leyes puso establecidas
Con liga y nudo eterno de firmeza;
Luégo cuando las piedras esparcidas
Lanzó Deucalion por la grandeza
Del yermo suelo y tierra espaciosa,
De do los hombres nacen, dura cosa.

Ansí que, como digo, el mes primero
Del año el fuerte buey con el arado
Trastórne el fértil suelo, porque quiero
Que cueza con su ardor el quebrantado
Terron el seco estío; y si es ligero
El campo, á la ligera sea tocado;
Allí porque no ahogue hierba el trigo,
Allí porque no espire el jugo amigo.

Tambien harás que á veces repartido
Goce el segado campo de reposo,
Y que por luengo espacio entorpecido
Con moho se endurezca el perezoso,
O sembrarás cebada allí, venido
Su tiempo, de do en vaina sonoro
O coges el legumbre, ó fué arrancada
De do por tí la abeja delicada,

O de donde sacaste del lupino
Triste la caña flaca vocinglera.
Mas quema, adonde nace, el campo el lino,
Y la bañada en sueño dormidera
Le quema, y las avenas. El contino
Uso trocando ansí, pues se aligera,
Con tal que sin empacho ni recelo
Hartes de estiércol grueso el flaco suelo.

De estiércol y ceniza torpe, inmunda,
Esparce largo el campo adelgazado,
Que ansí y mudando esquilmo se fecunda
La tierra. Y no es ninguna del no arado
Suelo la utilidad. A la infecunda
Haza provecho á veces ha causado
Quemarlo, y que al rastrojo seco asido,
Corra abrasando el fuego y dé estallido.

O porque ansí se esfuerza ocultamente
Y más se engruesa el campo, ó porque luégo
Quemada, lo vicioso totalmente

Perece, y suda el daño con el fuego,
O porque aquel ardor eficazmente
Descubre más caminos, y lo ciego
Relaja de los poros, por do venga
El jugo á lo sembrado, y lo mantenga.

O es porque endurece el fuego al suelo,
Y aprieta más las venas desatadas,
A que ni recios soles, ni del cielo
Las lluvias menudas enviadas,
Ni el cierzo penetrable, envuelto en hielo,
Le abraze. Y más sirve á las aradas
Quien rompe los terrones descuidados,
Con puntas y con zarzos arrastrados.

No mira al que esto hace del dorado
Cielo la roja Céres sin provecho,
Ni ménos al que al brazo atravesado
Los lomos que alzó arando en el barbecho
Los corta de traves con el arado.
Y al sesgo, diligente, y al derecho
La tierra sin cesar desasosiega,
Y doma y trae sujeta así la vega.

Húmedos equinocios, frios, serenos,
Labradores pedid, que el polvoroso
Hielo da ricos panes, hace amenos
Prados, y si presume de abundoso
El suelo de la Frigia, y sus llenos
Campos admira el Gárgaro gozoso,
Desta sazon de tiempo más le viene
Que de cuanta cultura y labor tiene.

¿Qué diré del que luégo que ha esparcido
La simiente, prosigue, y de la arena
Flaca lo amontonado y mal asido
Deshace, y que despues con larga vena
Del agua que le sigue, el esparcido
Campo baña, y lo mesmo cuando pena

Y hierve el abrasado suelo ardiendo,
Y sus hierbas, que en él se están muriendo,
Al punto de la altura recostada
Abre camino al agua, que cayendo
Hiere las lisas piedras, y encontrada,
Ronco mormullo mueve, y tiembla yendo
La tierra abierta y seca, de abrasada ;
Y del que en hierba el vicio va paciendo
De las mieses que igualan las aradas,
Porque despues no se echan de granadas?

¿ Del que el humor, en lagos recogido,
Con bebedora arena lo destierra?

El rio mayormente si salido
De madre, y largamente por la tierra
En los inciertos meses extendido,
Con cieno, que dejó, la ocupa y cierra,
Por do las anchas fosas llenas sudan
Con aguas que estantías no se mudan.

Y (no's dado que el hombre y buey á una,
Cultivando la tierra y trabajando,
Hayan aquesto hecho) no es ninguna
La ofensa que el mal ansar hace andando,
Y las grullas de Tracia, y la importuna
Invidia los sembrados enredando
Con sus amargas hebras, ni es velleño
Las sombras á los panes muy pequeño.

Que el mismo Padre eterno quiso en parte
No fuese la labranza del barbecho
Fácil, y fué el primero que con arte
Los campos meneó, porque de hecho
El cuidado forzoso fuese parte
Para aguzar el torpe humano pecho ;
No consintiendo que su monarquía
Se entorpeciese con pereza fria.

Porque ante de su reino por ninguno

El campo ni fué arado ni mollido,
Ni el señalar con lindes cada uno
Su parte, ó el dividir fué permitido;
Servian al comun sin miedo alguno,
La tierra daba fruto no pedido.

El ansimismo puso mal veneno
A las serpientes negras en el seno.

El les mandó á los lobos que salteen,
Al mar que se levante, y sacudida
Quiso que miel las hojas no goteen,
Y dél la luz del fuego fué ascondida;
Los vinos que corrian no se veen,
Que fué por él su vena reprimida,
Para que imaginando el uso, hiciese
Las artes poco á poco, y las puliese.

Y para que buscasse el trigo arando,
Y para que del seno el ascondido
Fuego, á los pedernales golpeando,
Sacase. Allí primero fué sentido
El barco de los rios, y allí cuando
Redujo á cierta suma, y su apellido
Compuso á cada estrella el marinero,
Osas, Virgilibas, Híadas, Lucero.

Y entónces se inventó el cazar las fieras
Con lazos y con ligas engañosas,
El enredar las aves, y las fieras
Selvas cercar con canes. Las undosas
Mares con redes largas, barrederas,
El uno escudriñaba y con ñudosas
Mangas, el otro, hiriendo á su albedrío,
El hondo penetró del ancho rio.

Y entónces el rigor del hierro vino,
Y fué la cortadora sierra hallada,
Que á fuerza de las cuñas cortó el pino,
Fácil para él hender la edad dorada.

Nacieron muchas artes; que el contino
Trabajo pertinaz y la apretada
Falta, que en lo preciso no reposa,
Todo lo sobrepuja poderosa.

Céres los enseñó á romper la tierra
Con hierro, cuando ya casi faltaba
Bellota en el sagrado monte y sierra,
Y la comida Epiro nos negaba;
Mas luégo al pan le vino nueva guerra,
La nubla dañadora, que gastaba
La espiga, y el baldío y desechado
Cardo, que se erizaba en el sembrado.

Ahóganse las mieses, sube y crece
Selva desagradable, abrojo, espina,
Y en lo que cultivado resplandece
Reina la grama inútil, la maligna
Avena; y si tu mano desfallece
En perseguir con rastro á la contina
Al campo, y si no espantas con ruido
Las aves, ó con honda y estallido;

Si no estrechares tú con podadera
Las sombras del umbroso y negro suelo,
Si en el otoño y en la primavera
Con votos no pidieres agua al cielo,
En vano ¡ay! los montones de la era
Ajena mirarás, y tu consuelo,
Con que consolarás tu merecida
Hambre, será la encina sacudida.

Tambien nos convendrá que dicho quede
Qué armas ha de usar el esforzado
Rústico, sin las cuales no se puede
Sembrar ni mejorar lo ya sembrado.
La reja es lo primero, y le sucede
El roble del muy grande y corvo arado,
La carreta de Céres Eleusina,

Que despacio volviéndose camina.

Los trillos, las rastreras, los pesados
Rastros desigualmente, los tejidos
Cestos, alhajas viles, los trabados
Zarzos de rama y mimbre, los debidos
Harneros al dios Baco, que ajuntados
Con acuerdo tendrás y apercebidos
De ántes todos estos, si la amada
Gloria del fértil campo te es guardada.

Con tiempo allá en la selva retorcido
Con fuerza valentísima es domado
El olmo para cama, y costreñido
Recibe forma en sí de corvo arado ;
De allí por ocho piés sale extendido
Derecho así el timon, y cada lado
Su oreja y su dental, y de antemano
Se córte al yugo el tejo bien liviano.

El tejo y la alta haya, y juntamente
La esteva se apareje, que plantada
Detras en el arado, prestamente
Vuelva las bajas ruedas ; y colgada
La leña dura en el hogar caliente,
Allí será del humo examinada.
Y puédote decir otras mil cosas,
Que los ancianos mandan, provechosas.

Mil cosas, si te place estar atento,
Y tan menuda cuenta no es penosa.
La era, lo primero, de cimiento
Trastórnala, y con greda pegajosa
Macízala despues, y desde el centro
Por toda alrededor con poderosa
Y bien rolliza piedra ansí rodando,
Lo desigual del suelo irás quitando.

Porque no nazcan hierbas, ni hendida,
El polvo en ella reine, ocasionada

A ser de mil trabajos ofendida ;
Que á veces hace en ella su morada ,
Y su troje el raton , y su manida
El topo ciego pone allí cavada ,
Y el sapo allí se halla cada dia ,
Y cuanta sabandija el suelo cria ;

Y á veces el gorgojo atala y gasta
Grande monton de trigo, y la hormiga
Ensila mucho más de lo que basta,
Temiendo la vejez pobre y mendiga ;
Que si tu diligencia no contrasta,
Mil daños amenazan á la espiga ;
Y atenderás tambien, si te es gustoso,
Adivinar lo estéril, lo abundoso.

Atiende cuando en flor la almendrera
Se viste por el campo, y de florida
Las ramas encorváre ; la panera ,
Si el fruto viene á colmo, enriquecida
Será por un igual, y grande era
Verás con gran calor ; mas si caida
La flor se fuere en hoja , muy menguadas
Espigas trillarás y mal granadas.

Y visto he yo que muchos sembradores
Los granos medicinan , y primero
Con alpechin los bañan , con licores
Otros, para que el fruto más entero
Hincha la falsa vaina , y los ardores
Del fuego, aunque pequeño, más ligero
Los cuezan y enmolezcan, y áun he vido
El trigo desdecir muy escogido.

He visto que despues de gran cuidado
Desdece poco á poco, si el humano
Velar en cada un año lo granado
No escoge y lo mejor con propia mano ;
Que ansí por ley en todo lo criado

Descae y vuelve atras el sér liviano,
Y viénese empeorando de contino
A estado ménos bueno y ménos dino.

No de otra forma y modo que acontece
Al que con remo y fuerza apénas lleva
El barco la agua arriba, si enflaquece
Y si de cuanto puede no hace prueba,
Si acaso el brazo afloja y desfallece,
Y la raudal corriente se le lleva
Al punto en pos de sí arrebatado,
Y como cuesta abajo despeñado.

Y allende desto, importa el tener cuenta
(Tanto á nosotros como al marinero
Que el Ponto y que el estrecho ávido tienta,
Llevado por el mar ventoso y fiero
Al patrio y dulce nido, donde asienta)
Con el Arcturo y con el Carretero,
Sus cabras y su dia, y juntamente
Con la culebra austral resplandeciente.

Cuando la Libra iguales horas diere
Al sueño y á la vela, y justamente
La redondez por medio dividiere
Entre la noche y luz, el buey valiente
'Traed á la melena, y por do fuere
Con mano, oh labradores, diligente
Esparced las cebadas hasta cuando
Lo crudo del invierno venga helando.

Y por el mesmo modo es apropiado
Tiempo para entregar el lino al suelo,
Y de la dormidera el delicado
Grano á la santa Céres sin recelo,
Cuando está seco el campo, y el nublado
Alto y suspenso se anda por el cielo;
Mas de habas es la sementera
Cuando aparece ya la primavera.

Y á tí tambien , alfalfa , los llovidos
Sulcos te acogerán bien en su seno,
Y al mijo en cada un año sus debidos
Cuidados sazon viene y tiempo bueno,
Cuando ya el blanco toro con lucidos
Cuernos del año bueno y del sereno
Aire la puerta abriendo, y se pusiere
El Can contraria estrella , y le cediere.

Empero si labrares para el trigo
Las tierras, ó si para las cebadas,
Y fueres de los panes solo amigo,
Primero se te escondan las llamadas
Virgalias, y primero (como digo)
Se asconda la corona, que entregadas
Al sulco las simientes le confies,
Y al suelo sin sazon tu año fies.

Que muchos comenzaron no caida
La maya, más al fin la espiga vana
Burló sus esperanzas. Si esparcida
La arbeja ó vil favelo, y la gitana
Lenteja fuere en precio de tí habida ,
Su tiempo te dirá y su sazon sana
Sus rayos el Bootes cobijando;
Comienza , y llega al hielo así sembrando.

Que por aqueste fin del sol dorado
La redondez del cielo dividida ,
Con número medido y limitado
Por doce claros signos es regida
Y en cinco zonas todo está cortado ;
La una de las cuales encendida
La tiene de contino el sol presente,
Y el fuego que la tuesta eternamente.

De aquesta al rededor las dos postreras
Por la siniestra y por la diestra mano
Se extienden verde y negras con las fieras

Lluvias, con el rigor del hielo insano ;
Y entre esta y la media van dos veras,
Dadas por dón al hombre soberano,
Y en ambas al través hecho el camino
Por do los signos andan de continuo.

Que cuanto se levanta el cielo alzado
Encima los alcázares rifeos,
Tanto se va sumiendo, y recostado
Hácia el Abrego y Libia y los guineos.
Aqueste quicio vemos ensalzado ;
Debajo de los piés aquél los feos
Y hondos infernales ; el Cerbero
Le ve, y del negro lago el mal barquero.

Aquí va dando vueltas la serpiente
Grandísima, á manera de un gran río,
Por entre las dos osas reluciente ;
Las osas, que en la mar nunca el pié frío
Lanzaron ; mas allí continamente
Que es calma dicen todo y estantío,
En noche profundísima espesando
Lo oscuro las tinieblas, y engrosando.

O dicen que la aurora despedida
De aquí los lleva el día, y al momento
Que torna á descubrírsenos nacida,
Y que de sus caballos el aliento
Nos toca, de la tarde la lucida
Estrella allí con presto movimiento
Sus luces les enciende, por manera
Que el cielo nos enseña verdadera.

Enseña que nos dice sin engaño
Del aire las mudanzas revoltoso,
La mies, la sementera, y cuando el año
Concede dar el remo al mar undoso ;
Cuando se puede al agua echar sin daño
La nave, y cuando el pino poderoso

Con su sazon debida viene á tierra,
Cortado en la fragosa y alta sierra.

Ansí que, no es sin fruto tener cuenta
En ver si nace el signo, si se pone,
Y el año que con una y justa cuenta
De cuatro tiempos varios se compone.
Si fuere que la lluvia no consienta
Salir al labrador, no se perdone
De hacer mil cosas, que la nube huida,
Convienen y se hacen de corrida.

Que el labrador la reja allí embotada
Afila de su espacio, y cava el leño
En barco, ó si le place, á su manada
Almagra, y el monton grande ó pequeño
A cuenta le reduce, es aguzada
La horca de dos puntas, alza el dueño
El roto valladar, allí se apresta
Lo que la vid caediza tiene enhiesta.

Entónces con los mimbres es tejido
El fácil canastillo, tuesta el fuego
Entónces las espigas, y es molido
El grano con la piedra; y al sosiego
Santo el hacer tambien le es permitido
Por ley algunas obras, porque el riego
No hay fiesta que lo vede, ni es vedado
Cercar con valladares el sembrado.

Ni ménos el armar al ave engaño,
Ni el encender los cardos, ni el roñoso
Ganado cabriller en fresco baño;
Y á veces sobrepone al espacioso
Asnillo el labrador, conforme al año,
Aceite ó vil manzana, y va, y gozoso
Lo torna del mercado á su morada
Con pez ó qualche piedra aderezada.

Y para el trabajar tambien la luna

A días es feliz en su carrera.
Huye su quinta luz, en quien á una
Tesifone nacieron y Meguera,
Y el Orco verdinegro y la laguna,
Y en tal dia la tierra lanzó afuera
Con parto abominable á Tifoeo,
A Japeto, Porfiria, Reto, Coeo.

En tal produjo infelicemente
A todos los hermanos conjurados
De dar asalto al cielo osadamente.
Tres veces procuraron levantados
Sobreponer al Pelio el eminente
Osa y Olimpo, y fueron derrocados
Tres veces con el rayo soberano
Los montes, que el furor alzaba en vano.

Empero es felicísimo el sereno
Que al décimo sucede, en poner vides,
En el domar los bueyes, y es muy bueno
Para tejer lo urdido; y si partides
De vuestra casa, el propio es el noveno,
Aunque es malo á los hurtos y á sus lides,
Y á cosas es mejor la noche fria,
Ó cuando al alba el suelo se rocía.

De noche muy mejor la paja leve,
De noche mejor mucho el seco prado
Se corta, que á las noches se les debe
Un correoso humor; y desvelado
A los candiles largos del sol breve,
Con hierro aguza alguno delicado
La tea, y su mujer, que tambien vela,
Corre la lanzadera por la tela.

Corre por el telar y engaña el duro
Y luengo trabajar así cantando,
Ó cuece el dulce mosto al fuego puro,
El cobre hirviente á tiempos espumando.

Mas el estío al trigo ya maduro
La hoz aguda aplica, y volteando
En la espaciosa era, son trilladas
Las mieses; del calor del sol tostadas.

Ara cuando se puede arar desnudo,
Y siembra por el mismo modo y arte,
Que el tiempo del invierno es como nudo
Que ata al labrador la mano y arte;
Que cuando reina el frio y hielo crudo,
Los labradores por la mayor parte
Gozan de lo allegado, y juntamente
Á veces se convidan dulcemente.

Convídalos á ello el tiempo helado,
Hecho para el regalo, y que del pecho
Desata las congojas y cuidado;
Como cuando con viento al fin derecho
Entran en el puerto dulce y deseado,
Cargados los navíos de provecho,
Alegres, con laurel los marineros
Coronan á los árboles veleros.

Bien tal que es propio á la cosecha
Del roble y laurel y verde oliva
Y del sangriento mirto, y que aprovecha
Para enredar la grulla fugitiva,
Para poner al ciervo en red estrecha,
Seguir la liebre, herir la corza esquiva
Con honda que estallide, en cuanto al suelo
La nieve cubre, al rio enfrena el hielo.

¿Qué diré del otoño y su mudanza,
Ya cuando van los dias de corrida,
Lo que se ha de velar en la labranza;
Y cuando va el verano de vencida,
Y cuando por los campos la mies lanza,
Y eriza sus espigas conmovida,
Y en las cañas los granos, ya cuajados

De leche, se demuestran muy hinchados ?

Que he visto yo en la misma siega, y cuando
Llamaba el labrador los segadores,
De mil contrarios vientos, batallando,
Venir las guerras todas y furores,
Que de raíz las mieses arrancando
Enteras, por los aires voladores
Subieron, y llevó la caña el grano,
Envuelta en torbellino, el soplo insano.

Y viene muchas veces desde el cielo
De agua innumerable un golpe fiero,
Y las nubes derraman sobre el suelo
(Que el cierzo amontonára) un mar entero ;
Húndese el alto cielo, y lo que al hielo
Y al sol labrára el buey, el aguacero
Lo anega, y quedan llenos los fosados ;
Los rios resonando van hinchados.

Crecen los hondos rios, todo el llano
Con olas hervorosas bulle, y luégo
Del nublo tenebroso la alta mano
Lanza tronando rayos hechos fuego,
Con que la tierra tiembla, con que en vano
Las alimañas huyen, con que el ciego
Y abatido pavor generalmente
Los ánimos humilla de la gente.

Mas él con tiro ardiente, fervoroso,
Ó las Ceraunias puntas encumbradas,
Ó el Ródope ó el Ato montuoso
Derrueca, y luégo al punto desplegadas
Sus alas, se redobla furioso
El Abrego, y la lluvia (desatadas
Las nubes) espesísima, al crecido
Viento la playa y bosques dan bramido.

Pues con recelo desto pon cuidado
En advertir los meses, las estrellas,

Los sinos do se asconde el viejo helado,
Y adó el Cilenio esparce sus centellas.
Mas sobre todo, da lo situado
A las diosas y á Céres, grande entre ellas,
A quien festejarás con larga mano,
Fenecido el invierno, en el verano.

En las primeras hierbas santo ofrece,
Cuando se viste el campo de hermosura.
Entónces el cordero es gordo y crece,
Al sueño baña entónces la dulzura,
Entónces ya cocido se enmollece
El vino, y de la sombra la espesura
Entónces es agradable en la montaña,
Entónces, pues, tu rústica campaña.

Adore, pues, á Céres lo aldeano,
Y tú el panal le mezcla y leche y vino,
Y la dichosa hostia vaya á mano
Tres veces de las mieses el camino ;
La gente le acompañe y coro ufano,
Y llame á sí con voces de continuo
A Céres, y ninguno sea osado
La hoz meter primero en lo sembrado.

La hoz en las espigas, si primero
De encina coronado no dijere
A Céres su cantar, y placentero
Con saltos descompuestos la sirviere.
Y porque con indicio verdadero
Podamos conocer lo que viniere,
Las lluvias, los calores, los estíos,
Los vientos, que producen hielo y frios.

El cielo estatuyó lo que la luna
Nos dice, que por meses se renueva,
Que signo aplica el viento, y lo que una
Y muchas veces visto, es cierta prueba
Para que el labrador por ley ninguna

De la cabaña lueñe al hato nueva,
Mas junto al derredor de su morada
Apaste receloso su manada.

Que yendo ya los vientos á alterarse,
Las costas de los mares conmovidos
Comienzan enojadas á hincharse,
Y se oyen por las sierras estallidos;
Resuenan las riberas, que turbarse
Empiezan, ó se espesan los ruidos
Del bosque y sus murmullos de hora en hora,
Indicios de la fuerza movedora.

Y apénas ya las olas se contienen
De hacer á los navíos guerra fiera
Cuando del mar sus cuervos prestos vienen,
Trayendo vocería, á la ribera;
Y cuando las cercetas se detienen
Y espacian por lo seco y la junquera,
Y los sabidos lagos olvidando,
La garza sobre el nublo va volando.

Y vemos muchas veces los cometas,
Si vientos se aparejan, derrocarse
Del cielo, y de sus llamas luengas vetas,
En pos de sí luciendo, señalarse
Por las oscuras noches y secretas;
Y muchas revolando levantarse
Las pajas y las hojas ya caidas,
Y plumas sobre el agua andar movidas.

Mas si fulmina de do el cierzo aspira,
Si truena donde el Euro vive y mora,
Cuanto del prado y campo el cielo mira,
Anda nadando todo en breve hora,
Y todo marinero en la mar tira
Las velas hechas agua y las mejora;
Mas nunca por faltarles el aviso
La lluvia ofende al hombre de improvisio;

Porque ó la grulla luégo, alzando el vuelo
Como el vapor del valle se levanta,
Le huye, ó la becerro, vuelta al cielo,
Atrae el aire á sí, ó suena y canta
La rana en el charcal su antiguo duelo,
Ó vuela, y no se cansa ni quebranta
De andar cercando el lago á la continua,
Mil veces la parlera golondrina.

.
.

Tambien del mar mil aves diferentes,
Y las que en torno de los asios prados
Los lagos escudriñan diligentes,
Los lagos del Caistro no salados,
Verás como á porfía hombros, frentes
Se esparcen y rocian, y en los vados
Ya corren, ya se sumen, y así en vano
Se estudian de bañar con juego ufano.

Y la sagaz corneja tambien llama
La lluvia con voz llena, y se pasea
A solas por la arena y por la llama
Del sucio y vil candil, sí centellea;
Las siervas, que mandadas de su ama,
Velan de noche y hilan su tarea,
Conocen el llover, porque producen
Las mechas unos hongos que relucen.

Y puedes con señales no menores,
Llovido, colegir lo raso y puro;
Que ni en los celestiales resplandores
Se muestra la luz bota, el rayo escuro,
Ni ménos en la luna los tenores
Que sigue de su hermano rojo y puro,
Ni andan por el aire derramadas
Como unas lanas blancas y delgadas.

Ni ménos en el sol las alas tienden

Los halciones, de la Tétis amados;
No los lechones con la boca entienden
En derramar los haces desatados;
Mas ántes á los valles se descenden
Y en ellos se recuestan rellanados
Los húmidos vapores, y en el techo
Apénas abre la lechuza el pecho,
 Apénas viendo que es el sol ya ido,
Canta; y el esmerejon se ve ensalzado,
Altísimo en el aire, y su debido
Paga por el cabello colorado
La ciris, que adó quiera que del nido
Cortando por el cielo va delgado,
La sigue el enemigo crudo y fiero
Con grande estruendo y con volar ligero.
 Síguela el esmerejon por donde quiera,
Y ella de la parte do él se avia,
Con ala el aire líquido, ligera
Huyendo, va cortando, y se desvia;
Y sus voces los cuervos ó tercera
Ó cuarta vez repiten á porfía,
Y á veces en los árboles alzados,
No sé con qué dulzura alborozados,
 Alegres más que suelen travesean
Consigo y con las hojas con ruido,
Y cuando ya las lluvias no gotean
Gustan de reveer su dulce nido
Y sus pequeños hijos. No que sean
Por esto más divinos en sentido,
Ni, cuanto á lo que creo, que por hado
Más cierto ó más discurso les sea dado;
 Sino que cuando el tiempo variable
Y el movedizo humor su senda altera,
Y el ábrego con soplo deleznable
Lo raro espesa, afloja lo que fuera

Espeso, luégo aviene que lo instable
Del ánimo se trueca en su manera,
Y siénte agora el pecho un movimiento,
Y otro si conduce lluvia el viento.

De aquí vienen aquellos acordados
Cantos que dan las aves gorjeando,
El juego y el placer de los ganados,
Los cuervos con los cuellos pompeando.
Mas si los soles miras presurados,
Las lunas que los siguen rodeando,
Ni el dia venidero hará engaño,
Ni la serena noche burla y daño.

La luna en el principio, que su puro
Ardor, que se le torna, va cogiendo,
Si con escuro cuerno el aire escuro
Cercáre, en sí gran lluvia apercibiendo,
Se va contra la mar y suelo duro;
Mas si se coloráre apareciendo,
Es viento, porque al viento la dorada
Luna se pone siempre colorada.

Mas si en su cuarta luz (que siempre ha sido
Pronóstico la cuarta verdadero)
Con afilado cuerno y con lucido
Saliere, y aquel dia todo entero,
Y los demas por todo el mes cumplido
Sin vientos lucirán, y el marinero
Dará sus votos salvo en la ribera
A Glauco, á Panopo ó Melicera.

Y el sol, ó cuando sale ó cuando encierra
Sus rayos en las ondas da señales;
Y el sol en sus señales nunca yerra,
Ó salga por las puertas orientales,
Ó láncese debajo de la tierra
Y suba á las estrellas celestiales;
Que lo que señaláre el sol divino

Certísimo sucede de continuo.

Que si cuando en oriente se mostráre,
Con manchas esparciere su salida,
Y nube en la mitad de sí encerráre,
Si media redondez así escondida;
No dudes de la lluvia si tardáre,
Que ya de golpe viene y de corrida
El Noto despeñándose furioso,
A hatos, mieses y árboles dañoso.

Y si por entre el nublo espeso opuesto,
Por partes diferentes descubriere,
Nacido el sol, sus rayos, ó con gesto
La aurora deslucida apareciere,
Del lecho de Titon, de flor compuesto,
La hoja podrá mucho, si pudiere
Las uvas defender, segun saltando
Con el granizo, el techo irá sonando.

Y áun es más de provecho el tener cuenta
Con cuando el sol, pasada su carrera,
Se parte ya del cielo, que presenta
Entónces cada vez de su manera
Su rostro, como vemos; que si alienta
La lluvia, es verdinegro, si la fiera
Pujanza de los euros, tiene luégo
Su rostro de color de sangre y fuego.

Y si del claro rostro el ardor puro
Con manchas á mezclarse comenzáre,
Verás en un momento el aire oscuro
Hervir en lluvia y viento; y si cerráre
La noche, no será nadie tan duro,
Serálo el que en tal noche me rogáre
Correr por la mar alta, puesta en guerra,
Desamarrar la nave de la tierra.

Mas si, y cuando el dia el sol conduce,
Y cuando nos asconde el que ha traído,

Su redondez entera y pura luce,
En vano el nublo entónces habrás temido ;
Del cïerzo, que á pureza le reduce,
Verás la selva y monte ser movido.
Da el sol ciertas señales finalmente
De todo lo que al campo es conveniente.

Él te dirá lo que la luz tardía
La estrella de la tarde te acarrea ;
Él te dirá qué piensa el Mediodía,
El húmido Africano, que desea
Las nubes, de dó el viento, y dónde guia
Él hace que se entienda y que se vea ;
Que ¿quién será tan tonto y tan osado,
Que diga que el sol burla y que es burlado ?

Tambien el sol avisa á la contina
Los ciegos movimientos que se ordenan,
Las guerras que se emprenden, y adevina
Las fraudes que en secreto se encadenan.
Del César en la muerte el mesmo, indina,
Por quien ansí los hados nos condenan,
Cubrió su luz ; temieron los malvados
Siglos en noche eterna ser dejados.

Aunque tambien entónces, y las tierras
Y los tendidos mares señas dieron,
Las aves importunas y las perras,
Al Etna muchas veces todos vieron
Hervir y rebosar por campos y hierbas,
Rompidas las hornazas que tuvieron
Los Cíclopes, y en bolas hecho el fuego
Lanzar, y piedras hechas polvo luégo.

Sonó por todo el aire en Alemaña
De armas temeroso y gran sonido,
Tembló más de lo usado la montaña
De los fragosos Alpes, y fué oido
En los callados bosques són de extraña

Figura, y ya de noche escurecido
Fantasmas fueron vistas, matizadas
Con formas y colores nunca usadas.

Hablaron los salvajes animales
Lo que no es de decir, el curso el río
Detuvo, abrióse el suelo en los umbrales
Sagrados, sudó el bronce, lloró el frío
Marfil, y el Po, venciendo sus canales
Con avenida enorme y desvarío,
Las selvas trastornaba, y del ejido
Las chozas y el ganado lleva asido.

Y siempre en aquel tiempo se hallaron
Señales de amenaza en la asadura
Que abría el sacrificio, y no cesaron
Los pozos de manar en sangre pura,
Ni las ciudades grandes se excusaron
De oír aullar los lobos por la oscura
Noche, ni en luz serena el cielo y clara
Tantos rayos jamás de sí alcanzára,

Ni tantas veces nunca se encendieron
Los aires con cometas. Y así avino
Que vieron otra vez, los campos vieron
Filipos los romanos, que sin tino
Escuadras contra escuadras concurren ;
Ni tuvo el crudo cielo por indino
Que Ematia, por dos veces ; ay ! bañada
Con nuestra sangre, fuese así engrosada.

Será que en algún tiempo trastornando
La tierra el labrador con corvo arado,
Los hierros de los dardos irá hallando,
El hierro del orin casi gastado ;
Y en los vacíos yelmos arrastrando
Encontrará con el ligon pesado,
Y rotos los sepulcros allí espesos,
Con pasmo mirará los grandes huesos.

Dioses, de nuestra patria propio amparo,
Dioses, que traspasastes della al cielo,
Y tú, Remo, y tú, Vesta, á quien es caro
El Tibre turbio y el romano suelo,
Que al ménos este mozo alto y raro
Socorra a questo siglo envuelto en duelo.
No os pese, que ya asaz con muertes duras
Pagamos las troyanas falsas juras.

Que veo que ya el cielo soberano
De tí nos tiene envidia, y se lamenta
Que más te ocupes, César, con lo humano,
Do en fuero ó desafuero ya no hay cuenta,
Do hierve con guerras todo, do el insano
Furor en tantas formas representa,
La esteva no se precia, los sembrados
Se hierman, de cultores despojados.

Llevados los obreros, se ensilvecen,
Las hoces se trasforman en espadas,
Los partos de una parte se embravecen,
De otras las Germanias alteradas;
Los pueblos que vecinos más parecen,
Guerrean, ya sus ligas quebrantadas,
Esparce por do quiera el Marte crudo
Lo fiero, lo sangriento, lo sañudo.

Como cuando del puesto libre extiende
El paso por el campo la cuadrega,
Y cuanto se adelanta más se enciende,
Y del correr las alas más desplega;
Y en balde el cuadreguero tira y tiende
Las riendas, ó le plega ó no le plega,
Llevado de los potros de las ruedas,
Que sordas á los frenos, no están quédas.

SAN JUAN DE LA CRUZ.

—
POESIAS.
—

POESÍAS DE SAN JUAN DE LA CRUZ.

CANCIONES.

I.

1. En una noche obscura,
Con ánsias en amores inflamada,
¡Oh dichosa ventura!
Salí sin ser notada,
Estando ya mi casa sosegada.

2. Á obscuras y segura,
Por la secreta escala, disfrazada,
¡Oh dichosa ventura!
Á obscuras, encelada,
Estando ya mi casa sosegada.

3. En la noche dichosa,
En secreto, que nadie me veía,

Ni yo miraba cosa,
Sin otra luz ni guía,
Sino la-que en el corazon ardia.

4. Aquesta me guiaba
Más cierto que la luz de mediodía,
Adonde me esperaba
Quien yo bien me sabía,
En parte donde nadie parecia.

5. ¡Oh noche, que guiaste,
Oh noche amable más que el alborada,
Oh noche que juntaste
Amado con amada,
Amada en el Amado trasformada!

6. En mi pecho florido,
Que entero para él solo se guardaba,
Allí quedó dormido,
Yo le regalaba,
Y el ventalle de cédros aire daba.

7. El aire del almena,
Cuando ya sus cabellos esparcia,
Con su mano serena
En mi cuello heria,
Y todos mis sentidos suspendia.

8. Quedéme y olvidéme,
El rostro recliné sobre el Amado,
Cesó todo, y dejéme,
Dejando mi cuidado
Entre las azucenas olvidado.

Santa

2. bte

II.

CANCION ENTRE EL ALMA Y EL ESPOSO.

ESPOSA.

1. ¿ Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
Habiéndome herido;
Salí tras tí clamando, y ya eras ido.

2. Pastores, los que fuerdes
Allá por las majadas al otero,
Si por ventura vierdes
Aquel que yo más quiero,
Decidle que adolezco, peno y muero.

3. Buscando mis amores,
Iré por esos montes y riberas,
Ni cogeré las flores,
Ni temeré las fieras,
Y pasaré los fuertes y fronteras.

4. Oh bosques y espesuras,
Plantadas por mano del Amado,
Oh prado de verduras,
De flores esmaltado,
Decid si por vosotros ha pasado.

CRIATURAS.

5. Mil gracias derramando,
Pasó por estos sotos con presura,
Y yéndolos mirando,

Con sola su figura
Vestidos los dejó de su hermosura.

ESPOSA.

6. ¡Ay, quién podrá sanarme!
Acaba de entregarte ya de vero,
No quieras enviarme
De hoy más ya mensajero,
Que no saben decirme lo que quiero.

7. Y todos cuantos vagan,
De tí me van mil gracias refiriendo,
Y todos más me llagan,
Y déjame muriendo
Un no sé qué que quedan balbuciendo.

8. Mas ¿cómo perseveras,
Oh vida, no viviendo donde vives,
Y haciendo porque mueras,
Las flechas que recibes,
De lo que del Amado en tí concibes?

9. ¿Por qué, pues, has llegado
A aqueste corazon, no le sanaste?
Y pues me le has robado,
¿Por qué así le dejaste,
Y no tomas el robo que robaste?

10. Apaga mis enojos,
Pues que ninguno basta á deshacellos,
Y véante mis ojos,
Pues eres lumbre de ellos,
Y sólo para tí quiero tenellos.

11. Descubre tu presencia,
Y máteme tu vista y hermosura;
Mira que la dolencia
De amor, que no se cura
Sino con la presencia y la figura.

12. ¡Oh cristalina fuente,
Si en esos tus semblantes plateados,
Formases de repente
Los ojos deseados,
Que tengo en mis entrañas dibujados!

13. Apártalos, Amado,
Que voy de vuelo.

ESPOSO.

Vuélvete, paloma,
Que el ciervo vulnerado
Por el otero asoma,
Al aire de tu vuelo, y fresco toma.

ESPOSA.

14. Mi Amado, las montañas,
Los valles solitarios nemorosos,
Las ínsulas extrañas,
Los ríos sonoros,
El silbo de los aires amorosos.

15. La noche sosegada
En par de los levantes de la aurora,
La música callada,
La soledad sonora,
La cena, que recrea y enamora

16. Cazadnos las raposas,
Que está ya florecida nuestra viña,
En tanto que de rosas
Hacemos una piña,
Y no parezca nadie en la montiña.

17. Detente, cierzo muerto,
Ven, austro, que recuerdas los amores,
Aspira por mi huerto,

Y corran tus olores,
Y pacerá el Amado entre las flores.

18. Oh ninfas de Judea,
En tanto que en las flores y rosales
El ámbar perfumea,
Morá en los arrabales,
Y no queráis tocar nuestros umbrales.

19. Escóndete, Carillo,
Y mira con tu haz á las montañas,
Y no quieras decillo;
Mas mira las campañas
De la que va por ínsulas extrañas.

ESPOSO.

20. A las aves ligeras,
Leones, ciervos, gamos saltadores,
Montes, valles, riberas,
Aguas, aires, ardores,
Y miedos de las noches veladores.

21. Por las amenas liras
Y cantos de Sirenas os conjuro
Que cesen vuestras iras,
Y no toqueis al muro,
Porque la Esposa duerma más seguro.

22. Entrádose ha la Esposa
En el ameno huerto deseado,
Y á su sabor reposa,
El cuello reclinado
Sobre los dulces brazos del Amado.

23. Debajo del manzano
Allí conmigo fuiste desposada,
Allí te dí la mano,
Y fuiste reparada
Donde tu madre fuera violada.

ESPOSA.

24. Nuestro lecho florido,
De cuevas de leones enlazado,
En púrpura tendido,
De paz edificado,
De mil escudos de oro coronado.

25. Á zaga de tu huella
Los jóvenes discurren al camino
Al toque de centella,
Al adobado vino,
Emisiones de bálsamo divino.

26. En la interior bodega
De mi Amado bebí, y cuando salía
Por toda aquesta vega,
Ya cosa no sabía,
Y el ganado perdí que ántes seguía.

27. Allí me dió su pecho,
Allí me enseñó ciencia muy sabrosa,
Y yo le dí de hecho
Á mí, sin dejar cosa;
Allí le prometí de ser su esposa.

28. Mi alma se ha empleado,
Y todo mi caudal, en su servicio,
Ya no guardo ganado
Ni ya tengo otro oficio,
Que ya sólo en amar es mi ejercicio.

29. Pues ya si en el ejido
De hoy más no fuere vista ni hallada,
Diréis que me he perdido,
Que, andando enamorada,
Me hice perdidiza y fui ganada.

30. De flores y esmeraldas
En las frescas mañanas escogidas,



L. O. H.

Harémos las guirnaldas,
En tu amor florecidas,
Y en un cabello mio entretejidas.

31. En sólo aquel cabello
Que en mi cuello volar consideraste,
Mirástele en mi cuello,
Y en él preso quedaste,
Y en uno de mis ojos te llagaste.

32. Cuando tú me mirabas,
Su gracia en mí tus ojos imprimian,
Por eso me adamabas,
Y en eso merecian
Los míos adorar lo que en tí vian.

33. No quieras despreciarme,
Que si color moreno en mí hallaste,
Ya bien puedes mirarme,
Despues que me miraste;
Que gracia y hermosura en mí dejaste.

ESPOSO.

34. La blanca palomica
Al arca con el ramo se ha tornado,
Y ya la tortolica
Al socio deseado
En las riberas verdes ha hallado.

35. En soledad vivia,
Y en soledad ha puesto ya su nido,
Y en soledad la guia
Á solas su querido,
Tambien en soledad de amor herido.

ESPOSA.

36. Gocémonos, Amado,

Y vámonos á ver en tu hermosura
Al monte y al collado,
Do mana el agua pura;
Entremos más adentro en la espesura.

37. Y luégo á las subidas
Cavernas de las piedras nos irémos,
Que están bien escondidas,
Y allí nos entraremos,
Y el mosto de granadas gustarémos.

38. Allí me mostrarías
Aquello que mi alma pretendia,
Y luégo me darías
Allí tú, vida mia,
Aquello que me diste el otro dia.

39. El aspirar del aire,
El canto de la dulce filomena,
El soto y su donaire,
En la noche serena
Con llama que consume y no da pena.

40. Que nadie lo miraba,
Aminadab tampoco parecia,
Y el cerco sosegaba,
Y la caballería
Á vista de las aguas descendia.

III.

I.

¡Oh llama de amor viva,
Que tiernamente hieres
De mi alma en el más profundo centro!
Pues ya no eres esquiva,
Acaba ya, si quieres,
Rompe la tela de este dulce encuentro.

II.

¡Oh cauterio suave!
¡Oh regalada llaga!
¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado,
Que á vida eterna sabe,
Y toda deuda paga!
Matando, muerte en vida la has trocado.

III.

¡Oh lámparas de fuego,
En cuyos resplandores
Las profundas cavernas del sentido,
Que estaba oscuro y ciego,
Con extraños primores,
Calor y luz dan junto á su querido!

IV.

¡Cuán manso y amoroso
Recuerdas en mi seno,
Donde secretamente solo moras!
Y en tu aspirar sabroso,
De bien y gloria lleno,
¡Cuán delicadamente me enamoras!

IV.

CANTAR DEL ALMA QUE SE GOZA DE CONOCER
Á DIOS POR FE.

Que bien sé yo la fuente que mana y corre,
Aunque es de noche,

Aquella eterna fuente está escondida,
Que bien sé yo dó tiene su manida,
Aunque es de noche.

Su origen no lo sé, pues no le tiene,
Mas sé que todo origen de ella viene,
Aunque es de noche.

Sé que no puede ser cosa tan bella,
Y que cielos y tierra beben de ella,
Aunque es de noche.

Bien sé que suelo en ella no se halla,
Y que ninguno puede vadealla,
Aunque es de noche.

Su claridad nunca es oscurecida,
Y sé que toda luz de ella es venida,
Aunque es de noche.

Sé ser tan caudalosas sus corrientes,
Que infiernos, cielos riegan, y á las gentes,
Aunque es de noche.

El corriente que nace de esta fuente,
Bien sé que es tan capaz y tan potente,
Aunque es de noche.

Aquesta eterna fuente está escondida
En este vivo pan por darnos vida,
Aunque es de noche.

Aquí se está llamando á las criaturas,
Porque desta agua se harten, aunque ascuras,
Aunque es de noche.

Aquesta viva fuente, que deseo,
En este pan de vida yo la veo,
Aunque es de noche.

V.

CANCION DE CRISTO Y EL ALMA.

Un pastorcico solo está penado,
Ajeno de placer y de contento,
Y en su pastora firme el pensamiento,
Y el pecho del amor muy lastimado.

No llora por haberle amor llagado,
Que no se pena en verse así afligido,
Aunque en el corazon está herido;
Mas llora por pensar que está olvidado.

Que sólo de pensar que está olvidado
De su bella pastora, con gran pena
Se deja maltratar en tierra ajena,
El pecho del amor muy lastimado.

Y dice el pastorcico : ¡ Ay desdichado
De aquel que de mi amor ha hecho ausencia,
Y no quiere gozar de mi presencia,
Y el pecho por su amor muy lastimado!

Y á cabo de un gran rato se ha encumbrado
Sobre un árbol do abrió sus brazos bellos,
Y muerto se ha quedado, asido de ellos,
El pecho del amor muy lastimado.

COPLAS Y GLOSAS.

COPLAS DEL ALMA QUE PENA POR VER Á DIOS.

Vivo sin vivir en mí,
Y de tal manera espero,
Que muero porque no muero.

En mí yo no vivo ya,
Y sin Dios vivir no puedo;
Pues sin él y sin mí quedo,
Este vivir ¿qué será?
Mil muertes se me hará,
Pues mi misma vida espero,
Muriendo porque no muero.

Esta vida que yo vivo
Es privacion de vivir;
Y así, es continuo morir
Hasta que viva contigo;
Oye, mi Dios, lo que digo,
Que esta vida no la quiero,
Que muero porque no muero.

Estando ausente de tí,
¿Qué vida puedo tener,

Sino muerte padecer,
La mayor que nunca vi?
Lástima tengo de mí,
Pues de suerte persevero,
Que muero porque no muero.

El pez que del agua sale,
Aun de alivio no carece,
Que la muerte que padece,
Al fin la muerte le vale;
¿Qué muerte habrá que se iguale
A mi vivir lastimero,
Pues si más vivo más muero?

Cuando me empiezo aliviar
De verte en el sacramento,
Háceme más sentimiento
El no te poder gozar;
Todo es para más penar,
Y mi mal es tan entero,
Que muero porque no muero.

Y si mi gozo, Señor,
Con esperanza de verte,
En ver que puedo perderte
Se me dobla mi dolor,
Viviendo en tanto pavor,
Y esperando como espero,
Que muero porque no muero.

Sácame de aquesta muerte,
Mi Dios, y dame la vida;
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte;
Mira que muero por verte,
Y de tal manera espero,
Que muero porque no muero.

Lloraré mi muerte ya,
Y lamentaré mi vida

En tanto que detenida
Por mis pecados está.
¡Oh mi Dios! ¿Cuándo será?
Cuando yo diga de vero:
Vivo ya porque no muero.

COPLAS SOBRE UN ÉXTASI DE ALTA
CONTEMPLACION.

Entréme donde no supe,
Y quedéme no sabiendo,
Toda ciencia trascendiendo.

Yo no supe dónde entraba,
Porque, cuando allí me vi,
Sin saber dónde me estaba,
Grandes cosas entendí,
No diré lo que sentí,
Que me quedé no sabiendo,
Toda ciencia trascendiendo.

De paz y de piedad
Era la ciencia perfecta,
En profunda soledad,
Entendida via recta;
Era cosa tan secreta,
Que me quedé balbuciendo,
Toda ciencia trascendiendo.

Estaba tan embebido,
Tan absorto y ajonado,
Que se quedó mi sentido
De todo sentir privado;
Y el espíritu dotado
De un entender no entendiendo,
Toda ciencia trascendiendo.

Cuanto más alto se sube,

Tanto ménos entendia
- Qué es la tenebrosa nube
Que á la noche esclarecia ;
Por eso quien la sabía
Queda siempre no sabiendo,
Toda ciencia trascendiendo.

El que allí llega de vero,
De sí mismo desfallece ,
Cuanto sabía primero
Mucho bajo le parece ;
Y su ciencia tanto crece ,
Que se queda no sabiendo,
Toda ciencia trascendiendo.

Este saber no sabiendo
Es de tan alto poder,
Que los sabios arguyendo
Jamás le pueden vencer ;
Que no llega su saber
A no entender entendiendo,
Toda ciencia trascendiendo.

Y es de tan alta excelencia
Aqueste sumo saber,
Que no hay facultad ni ciencia
Que le puedan emprender ;
Quien se supiere vencer
Con un no saber sabiendo,
Irà siempre trascendiendo.

Y si lo quereis oír,
Consiste esta suma ciencia
En un subido sentir
De la divinal Esencia ;
Es obra de su clemencia
Hacer quedar no entendiendo,
Toda ciencia trascendiendo.

OTRAS AL MISMO INTENTO.

Tras un amoroso lance,
Y no de esperanza falto,
Subí tan alto, tan alto,
Que le dí á la caza alcance.

Para que yo alcance diese
A aqueste lance divino,
Tanto volar me convino,
Que de vista me perdiese ;
Y con todo, en este trance
En el vuelo quedé falto ;
Mas el amor fué tan alto,
Que le dí á la caza alcance.

Cuanto más alto subia,
Deslumbróseme la vista,
Y la más fuerte conquista
En obscuro se hacia ;
Mas por ser de amor el lance
Di un ciego y obscuro salto,
Y fuí tan alto, tan alto,
Que le dí á la caza alcance.

Por una extraña manera
Mil vuelos pasé de un vuelo,
Porque esperanza del cielo
Tanto alcanza cuanto espera ;
Esperé sólo este lance,
Y en esperar no fuí falto,
Pues fuí tan alto, tan alto,
Que le dí á la caza alcance.

Cuando más cerca llegaba
De este lance tan subido,
Tanto más bajo y rendido

Y abatido me hallaba ;
Dije : no habrá quien lo alcance ;
Y abatíme tanto, tanto,
Qué fui tan alto, tan alto,
Que le dí á la caza alcance!

GLOSA Á LO DIVINO.

Sin arrimo y con arrimo,
Sin luz y ascuras viviendo,
Todo me voy consumiendo.

 Mi alma está desasida
De toda cosa criada,
Y sobre sí levantada,
Y en una sabrosa vida,
Sólo en su Dios arrimada,
Por eso ya se dirá
La cosa que más estimo,
Que mi alma se ve ya
Sin arrimo y con arrimo.

 Y aunque tinieblas padezco
En esta vida mortal,
No es tan crecido mi mal;
Porque, si de luz carezco,
Tengo vida celestial;
Porque el amor de tal vida,
Cuando más ciego va siendo,
Que tiene el alma rendida,
Sin luz y ascuras viviendo.

 Hace tal obra el amor,
Despues que le conocí,
Que, si hay bien ó mal en mí,
Todo lo hace de un sabor,
Y al alma transforma en sí;

Y así, en su llama sabrosa,
La cual en mí estoy sintiendo,
Aprieta, sin quedar cosa,
Todo me voy consumiendo.

OTRA GLOSA Á LO DIVINO.

Por toda la hermosura
Nunca yo me perderé,
Sino por un no sé qué
Que se alcanza por ventura.

Sabor de bien que es finito,
Lo más que puede llegar,
Es cansar el apetito
Y estragar el paladar ;
Y así, por toda dulzura
Nunca yo me perderé,
Sino por un no sé qué
Que se halla por ventura.

El corazon generoso
Nunca cura de parar
Donde se puede pasar,
Sino en más dificultoso ;
Nada le causa hartura,
Y sube tanto su fe,
Que gusta de un no sé qué
Que se halla por ventura.

El que de amor adolece,
Del divino Sér tocado,
Tiene el gusto tan trocado,
Que á los gustos desfallece ;
Como el que con calentura
Fastidia el manjar que ve,
Y apetece un no sé qué

Que se halla por ventura.

No os maravilleis de aquesto,
Que el gusto se quede tal,
Porque es la causa del mal
Ajena de todo el resto;
Y así, toda criatura
Enajenada se ve,
Y gusta de un no sé qué
Que se halla por ventura.

Que estando la voluntad
De divinidad tocada,
No puede quedar pagada
Sino con divinidad;
Mas, por ser tal su hermosura,
Que sólo se ve por fe,
Gústale en un no sé qué
Que se halla por ventura.

Pues de tal enamorado,
Decidme si habeis dolor,
Pues que no tiene sabor
Entre todo lo criado;
Sólo sin forma y figura,
Sin hallar arrimo y pié,
Gustando allá un no sé qué
Que se halla por ventura.

No penseis que el interior,
Que es de mucha más valía,
Halla gozo y alegría
En lo que acá da sabor;
Mas sobre toda hermosura,
Y lo que es y será y fué,
Gusta de allá un no sé qué
Que se halla por ventura.

Más emplea su cuidado
Quien se quiere aventajar,

En lo que está por ganar
Que en lo que tiene ganado ;
Y así, para más altura
Yo siempre me inclinaré
Sobre todo á un no sé qué
Que se halla por ventura.

Por lo que por el sentido
Puede acá comprehenderse,
Y todo lo que entenderse,
Aunque sea muy subido,
Ni por gracia y hermosura
Yo nunca me perderé,
Sino por un no sé qué
Que se halla por ventura.

ROMANCES.

ROMANCE PRIMERO.

SOBRE EL EVANGELIO *In principio erat Verbum*
DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

En el principio moraba
El Verbo, y en Dios vivia,
En quien su felicidad
Infinita poseia.

El mismo Verbo Dios era,
Que el principio se decia;
Él moraba en el principio,
Y principio no tenía.

Él era el mismo principio;
Por eso de él carecia.
El Verbo se llama Hijo,
Que del principio nacia.

Hale siempre concebido,
Y siempre le concebía,
Dale siempre su sustancia,

Y siempre se la tenía.

Y así, la gloria del Hijo
Es la que en el Padre había,
Y toda su gloria el Padre
En el Hijo poseía.

Como amado en el amante
Uno en otro residia,
Y aquese amor que les une,
En lo mismo convenia.

Con el uno y con el otro
En igualdad y valía,
Tres personas y un amado
Entre todos tres había.

Y un amor en todas ellas
Un amante los hacia,
Y el amante es el amado
En que cada cual vivia;

Que el sér que los tres poseen,
Cada cual le poseía,
Y cada cual de ellos ama
A la que este sér tenía.

Este sér es cada una,
Y éste sólo las unia
En un inefable modo
Que decirse no sabía.

Por lo cual era infinito
El amor que los unia,
Porque un solo amor tres tiene,
Que su esencia se decia;
Que el amor, cuanto más une,
Tanto más amor hacia.

ROMANCE II.

DE LA COMUNICACION DE LAS TRES PERSONAS.

En aquel amor inmenso
Que de los dos procedia,
Palabras de gran regalo
El Padre á el Hijo decia,
De tan profundo deleite,
Que nadie las entendia;
Solo el Hijo lo gozaba,
Que es á quien pertenecia.

Pero aquello que se entiende,
De esta manera decia:
Nada me contenta, Hijo,
Fuera de tu compañía.

Y si algo me contenta,
En tí mismo lo queria;
El que á tí más se parece,
A mí más satisfacía.

Y el que nada te semeja,
En mí nada hallaría;
En tí solo me he agradado,
¡Oh vida de vida mia!

Eres lumbre de mi lumbre,
Eres mi sabiduría,
Figura de mi sustancia,
En quien bien me complacia.

Al que á tí te amare, Hijo,
A mí mismo le daría,
Y el amor que yo te tengo,
Ese mismo en él pondría,
En razon de haber amado
A quien yo tanto queria.

ROMANCE III.

DE LA CREACION.

Una esposa que te ame,
Mi Hijo, darte queria,
Que por tu valor merezca
Tener nuestra compañía.

Y comer pan á una mesa,
Del mismo que yo comia,
Porque conozca los bienes
Que en tal Hijo yo tenia,

Y se congracie conmigo
De tu gracia y lozanía.—
Mucho lo agradezco, Padre,
El Hijo le respondia ;

A la esposa que me dieres,
Yo mi claridad daria,
Para que por ella vea
Cuánto mi Padre valia,
Y como el sér que poseo,
De su sér lo recibia.

Reclinarle he yo en mi brazo,
Y en tu amor se abrasaria,
Y con eterno deleite
Tu bondad sublimaria.

ROMANCE IV.

PROSIGUE LA MISMA MATERIA.

Hágase, pues, dijo el Padre,
Que tu amor lo merecia.

Y en este dicho que dijo,
El-mundo criado habia.

Palacio para la esposa,
Hecho en gran sabiduría;
El cual en dos aposentos,
Alto y bajo, dividía.

El bajo de diferencias
Infinitas componia;
Mas el alto hermoseaba
De admirable pedrería.

Porque conozca la esposa
El Esposo que tenía,
En el alto colocaba
La angélica jerarquía;

Pero la natura humana
En el bajo la ponía,
Por ser en su sér compuesta
Algo de menor valía.

Y aunque el sér y los lugares
De esta suerte los ponía,
Pero todos son un cuerpo
De la esposa, que decía

Que el amor de un mismo Esposo
Una esposa los hacia,
Los de arriba poseyendo
A el Esposo en alegría;

Los de abajo en esperanza
De fe que les infundía,
Diciéndoles que algun tiempo
Él los engrandecería.

Y que aquella su bajeza
Él se la levantaria,
De manera que ninguno
Ya la vituperaria.

Porque en todo semejante

Él á ellos se haria,
Y se vendria con ellos,
Y con ellos moraria.

Y que Dios sería hombre,
Y que el hombre Dios sería,
Y trataria con ellos,
Comeria y beberia.

Y que con ellos continuo
Él mismo se quedaria,
Hasta que se consumase
Este siglo que corria.

Cuando se gozáran junto
En eterna melodía,
Porque él era la cabeza
De la esposa que tenía.

A la cual todos los miembros
De los justos juntaria,
Que son cuerpo de la esposa,
A la cual él tomaria

En sus brazos tiernamente,
Y allí su amor le daria,
Y que así juntos en uno
A el Padre le llevaria,

Donde del mismo deleite
Que Dios goza, gozaria;
Que, como el Padre y el Hijo,
Y el que de ellos procedia,

El uno vive en el otro,
Así la esposa sería,
Que, dentro de Dios absorta,
Vida de Dios viviria.

ROMANCE V.

DE LOS DESEOS DE LOS SANTOS PADRES.

Con esta buena esperanza
Que de arriba les venía,
El tedio de sus trabajos
Más leve se les hacía ;
Pero la esperanza larga
Y el deseo que crecía
De gozarle con su Esposo,
Continuo les affigia.

Por lo cual con oraciones,
Con suspiros y agonía,
Con lágrimas y gemidos
Le rogaban noche y dia.

Que ya se determinase
A les dar su compañía.
Unos dicen : ¡ Oh si fuese
En mi tiempo la alegría !

Otros : Acaba, Señor ;
A el que has de enviar envia.
Otros : ¡ Oh ! si ya rompiese
Esos cielos, y veria

Con mis ojos que bajases ,
Y mi llanto cesaria ;
Regad , nubes , de lo alto ,
Que la tierra lo pedia ,

Y ábrase la tierra ya ,
Que espinas nos producía ,
Y produzca aquella flor
Con que ella floreceria.

Otros dicen : ¡ Oh dichoso
El que en tal tiempo sería ,

Que merezca ver á Dios
Con los ojos que tenía,
Y tratarle con sus manos,
Y andar en su compañía,
Y gozar de los misterios
Que entónces ordenaria!

ROMANCE VI.

PROSIGUE LA MISMA MATERIA.

En aquestos y otros ruegos
Gran tiempo pasado había;
Pero en los postreros años
El fervor mucho crecía.

Cuando el viejo Simeon
En deseo se encendía,
Rogando á Dios que quisiese
Dejalle ver este día.

Y así, el Espíritu Santo
A el buen viejo respondía
Que le daba su palabra
Que la muerte no vería

Hasta que la vida viese,
Que de arriba descendía,
Y que él en sus mismas manos
A el mismo Dios tomaría,
Y lo tendría en sus brazos,
Y consigo abrazaría.

ROMANCE VII.

DE LA ENCARNACION.

Ya que el tiempo era llegado

En que hacerse convenia
El rescate de la esposa
Que en duro yugo servia
 Debajo de aquella ley
Que Moisés dado le habia,
El Padre con amor tierno
De esta manera decia:

Ya ves, Hijo, que á tu esposa
A tu imágen hecho habia,
Y en lo que á tí se parece
Contigo bien convenia.

Pero difiere en la carne,
Que en tu simple sér no habia ;
En los amores perfectos
Esta ley se requería,

 Que se haga semejante
El amante á quien quería,
Que la mayor semejanza
Más deleite contenía.

El cual sin duda en tu esposa
Grandemente crecería
Si te viere semejante
En la carne que tenía. —

 Mi voluntad es la tuya,
El Hijo le respondía,
Y la gloria que yo tengo,
Es tu voluntad ser mía.

Y á mí me conviene, Padre,
Lo que tu Alteza decía,
Porque por esta manera
Tu bondad más se vería.

Veráse tu gran potencia,
Justicia y sabiduría,
Irélo á decir al mundo,
Y noticia le daría

De tu belleza y dulzura
Y de tu soberanía.

Iré á buscar á mi esposa,
Y sobre mí tomaria
Sus fatigas y trabajos,
En que tanto padecia.

Y porque ella vida tenga,
Yo por ella moriria,
Y sacándola del lago,
A tí te la volveria.

ROMANCE VIII.

PROSIGUE LA MISMA MATERIA.

Entónces llamó un arcángel,
Que san Gabriel se decia,
Y enviólo á una doncella
Que se llamaba María,

Dé cuyo consentimiento
El misterio se hacia;
En la cual la Trinidad
De carne á el Verbo vestia.

Y aunque tres hacen la obra,
En él uno se hacia,
Y quedó el Verbo encarnado
En el vientre de María.

Y el que tiene sólo Padre,
Ya tambien Madre tenía,
Aunque no como cualquiera,
Que de varon concebía;

Que de las entrañas de ella
Él su carne recibía,
Por lo cual Hijo de Dios
Y del hombre se decia.

ROMANCE IX.

DEL NACIMIENTO.

Ya que era llegado el tiempo
En que de nacer habia,
Así como desposado,
De su tálamo salia,
Abrazando con su esposa,
Que en sus brazos la traia,
Al cual la graciosa Madre
En un pesebre ponía,
Entre unos animales
Que á la sazón allí habia:
Los hombres decían cantares,
Los ángeles melodía,
Festejando al desposorio
Que entre tales dos habia;
Pero Dios en el pesebre
Allí lloraba y gemía.
Que eran joyas que la esposa
Al desposorio traía;
Y la Madre estaba en pasmo
De que tal trueque veía;
El llanto del hombre en Dios,
Y en el hombre el alegría;
Lo cual del uno y del otro
Tan ajeno sér solía.

ROMANCE X.

SOBRE EL SALMO *Super flumina Babilonis.*

Encima de las corrientes

Que en Babilonia hallaba,
Allí me senté llorando,
Allí la tierra regaba,
Acordándome de tí,
¡ Oh Sion ! á quien amaba.
Era dulce tu memoria,
Y con ella más lloraba.

Dejé los trajes de fiesta,
Los de trabajo tomaba,
Y colgué en los verdes sauces
La música que llevaba,
Poniéndola en esperanza
De aquello que en tí esperaba ;
Allí me hirió el amor,
Y el corazon me sacaba.

Díjete que me matase,
Pues de tal suerte llagaba ;
Yo me metia en su fuego,
Sabiendo que me abrasaba,
Disculpando al avecica
Que en el fuego se acababa ;
Estábame en mí muriendo,
Y en tí solo respiraba.

En mí por tí me moria,
Y por tí resucitaba,
Que la memoria de tí
Daba vida y la quitaba.

Gozábanse los extraños
Entre quien cautivo estaba ;
Preguntábanme cantares
De lo que en Sion cantaba.

Canta de Sion un himno,
Veamos cómo sonaba ;
Decid : ¿ cómo en tierra ajena,
Donde por Sion lloraba,

Cantaré yo la alegría
Que en Sion se me quedaba?
Echaríala en olvido
Si en la ajena me gozaba.

Con mi paladar se junte
La lengua con que hablaba,
Si de tí yo me olvidáre,
En la tierra do moraba.

Sion, por los verdes ramos
Que Babilonia me daba,
De mí se olvide mi diestra,
Que es lo que en tí más amaba,

Si de tí no me acordáre,
En lo que más me gozaba,
Y si yo tuviere fiesta
Y sin tí la festejára.

¡Oh hija de Babilonia,
Mísera y desventurada!
Bienaventurado era
Aquel en quien confiaba,
Que te ha de dar el castigo
Que de tu mano llevaba.

Y juntará sus pequeños,
Y á mí, porque en tí lloraba,
A la piedra que era Cristo,
Por el cual yo te dejaba.

FIN.

ÍNDICE.

	Págs.
FRAY LUIS DE LEON.	
LIBRO I.— Poesías originales.	5
A don Pedro Portocarrero.	8
A Francisco de Salinas	9
Al nacimiento de una hija de los Borjas.	10
A Felipe Ruiz, de la avaricia.	13
A Elisa.	id.
Profecía del Tajo.	16
Noche serena, á Oloarte.	18
Las serenitas, á Cherinto.	21
A Felipe Ruiz, I.	23
II.	25
Al licenciado Juan de Grial.	27
De la vida del cielo.	28
Al apartamiento.	29
A la vida religiosa.	31
A don Pedro Portocarrero.	35
Contra un juez avaro.	36
En una esperanza que salió vana.	37
En la Ascension.	39
A todos los Santos.	40

	Págs°
A Santiago.	43
A Nuestra Señora, I.	47
II.	51
Cancion á Jesucristo Crucificado.	52
A don Pedro Portocarrero.	56
En la cárcel donde estuvo preso.	58
Del mundo y su vanidad.	id.
Del conocimiento de sí mismo. — Cancion.	64
Cancion al nacimiento de la hija del Mar- qués de Alcañices.	69
Epitafio al túmulo del príncipe don Carlos.	72
Cancion á la muerte del mismo.	id.
Sonetos.	73
LIBRO II.—Traducciones é imitaciones de poetas profanos.	76
VIRGILIO.—Égloga primera.	id.
Égloga II.	81
Égloga III.	85
Égloga IV.	92
Egloga V.	96
Égloga VI.	101
Égloga VII.	106
Égloga VIII.	110
Égloga IX.	116
Égloga X.	120
Geórgica primera de Virgilio.	124

SAN JUAN DE LA CRUZ.

Canciones.—I.	153
II.—Cancion entre el alma y el esposo. .	155
III.	161

	Págs.
IV.—Cantar del alma que se goza de conocer á Dios por fe.	162
V.—Cancion de Cristo y el alma.	164
COPLAS Y GLOSAS.— Coplas del alma que pena por ver á Dios.	165
Coplas sobre un éxtasi de alta contemplacion.	167
Otras al mismo intento.	169
Glosa á lo Divino.	170
Otra glosa á lo Divino.	171
ROMANCES.— Romance primero.—Sobre el Evangelio <i>In principio erat Verbum</i> de la Santísima Trinidad.	174
Romance II.—De la comunicacion de las tres personas.	176
Romance III.—De la creacion.	177
Romance IV.—Prosigue la misma materia.	id.
Romance V.—De los deseos de los Santos Padres.	180
Romance VI.—Prosigue la misma materia.	181
Romance VII.—De la Encarnacion.	id.
Romance VIII.—Prosigue la misma materia.	183
Romance IX.—Del nacimiento.	184
Romance X.—Sobre el salmo <i>Super flumina Babilonis</i>	id.



H. G. H.

